





# Ensueño del Tártaro



PATRICIO PUCHETA

# Ensueño del Tártaro



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Pucheta, Patricio

Ensueño del Tártaro / Patricio Pucheta. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2021.

400 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-87-2180-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. I. Título.

CDD A863

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

[www.autoresdeargentina.com](http://www.autoresdeargentina.com)

Mail: [info@autoresdeargentina.com](mailto:info@autoresdeargentina.com)

Queda hecho el depósito que establece la LEY 11.723

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

*Para Victoria*  
«No pares de imaginar»





## CAPÍTULO 1

### Un encuentro nocturno

“Esos espectros de capas negras lograron ingresar de alguna manera. No es momento de ceder. Desde aquí arriba puedo ver el santuario de Hipnos. Si logro cruzar por el puente el camino será más seguro... o eso espero. Debo ser rápido y preciso. La luz de la luna me será de mucha ayuda en caso de que las cosas se vuelvan a poner tensas. Si el Cuervo aún me sigue los pasos y da conmigo en estas condiciones, podría ser el fin de Oniria. Me temo que un final agonizante y triste”.

Algunas gotas de sangre chocaban con el pavimento. Recibió demasiados cortes cuando aquel lo tomó desprevenido. No pudo esperar una traición de alguien como él.

“De no ser por el parecido a Reveur, ya me habría olvidado de cómo luce la ciudad. Ha pasado mucho tiempo. Si logro salir de este lado algún día, espero que la luz del sol no tenga implicaciones en mi vista”.

“Creo que exageré al subir tantos pisos de ese edificio, si hay próxima vez buscaré un refugio más práctico. El paso llano hacia el puente está despejado. Alcanzar la Cúpula de Hipnos me dará unas horas para descansar y reflexionar sobre mis próximos pasos ahora que el Inframundo está aquí”.

La fatiga y la desesperación anestesiaban las heridas de Lupinel. Su marcha dejó un rastro de sangre que lo delataba en la penumbra nocturna. A mitad del puente con tirantes, y por encima de él, saltaron dos fieras bestias enormes, cegadas por saciar su sed de sangre humana.

“Sabía que no iba a ser tan fácil. Yo, Lupinel, el Águila, voy a ponerles fin aquí mismo”, alardeó agonizando mientras recuperaba el aliento. Desenfundó con dificultad su sable escarlata.

Lupinel estaba tan enfocado en sus rivales que su alrededor pareció desaparecer. Mientras esgrimía su sable de manera ofensiva tomándolo de su empuñadura con ambas manos, se aseguraba de mantener una distancia adecuada. Si alguna bestia entraba en su rango de acción, podía ser la última hora de cualquiera. El Águila avanzaba de manera circular muy cautelosamente y buscaba apartar a sus enemigos del camino principal. Una de las bestias cargó hacia él. Lupinel cortó a la colérica criatura horizontalmente en dos partes como una pluma que se desliza entre los dedos.

Le fue difícil mantenerse en pie luego de tal hazaña. Sus piernas comenzaron a temblar, quizás por el cansancio o quizás por el miedo a la muerte. Finalmente cayó de rodillas ante la otra bestia. Fue despojado de su sable carmesí de un zarpazo, y el Águila quedó finalmente tendido en el suelo. Para sorpresa de Lupinel, la bestia lo dejó a su suerte en el puente, o eso quiso creer.

“Son más fuertes que nosotros, no seré capaz de contenerlos solo. Me pregunto qué consecuencias traerá al mundo material el desequilibrio de este lado del Espejo”.

Muchas más Pesadillas de las que alguna vez había visto atendieron la escena. Pero estas no eran bestias desenfrenadas, esas pertenecen a alguien más. Estas eran difíciles de reconocer, pues la niebla se pone muy espesa cuando la sombra de la muerte anda cerca. Lupinel sabía que su fatídico final había llegado, a menos que quedase alguien con vida peleando a favor de la Deidad del Sueño.

Se vio, aunque no con mucha claridad, rodeado de criaturas voladoras, siluetas que parecían casi humanas, y pequeñas criaturas que iban y venían a su alrededor, burlándose de él y que maldecían el nombre de Hipnos.

De repente una flecha atravesó la niebla y derribó a dos criaturas voladoras al mismo tiempo. El alivio de la muerte pareció haber llegado.

El Águila sabía que tenía que tratarse de ellos. La Lechuza y el Oso seguían con vida. El Oso se abrió paso entre las Pesadillas hasta llegar al Águila. Con la fuerza bruta de sus brazos y su guantelete con forma de garra hizo su camino hacia su aliado caído. Con su vida esfumándose, lo cargó en su hombro y ponerlo a salvo a toda costa se volvió su prioridad.

La Lechuza buscaba buenos ángulos para disparar. Iba de techo en techo saltando ágilmente tratando de matar de a dúo o tría, pues las flechas escaseaban a esa altura de las circunstancias.

El Oso cortaba y golpeaba a las sombras con un brazo, y con el otro se aseguraba de cargar al Águila.

Entre flechas y cortes, las Pesadillas se detuvieron súbitamente. Los Oníricos aprovecharon esta oportunidad para dirigirse lo más rápido posible hacia la Cúpula de Hipnos, el único lugar donde las Pesadillas no podían acceder. Al menos no con tanta facilidad.

Cuando él se apareció en su camino, supieron que si había un límite, lo acababan de superar. Fue como si el tiempo se hubiera detenido al haberlo percibido. Sus seguidores solo lo observaron salir de la niebla como si de un acto divino se tratase.

La Lechuza se atrevió a atacar sin tomar ningún recaudo, sin importar las consecuencias. Separó su arco en dos espadas curvas e intentó asestar un golpe mortal al joven humano.

Entonces, el Oso se adelantó y aprovechó esa distracción para poner a salvo al Águila en el recinto.

De más está decir que los esfuerzos de la Lechuza fueron en vano. La Deidad de la Muerte la despojó de su armamento y la redujo con un solo brazo, ahorcándola.

Lo que el Oso encontró al volver fue a Tánatos levantando a su compañera de vida del cuello para luego arrojarla hacia un edificio, dándole fin a sus días.

El Oso arremetió con fuerza, pero una energía superior pareció inmovilizarlo. Estaba paralizado. La Deidad de la Muerte se acercó y puso su mano sobre el pecho del Oso. Latido a latido su corazón

se detenía, de manera tal que cada segundo parecía valer más que el tonto sacrificio que los llevó a esto. El último pensamiento tanto de la Lechuza como del Oso fue su hija. Dados los pormenores de las últimas horas, aquella noche fue la última cena en familia.



—Todo se ha acabado, hijo mío. Esto es lo que pasa cuando el poder envenena la conciencia y la empuja fuera del camino de la razón, convirtiendo a todo lo que te rodea en tu competencia.

—No te preocupes, padre. Es mi culpa por haber permitido que él tomase el control. Pero la he estado visitando. Es tan noble como su padre, sobrio de poder, y tan valerosa como su madre. A decir verdad, se parece más a ella que a él. En todos los aspectos y ese cabello...

—Quizás sea la esperanza que debe despertar, ahora que él ya no está, ella deberá cargar con ese peso. Si está dispuesta, claro...

—Confío en ella. Estoy seguro de que será buen recipiente. Juntos podremos recuperarte.

—En cuanto al otro, estoy seguro de que se las pudo ingeniar a su manera. El lobo viejo nunca cambia. No estarán solos, la Leona encontró a otros. En cualquier caso, me hubiese gustado seguir viendo crecer a estas criaturas tan particulares que se hacen llamar humanos.

Las voces se extinguieron en la desolada penumbra que azotaba a la realidad de los sueños que quién sabe si volverán a cumplirse o a perderse en memorias que es preferible que sean olvidadas.



En su habitación, el incesante tic-toc de las agujas del despertador no le pudieron dar paso a la alarma. Se despertó segundos antes y le ganó la carrera.

“Volví a soñar con ese ángel de cabellos luminosos. Será mejor que deje de leer las historias de papá antes de dormir”.

Seis en punto. Todavía estaba oscuro afuera. Era uno de los inviernos más fríos en Reveur, los días eran más cortos y las noches más largas. La chica Calloway se levantó mareada y desorientada. Se tomó unos minutos para pensar en los planes para hoy: que ninguna hora la aleje de ver la puesta de sol. Es miércoles. Muchos dirían que la semana estaba entrando hora tras hora en su momento de quiebre rutinario, pero para Melody todos los días son ideales si hay una visita al parque.

Se levantó dispuesta a hacer su rutina de aseo. Cuando abrió el grifo del agua fría, no salió líquido, de hecho, salió agua en estado gaseoso.

“Otra vez el gas del laboratorio dañó la cañería”.

Movió con impaciencia el grifo de la fría y la caliente hasta que de a poco los chorros de agua recuperaron la fluidez. Desempañó los vidrios con la mano y se cepilló los dientes hasta dejarlos relucientes, se lavó la cara con agua fría, y se arregló el cabello pelirrojo, largo y ondulado hasta su cintura, pero que le cubría los hombros cuando apenas despertaba. Con dificultad logró darle forma, estaba tan desordenado como un nido de pájaros arrastrado por una tormenta.

“Otro día más en la decadente ciudad. No es que me desagrade, pero algún día mejorará. Seguramente tuvieron una larga jornada de trabajo. Las desapariciones y los homicidios no dan cuartel. La ciudad está de cabeza”, pensó.

Al bajar las escaleras no encontró a ninguno de sus padres desayunando como era habitual.

Las noticias anunciaron que había un nuevo detective a cargo del caso de las desapariciones, pero desenchufó la televisión de un tirón apenas vio que el rey de Reveur era entrevistado, otra vez. Puso un disco de su banda favorita y decidió desayunar café negro con galletas de chocolate. Su ritual de cada mañana era preparar el desayuno. No importa realmente qué sea, lo importante estaba en matar el tiempo mientras se calentaba el agua. Sobre la máquina de café había fotos del caso que atendía su madre: cuerpos mutilados en una bañera.

“Qué valiente es mamá, yo no podría meterme a fotografiar partes de brazos y piernas, ni mucho menos tomarle una a cada evidencia entre los cuerpos”.

Sin mucha importancia las encimó al azar y se las llevó a la oficina de su madre. Sobre el escritorio encontró informes de su padre. Se atrevió a revisar uno que sobresalía y parecía fácil de volver a ubicar sin dejar evidencias ni que resulte sospechoso.

“Así que Gilder Glittery, dueño del casino: contrabando de cocaína y lingotes de oro, nada mal, Gilder. Por suerte está desaparecido según el informe más reciente, que alivio”.

Un ruido a cascabeles sonó sobre la cabeza de Melody.

“Gatito, ¡otra vez nos meterás en problemas!”. El felino de pelaje castaño y negro que se mezclaban en su cabeza llevaba un collar con cascabeles. Saltó desde arriba del armario hacia la mesa donde estaban los documentos. Las fotos se mezclaron con los informes. Melody se acercó a espiar por el borde de la puerta, pero en la sala no había ni una mosca, ni padres molestos. Fugitiva por husmear donde no debe, volvió a prepararse el café. Fue un desayuno fabuloso, lo disfrutó mucho. Le hizo recordar cuando desayunaba con su abuela, hace algunos años.

Vio por la ventana que la llovizna salpicaba el vidrio: “¿Debería llevar la campera de lluvia? No creo que llueva tanto”. Como si de un eco se tratara, una voz retumbó en su cabeza:

*Sí, más te vale llevarla. Una tormenta se acerca.*

Se atragantó con el café del susto.

“¿Qué fue eso? Tranquila, Melody, hoy toca ese profesor otra vez. Ve sin ánimos de confrontar. Además, sí, debería hacerle caso a mi vocecita de la ansiedad”.

Dejó todo tan limpio como pudo, faltaba poco tiempo para la hora en la que debía abordar el subterráneo para ir a la universidad. Buscó su bolso lleno de libros, con más de los que podría necesitar,

y saludó a su gato que la observó partir con prisa. El reloj marcaba las siete y diez minutos exactamente, era difícil ver la imagen en su teléfono celular puesto que la luz del amanecer venía hacia ella.

Había un vagor rastro de niebla al ras del suelo. Cada una de las personas llevaba mucho abrigo puesto y algo para protegerse de la llovizna que se hacía notar. Melody vestía su suéter con rayas horizontales blancas y negras, su pantalón negro y sus botas para lluvia favoritas. No faltó su campera para lluvias amarilla que su madre le regaló algunos cumpleaños atrás. Ella no era la única que estaba apurada por abordar el subterráneo a las siete y media. Muchos peatones pasaron por el lugar cuando ella apenas dejaba su casa atrás.

“La división moral de las personas es cada vez más inquietante, ¿por qué son tan poco tolerantes?”, pensaba mientras en su camino observaba el comportamiento de los peatones y analizaba el ritmo del tránsito.

El alumbrado público, las luces de los edificios, y los carteles luminosos aún decoraban las calles en el último hilo que quedaba de la noche.

Los oficinistas iban camino a su oficina. Había padres llevando a sus hijos a la escuela, y universitarios yendo camino a la universidad. Los negocios locales abrieron sus puertas por primera vez en el día. Ya podía sentirse en el aire el aroma a café de los bares. Las tiendas de dulces y chocolates llamaban poderosamente la atención de los peatones, pues la variedad de colores y formas de los envoltorios de los dulces cautivaban la atención de cualquiera. La polución de la ciudad desarrollada estaba en el aire.

A medida que Melody se acercaba al cruce peatonal de las cinco avenidas, la estación subterránea de Nior ya podía verse entre los edificios circundantes. Las personas hablando sonaban como un murmullo que se volvía más grave con cada paso que daba. Observó a algunos metros de ella a un padre y a su hija bajando las escaleras hacia el andén principal.

Era un lugar tan grande como una estación de subterráneo puede ser. Por fuera se asemejaba a una gran cúpula. Una muy imponente,

con accesos repartidos a lo largo de la circunferencia. Esta manera de conectar distintos puntos también se veía en su funcionamiento interno puesto que por el terreno circular pasaban las cinco líneas de subterráneo de Reveur con todas sus combinaciones posibles. Una voz pudo oírse con claridad desde los megáfonos que se encontraban parcialmente distribuidos en la instalación. El anunciante comentaba lo siguiente: Bienvenido a la estación Nior, le deseamos la mejor de las jornadas.

Melody Calloway llegó a tiempo para abordar. Se hizo paso entre la multitud e ingresó. La mayoría de las personas estaban somnolientas y desanimadas, como si no pudieran dormir desde hace varias noches. Algunos intentaban dormir un poco en sus asientos. Unos pocos iban leyendo el periódico o estaban perdidos en sus pensamientos. Las desapariciones y muertes tenían preocupados a la mayoría. También las apariciones de personas muertas colgando en las alturas del alumbrado público, o los ríos de sangre que se formaban los días de lluvia, o los rumores de que los anuncios para formar parte del equipo de investigación en el Laboratorio Volgen, en realidad, eran un reclutamiento discreto para ensayar nuevas prácticas en seres humanos.

Melody pudo escuchar a un grupo de personas hablando cerca de ella.

—¿Por qué no organizar una revuelta social? —dijo un hombre al cual el traje se le había empapado por la llovizna.

—¡Ay, no! —exclamó una señora, de esas que jamás se perdería el té de las cinco de la tarde—. Nuestro rey no se merece que le hagamos eso.

—La gente como usted está bajo su influencia. Dígame, no es de los que se resguarda del gas, ¿verdad? —agregó una madre cuyo hijo correteaba por el vagón.

—Este nefasto sistema debe derrumbarse. El interés personal del rey que dice gobernarnos ha ido demasiado lejos —agregó el hombre al comentario de la joven madre.



—Que ideas erróneas. El rey ha estado guiando al Laboratorio Volgen en la búsqueda de un remedio para que podamos dormir —dijo la señora en tono burlón—. Nuestro gobierno nos garantiza el más completo estado de bienestar y seguridad.

—¿Cuánta más sangre deberá correr para que dejen atrás esas ideas? —dijo la madre.

—Liberan el gas por las noches. Se filtra por todas las tuberías de la ciudad. Nos usan como ratas de laboratorio. ¿Cuánto tiempo más nos quedaremos callados? —agregó el hombre.

—Los animo a que hagan algo. Pero les advierto, la familia D'Alterier no titubeará en castigar a los traidores que agredan al rey. Quizás el asesino los lleve de paseo a algún otro lado si no quieren ser parte de Reveur —dijo la señora antes de descender del subterráneo.

Todavía faltaban algunas estaciones antes de arribar a destino. El interior del metro era bastante común. Estaba con un poco menos de personas con las que arrancó el viaje y con algunas otras que se sumaron a medida que el viaje avanzaba. De vez en cuando la unidad se sacudía de lado a lado por las irregularidades en los rieles.

Los túneles por los que se abría paso la unidad estaban apenas iluminados por luces irregularmente distribuidas con colores particulares. Algunas eran azules, otras verdes, también las había en rojo y algunas otras apenas se podían ver porque el amarillo que irradiaban era muy débil.

El altavoz anunció la llegada a la estación: Estación Phot, usted está en estación Phot.

Como al abordar, Melody tuvo que hacerse paso entre las personas. Caminaba de forma indiferente y tranquila, llevando su bolso de mano con una expresión que le contagiaba la sensación de alegría a cualquiera y su mirada perdida en los recuerdos de su abuela. La música en sus audífonos le hacía reflexionar sobre las historias que su abuela le contaba en su niñez sobre sus viajes por el mundo. Ahora siendo mucho más grande de edad puede interpretar el conocimien-

to que su abuela le dejaba en cada una de esas palabras. La filosofía de su abuela era trabajar con dedicación para conseguir lo que ella quisiera, sin importar a las cosas que tenga que renunciar, porque sabía que tarde o temprano su trabajo daría frutos y le otorgaría una felicidad millones de veces mejor que el placer instantáneo de la conformidad.

“Sí, toda elección implica una renuncia. Solo hay que estar dispuestos. Algún día encontraré algo por lo que valga la pena dejar mi vida... o no, no lo sé”.

Amaneció por completo. Sin embargo, al poco tiempo el sol volvió a quedar oculto debajo del cielo gris. Todavía quedaban en el piso algunas hojas de árboles secas, propias del otoño que pasó. La llovizna comenzaba a cesar.

La universidad no estaba tan lejos de la estación de subterráneo. Pudo observar que en la siguiente manzana no había más que un puñado de ladrones, quienes acababan de robar en una farmacia. Supuso que se trataba de medicamentos.

El público estaba escéptico, nadie atendió la escena, ni siquiera la policía. A nadie le importó.

“Desearía tener el valor para ayudar a cambiar a la sociedad”, pensaba ella mientras caminaba apretando su bolso de mano con tanta cólera que su mano comenzó a sangrar por los cortes que le produjeron sus uñas. Se limpió con un pañuelo que llevaba en su bolsillo y apresuró su marcha hacia su casa de estudios.

Mientras subía algunos pocos escalones antes de pasar al acceso principal de la universidad, su profesor de este día pasaba al otro lado del portal para salir a fumar tranquilo y sentado en las escaleras. Era de esos profesores que canalizan sus fracasos en sus alumnos. Su tarjeta de identificación abrochada a su saco Oxford desgastado y arrugado sugería que el nombre que lo identificaba era Ludwing A. Henderson.

Sus estudios sobre matemática no le dejaron más que un aparente envejecimiento prematuro para sus cuarenta y un juego de anteojos desalineados. La idea de haber dedicado su vida a sus estudios y aca-

bar impartiendo clases en una casa de estudios mal paga no le dejaban la conciencia tranquila. Vivir al filo de la ansiedad lo volvió adicto al tabaco. Afortunadamente, sus piernas no debían soportar más que algunas decenas de peso, pero no podían escapar de levantar el peso de su frustrada existencia. Su barba, a diferencia de su cabello, proponía que alguna vez fue rubio. Quizás esos sean sus recuerdos más felices: los días de juventud. Ahora solo le basta con tabaco. Ludwig era del tipo de persona de los que se venden al precio del mejor postor, y vive con eso. A pesar de su fatídica existencia, es uno de los profesores con más años de servicio en la institución. Sus colegas se han inspirado en él por su capacidad de entregarse al conocimiento.

—Buena mañana, señorita Calloway, ¿disfrutó su noche? Cualquiera de ellas podría ser la última. Ponga los pies sobre la tierra. Puede que el plano terrenal se dé vuelta en cualquier momento... y lo hará más pronto de lo que parece —dijo el profesor de matemática con una tenebrosa sonrisa.

—Todos los días son buenos, en especial las mañanas. Yo sé muy bien dónde están mis pies. Gracias —respondió Melody mientras guardaba sus audífonos.

—No se deje influenciar por las personas que no conoce realmente, puede ser muy peligroso en estos días y en los días venideros —comentó en un tono sombrío y le dio una pitada a su cigarrillo.

—Cuando menos se lo espere el mundo va a cambiar, quizás en eso coincidamos —contestó Melody mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Melody siguió su camino dentro del edificio y vio cómo muchos de sus pares caminaban con expresiones en sus rostros que no destacaban precisamente por la tranquilidad. El ritmo de vida al que estaban habituados los estudiantes los tenía en un constante agotamiento mental.

“A veces agradezco mi poca capacidad para pasar tiempo con las personas de mi edad. Solo míralos, desechos, ¿qué tan importante puede ser esto?”

Entró a su salón, un poco agitada por la cantidad de escalones que le tomó llegar. Ludwing no tardó mucho en hacer su aparición. Nadie se dio cuenta de su presencia, las miradas estaban demasiado vacías. El profesor comenzó a divagar como si el tiempo le sobrara caminando ida y vuelta a lo largo del salón.

—¿Se han preguntado qué es lo que podría ocurrir si nuestra sociedad colapsa? —irrumpió de repente Ludwing—. No hay persona que me hable y no me comente sobre sus dificultades para dormir. Algunos tienen ataques de pánico, otros me informan sobre sensaciones de ahogo y taquicardias. No es que realmente me importe lo que les pase a las personas, pero las cosas se comienzan a poner más interesantes en Reveur noche tras noche —dijo Ludwing mientras se acomodaba los anteojos y sonreía maliciosamente.

—¿Acaso no se cansa usted de repartir su miseria en el mundo, profesor? —preguntó irónicamente Melody.

Ludwing buscó en el montón de cabezas aquella que se atrevió a cuestionarlo.

—¿Quién habla? —dijo haciéndose el distraído mientras caminaba hacia Melody—. La chica rara. —Se inclinó sobre el pupitre que ella ocupaba—. No siento compasión por nadie, y no espero que nadie sienta compasión por mí, Calloway. No me interesan los asuntos de nadie. Mi campo es el arte de la matemática, por lo tanto, no puedo acompañar a nadie en sus ilógicas desventuras emocionales —dijo Ludwing caminando con la frente en alto hacia la pizarra.

—Usted es la imagen de la soberbia, señor. No encuentro la lógica a ser tan arrogante frente a una situación que también podría afectarle tan abruptamente como a los demás. El asesino que anda suelto no distingue quién es quién —respondió Melody con firmeza.

—Lógica, dice. ¿Lógica? La lógica es un enorme perro de tres cabezas que guarda las puertas del Inframundo —dijo esbozando su idea en la pizarra—. Lógica... no me haga reír—. No le recomendaría desubicarse conmigo, señorita. Es más, le aconsejo estar preparada

para lo que resta de la jornada —dijo Ludwing con un tono de voz grave que se hizo sentir en el ambiente del salón.

Al terminar la clase algunos alumnos fueron a la biblioteca, otros a la cafetería, y otros decidieron que era hora de volver a sus casas. Melody fue a la cafetería.

Le gustaba aprovechar las horas al máximo. Apenas era el mediodía de un día gris y frío. Decidió quedarse para estudiar antes de volver.

“Si termino a tiempo voy a poder ir a sentarme al parque al menos”.

Cinco horas se le pasaron en un abrir y cerrar de ojos.

Un anciano estaba sentado en los bancos del parque. El viento frío soplaba cada vez más fuerte, pero a él parecía agradarle. A Melody le llamó la atención verlo separado del resto de las personas, pues parecía como si no estuviese ahí.

“Soledad. Sí. No veo que este día pueda disfrutarse de otra manera”, pensó mientras se veía reflejada en la pantalla de su celular.

Era habitual que su madre la llame y le pregunte cómo y dónde estaba, pero hoy parecieron haberse olvidado de ella. También su padre, quien siempre se ofrecía gentilmente a interrumpir sus actividades para llevarla en automóvil donde sea que tenga que ir. Melody estaba preocupada: no oyó ruidos en la casa, no los vio en el desayuno y ninguno le escribió.

Una voz la rescató de sus pensamientos. Un anciano con un libro se sentó a su lado. De repente, las mariposas empezaron a revolotear en el parque.

—Parece que una tormenta se acerca —dijo el anciano.

—Lo siento, pero no estoy de ánimo —dijo Melody suspirando.

—Déjame adivinar. ¿También te molesta el comportamiento de las personas, verdad? —quiso saber él.

—Sí. Pero no puedo hacer nada al respecto. Todo el mundo parece haber tenido una mala noche, o más de una. Además, los políticos no aportan para nada. Pero hay que ser relativamente feliz, eso les molesta —contestó Melody.

—Qué palabras tan inocentes. Se oyen muy frágiles. Es necesario ser fuerte para enfrentar los días que se vienen. El invierno será abrumador. Pronto entenderás que todo sirve a un propósito más grande, eso es lo que leí en este libro —dijo el anciano mirando perdidamente al grisáceo horizonte.

Melody sintió una angustia terrible.

—¿Perdón? ¿Quién eres?

—No es algo importante, somos más que nuestros nombres. Quiero decir, hay mucho más que conocer que un nombre. Algún día tienes que venir a mi biblioteca en Truce. Un gusto haberte visto hoy —dijo el anciano ofreciéndole su mano. Melody le respondió el saludo.

Inmediatamente una mariposa se posó sobre las manos estrechadas y duró allí lo que duró el saludo.

—No te vi nunca por aquí —contestó Melody—. Mi nombre es Melody Calloway. Vivo en la zona céntrica de Reveur, cerca de las cinco avenidas.

—La familia Calloway. He oído de ustedes. Solía leer los reportes de tu padre —dijo el anciano—. En fin, se me hace tarde. No quisiera que la noche me atrape aquí... Hmm, Noche, qué curioso. La figura antagónica de este libro así se hace llamar. Será hasta la próxima, Melody.

*¿Noche?*

—Me parece bien. Cuidado en el camino a casa, iré a visitarte cuando pueda. Mantente vivo hasta entonces —respondió Melody.

Melody volteó a ver qué camino tomaba el anciano. Pero cuando lo hizo, él ya no estaba. Fue como si hubiese desaparecido. Pero pudo ver a la mariposa roja de hace unos momentos volando hacia las nubes.

Melody no se dio cuenta, y fue la última en irse del parque.

Entre trenes y subterráneos pudo volver a Nior.

Por las noches, la estación de subterráneo se convertía en el alma de las cinco avenidas. Las luces de los edificios se reflejaban en los vi-

drios de su parte superior. Los haces de luz se repartían por las calles y le daban color al centro de Reveur.

Melody iba rumbo a su casa. Caminaba muy tranquila, trataba de no perder la calma. Las palabras de Ludwing le daban vueltas en la cabeza. De repente, sintió mucho más frío de lo habitual. Cada vez veía menos personas a su alrededor, hasta que se encontró sola en una calle a oscuras, completamente desolada. Una suave niebla empezó a escurrirse entre sus pies. Le pareció oír el revoloteo de unas aves en los cables de luz. Una pluma negra se enredó en su cabello. Era una bandada de cuervos. La niebla se volvió más espesa. Le costaba ver.

Cuando los cuervos se alejaron, lo hicieron al mismo tiempo que la niebla. Melody pudo ver, a lo lejos, un bulto tirado en medio de la calle. Se acercó paso a paso, y con cada paso su sangre se helaba cada vez más. Lo que vio la hizo quedar dura como una estaca. Su padre estaba tirado en la calle, rodeado de un charco de sangre. Tenía un agujero en el pecho del tamaño de una pelota. Su madre estaba colgando de los cables de luz, con un corte en su garganta que hacía que la sangre fluyera al piso y se juntara con la de su esposo. Melody estaba conmocionada. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Se desmayó.

Alguien pareció salir de un cristal enorme que apareció en medio de la calle y se la llevó. Ambos desaparecieron.

## CAPÍTULO 2

# Entre el Lobo y el Cuervo

El Cuervo llegó a la catedral de Chartré. Subió las escaleras y entró al sagrado lugar. Dentro lo esperaban los miembros de la Vanguardia, arrodillados ante la inmensa presencia espectral de Tánatos que impregnaba el lugar. El nuevo miembro se hizo paso entre ellos hasta llegar al altar mayor.

Era un templo enorme e imperecedero, con sus arcos de picos, y sus torres altas como agujas que llegaban a las nubes, y sus pórticos bordados, y sus ventanas de colores a la luz del día. En el Reveur material, los fieles se congregaban en la catedral de Chartré.

El Cuervo dio paso tras paso sobre la larga alfombra roja con decoraciones doradas, cabizbajo. Su andar era tranquilo, pero intimidante. Más aún con sus brazos cruzados por detrás de la espalda, a la altura de la cintura, llevando su bastón con estoque donde dormía su hoja triunfante. Por la luz de la luna que se filtraba a través de las ventanas, las salpicaduras de sangre sobre su tapado negro revelaban que la cacería había sido provechosa. Su sombrero de copa ahora le sentaba más bien como una corona a un rey.

De rodillas, contemplando el altar mayor, percibió cómo la presencia que sintió durante su llegada dejaba de extenderse por el templo para concentrarse frente a él. Se quitó su máscara ante su excelencia sin despegar la mirada del suelo.

Frente al altar, la gran cruz de Chartré quedó eclipsada por un cúmulo de nubes grises. Tomaron forma de remolino y este estalló en una ráfaga de viento helado que se extendió apagando las velas



de los candelabros que colgaban del techo y adornaban las paredes y columnas. El ascenso del Cuervo continuó con la luz de la luna que se abría paso por el vitral de las ventanas.

De la ráfaga en el altar mayor, Tánatos apareció en su forma humana, miraba al salón, como un anfitrión que observa con orgullo a sus invitados disfrutar del banquete o del espectáculo.

La Deidad de la Muerte le sonrió al Cuervo y le dijo:

—Me has servido bien, Cuervo. A pesar de que fui yo quien les ha dado el golpe de gracia, me has servido bien. No te aflijas, en su condición no hubieran escapado a su destino. ¿Los dejaste donde te indiqué?

—Así es, mi señor —dijo el Cuervo.

—Perfecto. La chica ya no será un problema. Hay que mantener el caos latente en el mundo de los humanos. La Espada del Tártaro debe recuperar su energía para continuar con nuestra conquista.

—La derrota de Hipnos y la extinción de los Oníricos nos facilitará la tarea. Gracias por librar mi mente de dudas y miedos, mi señor —dijo el Cuervo mientras acompañaba su postura con un gesto de su sombrero.

Tánatos bajó unos pocos escalones que había entre el nivel del altar y el suelo. Caminó alrededor del Cuervo y le quitó su bastón. Lo observó con mucho cuidado, como tratando de descifrar a quién le pertenecía la sangre que teñía la madera de la empuñadura. El arma de un Onírico nunca antes había probado semejante cantidad de sangre. El Cuervo rompió las cadenas que mantenían su cordura intacta. La caza fortuita de esa noche fue el fin para los Oníricos. El principio del fin para los humanos, y un nuevo comienzo para la vida en el mundo material.

Tánatos se hizo un corte en el brazo con la hoja oculta del bastón, y dejó que su sangre recorriera el metal. Bañaba a sus invitados con su sangre utilizando la hoja para esparcirla, como se reparte mermelada con un cuchillo. “¡Que la sangre de la muerte los fortalezca, hijos míos!” Así gritaba corte tras corte mientras hacía que lloviznara sangre. Era una celebración.

Se detuvo. Apuntó a la yugular del Cuervo con la espada.

—Esta ya no es un arma de las filas de Hipnos. Al igual que tú ya no eres un Onírico —dijo Tánatos mientras caminaba alrededor de él—. Tengo planes muy grandes para ti. Te nombro como el quinto miembro de la Vanguardia —dijo tocándole sus hombros con la hoja—. Levántate, Cuervo.



Fausto, el Lobo, se llevó a Melody. La puso a salvo en las afueras de Reveur.

Los aliados de Tánatos estaban en movimiento, ahora más que nunca e iban por ella. Esta era la noche con la que soñaban, la noche de la caída de los Oníricos.

La preocupación por el estado mental en el que se levantaría Melody tenía algo inquieto a Fausto. Se preguntaba si pudo hablar una última vez con ellos. Era una de sus tantas preocupaciones que le rondaban en la cabeza, pues cinco de sus compañeros habían caído en batalla, masacrados. Además, Gilbert el Zorro, su aprendiz, había sido capturado enfrente de sus ojos.

Un grupo de campesinos estaban recolectando hongos que habían nacido en un tronco.

—Ahí viene el viejo de la cabaña —dijo uno. Los otros se voltearon a ver—. Es ese tipo supersticioso otra vez.

—No hace más que espantar a las mujeres. Quizás sea el mismo y ningún otro quien hace desaparecer a las personas, por eso siempre vaga sin cesar por las noches.

—No solo asesina, sino que también es la cara del crimen y un violador lujurioso. Qué más, es el responsable de todos los pecados y crímenes. Satán lo está esperando con los brazos abiertos.

—Una vez lo vi cavar un agujero en el patio de su casa, y nunca más he vuelto a ver a su mujer ni a su hija, ¿coincidencia? Mejor terminemos rápido antes de que llegue.

—Dice que hay un dios que controla los sueños o una deidad, no recuerdo bien. Puras locuras y disparates. Yo digo que la soledad lo trata mal.

—Trae una bolsa colgando de sus hombros, ¿serán joyas recién robadas en la capital?

—No. Yo lo puedo ver bien desde aquí. Miren bien. Asaltó un burdel y decapitó a las musas.

Los tres se echaron a reír a carcajadas disonantes. Se dieron cuenta de que Fausto estaba cerca, así que dejaron todo como estaba y se marcharon corriendo campo abierto.

Fausto dejó escapar una sonrisa cuando los vio correr.

“Seguro comentaban que traigo cabezas de ovejas para algún ritual”, pensó. “Lleva dos días dormida. Pobre, con el golpe que se dio no es para menos. Los enemigos la van a buscar hasta el fin del mundo si es necesario. Se habrán dado cuenta de que el Oso no era el último Calloway. ¿Cómo poner al día a una joven cuyo mundo acaba de venirse abajo?”

Siguió pensando camino a su cabaña mientras fumaba de su pipa, pero en asuntos más serios. Todavía le faltaba acomodar a sus invitados en el jardín.

Con el tiempo del duelo a su favor, Tánatos podría actuar con total libertad.

“Yo solo no podré defender a la ciudad. Al menos puedo velar por la seguridad de las personas de las afueras. Debí haber notado la pena que agobiaba el corazón del Cuervo. Todavía me cuesta creer que nos traicionara de tal forma, en el momento en que más nos necesitábamos. La Deidad de la Muerte fue muy astuta en tentarlo con un nuevo comienzo para la humanidad. Y es sin lugar a dudas una gran ayuda para su ejército. Contar con alguien que pueda entrar y salir del Reino de los Sueños a voluntad le ayudará.”

Las circunstancias alejaron a Melody de la gran ciudad. La aglomeración urbana ahora estaba muy lejos. Los grandes tumultos de personas fueron sustituidos por árboles que le multiplicaban diez veces la edad. El invierno daba sus primeros pasos, pero las nevadas

comenzaban a ganar peso. Los prados verdes comenzaban a secarse y teñirse de blanco.

Fausto vivía en una cabaña, internada en lo profundo del bosque, rodeada de pinos y erguida en troncos de madera, que él mismo se encargó de refaccionar pues le ha pertenecido a la familia Appleseed durante todo su linaje. Era conocida por el resto de lugareños por ser una cabaña modesta, sin mucha extravagancia.

Cuando Fausto, en su juventud, decidió dejar definitivamente la Capital, arrancó desde cero en la vieja cabaña familiar. Volvió a las bases. Del casino y la noche a vivir de trabajar la tierra, en los campos de manzana. Hizo de aquella vieja piltrafa de madera húmeda e hinchada, agrietada y podrida, donde vivían insectos, un lugar confortable para pasar el resto de sus días.

Cambió la vieja madera por troncos de pino. La sala principal volvió a conocer el calor de la chimenea, las aberturas en las paredes dejaban pasar los rayos de sol que de cuando en cuando, dependiendo de la hora del día, eclipsaban los cuadros de lobos pintados a mano. La planta baja quedó reservada para lo cotidiano como el cuarto de huéspedes, baño, cocina, bodegas repletas de licor, una mesa larga en el comedor (como si Fausto recibiera visitas alguna vez).

Desde afuera parecía una de esas casas que uno dibuja cuando está apurado o una cabaña con la que se suele asociar la Navidad, lo cierto es que el techo triangular recaía desde el cielo hasta el suelo. Se dejó la planta superior para su habitación, con un espacioso balcón a donde salir a beber y contemplar la naturaleza.

La entrada estaba precedida por una puerta roja con adornos de plata. A los costados había troncos apilados equidistantes y de igual medida. Cuando las ideas negativas invadían a Fausto, la manera de calmar su mente era un tanto particular, pero al menos le garantizaba un buen abastecimiento de leña para esta época del año. Además, hachar los árboles lo ayudaba a mantenerse en forma.

Con una pipa en la mano y una botella de vino añejo, Fausto vigilaba a Melody, que por lo visto y a juzgar por el movimiento de las

frazadas aún respiraba. La cabaña estaba cálida, y la habitación de invitados por fin tenía un huésped en mucho tiempo. No era tan grande, pero para alojarse unos días era más que suficiente. En las paredes de madera había cuadros con imágenes de siluetas de personas que en conjunto simulaban un escarmiento. Algunos muebles de madera, una radio, un televisor roto (aparentemente con una maza), luces que colgaban como gotas de lluvia, un escritorio con vista a lo salvaje y una cama. Nada más que lo necesario. Era cuestión de tiempo para que despertase. Los cabellos anaranjados tendían a un costado de la cama, que se había manchado con sangre que resultó del golpe de su cabeza contra la acera.

El viejo Appleseed, perdido en el humo, buscaba las palabras adecuadas para hablarle sobre lo maravillosos que habían sido sus padres y las anécdotas con ellos de esas que se guardan para uno mismo, como se hace en los funerales. Solo que no iba a haber un funeral con una ceremonia semejante, pero sí uno muy particular... y ejemplar.

Los aspectos vinculados a la paternidad no se le daban de la mejor manera al viejo Fausto pues poco pudo ver a su hija una vez que su amada lo dejó por un magnate de la capital, alegando que él ya no la quería. Jamás supo nada al respecto de ellas desde entonces. Así, Fausto se cerró a las dependencias emocionales.

Al tercer día la chica Calloway despertó.

¿Habría sido real? ¿Habría sido un sueño? ¿Dónde estoy? Eran algunas de las interrogantes que rondaban en su mente. Le dolía la cabeza. Sentía que le iba a explotar. Vio manchas de sangre en las almohadas. Intentó levantarse, pero su cuerpo estaba entumecido, le tomó un buen rato poder reincorporarse. Se encontraba encerrada e inmóvil en una habitación que no tardó en despertarle una salvaje necesidad de huir. Completamente desorientada, saltó de la cama de una vez y no tardó en perder el equilibrio. Falta de oxígeno y circulación en la sangre, tres días sin comer ni beber. Se ayudó con una silla que estaba cerca de la cama para volver a ponerse de pie. Caminó hacia la puerta,

tambaleándose. Tocaba los muebles para recuperar la sensación de estar en equilibrio. Aturdida, la vista comenzó a jugarle malas pasadas, todo a su alrededor se multiplicaba. La habitación parecía estar de cabeza. Llegó al picaporte, y con su último esfuerzo logró abrir la puerta, pero volvió a caer.

Sin mucho tiempo que perder volvió a ponerse en pie. Le pareció ver a alguien que pasaba, pues notó a una sombra moverse rápido y oyó pasos en la madera. En busca de alguna respuesta y haciendo de la pared su guía, siguió el ruido. Paso tras paso, también se podía oír el crujido de madera siendo abrasada en una chimenea. Al llegar a la sala principal descubrió a un hombre bastante adulto avivando el fuego que atemperaba el lugar. Tenía una barba bien trabajada, los pelos blancos le tapaban las orejas y parecían ocultar algo. Algo como un parche. Sí, era un parche negro. Llevaba una camisa verde, desalineada, pero que con ayuda de los tirantes de su pantalón disimulaban el descuido de su imagen.

Sus botas rechinaron en el piso mientras se acercaba a Melody.

—Toma asiento por favor. Por aquí —dijo Fausto y señaló el sillón gris—. No cualquiera duerme una noche tranquilo en estos tiempos. Tú has dormido tres días seguidos. ¿No crees que fue un golpe de suerte?

Melody sin dudarlo se desplomó en el sillón. De a poco sus sentidos se volvían a agudizar.

—¿Quién se supone que eres? ¿Dónde están mis padres?

—La señora y el señor Calloway no tardan en volver. Me encomendaron la noble tarea de cuidarte.

—Esperaba conseguir dos respuestas. ¿Se supone que esto es un secuestro? Mi madre está con la policía, te lo advierto. Mi padre pondrá tu desgastada cara en todos los diarios.

—¿Y qué más harán? —dijo Fausto irónicamente—. Esto es un rescate, te lo aseguro. Ahora necesito que te repongas. Yo mismo te devolveré a tus padres, no quisiera tener problemas con ellos.

Fausto tomó una manzana verde de una cesta que estaba en la mesa y se la dio a Melody. Como era de esperarse ella aceptó.

—En la mesa hay más. También hay agua. Bebe y come tanto como quieras. Las manzanas las cultivo yo mismo.

—En cualquier caso, ¿a quién le debo tanta hospitalidad? —dijo Melody.

—Fausto Appleseed.

Melody echó un vistazo a su alrededor. Libros, botellas de licor vacías, papeles, recortes de diario (del formato que parecían las notas que su padre publicaba). A excepción de una ballesta que estaba en un rincón con una pala de punta a su lado, nada más le despertó una inquietante curiosidad. Pero esos objetos la dejaron intranquila. No podía fiarse del todo de aquel viejo extraño.

—¿Qué tan lejos de Reveur estamos?

—Muy lejos. No te ambientes tanto, en cuanto te recuperes nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿Dónde están mis padres? Por favor, déjame volver a mi casa. Te lo suplico.

—Creo que oí algo afuera. Deben ser ellos. Hazme el favor de revisar por la cortina.

Melody corrió las cortinas. Lo que vio la dejó atónita. Se puso pálida. Sin saber que hacer y con la mirada perdida comenzó a recordar lo que aquella noche le pareció un sueño. Las imágenes de los cuerpos sin vida de sus padres volvían a su cabeza. Y así era, tal cual se le presentaron. Ahí fuera pudo ver a través del agujero en el pecho de su padre un grupo de zorros corretear en el prado. También el corte en la garganta de su madre. Estaban sentados alrededor de una mesa redonda fuera de la cabaña, pero no estaban. Exhibidos como dos maniquíes inertes que exhiben un juego de jardín. La casa del vecino más próximo no estaba a la vista, así que Fausto no tuvo problemas en armar el escenario.

Sentado en una silla y con las piernas cruzadas sobre la larga mesa de madera, frotándose la barba, Fausto miraba el proceso. Las lágrimas habían invadido a Melody. Se agarraba la cabeza y se estiraba el cabello, como si se lo quisiera arrancar. Se dejó caer al suelo. Gritaba descontroladamente.

“¿Cómo voy a quitar esas manchas de sangre de la alfombra?”, pensaba Fausto.

El berrinche duró demasiado, más de lo previsto. El viejo Appleseed salió a ver, con sus invitados, cómo el día moría una vez más. Le aportó el tabaco a la reunión, que nunca ha de faltar entre colegas.

“Señores, permítanme llevar adelante la voluntad de Hipnos y guiar a la niña”, le comentaba Fausto al Oso y a la Lechuza. “Tánatos ha de ser devuelto al Inframundo de alguna manera”

Las sombras de los árboles se cerraban cada vez más según el sol se ocultaba. Dibujada entre ellas, Fausto observó algo que no era un árbol, no se le parecía en nada. Era una forma bastante irregular, casi de una persona. Melody le golpeó la cabeza con la pala. El viejo cayó al piso sin más.

Bajo la premisa de huir del lugar y volver a su casa, corrió. Pero una chica de la estirpe urbana nada podría hacer en un bosque frío, húmedo y con la noche tocando sus talones. Se hizo paso entre ramas, charcos, troncos y animales que aún rondaban. Melody avanzaba a paso firme. Estaba agitada. A veces se volteaba a ver su retaguardia, no sea que el viejo asesino la esté siguiendo.

Al cabo de una hora, la noche le ganó la carrera a pesar de que ella no se detuvo ni un segundo. El ambiente se tornó pesado. El aire era mucho más denso. Le costaba respirar, Melody sabía que ya estaba demasiado agotada. Y sí lo estaba, pero ya no estaba en el lado material de la realidad.

Cesó la marcha y caminó temerosa, abrigándose a sí misma con sus brazos. Era natural que hiciera más frío allí que en la capital. Tuvo la extraña sensación de estar siendo observada por mil ojos al mismo tiempo. Los pinos parecían cerrarse como garras dejando la luna al descubierto. Era extrañamente gigante y todo lo dejaba entrever con dificultad en la oscuridad.

Pensó que podía tratarse de aquel viejo homicida, pero no. Se encontró caminando a la par de alguien que llevaba una máscara que tenía forma de pico y también llevaban un sombrero de copa, giran-



do un bastón entre sus dedos. Un bastón que tenía en la empuñadura un cuervo moldeado en plata bien pulida.

—Luces preparada para una muerte elegante. No fue algo muy inteligente haber dejado al viejo.

Melody se alejó lentamente mientras caminaba hacia atrás.

—Por favor no me lastimes —dijo Melody antes de tropezar con la rama de un árbol.

—Esta vez no hay nadie para salvarte. La reencarnación de Morfeo está a punto de volver a caer.

La figura sacó una hoja de su bastón. Pisó el pecho de Melody y comenzó a rozar la punta de la hoja por la piel de la chica.

—Primero, me dirás dónde está el viejo.

—No sé de quién estás hablando. Solo salí a caminar —dijo Melody asustada.

—La mentira me saca de quicio, ¿sabes? Permíteme refrescarte la memoria.

El filo recorría el largo del brazo de Melody. Poco a poco fue penetrando muy finamente su piel, hasta que comenzó a clavarlo en la palma de su mano, como tratando de enterrar la hoja en la tierra. El alarido fue tal que las venas se le expusieron por un breve instante. Los mil ojos que la observaban ahora eran cuervos que revoloteaban y dejaban caer sus plumas.

De repente, se oyó un agudo sonido. Una flecha le arrancó el sombrero a la oscura figura.

—Si no la dejas, la próxima ya no será una advertencia, Cuervo —comentó una voz grave.

—¿Es así como el Lobo vuelve a saludar a un viejo amigo?

—Te lo pediré de buena manera. Dejas a la chica y desapareces de una vez, o tendremos que saldar muchas de nuestras cuentas a mi manera.

—Bien me gustaría. Pero Tánatos tiene planes más grandes. Supongamos que muero esta noche, ¿qué harás? Estás solo. El que no ha sido capturado es porque está muerto. Es tarde para ustedes. Fi-

nalmente, el mundo va a cambiar. Los humanos no tardarán en matarse unos a otros una vez que los míos se movilicen.

—Nosotros éramos los tuyos. La promesa vacía de un mundo nuevo es una mentira. Estás embriagado de una falsa confianza y una fe ciega puesta en la Deidad de la Muerte que más nada puede ofrecer.

Mientras Melody yacía en el suelo, la pala de Fausto y la hoja del Cuervo chocaron.

El Lobo no tuvo problemas en tomar la ventaja, sus golpes eran algo más lentos pero muy devastadores. Por otro lado, su rival era un diestro duelista de estilo muy ofensivo y violento. Sin embargo, Fausto era más audaz. No tardó en obligar a jugar a la defensiva al Cuervo, estilo que no le sentaba nada bien y entorpecía sus maniobras.

Melody no veía nada más que dos tipos dándose golpes y nombrando algo sobre deidades. Estaba deseosa de que el viejo gane el enfrentamiento. Se sintió protegida. En su desconcierto, el viejo le inspiró confianza.

El Cuervo se alejó, tomó su sombrero y enfundó su espada. Fausto clavó la pala en el suelo.

—Huye tanto como quieras. Dile a tu señor que esto recién comienza. Morfeo vuelve a caminar entre nosotros.

—En efecto, Fausto, el Lobo. Esto recién comienza. Así es —dijo el Cuervo y se desvaneció en la oscuridad.

Fausto se volvió a Melody. Estaba sentada contra un árbol llorando y con la mano bañada en sangre.

—Volvamos a casa por ahora. Todo te será revelado. Conozco a alguien que puede tratar esa herida.

### CAPÍTULO 3

## La Voluntad de Morfeo

Melody y Fausto partieron de regreso. Por su parte, el viejo llevaba la pala al hombro y su ballesta con la que le había volado el sombrero a su antiguo camarada. Melody iba quejándose del dolor en su mano, y de sus dificultades para respirar. Ahora el bosque ya no le parecía tan amenazante.

—Al menos ya no sangra tanto. Cómo le voy a explicar a mi madre que... —Melody detuvo el habla al instante.

—Es en parte enternecedor cómo a pesar de ser una joven adulta les tengas tanto aprecio a tus padres, yo odiaba a los míos. Pero debes seguir adelante. Primero debemos salir de aquí.

—¿De aquí? —preguntó Melody.

—No es casualidad que te cueste respirar. No estamos en el mundo de todos los días, aunque se le parezca mucho —respondió Fausto.

—Pero este es el bosque, esa es la luna por más grande que sea, y la noche sin estrellas, pero noche al fin.

—Y un tipo tratando de matarte, no lo olvides. Ese era el Cuervo. Donde nos encontramos ahora es un lugar llamado Oniria, una realidad paralela —dijo Fausto.

—¿Debería creerte? ¿Así sin más? —preguntó Melody.

—No es necesario. Pero quizás la próxima vez ya no esté allí para ayudarte. Tus padres conocían muy bien este lugar.

—Mis padres eran profesionales, no tenían tiempo para estos juegos.

—Muy profesionales, sí —dijo Fausto sonriendo con ironía—. Inquebrantables guerreros sin duda. En fin, llegamos.

—¿Dónde? Seguimos en medio del bosque, estamos deambulando hace horas.

Melody aún no estaba en condiciones de ver lo que había delante de ella, pero el viejo Appleseed ya conocía muy bien ese Espejo.

—No puedes verlo, pero estamos ante la presencia de un Espejo que conecta el mundo material con Oniria, la realidad de los sueños —dijo Fausto.

Era un cristal del tamaño de una puerta, tan translúcido que no parecía haber nada, excepto por el marco azul que lo delimitaba. Estaba allí, al menos para Fausto.

—¿Y de qué me sirve si no puedo verlo? Allí no hay nada —contestó Melody.

—Te lo demuestro en un segundo. No te asustes. Para que me creas ubícate de costado, cerca de aquellos árboles.

Melody se hizo a un lado viendo hacia donde estaba el supuesto Espejo, quedando Fausto frente a este.

—Ahora presta atención, porque quiero volver a mi casa lo antes posible. Estar de este lado es agotador.

El viejo hombre pasó, entre dos árboles, según Melody, pero no volvió a salir o verse continuar su camino. Ella se acercó, pero allí no había nadie.

Unos minutos más tarde, Fausto volvió.

—Hay muchos como estos, repartidos por todo Reveur. Pero no todos pueden verlos. Como verás, ni sabías que estaba ahí. Ahora que lo sabes intenta pasar a través —dijo Fausto con tono burlón.

Melody caminó al igual que Fausto, pero caminó y caminó, con los ojos cerrados. Cuando los abrió seguía ahí.

—Ahora puedes comprobar que no cualquiera puede usar los Espejos que conectan las realidades. Tal vez no lo sepas, pero es la segunda vez que estás aquí. Te contaré más cuando estemos tranquilos. Ahora ven, nos vamos.

Fausto le agarró la muñeca a Melody y se la llevó con él a través del Espejo.

En medio de la noche, se oyó que alguien golpeaba la ventana repitiendo un patrón. Un golpe suave, dos fuertes y otro suave. Pausa. Otra vez. La película de hielo sobre el vidrio se rompió. Una señora obesa de cabellos rubios y abultados como un arbusto abrió la puerta.

—Viejo holgazán ¿Te parece que estas son horas de molestar al prójimo?

—Necesito ayuda, Susan. Pero las heridas no son mías esta noche. Atiende la mano de la chica, tuvimos un pequeño contratiempo.

—Lo siento. Pasen por favor —dijo Susan abriendo la puerta de par en par—, adelante, querida. Cualquier conocido de Fausto es conocido mío.

La señora Susan atendió la herida de Melody enseguida. La desinfectó con alcohol, no le dolió tanto como el corte de lado a lado. Con cuidado, usó un poco de algodón para continuar y la envolvió con una venda.

—Muchas gracias, se lo agradezco mil veces más —dijo Melody.

—No hay por qué, querida. Estoy para lo que necesites. Ya te prepararé algo caliente para tomar.

Melody iba de extraño en extraño. Extraños sucesos, personas y, como si no fuese suficiente, lugares. La señora Susan la atendió de maravilla, sin dudas mejor que Fausto.

Conversaban como dos viejas conocidas de siempre. Hasta que un testarudo Fausto las interrumpió.

—Oye, Susan, ¿tendrás un vaso de agua con limón? No te das una idea de la ansiedad que les di a las copas de estos últimos días.

—De tus últimos cincuenta años, diría yo. Viejo borracho.

Entre risas y bromas de los dos mayores, la noche se le hizo más llevadera que cualquier otra a la hija de los Calloway.

A la mañana siguiente, Melody estaba esperando fuera de la casa de Susan, ya se había despedido. Fausto aún no salía. Pudo ver por la ventana que estaban hablando. Le llamó la atención que Susan tuviese ojeras tan negras, al parecer no pudo dormir bien a la noche.

—¿Cómo pasaste la noche, Susan? —preguntó Fausto.

—Los días largos y las noches peligrosas están sobre nosotros ahora más que nunca. Si la voluntad habita en ella, tendremos esperanzas —contestó Susan.

El dúo aventurero partió hacia la cabaña del viejo tuerto. El terreno era irregular, pero la nieve le daba cierta calma al paisaje.

—Un paso en falso y podemos caer en algún pozo que esté cubierto de nieve. Por cierto, ¿no crees que el clima está cambiando muy abruptamente?

—Tengo otros asuntos más importantes. Necesito dos copas o cinco. Apresúrate.

Melody iba por detrás de su camarada, quien se mostraba impaciente y sin tiempo que perder. De vez en cuando tropezaba torpemente por no querer perderlo de vista.

—¿Por qué el tipo de la máscara me llamó Morfeo? —preguntó Melody.

—Es una historia compleja y enredada. ¿No crees que como mínimo deberías saber quién es Morfeo?

—No digo que no lo sepa. Es el hijo de la deidad a la que los griegos asociaban con el sueño.

—... En el sentido común de la gente común. Sí —dijo Fausto mientras se revolvía el cabello blanco con ánimos de intranquilidad—. Verás, hay algo que solo vive en tu familia. Algo en lo que tu padre y todos los Calloway antes estuvieron involucrados, desde tiempos mitológicos diría, apostando mi otro ojo.

—¿Qué hay de especial en mi familia?

—Es Morfeo, lo que *hay* en tu familia. Quien una vez fue hijo de la Deidad de los Sueños en la era de la mitología. Y quien ha muerto y resucitado en tu familia una y otra y otra vez.

—Ya lo sé. Venimos de las civilizaciones griegas desde un reino muy muy lejano —dijo Melody en tono burlón al tiempo que cruzaba sus ojos y sacaba la lengua y se estiraba la melena naranja.

—Contaba con que tu padre se tomara el tiempo para hablarte de esto al menos —dijo Fausto—. Me parece sorprendente y a la vez de-

cepcionante que el gran columnista Edward Calloway no te revelara tu historia. La que cargarás inevitablemente —dijo Fausto—. En fin, llegamos.

Melody contempló maravillada cómo los árboles de manzana habían desprendido e inundado el suelo con sus frutos como si se tratase de un mar o una noche llena de estrellas.

—He cosechado mejores. Dame una mano por haberte ayudado y recógelas en las cestas. Mañana he de venderlas en la ciudad.

Le tomó hasta la tarde llenar cada una de las cestas. Algunas cestas tenían más capacidad, pero eran demasiadas manzanas; contó veinte cestas.

Entró a la cabaña y encontró a Fausto tomando una copa de vodka sin nada que la acompañe, leyendo el diario y meciéndose en la silla. El olor a alcohol impregnaba la sala.

—Terminé —dijo Melody—. Me gustaría saber más sobre el lugar de los sueños y también de este oficio de mi padre, si se puede llamar así.

—Perfecto, entonces, es un buen primer paso —dijo Fausto—. Comencemos de atrás hacia adelante. Por algún motivo u otro Edward nunca te contó sobre la Voluntad de Morfeo. La capacidad de llevar el sueño a los humanos. Protegerlos de las Pesadillas. Purificarlos, para ser más específicos.

—Jamás he visto a mi padre hacer algo así —interrumpió Melody.

—En efecto, él lo hacía muy bien. Te lo aseguro, lo he visto con mi único ojo —dijo Fausto riendo entre dientes—. No lo has visto porque simplemente no podías. Generación tras generación, en tu familia encarna la Voluntad de Morfeo. Como un legado que se transmite de padres a hijos, de a uno por vez, de ahí que solo uno puede tenerla. La suerte ahora es tuya, aunque la niegues. El tipo de la otra noche iba directamente a acabar con Morfeo.

—También insistió en que le diga dónde te encontrabas —dijo Melody.

—Qué valiente e intrépido, querer plantarme cara por su cuenta a mí con tanto entusiasmo. Así le fue. Pero volverá, te lo aseguro.

—¿Es peligroso? —preguntó Melody.

—¿Qué te parece? —contestó Fausto irónicamente—. Es un traidor, eso es lo que es. Pero sí, es peligroso si esa es tu única duda. Solía ser parte de los Oníricos, al igual que tus padres y yo mismo.

—¿No querrás decir oniros? Siguiendo la lógica griega quiero decir.

—No, y no me interesan en lo más mínimo los cuentos de hadas. Era la mejor manera que encontré de ponerte al tanto. Me refiero a los Oníricos, nosotros. Los protectores de la realidad de los sueños, Oniria —contestó Fausto y le dio una calada a la pipa con orgullo.

Luego Melody disipó el humo con asco.

—Entiendo. El lugar del otro lado del Espejo.

—Exacto, parece que aprendes rápido. Es un lugar que luce como la ciudad cuando se encuentra en equilibrio.

—Si no me equivoco, yo debería ser capaz de entrar. ¿No es así? —preguntó Melody.

—Quizás... —contestó Fausto—. Sería de gran ayuda. Siempre y cuando estés dispuesta a aceptar la peor tragedia de tu vida, y con eso no puedo ayudarte.

—¿Pero no estuve dos veces allí?

—Sí. Pero no eras consciente de ello. Era una de las ilusiones del Cuervo, él puede crear esa ilusión, es parte de lo que lo hace especial: desdoblarse la realidad para empujar a las personas dentro de Oniria. La primera vez en la ciudad y la segunda en el bosque. Está entusiasmado por su nueva tarea.

—¿Es él quien mató a mis padres? —preguntó Melody.

—Es lo más probable, aunque pueda deberse a un problema mucho más grande, tu padre estaba actuando muy raro últimamente. Por mi parte no pude hacer más que sacarte de allí sin importar de que seas Morfeo. No podía dejarte a merced del Cuervo.

—Gracias. Pero, ¿y los cadáveres de mis padres? —preguntó Melody.

—Los traje para ponerte a prueba en caso de que te interese esta cuestión de los Oníricos.



—Quiero vengarme de ese Cuervo —dijo Melody.

Una sensación extraña recorrió todo su cuerpo. Se sentía eufórica, llena de energía, y apretaba sus dientes.

Fausto se echó a reír a carcajada limpia.

—Te creeré lista cuando los entierres tú misma.

Al oír eso, bastó con un solo latido del corazón de Melody para que esa energía se disipara por completo.

—Pero yo no puedo hacer eso —dijo ella—. ¿Cómo es humanamente posible que un hijo entierre los cuerpos de sus padres así sin más?

—Nadie te obliga a nada. Pero no basta con ser la heredera de la Voluntad de Morfeo para batirse a duelo con el Cuervo. Y yo no lo haré por ti, tengo mis propios asuntos de los que ocuparme. Pero puedo darte las herramientas para cumplir esa venganza que dices querer tomar. El primer paso es aceptar la peor tragedia —dijo Fausto.

—¿Te refieres a su muerte? Pero ya acepté que se fueron para siempre. Estoy lista. Dame algo con qué golpeear.

—No es tan sencillo. Pero, si dices estar lista, te espero esta noche para entrar a Oniria. Ahora distráete un rato.



*El viejo es un tanto macabro, no ha cambiado mucho... No fue buena idea que salgas sola en medio de la noche, nos pones en riesgo... Está ahí, aún no puedes verlo... Esto es algo por lo que vale la pena morir, te lo aseguro...*

“Voy a morir de cualquier manera, así que será mejor que empecemos a movernos desde ahora, Morfeo”, dijo Melody en su cabeza.

“Así se habla. Todo esto que ha estado sucediendo tiene que guiarnos a algo”, dijo Morfeo.

Cuando la noche cayó, ahí estaba Fausto. Llevaba sus habituales pantalones negros y camisa verde, pero se puso su tapado gris debido a las molestias del clima. La chica Calloway no apareció en la puerta principal de la cabaña. Fausto pensó que se quedó dormida. Abrió la

puerta, el picaporte estaba frío. Fuera lo estaba esperando una ventisca helada que no tardó en poner sus nudillos morados.

Cuando llegó al Espejo se encontró con Melody viéndolo de frente y presumió que se le adelantó con entusiasmo.

—Ese suéter y ese abrigo de lluvia no son suficientes para este clima, te vas a resfriar o hasta quizás mueras de frío.

Melody estaba temblando, no le devolvió una sola palabra. Cruzada de brazos, con el capuchón amarillo sobre su cabeza, estaba quieta como una estatua.

—En caso de que no puedas verlo, estás delante del Espejo. Decídete. Tengo ya mucho trabajo pendiente —dijo Fausto.

—Ya no huiré a mi destino. Morfeo y yo nos hemos puesto de acuerdo —dijo sonriendo.

—Me parece bien —dijo Fausto encendiendo su pipa—. Te espero mañana para la prueba.

Al despertar del día siguiente, luego del aseo, Melody fue directamente al jardín. Pasó del desayuno y las comodidades. Allí la esperaban los tres. Los cadáveres de sus padres estaban hediondos e hinchados. La pala estaba clavada en el suelo a un costado de un saco de semillas de manzanas. Fausto estaba apoyado en un árbol con su pipa y la primera manzana del día.

—Estoy lista —dijo Melody. Su actitud era decidida y verdadera.

—Eso es lo único que quería oír. Muy bien entonces...

Fausto arrojó la manzana a un lado y le hizo un gesto a Melody para que se acercara. Sacó la pala del suelo e hizo los primeros movimientos para que ella vea cómo debía cavar.

—Es suficiente, aprendo rápido. Quiero hacerlo yo —dijo Melody.

—Apresúrate. Se están echando a perder —dijo Fausto muy serio.

Para Fausto las horas pasaron sin gloria alguna, aunque si fuese cualquier otro entierro lo hubiese catalogado como pérdida de tiempo. En cambio, Melody estaba sucia y la tierra completamente removida. Cavar dos agujeros rectangulares en la tierra llevó su

tiempo, más cuando el emprendimiento era así de peculiar. Melody cargó primero a su madre y la depositó en la sepultura. Luego se llevó a Edward, su padre. Le costó un poco más, pues era de cuerpo robusto como un oso. Fausto se ofreció a ayudarla, pero ella le devolvió una mirada seria y directa. Entonces no le quedó más que volver a su pipa.

Recién se volvió hacia Fausto una vez que los cubrió de tierra y mirándolo fijamente clavó la pala a un costado. Llena de energía le dijo:

—¡Está noche te veo ahí!

—Es tiempo de recuperar lo que nos pertenece. En especial a Morfeo.

Ambos se voltearon a ver las tumbas. Fausto movió un poco la tierra y dejó semillas de árboles de manzana. Luego fue a buscar algo a la cabaña.

—¿Qué es esto? —preguntó Melody.

—Un poco de sangre que rescaté de tus padres. Diluida con agua. Mitad y mitad, casi.

—¿Para qué?

—Para regar mis nuevos árboles. Cada uno de los que ves aquí pertenecen a los cadáveres que pude recuperar. Es una manera de preservar la naturaleza, ¿no lo crees?

Melody regó las semillas con el líquido sin saber muy bien qué decirle al respecto.

Cuando la noche volvió a ellos, regresaron al Espejo.

—¡Puedo verlo!

—Los Espejos están conectados, pueden guiarte a cualquier parte de la ciudad que conozcas.

Finalmente, Melody pudo entrar al otro lado del Espejo. Notó que llevaba un cinturón de cuero negro que tenía una hebilla con forma de mariposa que no le pertenecía y a un costado del cinturón colgaba la larga hoja de una espada ropera. Melody desenfundó la espada. La vio maravillada. La empuñadura estaba resguardada por un arco

ancho que le cubría la mano y se juntaba con un huracán de metal de donde salía la hoja fina como una aguja.

Hizo algunos movimientos rápidos, puesto que era bastante ligera.

—Con esto sí que se puede golpear. Vamos por el tipo de la máscara.

—Ahora no le harías ni cosquillas —dijo Fausto riendo.

El cinturón de Fausto tenía en la hebilla la cabeza de un lobo. Llevaba una pala negra y puntiaguda, con filo en los bordes. Del lado izquierdo colgaba una pequeña ballesta.

Se oían ruidos en los arbustos y el viento silbaba, y las copas de los árboles iban de aquí para allá. Una extraña figura envuelta en una túnica negra apareció cerca de ellos. Detrás de eso, tres lobos enormes y robustos se preparaban para embestirlos.

—En guardia, Morfeo —dijo Fausto—, aquí vienen.

Fausto atravesó rápidamente el ojo de uno con una flecha al tiempo que alejaba a la otra bestia con la punta de su pala. Melody fue desarmada enseguida. Uno de los lobos estaba sobre ella con las fauces abiertas, pero Fausto le dio una patada a la espada ropera, deslizándola hacia la desventajosa posición de Morfeo. La Mariposa dejó reposando el aguijón en el pecho de la bestia sin querer cuando esta intentó morderle el hombro.

El suelo se tiñó de rojo donde los tres cadáveres yacían. La figura negra observó todo, pero había desaparecido cuando terminó el combate.

La Mariposa se encontraba aturdida, todavía estaba echada en el suelo.

—¿Qué fue eso?

—No te preocupes, aprenderás a lidiar con cosas como estas. Aún hay algo que me inquieta por demás. Ven, necesito que nos crucemos de nuevo. Tengo que ver a alguien.

Melody se levantó y recuperó su espada ropera.

—Necesito que te concentres en la estación de subterráneo al cruzar. De lo contrario, solo volverás a la realidad.

—Creo que no tendré problemas. ¿Puedo cerrar los ojos mientras tanto?

—Haz tantos gestos como quieras —dijo Fausto harto de lidiar con novatos.

En un santiamén, estaban en lo que llamaríamos la estación principal de Reveur, solo que en emprendimientos místicos era conocida como la Cúpula de Hipnos.

## CAPÍTULO 4

# Velvet y los Acróbatas

A Melody le sorprendió la rapidez con la que llegaron a la ciudad, quizás un medio de transporte así le salvaría mucho tiempo que podría usar para ver atardeceres. Todo era tal cual lo recordaba, solo que la estación de subterráneo estaba algo distinta. Parecía un antiguo palacio griego. Construido en forma de cúpula con bloques blancos, con relieves y columnas alrededor, rodeado de un anillo de fuego. Era el único resplandor de la desolada ciudad bajo la tenue luz de la luna inundada de sombras que iban y venían en forma de pequeñas criaturas hechas de una negra bruma, sin rostro, pero con unos faros violetas por ojos. Saltaban y corrían, y trepaban por edificios.

—¡Se está incendiando! —dijo la Mariposa

—Tranquila, no queremos hacer un número aquí... no todavía.

Se abrieron paso cautelosamente, pero como quien tiene algo que ocultar.

—¿Cómo se supone que pasaremos este muro de fuego?

—De la misma manera que pasaste a través de los Espejos.

“No te quemará, no temas”, dijo Morfeo.

Melody tocó la cortina de llamas como si fuese un crecido pastizal. “No, no quema”, pensó.

“Te lo dije”, contestó la voz de Morfeo dentro de su cabeza

Cuando pasaron las arqueadas puertas, la calidez del verano invadió a Melody. El lugar estaba impregnado de un aura cálida y bondadosa, al igual que llegar a casa luego de un fatídico día.

—Esas pinturas en las paredes no están del otro lado.

—Es un mural con todos los que estuvieron antes que nosotros —dijo Fausto mientras se desprendía de su equipo.

—Debe haber cientos o miles, son ángeles maravillosos. ¿Quiénes son esos nueve que se inclinan ante el ángel más grande?

Las paredes curvas tenían ángeles de todas las edades pintados con extrema paciencia. Y entre ellos, nueve grandes animales se mezclaban como si los estuvieran cobijando y protegiendo. En el centro, el ángel mayor. El más grande de todos, el más divino. De alas emplumadas y largas que le daban la vuelta al lugar como si lo envolvieran en un manto blanco. Frente al ángel, nueve seres humanos arrodillados de los cuales tres estaban por delante recibiendo quizás la bendición del ángel mayor.

—Ese ha de ser Morfeo —dijo Melody.

—No. Ese es su padre, Hipnos. Morfeo es uno de los tres hermanos. Es ese de quien su alma ahora viaja en tu familia. Esos fueron los primeros Oníricos, los primeros protectores.

“Una exquisita pintura, ¿no lo crees, niña?”, susurró la voz de Morfeo.

“Por alguna razón siento que pertenezco a este lugar”, dijo ella.

—Mmm, Fausto, ¿qué son esos cuatro pedestales en el suelo?

—Las llamas azules del alma de Hipnos solían arder ahí, quizás tu padre consiguió extinguirlas de alguna forma. Habrá tenido sus motivos, se comportaba de manera muy extraña poco antes de fallecer aquella noche.

Fausto dejó que la joven se familiarizara con el lugar. Desde las escaleras que bajaban a la sala que usaban para entrenar con sus armas le pareció oír una voz familiar.

Encontró a Lupinel en el suelo y a su espada carmesí tirada con su capa y su sombrero de mosquetero rojos. El sombrero tenía una pluma negra. El traje blanco era un frac que estaba desgarrado por todas partes, y él parecía haber estado sometido a cortes y arañazos.

Intentó despertarlo. Los sacudió y le dio cachetadas en la cara, pero nada. “Quizás Susan sabría qué hacer”, pensaba Fausto. “Tiene

pulso. Eso es bueno. ¡Qué bien me vendría un trago!”. Llamó a Melody con un grito que retumbó por el lugar: “¡Niña!”

—Qué elegante. Ese cinturón... el águila, ¿verdad?

—Sí. Lupinel, el Águila. Ahora ayúdame.

—¿Qué le sucedió?

—A esta altura no me sorprende que el Cuervo sea el responsable. Necesito que lo cures.

—¿Curarlo?

—Creo que es mucho pedir para tus capacidades tan prematuras. Pon tu mano sobre su cabeza, como las impone el ángel de la pintura.

Fausto tenía a Lupinel apoyado sobre sus rodillas. La chica Calloway se agachó y colocó su mano sobre él, pero no pasó nada. Lo intentó una y otra vez.

—Creo que no confío realmente en esto. Pero ese tipo, el Cuervo, desearía matarlo.

—Para desencadenar los poderes de Morfeo deberás dejar que la calma y la quietud te controlen. Déjate llevar. No pienses en el Cuervo por ahora, no tiene sentido. Él te abriría un tajo en la garganta antes de que te des cuenta de que cruzaste el Espejo. En cambio, Lupinel podrá ayudarte, es un buen duelista.

Melody volvió a intentar luego de ver la gran imagen una vez más. Si su padre hubiera podido hacerlo, ¿por qué ella no? Ahí fue de nuevo, respiró hondo y posó su mano sobre el cabello castaño y ondulado de Lupinel, quien volvió en sí como quien ha sido sumergido en el agua contra su voluntad por más de lo que puede aguantar. Aunque, de un segundo a otro, ella se encontraba paralizada de dolor. Cientos de cortes invisibles pasaron por su cuerpo como si los hubiese recibido ella.

Despertó y quiso desenvainar rápidamente con un corte visceral pero no encontró la espada en su cinturón. En cambio, encontró a Fausto y se sintió aliviado.

—Así que sobreviviste, perro pulgoso —dijo Lupinel riendo débilmente—. ¿Dónde está Edward? —dijo el Águila.



—Enterrado en mi jardín. Acabaron con él. Pero tengo a su hija  
— Fausto señaló a Melody.

—La Deidad de la Muerte apareció. Es lo último que recuerdo... y el Cuervo me seguía y...

Melody interrumpió:

—Y te dejó todos esos cortes. Que mal la has pasado.

Ambos vieron a Melody luchando por no caer al suelo aguantándose por una pared, temblando.

—Ya te habrás dado cuenta de que para curar debes absorber parte del daño —dijo Fausto.

—Me lo hubieras dicho antes para prepararme mentalmente al menos.

—Sea bienvenida a este lado, señorita Melody —dijo Lupinel el Águila—. Permítame ayudarla.

Lupinel recogió su capa y su sombrero. Se abrochó el cinturón y le mostró a Melody algunos movimientos para poder sobrevivir ahí fuera.

Es incierto cuánto tiempo pasaron, pero las horas corren más lentas de este lado.

—Aprenderás a sobrevivir con eso. Pero recuerda la elegancia. Tienes poca gracia en tus estocadas, poco estilo. Pero pronto mejorarás si te lo propones y serás mejor que yo inclusive.

Fausto interrumpió:

—Tenemos trabajo, hay que eliminar algunas Pesadillas.

—Momento de practicar, señorita Melody.

Melody los siguió. Cada vez estaba más convencida de que esto era real y podría estar en serios problemas si lo tomaba a la ligera.

Lupinel iba caminando a un costado de ella. Muy tranquilo y con la mano sobre la empuñadura de su espada le dijo:

—En la realidad de los sueños, las personas que no son como nosotros se manifiestan como Orbes cargados de energía. Los miedos de las personas se manifiestan en siniestras criaturas hechas de una bruma negra y espesa a las que conocemos como Pesadillas. Uno

de los problemas más leves es que no te permiten descansar, pero eventualmente pueden matarte de un colapso nervioso o un ataque al corazón, o manipularte. Quizás esa sea la razón por la cual uno se levanta cansado después de dormir, de cierta forma consumen a las personas.

Un grupo de cinco sombras estaban dirigiéndose a un edificio, presumiblemente un hotel. Un festín garantizado sin duda. Iban como hienas salvajes a carroñar la energía de los Orbes.

Un silbido muy agudo chilló en el aire. Era una de las flechas de Fausto.

—¡Ahora, Melody! —Lupinel saltó sobre las sombras y de cabeza en el aire cortó a dos a la vez. Aterrizó e hizo un gesto con su espada antes de guardarla.

La Mariposa pudo con una que se había retrasado. Pero otra se le vino encima. No podía darle ninguna estocada. Era un humo negro que podía deformarse si quería y escurrirse entre sus piernas y por el suelo. Torpemente Melody intentaba, pero no lo conseguía hasta que en un error de cálculo tropezó y la sombra tomó su forma de Pesadilla sobre ella. Pero consiguió agarrar a esa cosa del cuello y la estampó contra el suelo. La decapitó con su espada ropera.

—¿Se encuentra bien, señorita Melody? —dijo Lupinel—. La próxima vez con más gracia —dijo mientras hacía gestos en el aire con una espada imaginaria.

Fausto los llamaba. Una de las Pesadillas había capturado a una presa. El brillo del Orbe se apagaba. Se estaba corrompiendo y oscureciendo debido a que la Pesadilla lo atormentaba.

—Es tiempo de que aprendas otra habilidad. Ten esto y purifícalo con tu mano —dijo el Lobo—. Atrápalo.

La luz tenue se estaba consumiendo y se escurría de sus manos en forma de bruma negra como arena por sus dedos. Guardó su espada y apoyó su mano sobre lo que quedaba del Orbe sin corromper. Poco a poco comenzó a brillar otra vez hasta que centelló y desapareció volviendo a su dueño cargado de nuevos sueños.

—La cura y la purificación. Tu padre estaría orgulloso. Los Oníricos y el mundo sin duda necesitan de Morfeo. Gracias por tomar este camino —dijo Fausto, el Lobo, en un tono solemne cargado de honestidad.

Cazaron más Pesadillas por un largo rato. Melody no tuvo problemas en purificar Orbe tras Orbe. Veía cómo Lupinel hacía esgrima con su espada escarlata y trataba de imitarlo, aunque las Pesadillas también la rasguñaban y jugaban con ella cambiando de forma cada vez que buscaba cortarlas.

Exhaustos de estar en Oniria, volvieron a la Cúpula de Hipnos. El cansancio parecía estar afectando también a Fausto, quien se mostraba muy preparado para su tarea.

—Sobre todo lo que pueda pasarme solo quiero poder cumplir con mi deber—dijo la Mariposa con firmeza.



Era domingo por la tarde en el segundo día de abril. De este lado todo siguió su curso. Por mucho acero y enemigos que puedan habitar en una realidad casi mitológica pero paralela, digamos que los cheques seguían venciendo. Y el gobierno siguió mandando a la policía a las calles a entrevistar sobre opiniones acerca del rey. Todo peatón debía ser interrogado. No eran policías cualesquiera. Eran más bien robustos hombres con protecciones de fibra de carbono y gafas de sol, y caras limpias de tipos rudos y mal pagos. Armados, sí. Eran todos idénticos. Mismo corte, mismas gafas, mismo uniforme. Iban en camionetas donde llevaban unas cajas blancas que parecían ataúdes.

—Alto ahí, policía. Dígame usted su nombre y apellido.

—No le interesa quién soy o de dónde vengo y a dónde voy. Y antes de que lo pregunte, no creo que el rey esté haciendo un buen trabajo. Y mire usted, ¿cree que habría tanta miseria en las calles si así fuese?

—Atrápenlo —informó el oficial por la radio.

De la camioneta, los bien uniformados se dirigieron hacia el peatón. Le dieron una golpiza que jamás olvidaría para hacerlo recapacitar sobre su postura.

La calle estaba poblada, pero mejor no intervenir en estos asuntos. Aunque sí dejaba una lección: hacerse entrevistar si fuese necesario. Se les fueron obsequiados muchos créditos en sus tarjetas cuando la encuesta estaba completa. Los que se resistieron fueron llevados en las camionetas, como si fuesen ganado. Así, muchos respondieron al llamado de los favores del rey.

Un grupo de acróbatas y mimos estuvieron exentos de la encuesta. Eran cuatro que actuaban en los semáforos acompañados por un jazz en un equipo de música. Tres eran niños, y la otra parecía ser la mayor como si de la hermana más grande se tratase. Uno de los niños hacía malabares con cuatro pelotas de colores: rosada, roja, negra y verde; como el color de cabello de los artistas. Los otros dos niños se pasaban varas de madera en llamas que no se consumían (puesto que eran mera utilería) a través de la circunferencia que formaban las pelotas en el aire. Lanzaban y atrapaban mientras el malabarista tenía una raqueta de ping-pong en la boca manteniendo en equilibrio una casa de cartas. La mayor llevaba un vestido negro como su cabello de corte carré y calzas amarillas. Los ojos verdes bien delineados, los labios pintados de rojo y la cara pintada de blanco, como un mimo. Empujaba una pared invisible, tiraba de una cuerda, subía escaleras y otro de sus números comprendía estar encerrada en una caja. Sin estarlo, ni trepar, ni subir, ni tirar nada más que el aire.

El grupo se distrajo de su actuación en el semáforo cuando vieron cómo se llevaban a las personas cautivas. Se reagruparon en la esquina cuando el semáforo cambió a verde.

—A ver: Maravilla, América, Capitán, Veloz... ¿Veloz?

—Veloz escapó a hacer de las suyas otra vez —dijo Maravilla.

—Tranquila, Velvet. Ya regresará cuando lo pesquen con las manos donde no debe, el pequeño aún no sabe robar como nosotros —dijo Capitán.

—Hay muchos policías recorriendo las calles. Esto es mucho más serio —dijo Velvet.

En el ruidoso día a día de la capital en el grupo de acróbatas se oyó un grito entre los peatones: “¡Velvet!”. Era la voz de un pequeño niño, de no más de nueve o diez años, con el cabello teñido de azul que en su pícaro rostro llevaba un rayo dibujado en la mejilla. En el frío de la ciudad, él iba en remera y descalzo y con pantalones cortos. El ladronzuelo era perseguido por el dueño del casino, un oficial y una camarera de cafetería. La marcha del dueño del casino iba disminuyendo, pero alcanzó a amenazarlo con su último aliento:

—¡No vas a volver a poner un pie en la calle cuando te atrapen!

Luego de detenerse la camarera volvió para ayudarlo antes de que su obesidad lo hiciera trastabillar con un infarto.

A ambos les resultó extraño que el oficial se detuviera. Veloz no solo era, justamente, veloz, sino que también era ágil y escurridizo. Se deslizaba sobre los autos, iba de calle en calle, se escurría entre los peatones y su botín seguía intacto. No perdió una alhaja en todo el camino, ni relojes, ni tarjetas con créditos, ni una carta de póker.

Sus amigos vieron el gesto que él les hizo con la mano y entendieron que debían guardar sus pertenencias y huir al refugio.

América sacudió el hombro de Velvet, que estaba pensando en la cena de la noche.

—Está haciendo la señal, deberíamos apresurarnos, ¿no?

—Así es, mocosos, nos vamos. La función apenas comienza —contestó Velvet.

Capitán les pidió por favor que dejen de perder tiempo y se apuren.

Maravilla era la menor del grupo. Tenía el cabello largo hasta la mitad de la espalda y su rostro era muy enternecedor, no más de seis años. Observó cómo Veloz fue interceptado por otro oficial que le cortó el paso. Le quitaron su botín y lo esposaron. Pero no lo subieron a una camioneta, en cambio se lo entregaron al dueño del casino. Los oficiales preguntaron a que grupo pertenecía y allí hubiesen ido

si no fuese porque el semáforo cambió de color y los autos reanudaron su marcha.

El quinteto habitaba en los suburbios de Reveur. Era un lugar de torres idénticamente iguales asentadas en ladrillos y cemento. De callejones húmedos y adoquines desalineados donde no es la mejor idea ingresar si no se conoce el lugar. Uno podía pasar días y días deambulando en ese laberinto suburbial.

Algunas manzanas antes de llegar a su piso se separaron. Todavía algunas patrullas los seguían, algunas se atrevieron a entrar. Capitán se ocultó dentro de un contenedor de basura. América se metió en un arbusto bastante grande de hojas rojas que se camuflaban con su cabello. Maravilla trepó a un árbol de hojas rosadas. Velvet esperó en las sombras bajo la escalera de algún edificio.

Si bien estaban distribuidos, no se encontraban tan lejos, aun así, cada uno tenía un comunicador negro colgado en el oído. La señal era privada, e inexistente para los equipos más sofisticados. Capitán y Veloz habían hecho un excelente trabajo alterando las señales de los satélites.

—Velvet, ¿los ves? Apesta aquí dentro —dijo Capitán.

—Falta poco, parecen bastante desinteresados. En cuanto pueda, les diré uno por uno quién puede correr a casa. Esperen la señal. Esperénla —dijo Velvet.

La conexión se cerró, pero a los pocos minutos se abrió el canal otra vez.

—Capitán no te muevas, no te asustes. No respire si es posible.

Un grupo de uniformados pasaba cerca de los contenedores y los agitaron y los golpearon. No encontraron nada. Se alejaron al pequeño parque que estaba en la manzana siguiente.

—Ahora, Capitán. Vía libre. Las llaves están debajo de la alfombra.

Las personas que volvían del trabajo a sus casas, apenas advirtieron que había una suerte de operativo policial, estaban muy cansados. Las ojeras eran negras y el interés poco.

Desde lo alto de la copa del árbol, Maravilla vio que el grupo de oficiales desenfundó sus pistolas. Lejos de ponerse nerviosa, trepó hacia una parte quizás más segura, dependía de que tan bien mezclara su cabellera con las hojas. No tenía mucho sentido tener gafas térmicas con un matorral de hojas frente a ella. La visión térmica se activó con un botón y ahora sí, podía ver las cartas que jugaban los oficiales. Y no esperaba más que la representación del calor, pero hubo un repentino incremento de temperatura. Un anciano y su perro iban caminando. El anciano tropezó con un oficial. Intentó pedirle disculpas, pero el policía lo empujó al suelo. El perro mordió la pierna del policía. Este le disparó sin piedad a ambos. Después, siguió su camino.

El sonido de la línea abriéndose otra vez:

—Maravilla, abajo. Zona despejada. Capitán ya está en casa —dijo Velvet—. América, ¿sigues ahí?

América volvió por su cuenta cuando consideró que la zona estaba despejada.

Se oía un jazz rápido de batería precisa y el ruido de latas de refrescos abriéndose.

—Digamos que me dio sed y no pude esperar —respondió América.

## CAPÍTULO 5

# Una batalla inevitable

Cuando el grupo de Oníricos volvió de la exitosa cacería, el paso dentro de la Cúpula de Hipnos estaba bloqueado por cuatro figuras. Vestían túnicas negras con capuchas de corte casi triangular que ocultaban sus rostros en una oscuridad que parecía una ventana al universo.

A la cabeza del grupo había un quinto que estaba envuelto por un delicado manto negro con bordados de oro. No tuvo necesidad de una capucha, no tenía nada que ocultar. Deseaba que vieran muy bien su rostro pálido como el papel, de ojos negros como la noche y ondulado cabello rubio como olas de un brillante y codiciado metal derretido.

Los Oníricos estaban cada vez más cerca.

—Ni se les ocurra jugar a los héroes —dijo Fausto.

—Pero ese chico está en peligro —dijo Melody.

Insistió en salir corriendo hacia él, pero Fausto le posó la pala en el pecho y Lupinel la mano en el hombro.

—Es demasiado tarde y aun tan pronto, señorita Melody —dijo Lupinel—. Deje que el Lobo se encargue.

Bajo la blanca luz de la gigantesca luna que alumbraba a la Cúpula de Hipnos por detrás, finalmente los Oníricos volvían a estar frente a la Vanguardia.

—La Deidad de la Muerte nos visita. ¡Buenas noches, su santidad! ¿Dónde quedó su majestuosa presencia divina? Recuerdo que la leyenda sobre la Deidad de la Muerte, Tánatos, narraba algo sobre un ángel de alas negras que podía transformarse en humano.



—Te advertí que no volvieras aquí, Lobo. Luego de haberlos masacrado en su propia realidad aún te quedan ánimos de insolencia —dijo Tánatos.

—Así que tú eres el que está detrás de toda esta locura —dijo Fausto mirándolo con enojo.

—El Cuervo me ayudó a romper la barrera entre Oniria y el Inframundo para que mis subordinados hicieran su trabajo tan pronto como les fuese posible mientras yo salvaba a mi hermano de ser asesinado por Morfeo.

—Entonces —dijo Lupinel—, el Oso realmente nos traicionó y atacó a Hipnos... Eso es imposible.

—Así es, Águila, al revelarse contra Hipnos no me dejó otra alternativa más que resguardar los cuatro fragmentos de su alma con la Espada del Tártaro para salvarlo —dijo Tánatos con una fina sonrisa malévola que se dibujó en su rostro—... o quizás solo fue la excusa perfecta para robarle su realidad y recuperar la tierra que nuestra madre esculpió a semejanza de la nuestra para los sucios humanos.

Comenzó a andar de un lado a otro y a tararear mientras sus hombres se arrodillaron alineados mostrando el merecido respeto. De pronto, el aire se agrietó como la roca. De la fractura que conectaba con las profundidades del Inframundo apareció el Cuervo a sumarse a la reverencia y la herida de Melody no tardó en comenzar a arder como la arena caliente cuando apareció.

—Lo tengo —dijo Tánatos—. Un castigo sin violencia, como me fue asignado por mi madre. Este invierno durará por la eternidad. Los humanos serán sometidos a una lenta y agonizante muerte, sin poder dormir, y eventualmente caerán en la locura debido a la presencia de la Vanguardia por estos lugares. Las Pesadillas se han doblado ante mí. Pagarán por el atrevimiento del Oso, y por la insolencia de su esposa al intentar lastimar mi cuerpo. —La Deidad de la Muerte se volteó a ver la luna y extendió su palma abierta hacia ella—. Sin Deidad del Sueño ni Oníricos suficientes para detenerme, será solo cuestión de tiempo, madre. Devolveré la Tierra a como tú la concebiste.

Melody comenzó a molestarse por cómo difamaron a su padre.

—Mi padre jamás podría ir en contra de sus obligaciones —dijo Melody con su mano deslizándose por la empuñadura de su espada ropera.

—Quieta —dijo Tánatos con una ráfaga de viento que sopló al notarse su cólera—. Él es responsable de todo esto. Quería más y más poder. Usurar el puesto de la Deidad del Sueño y librar del peso de Morfeo a su hija. Ahora...

—Ya sé cómo te sientes —interrumpió Melody—, yo también he perdido a mis padres, pero eso no te da derecho a extinguir a los humanos para recuperar lo que sea que quieres recuperar. Solo sirve para disimular tus ánimos de conquistar esta realidad.

—Quizás tengas razón... Pero es un pequeño precio a pagar con tal de recuperar la creación de mi madre. Te propongo un juego, Morfeo —dijo sonriendo—. Ahora que la Vanguardia llegó a Oniria, las cosas van a ser un poco diferentes. Las cuatro Vanguardias han sido recompensadas con las Llamas de Alma de Hipnos, lo cual me da una excelente idea. Notarás en los días venideros que algunos muertos volverán a tener un papel relevante en la ciudad... Si logras recuperar a Hipnos, les devolveré Oniria. Eso me asegurará que estoy en presencia de un Morfeo que vale la pena. De lo contrario, los Tres Jueces del Inframundo los estarán esperando.

—No le temo a la noche. Seguiré el legado de mis antiguas generaciones. Si alguien ha de recuperar algo seremos nosotros, los Oníricos. Recuperaremos a nuestro Señor.

—Recuerda, Morfeo, en caso de que necesites alguna motivación extra. Fui yo quien mató a tus padres. Te ruego que me disculpes, pero era tu familia o la mía —dijo Tánatos sonriendo irónicamente.

La mano de Melody dejó de arder cuando el cuervo abrió una de las Grietas al Inframundo y se comenzaron a marchar en fila.

Una de las figuras de negro, la última de la fila, se acercó a Melody antes de abandonar este lado de la realidad. Era bastante robusta. Llevaba un lobo atado con una cadena y una vara en forma de U en

su espalda. Les entregó tres tarjetas violetas, con un texto breve. Tenía una imagen del casino de Reveur de fondo.

**“Los invito a mi nueva casa. Apostaremos y reiremos. Si me ganan la partida, puede que el primer fragmento sea suyo”.**

**Gilder Glittery**

—Acepto tu invitación... ¿Gilder? —dijo Melody. El nombre le sonaba extrañamente familiar.

—Mi nombre es Mham, la Vanguardia de la Avaricia. Los espero dentro de tres días.



### *Día 1*

“Noches más extrañas si las habrá”, pensaba recostada en su cama mirando al techo, con sus brazos extendidos como si estuviera crucificada.

Comenzaba el amanecer. La madrugada había sido tan fría que al despertar Melody vio cómo el pasto del jardín de su casa estaba teñido de un blanco gélido que encandilaba su vista con los primeros rayos del sol.

La casa llena del regocijo de la familia ya no existía. O al menos de una familia tradicional. Ahora solo contaba con su gato, Quasimodo, en su círculo más cercano.

“Debo buscar una manera de poder pagar la renta. Tener habilidades del hijo de una Deidad no será suficiente para hacerle frente al fin de cada mes”.

Bajó las escaleras. El crujido retumbó en toda la casa, puesto que el silencio era casi sepulcral. El ambiente se alegró con el sonido de los cascabeles en el collar de Quasimodo y con las canciones que escuchaba Melody.

Aún le quedaban granos de café molidos en un frasco de vidrio que estaba en la larga mesada roja, al lado de la cafetera. La configuró a su gusto.

Fue a la oficina de sus padres mientras recorría la casa con su taza caliente. Los informes y las imágenes seguían ahí.

“Gilder... Gilder... ¿dónde he oído eso antes...?”

Una de las imágenes pertenecía a un tipo de los que lucen poderosos en términos de sociedad.

El breve informe decía:

**Gilder Glittery, desaparecido hace dos años.**

**Aparecido empalado en la iglesia de Chartré.**

**Razones: asuntos de mafia.**

**Empalador: desconocido.**

**Ocupación: director del casino; líder de la familia D’Alterier.**

“Debió haber sido doloroso si aún respiraba”, pensó Melody. “Aunque el nombre y el casino se parecen a los de la tarjeta. No. Son los de la tarjeta. Pero Gilder murió hace dos años, según los informes de mamá, debo estar malinterpretando el mensaje”.

Melody caminaba por su casa con Quasimodo colgando de su abultado cabello. Veía pasajes de su niñez en cada rincón. Parecía un lugar mucho más grande ahora.

“Debería llevarles flores cuando vuelva a la casa de Fausto”.

Mientras cerraba la puerta al salir de su casa olía a gas. Quizás se volvió a romper una de las cañerías. Vio que el niño que vive al lado lloraba sentado en las escaleras de su puerta.

—¿Qué sucede, chiquillo?

—Tuve una pesadilla. El monstruo me decía: “ven a jugar, abre las llaves”.

—... ¿llaves?

—Me susurraba al oído que abriera todas las llaves de gas de mi casa. Me hizo levantar y hacerlo. Pero yo no quería.

—Oye, ¿y tus padres? Siempre es bueno pedir ayuda.

—Lo intenté, pero ya no despiertan. No debería estar contándote esto. El monstruo me dijo: “no le digas a nadie, o volveré para jugar contigo”.

El niño se rompió en un llanto que fue más fuerte que el abrazo que le dio a Melody.

Una brisa abrió la puerta de la casa. El olor a gas se intensificó. Se podía ver que el empapelado de las paredes estaba humedecido. La madre salió con una sonrisa muy fina y las ojeras bien marcadas.

—No le des tanta importancia, es solo un niño que está aburrido. Ven, cariño, es hora de jugar —dijo la madre y lo agarró de los pelos. Lo llevó dentro de la casa.

—Tranquilo, volveré para ayudarte.

Por lo pronto, llamó a la policía y a los bomberos. Aunque la verdadera ayuda estaba en camino, pero era demasiado temprano.

Había dejado el café a medio terminar antes de salir de la casa. Pero cuando se acordó ya estaba a medio camino de la universidad.

“Ludwing me va a regañar por no haber asistido estos días. Y peor, me faltan trabajos que terminar. No me puede matar por no haberlos hecho, que es lo peor que podría ocurrir. Además, tengo una buena excusa.”

En su camino se maravillaba de lo tranquila que podría resultar la ciudad del otro lado sin tantas personas alrededor, pero no podía evitar sentir lástima por todos ellos.

“Algunos parecen más muertos que vivos. Al parecer el trabajo de los Oníricos es importante. Más de lo que parece”.

Algunos caminaban lentos como tortugas, con ojeras hasta el suelo y otros encorvados como viejos árboles.

“Es una responsabilidad enorme, debo mejorar y superar a mis padres. La mejor forma de ser Morfeo es siendo Morfeo”, se decía a sí misma mientras apuntaba a los peatones con la palma de la mano.

En una de las pantallas grandes de los edificios, las noticias informaban que una gran fiesta se celebraría. El director del casino había vuelto a aparecer y lo festejaría a lo grande: una fiesta de tres días sin parar.

En la pantalla se mostraba una imagen de la tarjeta de invitación. Melody recordó que tenía la tarjeta en su bolsillo.

“Fausto debe conocer ese lugar, los viejos siempre saben todo”.

Un escalofrío sacudió su cuerpo cuando vio dónde se debería ubicar el mural en la realidad de los sueños dentro de la estación. Claro que ahí no estaba, solo estaba la pantalla que anunciaba los viajes proyectada en grande sobre la superficie curva.

“¿Seré lo suficientemente fuerte?”, pensaba mirando más allá de la imagen y la pared y más allá de todo, con una nostalgia invasiva.

En el vagón, iba dormitando viendo la poca claridad de los túneles. Los libros pesaban toneladas y la poesía rebelde al ritmo de guitarras y tambores y teclas que escuchaba en sus audífonos era suficiente para mantenerla despierta. Más cuando la pesadez del viaje estaba ahí y los malabares con pelotas de colores que la niña con cabello rosado hacía la hipnotizaban.

Sonando despierta, una máscara con forma de cuervo apareció como un súbito destello en una de las ventanas.

“Melody, tranquilízate por favor”, se dijo.

Había policías por demás, y no había ninguno que no estuviera interrogando a las personas: la primera pregunta era siempre su opinión sobre Farhust y la segunda sobre la identificación. Melody había olvidado su identificación, pero no su identidad.

Tomó otra salida y los evadió como quien escapa de la ley. Cualquier dirección era mejor. Se puso la capucha y caminaba cabizbaja, mirando de reojo. Hasta que chocó con un agente, quien la detuvo por no tener una tarjeta que acredite que ella era efectivamente Melody Calloway.

Habían agarrado a un tipo grande y gordo. Su piel no podría soportar la tensión de tanta grasa. Llevaba un traje blanco y moño negro.

—Les digo que soy Gilder Glittery, director del casino. Aquí está mi identificación. La niña viene conmigo.

Los oficiales los dejaron seguir, después de todo era el director del casino.

—Gracias por eso —dijo Melody—. ¿Tú eres Gilder Glittery?

—Desde el día que nací. —Le dio unas monedas de oro—. Cuídalas. Es oro auténtico. Puedes cambiarlas por muchos créditos si te hacen falta.

Melody se apresuró a llegar a la universidad.



Caía la noche. Velvet puso un pie dentro del departamento. Lo primero que encontró fue a los niños revoloteando por el alborotado lugar. Los cables de los equipos recorrían el piso como raíces de árboles y las pequeñas luces que parpadeaban en la sala de computadoras indicaban actividad normal.

América y Maravilla estaban jugando una guerra de almohadas, Capitán estaba tirado en el suelo leyendo cómics de ladrones.

Los platos estaban sucios, la ropa también. Había latas de refrescos que América dejó tiradas y luces prendidas por demás.

—Arreglen este lugar antes de que me enoje. Otra cosa: ¿dónde está Veloz? No puedo localizar su ubicación —dijo Velvet intentando una vez más contactarlo con su reloj.

Capitán se puso de pie.

—Creo que querrás ver esto.

Fueron a la sala de computadoras. Tenían una docena de pantallas de distintos tamaños, y una más grande en el centro.

—Estuve usando el Ojo para acceder a las cámaras. Al principio no creía posible que se lo llevaran al casino, pero Maravilla estaba en lo correcto. Revisa esto.

Eran imágenes de Veloz esposado dentro una de las oficinas del casino.

—Activa el Ojo —dijo Velvet—. Ese tipo repugnante volvió a aparecer de alguna manera.

Capitán accedió en tiempo real a la cámara del salón principal en el casino.

La imagen en el monitor mostraba cómo la gente iba llegando y se empezaban a instalar. Unos ya estaban tirando las primeras fichas. El dueño, un tipo grande y calvo, de traje extravagante, llamó la atención del público golpeando una copa. Todos acudieron. Parecía que estaba dando un discurso de bienvenida. Les hizo un gesto a los guardias y bajaron por las escaleras con una caja blanca.

Velvet se colocó los audífonos.

—América, sube el volumen —dijo.

No era un sonido tan claro, se escuchaba con interferencia a pesar de los sofisticados equipos.

—Quisiera anunciar, damas y caballeros, que tengo algo muy especial para entretenerlos esta noche. Este ladronzuelo se llevó las joyas de las personas que vinieron esta tarde a comprar su entrada. También se llevó varios lingotes de oro, de los que les voy a regalar esta noche. ¿Qué debemos hacer para enseñarle a no tocar nuestras riquezas?

Una anciana le dio un cachetazo. Después otro. Y otro. Y uno tras otro todos comenzaron a abofetear a Veloz. Lo golpeaban y le recordaban que no era más que un pobre ladronzuelo sin familia.

Velvet se quitó los audífonos.

—Busquen una entrada, y preparen el equipo. Tenemos trabajo.

Velvet se fue a cambiar de ropa. Necesitaba relajarse. Se fue al baño a quitarse el maquillaje de mimo. Tenía los ojos verdes como aceitunas y pecas salpicadas en los pómulos y sobre su puntiaguda nariz. El cabello era negro y liso.

Ya en pijamas se recostó en el suelo, con los ojos cerrados y su mente casi en blanco. “Un plan de infiltración al casino”, pensó.

## *Día 2*

La celebración por la reaparición de Gilder Glittery fue furor en todos los medios. Solo los poderosos y adinerados podían darse el lujo de asistir por tres días a una fiesta.



Eso era lo que más se murmuraba en el café Ninth Dreamer, donde Melody pasó la mayor parte del día estudiando sobre la muerte según el enfoque de los griegos. Le convenía conocer a su enemigo. Los libros y las notas estaban repartidas sobre la mesa con forma circular como picos montañosos. Los mejores dotes de ambos padres salían a la luz. Incluso podían ser más fuertes que cualquier voluntad mágica si se lo propusiera.

“No lo entiendo. Se supone que Hades es el señor de la muerte. Tánatos no es más que su sombra... pero a decir verdad parece mucho más terrible. Además, esos encapuchados con túnicas negras... aquí no dice nada sobre ellos. Es importante notar que él es mayor que Hipnos. Quizás esta sea una competencia de hermanos que termine con la humanidad”. Melody leía el texto siguiendo las líneas con su dedo. Ya había estado cinco horas en el café. Bebió seis tazas, y aún no terminaba. Los ojos estaban un poco hinchados, puesto que la iluminación del lugar no era la mejor. Era una luz de día muy tenue y los músicos que tocaban iban muy despacio. Con el humo de los cigarros flotando en el aire el ambiente se hacía muy melancólico. Las personas alrededor miraban para otro lado cuando la veían divagar y hacer gestos en el aire.

“A saber: fue derrotado por Sísifo. Entonces, más importante es notar que puede, de alguna forma, ser derrotado. Interesante.”

Tres cucharadas de azúcar llevaba cada taza, hasta pidió que le dejaran la azucarera. Ella misma había perdido la cuenta, quizás ya era el doceavo. Pero aún le cerraban los números para poder pagar.

Era de noche, quizás ya no era momento de estar en un lugar así. La banda de jazz entraba en los últimos compases.

Melody le sacudió su mano al camarero como quien saluda de lejos:

—¡Otro café por favor! —le dijo de un grito y bebió de una taza invisible.

No había nada místico en el café, ni mucho menos mitológico. Pero era el inocente acompañamiento que la mantenía con ganas de seguir ahí.

El camarero llegó como era de esperarse con su orden, qué otra opción tendría.

—Espero que puedas pagar por todo lo que has consumido —dijo el camarero.

—Qué manera tan extraña de pronunciar la “r” —contestó Melody haciendo mímica de lo que decía el tipo—. No te preocupes, tengo créditos para llamarte una o dos veces más.

El telón se cerró como una cascada delante de la banda. Se oyeron ruidos de zapatos sobre la plataforma de madera. El anunciante presentó al siguiente conjunto.

—Muy bien, damas y caballeros. Permítanme presentarles al quinteto... Un momento, me informan que se presenta sola. —Sacó un papel arrugado del bolsillo y lo leyó—. Con ustedes: ¡VELVET!

El telón se volvió a levantar al ritmo de un piano en llamas que venía a reavivar el ánimo del lugar. Sobre el escenario, una chica de vestido negro con un velo rojo sobre la cara danzaba sus dedos sobre las teclas como si estuviese tocando más de una persona al mismo tiempo en el mismo piano.

Cuando terminó la función y antes de que el café cierre sus puertas, Melody puso al día sus cuentas.

En el callejón oscuro que daba a la parte trasera del café, había una Harley Davidson. Melody alcanzó a verla antes de que partiera.

—Quería felicitarte por tu maravilloso sonido —le dijo.

Velvet le devolvió una mirada cansada y llena de indiferencia. Esa fue su respuesta mientras buscaba su abrigo rojo en la motocicleta.

—Así que eres de pocas palabras —dijo Melody con sus brazos cruzados detrás de su espalda, balanceándose con sus pies en el lugar—, ese abrigo de terciopelo rojo te queda muy bien.

—No sé quién eres, mocosa. No me molestes —respondió Velvet.

Encendió su motocicleta y se marchó.

Melody la vio perderse entre los autos atropellando las normas de circulación.

—Lo que tiene de bella lo tiene de engreída. Ahora a lo mío. Me están esperando.

Melody viajó en el último subterráneo camino al casino, área de lujos y riquezas por excelencia. Iba con la capucha amarilla de su abrigo puesta como si quisiera pasar desapercibida entre las personas de la alta sociedad.

Un grupo de oficiales la vio y la comenzaron a seguir. Ella se dio vuelta a tiempo y apuró el paso, buscaba un espejo de esos. Pero no encontraba ninguno.

Cruzó la calle en diagonal. Un conductor le tocó bocina dos o tres veces. Los oficiales la seguían de cerca. Se comunicaban por radio con otros. Cuando menos se lo esperaba, al menos cuatro parecían estar rodeándola.

Un motociclista cortó la emboscada. La distracción perfecta para usar el Espejo que estaba en el estacionamiento de un restaurante.

Ahora se encontraba sola. Inmediatamente apareció su cinturón y su espada ropera.

Aún estaba lejos del casino, pero la tarea de limpiar las calles de las Pesadillas no podía pasarla por alto. Era inevitable para poder mantener el insomnio a la raya. Le sirvió para practicar sus estocadas veloces y purificar los Orbes corruptos.

Lejos, vio a una persona tirada en el suelo y Pesadillas alrededor. Formaron un círculo y danzaban sobre el cuerpo.

“¿Una persona normal en Oniria?”

No dudó en hacer su carrera y ayudarlo.



Situado cerca del mar, a una distancia prudente del acantilado, el casino era una obra de arquitectura de lo más prodigiosa. Un espectacular edificio de tres pisos. Iluminado de manera muy sutil por fuera y de una maestría decorativa por dentro. Fuera, había fuentes con delfines de piedra que recirculaban el flujo del agua que salía de sus bocas y palmeras que decoraban la entrada.

El glamur de la casa de juegos la convertía en el centro de atracción del sur de Reveur.

Lejos de los suburbios, los asentamientos mejores pagos de la ciudad estaban en los alrededores del casino.

Carrocerías lujosas buscaban dónde estacionar. De las limusinas bajaban personas muy formales. Hombres en trajes de calce perfecto que les quedaban pintados. Desfilaban los moños y las corbatas. Y mujeres con vestidos extravagantes. No había una que no llevase joyas y tapados de las más exóticas pieles al igual que las carteras de cuero bien trabajado.

No solo era la fiesta de Gilder Glittery, sino que también coincidía con el cincuenta aniversario del casino.

Magnates millonarios, directores del Laboratorio Volgen, gente del gobierno y adictos al juego asistieron a esta celebración. Se respiraba codicia e hipocresía en el aire, además del olor a puros y a alcohol, y el vicio compulsivo de ganar un poco más en las apuestas. Acumular más, aplastar al rival y sonreírle en la cara. Había algo más que apostadores.

Para fortuna de la velada, la seguridad del casino respondía muy bien.

El suelo aterciopelado contrastaba el ambiente dando la sensación de suavidad y delicadeza. Los patrones cambiaban según la zona de juegos. Predominaba el rojo por sobre todos los demás colores.

Tragos de los que no se pueden dejar caer una gota. Las noches de domingo eran exhaustivamente atareadas para los camareros. Iban y venían de piso en piso.

Uno de los camareros no solo llevaba su chaleco negro sobre su camisa blanca y su moño bien acomodado y su cabello corto y prolijo. También llevaba dos copas de Mendis Coconut Brandy, según decía la botella, a la mesa 14 de póker en el tercer piso. Pasó un buen rato desde que se había hecho el pedido. Los apostadores tenían la garganta seca entre cigarros y bocadillos.

Cuando el camarero finalmente les acercó el elixir, disculpándose por no poder cumplir a tiempo, los caballeros solo se quedaron con la botella. Uno se paró y le vació las copas en la cara. Todos se burlaron.

En medio de risas e insultos, uno sacó una carta de su manga. La carta para completar el juego. Se quedó con medio millón de créditos y algunas empresas.

El camarero se retiró indiferente con la bandeja bajo el brazo, tranquilo. La jugada del magnate le pareció la venganza justa. Solo él se había percatado del ágil movimiento.

En la sala de seguridad notaron que algunas de las cámaras dejaron de funcionar. Las pantallas que aún daban imagen transmitían caricaturas. Todas las señales fueron interrumpidas.

La seguridad no tardó en activar protocolos, pero ya era muy tarde.

Maravilla había entorpecido la sala de seguridad del casino y Capitán hizo sonar las alarmas.

Los invitados estaban demasiado inmersos en sus negocios como para darse cuenta. Con los guardias no había nada que temer, excepto por una tarea que ocupaba un rescate.

Velvet aguardaba la señal de América en el techo del casino. La brisa hacía ondear su gabardina de terciopelo rojo. Sujetaba su boina azul por si acaso, no sea que se vuele y un grupo de investigadores diera con ellos. Por el comunicador que llevaba en el oído escuchó a América, que estaba en el techo de un edificio cercano:

—Los tengo en la mira. Hay muchos civiles. Los guardias son molestos gigantes, tienes pocas oportunidades en un mano a mano, Velvet. Pero tenemos que rescatarlo.

—No te preocupes por mí. Traje los accesorios necesarios —respondió Velvet.

Dos voces al unísono se mezclaron en la línea:

—¡Todo listo por aquí!

Velvet se infiltró escurriéndose a través de los ductos de ventilación. Vio que la ruleta recién empezaba a girar. Era una buena oportunidad para dar el primer golpe, los invitados estaban hipnotizados con el juego.

De su bolso sacó tres bolitas plateadas. Pasaron por la rejilla de ventilación sin dificultad. Explotaron en un humo blanco no bien tocaron

la ruleta. Los apostadores comenzaron a toser y de los ojos se les escurrían lágrimas, pero buscaban la manera de seguirle el rastro a la ruleta.

Velvet siguió avanzando.

Un guardia escuchó ruidos de alguien arrastrándose por la tubería y no dudó en disparar.

Menos ruidoso que los disparos fue el sonido del cuerpo sin vida del guardia cayendo tendido al piso con la mitad de su cara perforada. Los sesos en el suelo eran como gusanos en la tierra. Maravilla dio un disparo tan preciso que el cristal apenas se agrietó fuera de la circunferencia de la bala.

—No entiendo qué les pasa. Están perdidos en las apuestas. Deberían estar tratando de huir despavoridos. Es como si se hubieran olvidado del mundo —dijo América.

—No me interesa. Me viene bien que estén así. No me importa qué les pase. Buen tiro —dijo Velvet mientras se arrastraba por los ductos.



Melody se arriesgó al dolor de curarle las heridas, pero no sintió ni siquiera cosquillas. Como si el vagabundo no tuviese vida.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—No lo sé. Lo último que recuerdo fue ser embestido en mi auto por una camioneta y luego un sujeto me empaló, pero eso fue hace mucho.

Melody lo llevaba como podía, ayudándolo a caminar. Quizás podría devolverlo al lado material. Pero ya comenzaba a sentir el agotamiento de estar en Oniria. Era como caminar con cadenas de varias toneladas atadas a los pies.

Cerca se oían las olas del mar chocando contra el acantilado mientras se acercaba al casino.

Ya no era solo un edificio. Parecía que debajo de la tierra los mientos del lugar hubiesen dejado paso a una porción de picos roco-

sos que se clavaban a través del edificio y lo retorcían al igual que una hoja de papel, formando una torre.

—Señorita Melody, parece que tenemos un problema descomunal —dijo Lupinel sentado en uno de los ataúdes que estaban en la puerta de la torre.

—Te tardaste demasiado, niña —dijo Fausto tratando de abrir uno de los ataúdes con la pala.

—Perdón por llegar tarde. Creo que hay algo de lo que necesitamos hablar. Vean esto. —Melody dejó al vagabundo recostado contra un árbol—. Parece ser una de las víctimas del Cuervo.

—Perdió la cabeza. Está usando todas las formas posibles para crear pánico en las personas.

Había dejado recostado al vagabundo contra un árbol, inconsciente. Pero cuando lo volvieron a ver estaba deshecho. Resquebrajado y seco. Era un cascarón vacío. Fausto miró con mucha curiosidad.

—No —dijo Fausto con tono pensativo—, es un experimento fallido. Sospecho que Tánatos está buscando cuerpos humanos para la Vanguardia.

El grupo exploró los alrededores del casino.

—¿Qué son todos estos ataúdes? Tienen un sello de papel —Melody se agachó a revisar uno que estaba acostado—. Y dice: para Mham.

Lupinel llamó de lejos. Había encontrado la entrada.

La puerta principal estaba adornada con columnas que no eran los elegantes delfines del casino al otro lado. Ahora eran lobos sentados viendo al horizonte en lo profundo de la noche. La puerta de la torre era de una madera muy antigua, decorada con pinchos y estacas. Era de esas puertas dobles que se abren de par en par, con un rectángulo que dentro contenía cuadrados que se movían al igual que un puzle.

—J, Q, K, A —dijo Melody—. “Debes jugar tus cartas con paciencia”, dice la inscripción en la puerta.

—Esto se hace así —dijo Fausto—, ordenen las letras con la pica, y el corazón, y los demás símbolos.

Melody y Lupinel se miraron. No tenían idea de cómo se supone que se correspondían los valores.

—¿No saben jugar al póker? ¿Qué hicieron con su vida hasta ahora? —dijo Fausto refunfuñando.

Había un cuadro faltante para que los demás se pudiesen acomodar.

—No por nada me temen en los casinos —dijo Fausto riendo—. El orden es así: Jack con pica, Queen con corazón, King con rombo, As con trébol.

La Mariposa y el Águila empujaron la puerta con dificultad y la abrieron uno a cada lado.

—Esperen —dijo Melody—, ¿qué haremos con ese vagabundo? —volvió la vista al árbol.

Donde estaba el vagabundo solo había polvo. Melody no pudo evitar intentar hacer algo al respecto.

“Déjalo. Sería mejor que no te alejes de tus camaradas”, le susurró Morfeo.

—Vuelva, señorita Melody, es peligroso ir sola.

—Entremos a recuperar ese fragmento de una buena vez —dijo Fausto golpeando la punta de la pala contra el suelo, entusiasmado.

Dentro de la torre, el paisaje estaba desolado. Lo que quedaba del casino como se conocía estaba corrido, o atravesado por las rocas. Los cristales, destruidos. Las máquinas, y las ruletas, y las fichas desparramadas por el suelo. Del lujo a la entropía.

En la sala principal se erguía un enorme trono de piedra. El respaldo era ancho, para un cuerpo imponente. Del techo colgaban cadenas que caían a los costados del trono. A ambos lados descendían escaleras desde lo alto hasta la sala principal. En los escalones estaban desparramadas las fichas y lingotes de oro.

“¿Qué es esto? Puedo percibir a uno más de los nuestros. Se trata de un Espíritu Onírico que pide a gritos poder despertar”, dijo Morfeo.

“¿Dónde está?”, dijo Melody explorando sus alrededores con la mirada.



“Exactamente aquí, pero al otro lado. En la realidad material”, dijo Morfeo con un tono más reflexivo.

Los Oníricos encontraron ataúdes de pie sellados. Melody iba caminando con la vista hacia arriba, distraída, mirando las plataformas salientes de roca que se formaron en lo alto de la torre. Chocó con un ataúd y el cofre de madera cayó al suelo y se resquebrajó, como si pesara varias toneladas.

—No me gustaría pensar que todos estos ataúdes son las personas que están en la fiesta.

Melody fue interrumpida por una voz grave de esas que salen por una garganta que llevó una mala vida, pero con tono interrogativo.

—En realidad están bajo la influencia de la avaricia. Así es —dijo la figura de negro recostada sobre el trono de piedra—. Desquiciados y cegados, realmente se lo están pasando de maravilla. Todos celebran la vuelta de Gilder Glittery. Bueno, quizás esa solo sea una excusa.

—Te ordeno que los liberes —dijo Melody apuntándole con su puntiaguda espada.

—Esa aguja no me hará ni cosquillas. Aún queda un día. Cuanto más se dobleguen ante la avaricia, más ataúdes aparecerán. Mi hechizo durará hasta el tercer día.

Lupinel se había esfumado. Cautelosamente fue pasando entre los ataúdes que estaban de pie, y subió las escaleras. Aguardó por la señal de Fausto mientras Melody distraía a la figura.

Cuando el Lobo chasqueó los dedos, el Águila saltó agarrado a una de las cadenas. Su capa y la pluma de su sombrero flamearon mientras que de su cinturón desenvainó su espada escarlata e intentó cortar la cabeza de la figura. Sin éxito, siguió de largo como si fuese agua, o un espejismo.

—Ilusos. Recuerden que aún falta un día. No olvidaré ese ataque a traición cuando nos volvamos a ver las caras.

Hizo un gesto con su mano y unas Pesadillas cargaron el cuerpo de un niño desmayado de cabello azul y lo colocaron en una rueda agarrado de grilletes en los brazos y piernas.

—Cortesía de la quinta Vanguardia, el Cuervo —dijo la figura—. Este no es un títere. Este siente dolor.

Melody moría de ganas de liberar al pequeño, pero la desventaja era absoluta. Quizás, lo mejor sea darle el tiempo necesario.

—No tiene caso —dijo Melody—, volvamos.

Los Oníricos abandonaron el lugar con la figura riéndose a sus espaldas, con una de esas risas de humillación que dan ganas de reventar al bufón, y que resonaba en el eco de la torre. Melody volvía con la cabeza gacha, cabizbaja, con la mano sudando sobre el frío metal de la empuñadura de su espada. El Águila la alcanzó, y le dijo en voz baja:

—Hay un espejo detrás del trono de piedra, señorita Melody. Podemos tenderle una emboscada cuando el momento sea propicio.



Melody volvió a su casa, pero aun estando en la realidad de los sueños. Todavía quedaba una promesa por cumplir. Por suerte, la puerta donde vivía aquel niño se abrió sin problemas. La casa estaba bien amueblada con cuidadas antigüedades. Ejecutó a la pesadilla que asolaba al Orbe de la madre del niño con un corte limpio. El Orbe estaba cargado de una bruma oscura que se revolvía como un huracán. Le costó trabajo purificarlo, la oscuridad era difícil de disipar.

“Sería un buen momento para que me ayudes”, pensó para Morfeo. Pero no le contestó. La luz blanca del Orbe quería resurgir, pero pronto se encontraba apagada por la oscuridad.

Estaba agotada luego de un rato largo de luchar contra la purificación de ese sueño.

“Vamos mejorando”, pensó.

### *Día 3*

Fausto rebuscaba en su poca ropa una camisa limpia y un saco decente para hacer una visita a las ovejas.

“Este whisky sabe horrible, esos bastardos me mintieron. Maldición, dónde hay ropa limpia cuando se la necesita... Aquí está, no es un corte moderno, pero qué más da, más de un veterano se sorprenderá al verme de nuevo por esos lugares. El lobo de los casinos y además invitado por el mismo Gilder Glittery, nada mal, Fausto. A ver, ¿dónde dejé el parche para estas ocasiones de lujo?”

Fausto estaba resuelto a no volver a esos lugares luego del altercado que había sufrido con la mafia. Un mal arreglo de manos dudosas y deudas. No ganaba mal para ser el enterrador de la familia Farhurst, pero las cuentas entre la realeza y la mafia siempre tenían números que nunca coincidían.

Al cerrar la puerta del guardarropa, el viejo Appleseed se vio de nuevo vestido como en esos días. El parche tenía un par de dados. Se acomodó los tirantes. No encontró otra camisa, y tampoco la quería, pero después de todo no sabía realmente si sería la última vez que podría llevarla puesta.

“Esta es la de la suerte, el último regalo de mi esposa. Hoy necesito tanta suerte como me sea posible”.

Luego le dio fin a la botella de whisky y la reventó contra el espejo del guardarropa.

“Maldito sea ese infeliz de Gilder Glittery que se fue con mi esposa. Es momento de saldar cuentas con mi antiguo jefe”.



Los columpios del parque Trafalgar estaban corroídos por óxido. Rechinaban en su ida y vuelta. Había algunas personas disfrutando de los últimos rayos de sol que el día ofrecía. Una leve brisa fría hizo que la nariz de Melody se pusiera roja y estornudara.

Mientras se columpiaba, contemplaba la actuación de un grupo de acróbatas con cabellos de colores en el centro del parque. Llevaban ropas que no eran las adecuadas para el clima. Sabía que los había visto en algún lado. En especial por la gabardina roja que estaba ti-

rada a un costado entre la utilería. Se parecía a la de aquella pianista motorizada.

La bufanda a cuadros de Melody iba y venía con más velocidad. Los columpios la ayudaban a relajarse.

El siguiente número de los acróbatas consistía en que los tres niños se cargaban en sus hombros y la chica de cabello negro los cubría con ropas de circo decoradas con globos de colores. El número seguía con seis aros que iban de mano en mano alrededor de los chicos. La mayor recogía las monedas que la gente tiraba y las ponía en su boina azul mientras bailaba tap y lanzaba dardos a los globos que adornaban las telas de los malabaristas.

“Quién diría que puede llegar a ser tan engreída”, pensaba Melody.

“Esa es la presencia que sentí la noche anterior. Esta chica tiene algo que podría sernos de ayuda. Llegó el momento de que demuestres ser alguien a quien merece la pena seguir”, le dijo Morfeo.

Melody dudó un instante al mismo tiempo que el columpio iba aminorando la marcha.

“Haré mi mejor esfuerzo. Pero, de cualquier manera, no tiene una invitación a la fiesta como nosotros”, respondió.

“Se las ingeniará. Puede ser determinante, recuerda que Mham no sabe de ella. Parece tener talento o algo de actitud. Solo necesita entender el funcionamiento de los Espejos. Y esperemos que lo haga”, dijo Morfeo.

Todavía era de día cuando Melody resolvió acercarse. Le parecía más fácil purificar sueños que hablarle a alguien de aproximadamente su edad. De hecho, no eran tan diferentes. Pero sus particularidades no pasaban desapercibidas. Las pecas de Velvet se ocultaban apenas bajo el maquillaje blanco y el sombreado naranja de sus ojos, como si fuese un felino salvaje. Su cabello negro no era tan largo, ni siquiera le llegaba a los hombros. A diferencia de la melena pelirroja, abultada y desordenada de Melody, el cabello de Velvet era liso como la seda. Lo idéntico era el color verde cristalino de sus ojos.

—Podría jurar que eran cinco. Me encanta verlos actuar. ¿Qué pasó con el chiquillo que falta? ¿Un resfriado? Deberían ir más abrigados.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te metas en mis asuntos? Si te gustó la función entonces deja tus créditos allí —respondió Velvet señalando la boina azul en el suelo.

Melody dejó algunos créditos. Se quedó viendo cómo guardaban sus cosas.

—Los policías... —dijo Velvet en un tono melancólico—, se lo llevaron. Nada de resfriados. ¿No serás acaso simpatizante del rey?

—No te preocupes. Paso bastante de la política. Tu número del casino salió por todos los medios.

—La noche del café. Aún no te oí agradecerme por librarte de esos policías —dijo Velvet cruzada de brazos.

—Pude haberlo hecho sola. No creerás que eres la única con un as bajo la manga. Pero gracias, de cualquier manera. —Melody tomó asiento en uno de los bancos—. No pudiste rescatarlo.

Velvet frunció el ceño, y comenzó a molestarse por el tono en el que Melody le hablaba. Su temperamento se volvía una bomba de tiempo cuando se metían con sus hermanos.

—No. No pude. Pero esta noche volveré. Y llevaré algunos accesorios extra. Deberías verlos, ahí dentro están como maníacos, pero hay algo raro en el lugar. Es como si estuviesen bajo un hechizo.

—Es que lo están —dijo Melody—. Ese niño de cabello azul está siendo torturado ahí dentro.

—¿Tú qué sabes de lo que ocurre ahí? Lo tienen de rodillas y se turnan para golpearlo y quemarlo con cigarrillos, y también lo cortan con las cartas. Y cuando irrumpí en el lugar, esos malditos millonarios estaban armados. Comenzaron a dispararme y tuve que correr tanto como pude para buscar una salida. Es como si el lugar los consumiera.

—De hecho, en la realidad paralela, están siendo capturados en ataúdes... o lo que queda de ellos.

—¿De qué me estás hablando? No te burles de nosotros. —Velvet la tomó del cuello del suéter.

—En la realidad paralela podrías rescatarlo.

—Demuéstrame... ¿Cómo? —dijo Velvet recuperando la calma.

—La noche está próxima a caer... —dijo Melody mirando a la puesta de sol—, primero... cuéntame, ¿cómo te llamas?

—No tengo nombre como tal. Ni yo, ni ellos —dijo Velvet mirando a los niños—. Ni siquiera sabemos de dónde venimos. Pero ellos me dicen Velvet, así que ahí tienes.

—Verás, Velvet, hay una realidad extra a través de los Espejos. Como en los cuentos de hadas —dijo Melody sonriendo.

—¿A qué espejos te refieres?

—Bueno, son cristales tan grandes como puertas que aparecen a la noche para entrar a esta realidad paralela.

—Un portal mágico. No me hagas reír.

—Dime... ¿qué tal te llevas con eso de no tener un hogar? Bueno, de no saber de dónde vienes.

—Simplemente somos nosotros. No hay ni hubo padres. Nos arreglamos actuando de día y robando de noche, o viceversa. Pero realmente me niego a creer que no tengamos padres, ni recuerdos de nuestra niñez, ni de cómo llegué a la ciudad. Nada. Alguien a quien llamar familia debe haber para nosotros en algún lugar.

—Los Espejos aparecen ante aquellos que han superado la peor de las tragedias de su vida. La tuya parece bastante barata —Melody sonreía entre dientes, el plan empezaba a despegar—, yo enterré a mis padres.

—¿Quién eres tú para decir eso?

—Puedo decir tanto como quiera. Si quieres rescatar a ese niño sería mejor que empieces a aceptar tu capricho de una vez y sigas adelante.

La noche las abrazaba. Para Melody el tiempo empezaba a correr. No por nada eligió ese banco. Morfeo le advirtió que ahí aparecería un Espejo. Melody se puso de pie frente a Velvet.

—Empújame hacia atrás, vamos. Con todas tus fuerzas. A decir verdad, poco me importa que no sepas de dónde vienes. Quizás mueran de hambre antes de descubrirlo, que desperdicio de vida. Adem...

Velvet se levantó y le dio un puñetazo en la cara. Melody cayó de espaldas y desapareció delante de los ojos de Velvet. El pecho de ella casi explota al ver cómo Melody sencillamente ya no estaba ahí.

Pero volvió unos minutos después.

—Eso fue demasiado descortés —dijo Melody limpiándose la sangre de la nariz—, ¿lo ves?

—Entiendo.

Velvet cerró los ojos y suspiró. Al abrirlos, el Espejo estaba ahí. Llamó al grupo de acróbatas. Les dijo que volvieran a los Suburbios, que ella pronto regresaría, y que todavía quedaba comida en el refrigerador.

Al otro lado, las armas en sus cinturones aparecieron al instante.

Velvet llevaba su gabardina roja y su boina azul, eran parte de su identidad como la conoce.

—Velvet... la Gata —dijo Melody abriendo la gabardina de par en par buscando el cinturón.

—¡No me toques! —dijo Velvet—, ¿qué es todo esto?

El cinturón tenía una hebilla con la silueta de la cabeza de un gato. Colgaban dos artefactos a los costados. Uno era un látigo enrollado, y el otro una daga.

—Te serán de utilidad aquí —dijo Melody—. No te confíes con el parecido a la ciudad, sígueme.



Fausto llegó más rápido de lo que nadie hubiera imaginado jamás.

Las luces del casino centellaban y encandilaban su vista. Llevaba varios años de no estar expuesto a los peligros de las noches de juego.

“Espero que el Águila esté en posición. Si todo marcha bien, los tres podremos hacerle frente a Mham.”

Las personas a su alrededor lo veían con desprecio y hablaban por lo bajo de su anticuado aspecto.

Cuando llegó a la puerta, los guardias se pusieron frente a él.

—No estás invitado a la celebración —dijo uno de los guardias con camisa púrpura.

El otro lo tomó del brazo. Y pudo haber lastimado al pobre viejo si no fuese porque el viejo Appleseed no es un viejecito como los demás.

—Caballeros —dijo Fausto—, permítanme buscar mi entrada —Revisó el bolsillo dentro del saco. No estaba—. Me disculparán. Un minuto —comenzó a palparse los bolsillos de los pantalones, intranquilo. Los tipos se tronaban los dedos y el cuello, y ya estaban arregándose la camisa—. Ajá. Aquí está, no hay de qué preocuparse. El que me invita es el mismo Gilder Glittery.

Finalmente lo dejaron pasar.

“Tipos asquerosos si los hay. Los hubiera educado si no estuvieran bajo el control de Mham”, pensaba Fausto mientras se acomodaba camino a la barra más cercana.

El personal que se ocupaba de atender a los invitados había estado trabajando durante tres días seguidos, sin parar. Esta era la última noche si todo marchaba bien.

—Una botella de whisky del mejor que tenga. No se molesten en dejar un vaso. Quédese con lo que sobra.

—A la orden.

El cantinero estaba deshecho, tenía el cabello alborotado y las ropas desaliñadas y aparentemente manchadas con licor, como si se le hubiese derramado encima.

Se oían murmullos por todas partes.

—Qué manera más extraña de pronunciar la “r”.

El cantinero le devolvió una mirada irritada con una ceja levantada.

“Ya tengo más combustible. Ahora, ¿dónde estará el despacho de Gilder?”



## CAPÍTULO 6

# La Torre de la Avaricia

Melody perdió de vista a su nueva camarada.

Se encontraba junto al Águila protegiendo el sueño de las personas que pudiesen antes de ir por el pez gordo.

—¿Dónde está Fausto?

—No se preocupe, señorita. Me pidió ganar algo de tiempo ahí dentro. Está tratando de averiguar qué conexión hay entre el cuerpo de Gilder Glittery y Mham. Lo que me trae preocupado es su nueva amiga, parece más del tipo descuidada —dijo Lupinel.

—Ella sabrá qué hacer, en marcha —dijo Melody.

Cruzaron el Espejo que estaba en el estacionamiento del restaurante cerca del casino.

Al otro lado se encontraron detrás del trono de piedra dentro de la torre.

Tan pronto como emergieron se escabulleron en las sombras a los pilares de piedra que estaban detrás del trono.

El único ruido era el de las cadenas que se mecían colgando de lo alto de la torre, y el sonido de metal siendo rasguñado.

Lupinel estaba bastante tranquilo, más por su habilidad con la espada que por el nuevo Morfeo. Por otra parte, la respiración de Melody empezaba a acelerarse, al igual que sus latidos, como si se los saltara de vez en cuando.

Las escaleras pedregosas bajaban al suelo envolviendo al trono. En la planta baja, unas Pesadillas pasaban los ataúdes a través de una fractura que conectaba con el Inframundo. Mham reía y devoraba

los lingotes de oro con sus afilados dientes sentado en el trono de piedra.

Lupinel estaba con los ojos cerrados, respirando bajo, enfocándose. Le susurró a Melody:

—Señorita Calloway, por favor no se precipite. No debemos tomarlo a la ligera.

No hubo respuesta. El Águila volteó para ver que la Mariposa siguiera ahí, pero no encontró a nadie. En cambio, cuando volvió a voltear a la sala principal, Melody se había adelantado a cualquier tipo de plan.

Mham masticaba las barras de oro como si fueran barras de chocolate. Disfrutaba y aplaudía viendo cómo las Pesadillas eran notablemente más astutas que Melody. Se metían entre sus piernas, trepaban por su cabello, y hasta recorrían la delgada hoja de su espada ropera cuando intentaba sacárselas de encima. Si bien algunas le hacían cosquillas con sus pequeños pasos y sus garras afiladas otras empezaban a mordisquear como un enjambre de hormigas.

—¿Acaso tus camaradas te olvidaron? ¿Cómo se te ocurre venir sola? —dijo Mham.

“Vamos, niña, te he visto hacerlo mejor que esto”, le susurraba Morfeo.

Uno de los brumosos engendros se agarró de un mechón de cabello y comenzó a girar alrededor de su cuello y a jalarla por la espalda.

Desde lo alto del trono, Mham daba las directivas al resto de criaturas para que se apresuren con la tarea del cargamento.

Una de las cadenas que colgaba de lo alto a un costado del trono se movió. Lupinel la utilizó para balancearse. Con su espada en la mano derecha, quiso cortar los brazos de Mham.

Pero el metal de su hoja rebotó por mucho vigor que hubo en el corte parabólico, como si los brazos de Mham fuesen de diamante.

Perdió el balance y cayó al suelo, desconcertado. Sin tiempo que perder, ayudó a Melody.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—He estado peor.

A los pies del trono, había seis lobos sentados como cachorros obedientes. Las Pesadillas los montaron.

—¿Qué trataba de hacer bajando sola? Sería un buen momento para que su amiga apareciera.

—Lo siento. Pero no pude evitar estallar en cólera cuando vi cómo se llevaban los ataúdes, y, además, iban a arrojar a ese niño inconsciente al Inframundo. No lo pude soportar.

Un lobo aulló y marcó el inicio de la cacería. Paso a paso comenzaron a acercarse.

—Toma la ofensiva, Águila. Yo te cubro —dijo Melody apuntando con su mano a sus rivales y girando la espada con la otra. Algo en ella parecía extraño.

—A sus órdenes, Morfeo —dijo el Águila.

A diferencia de aquella noche, Lupinel el Águila estaba casi como nuevo. Y no estaba solo. La hija del hombre al que él más admiraba luchaba codo a codo con él. No por ser uno de los tantos herederos de Morfeo, pero siempre se sintió uno más de la familia Calloway.

En cuanto a técnica, el Águila podía parar los zarpazos con su espada, y hasta meterse en el rango de ataque de los jinetes para cortar sus partes vitales. Como al que le hundió la espada en la cabeza. Melody aprovechaba el largo de la espada ropera para mantener controlada la distancia, y clavar estocadas profundas y veloces. Se chocó con Lupinel por accidente, dejándolo a merced de un dúo que cargó hacia él.

“No esta vez”, pensó el Águila recordando aquella noche.

Mham bajó, y comenzó a caminar alrededor, como si estuviera evaluando el combate. Llevaba una vara larga con forma de U en la punta.

La Mariposa y el Águila dieron espalda con espalda los cortes definitivos y giraron cruzando sus brazos en conjunto para clavar sus hojas en la barriga a Mham. La espada de Melody se arqueó. Mham rio. Las hojas no le hicieron nada.



Era la noche. Fausto ganó propiedades, títulos, oro y créditos, y pudo quedarse con toda Reveur si hubiese querido. Solo apostando a su suerte en el póker. Era un buen ganador, pagaba rondas a cada oponente vencido.

En la mesa del primer piso se jugaba una partida que tenía con los pelos de punta a los espectadores.

—Doblo —dijo Fausto.

—Muy bien. Dos mil —dijo el formal tirando las fichas en la mesa.

—Paso. —Fausto levantó apenas sus cartas.

—Doblo —dijo y arrojó un as.

—Paso.

—Qué dolor, viejo decrepito. Lo apuesto todo. Vamos.

—Yo también —Fausto reveló la escalera.

El rival arrojó la mesa y le apuntó con su Glock a Fausto. Las fichas rodaron por el suelo. Fausto se echó hacia atrás con las manos en alto.

Un tipo de traje negro con una cicatriz en la cara interrumpió.

—Bueno, bueno. Cuidado. Ese viene conmigo, no me lo lastimen. El jefe se enojará si matan a uno de sus invitados.

—¡Miren nada más quién anda ahí! Grey no-recuerdo-tu-apellido —dijo Fausto recuperando el aire. Se había asustado de verdad.

—Qué mal has envejecido, mi amigo, ven a la barra un rato.



Nada parecía herir a Mham. Los cortes que se permitía recibir solo le desgarraban la túnica negra. De lo poco que podía verse, su piel parecía estar cubierta por escamas grises.

Se movía con tanta agilidad a pesar de su robusto porte que Lupinel dudaba de cuál sería su próximo movimiento. La vara giraba al igual que un remolino y rompía las rocas con las que chocaba.

“Arriba, abajo. Ahora a la derecha. Ánimo niña, los va a matar”, le susurraba Morfeo, un poco nervioso.

“Purificar y sanar no me servirán para nada, ¿qué más puedes hacer?”, respondió Melody, oculta, recuperando el aire detrás de un ataúd.

“Hipnotizarlo. Pero necesito concentrarme y que te concentres, requiere mucha energía. Es probable que te cueste caro a un nivel físico”, dijo Morfeo.

La Mariposa y el Águila lo atacaron uno a cada lado. Mham se apartó y con la punta de la vara atajó los dos embates que venían hacia su cabeza. Mham notaba que algo no iba bien con su cuerpo. Torció los brazos para girar la vara contra el suelo y hacer que las dos espadas quedaran retenidas dentro del arco en la punta de su vara.

—No hagan más fuerza si no quieren romper sus juguetes —dijo Mham en tono sarcástico.

Lupinel le gritó con aire desesperado a Melody:

—¡Suelte su espada por ahora! Vuelva a buscar a Fausto, yo lo contendré.

Cuando Melody intentó subir las escaleras hacia el trono, Mham le arrojó la vara como si fuese una lanza. Se clavó en la pared dejando a Melody de espaldas e inmovilizada dentro de la parábola de metal.

Aprovechando ese momento de desesperación, Lupinel quiso tomar las espadas. Pero para cuando pudo darse cuenta, estaba retorciéndose en el suelo. Mham le pateó el estómago cuando se agachó a recoger las espadas.

—¡Les dije que dejaran sus juguetes!

Mham reveló su rostro al fin. Era una piel desgastada y agrietada de color gris con dos oscuros cuernos en su cabeza despojada de cabello. Sin cejas y con el rostro arrugado. La dentadura afilada como espinas no cabía en su boca.

A Lupinel le dio la impresión de que ahora se veía mucho más grande y mucho más amenazante y grotesco que antes dentro de la túnica.

—Acabaré contigo primero —le dijo a Lupinel mientras se acercaba.

Melody se empujaba contra la pared para intentar desclavar la vara, pero se había hundido tanto en la roca que empezaba a apretarla cada vez más cuanto más fuerza hacía.



Algunas personas caían desmayadas.

Grey llevó a su amigo a compartir unos tragos. En la barra ya los esperaban sus lugares reservados. Tal parece que ya estaba hecha esa reserva.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? Llevas ya un exceso de barba para ser parte de la familia.

—Desde que desapareciste comencé a tomar distancia de los D’Alterier. Luego, pasó lo de Gilder. Fue ahí cuando me resigné a esa vida tan macarra que llevábamos con todo ese asunto.

—Estamos de nuevo en el ruedo ahora que Gilder ha vuelto a aparecer.

—¿De nuevo al control del monopolio del alcohol y las drogas?  
—dijo Fausto y prendió la pipa.

—Sabes cómo son estos negocios. Pero ahora están en contacto con el Laboratorio Volgen y con el Barón A. La causa es más noble, en cualquier caso. ¿Has oído hablar del gas para no soñar? La solución y el negocio perfecto para estos tiempos.

—He leído alguna columna al respecto. Me gustaría felicitar a Gilder en persona, ¿sabes dónde está su despacho?

—En el tercero. Pero deja que te acompañe, solo por seguridad.



Mham podría levantar al Águila y arrojarlo donde quisiera utilizando un solo brazo, y así lo hacía. Lupinel manchaba su traje blanco con sangre que escupía en cada impacto.

La Mariposa movió apenas su red.

“Vamos, niña, tu padre ya estaría terminando con esto y pensando en embriagarse con el Lobo para celebrar”, dijo Morfeo.

Mham tenía su enorme pie sobre el pecho del Águila. Se distrajo con las partes de arañas que comenzaron a caer desde lo alto de la torre. Lupinel aprovechó para escapar.

—¿Qué es esto? ¡¿Quién le hizo esto a mis mascotas?! —Volvió a mirar a Lupinel. Pero Lupinel ya no estaba ahí. Tampoco estaban las espadas—. ¡Los aniquilaré!

Velvet estaba colgada con su látigo en lo alto de la torre de una roca saliente, como una garra en la oscuridad. Estaba oculta en la penumbra, en lo más alto de la torre, observando con cuidado.

Veía cómo Mham buscaba desesperado al intruso. Por un momento se preocupó por lo que pudiera suceder con Melody ahí sola y desesperada por liberarse. No tardó en disiparse ese sentimiento de hermandad cuando encontró a Veloz en una esquina, inconsciente.

“Aún no, esperaré un poco más. Ese tipo de las espadas debe tener un plan”, pensó.

A los pies del trono de piedra, Lupinel el Águila esgrimió ambas espadas. En la mano derecha, la espada ropera de la Mariposa. Su brazo más hábil lo dejó para la espada escarlata.

Corrió hacia Mham rasgando el suelo con la punta de las espadas. Luego de evadir los puños enormes que Mham le arrojó, hizo dos cortes viscerales que desgarraron su piel, pero no lo hicieron sangrar. Al darse vuelta para continuar ya tenía frente a él un revés del gran puño de su rival que llegó a cubrir cruzando las espadas en cruz delante de él. En cada apertura les daba cortes a sus piernas.

Deseoso de abatirlo de una buena vez, Mham fue a recuperar su vara. Para los duelistas no era nada honorable atacar por la espalda. Cuando Melody quedó liberada, Lupinel le arrojó su espada ropera en lo que Mham cargaba su embate potente con el que podría destruir una piedra. El Águila recibió el golpe de lleno apenas cubriéndose con un hombro para que Melody, tomando la espada con ambas manos diera un corte largo por toda la espalda de Mham.

Como un trueno, la Gata cayó de las alturas y le cortó un cuerno con su daga. Pero eso fue solo una consecuencia de la caída, aprovechando la inercia. Un obstáculo en su camino. Tomó a Veloz y se marchó lejos de ahí.



La tarjeta de invitado de Grey era de color blanca y negra. La luz del lector de tarjetas se iluminó al ritmo de un pitido breve cuando la deslizó.

Dentro, un escritorio muy ostentoso. Lingotes de oro apilados en un rincón hasta el techo de la habitación. De las cuatro macetas en las esquinas subían enredaderas por las paredes decorando el lugar. Sobre el sillón que daba a la ventana por la cual se podía observar todo el casino colgaba la cabeza de un lobo como si fuese un trofeo.

Un tipo robusto con anteojos de sol volteo el sillón.

—Eres mi mejor hombre, Grey. Me alegra haberte conocido —dijo Gilder. Su voz sonaba débil y quebrada, como si le costara respirar.

—Me he encontrado con alguien familiar, jefe. Alguien de confianza. La nueva era de nuestra familia necesitará de personal confiable.

El jefe de la familia D'Alterier estaba sorprendido de ver de quién se trataba cuando Fausto ingresó al lugar.

—¿Cuánto ha pasado, jefe? —preguntó Fausto.

—Han sido treinta largos años, Appleseed —respondió Gilder.

Poco le importaba a Fausto el volver a ver a su jefe. Le llamó la atención ese Espejo a un costado del escritorio.

—¿Cómo han estado mis chicas? He venido a arreglar nuestro problema. Es un milagro verlo de nuevo por aquí.

—No las he podido visitar aún, los preparativos me tenían muy atareado. Cuando todo esto termine volveré a visitarlas.

Grey caminaba de un lado a otro, la tensión del ambiente lo estaba poniendo nervioso.



Fausto se apretaba los dientes. Apretó el puño dentro del bolsillo.

—Lo que más me interesa —agregó Gilder— es que mi fortuna sigue intacta. Afortunadamente tenía algo de dinero en el pantalón, se lo di a una pelirroja que pasaba —Gilder sonrió y se quitó los anteojos. Los ojos estaban blancos como la nieve. Alrededor de ellos, parecía haber gusanos debajo de su piel.

—Me gustaría verlas una vez más, ¿sabes?

—Si me pruebas tu buena voluntad, quizás podamos hacer un arreglo. Sabes que soy un hombre de palabra... —Se inclinó sobre la mesa mientras terminaba de hablar. El hedor de su aliento hizo a Fausto torcer la cara—. Disculpa esta poca higiene, es que he estado muerto mucho tiempo. Viste lo que pasó con tu ojo la última vez que hablamos sobre ajustar cuentas, puedes confiar en mí. Ahora bien, si me liquidas a ese gusano te dejaré volver a ver a tu hija —Deslizó una manopla dorada de manera discreta sobre la mesa.

Grey prendió un cigarrillo, se acercó a ponerse al tanto de la situación. Pero palpaba la pistola dentro del saco.

—Perdón, pero...

El viejo Appleseed vio la oportunidad y al vuelo de sentir su presencia le dio un golpe con la manopla. Se oyó el ruido de cuatro de sus dientes despedirse de su boca. Lo tomó del hombro y continuó. Hasta que el rostro le quedó irreconocible. Le quitó la pistola luego de dejarlo en un rincón en el suelo.

Gilder aplaudía y celebraba

—Volverás a ser mi mano derecha ahora que ese incompetente ha sido liquidado.

Fausto volvió a ver a Gilder y le disparó entre ceja y ceja. Su peso muerto astilló el escritorio.

—Ya veremos quién liquida a quién, imbécil.

Fausto se metió al Espejo.



La torre temblaba. Algunas rocas comenzaron a derrumbarse como las hojas en otoño.

Acomodó una flecha en la ballesta mientras bajaba las escaleras.

“Es increíble cómo ha mejorado. Tiene mucho de ellos”, pensaba Fausto y se sonreía a sí mismo después de mucho tiempo.

Lupinel quedó finalmente fuera de combate. Lo hubieran acabado sin más. Pero esas heridas que le había hecho Mham empezaban a sangrar y su cuerpo no respondía como deseaba.

La flecha del Lobo le traspasó una pierna. Quedó de rodillas frente a Melody. Ella se precipitó demasiado, estaba nerviosa. Terminó con Mham tomándola de la cabeza y arrojándola lejos. Otra flecha fue dirigida a su hombro.

—Ya no eres tan fuerte, Mham —dijo el Águila tratando de ponerse de pie.

—Está conectado al cuerpo que le dio Tánatos—dijo Fausto acomodando otra flecha—. Pero ya me encargué. Ahora es nuestra oportunidad.

Mham se quitó las flechas. Un líquido púrpura comenzó a derramarse por su piel. Le costó levantarse, pero no era el final para la Vanguardia de la Avaricia.

—Con que tu conexión con el cuerpo que te fue prestado para vagar por el mundo real te hacía invulnerable —dijo el Águila.

—Llegas demasiado tarde. Todos los invitados están condenados. Conseguí algunas personalidades interesantes para que mi señor juegue un poco más. No importa cuánto traten de detenernos, la extinción de los humanos es inevitable. Mi señor lo logrará.

Fausto ganó tanto tiempo como pudo. Había cierto centellar, semejante a esa luz que había acumulado el Oso en sus garras alguna vez. Ahora su hija reunió la luz en la hoja de su espada.

“Lo está logrando, está alineando su conciencia con la de Morfeo. Pero necesitará más tiempo”, pensó Fausto.

Le incrustaba la pala en las heridas abiertas que el Águila y la Mariposa le dejaron. Por más frágil que Mham fuese ahora, muy

difícil era para Fausto seguir el ritmo desenfrenado que Mham proponía.

El lugar no dejaba de sacudirse. Los trozos de roca que caían eran cada vez más grandes, y las cadenas comenzaron a descolgarse destruyendo a pedazos el trono.

Melody estaba cerca de la entrada principal. Tenía los ojos cerrados y la empuñadura de su espada aferrada con ambas manos a la altura de la cabeza. Una luz como la del sol empezaba a alumbrar en la oscuridad, pero no era lo suficiente fuerte para quedarse encendida.



—Perdí la señal en los monitores —dijo Capitán.

—Deja eso y ven a ver esto —dijo América.

Por la televisión informaban que el casino se estaba viniendo abajo.

—Vengan a ver esto. El grandullón que golpeaba a Veloz está cubierto de jugo de fresas —dijo Maravilla.

Escucharon un ruido que venía de la habitación.

Cuando voltearon se encontraron a Veloz recostado en la cama, y las cortinas ondeaban con la brisa que entraba por la ventana. Alguien estuvo ahí antes.

Velvet viajó rápido al casino. El edificio se encontraba en llamas. Acudieron bomberos y policías. Los invitados se rehusaban a salir. Podía oír los gritos de dolor de las víctimas.

“Maldición, tengo que sacarlos de ahí”, pensó.

Velvet volvió a la Torre de la Avaricia.



Mham estaba descontrolado. Fuera de sí mismo. Desatado. Podría romper el trono solo si se lo propusiera. Así lo hizo cuando cargó hacia el Lobo, pero quedó incrustado en la piedra y apretado por una de las cadenas que el Águila le había cruzado alrededor del cuello.

La Gata apareció.

—¿Qué haces aquí? Toma a Morfeo y vete —dijo Lupinel.

—Tenemos que salir ya mismo. El casino está desmoronándose allá. Los alrededores son un caos —dijo la Gata.

—Tú. Usa la otra cadena. Inmovilízalo —los interrumpió el Lobo con impaciencia.

Con ayuda de Lupinel le cruzaron otra cadena al cuello.

—¡Ahora, Melody! —gritó Fausto.

“¡Ahora niña! ¡Hagámoslo!”

El cabello de Melody se movía al viento debido a la cantidad inmensa de energía que flotaba en el aire. La hoja de su espada resplandecía en un filo amarillado. Abrió los ojos y movió la hoja como un director de orquesta eufórico. El resplandor que había cargado viajó como un torrente de estrellas doradas hacia Mham. Cayó rendido de espaldas.

“Ahora dormiré por siempre”, dijo Morfeo.

Los Oníricos tomaron caminos diferentes antes de que la Torre de la Avaricia se viniera abajo.

Las noticias del día siguiente mostraron como el casino estaba en ruinas. Todos los invitados murieron. Algo llamaba la atención en los portales de comunicación: donde una vez estuvo el casino, floreció un árbol más alto que un rascacielos y más robusto también, con una copa repleta de hojas verdes.

## CAPÍTULO 7

### Té azul

“No he vuelto a ver a la Leona desde entonces. Espero que se encuentre bien después de haber recibido eso por mí, puede haber muerto”, pensaba Gilbert mientras acababa con las Pesadillas en los alrededores de una catedral llamada Chartré en el distrito de Truce. “Tengo mis dudas. Edward no bromeaba cuando dijo que se revelaría contra Hipnos y aquella noche en la que fuimos derrotados y esa extraña torre que el Árbol derrumbó...”.

Cuantas más Pesadillas eran castigadas por su lanza en la profundidad de la noche más Orbes quedaban desparramados por el suelo.

“Sin Morfeo para seguir creando sueños, ni Fantaso para decorarlos, ni Fobétor para hacer animalitos, derrotar a las Pesadillas es simplemente sobrevivir aquí sin mucho que hacer al respecto del lado material. El Cuervo le arrebató el Atrapasueños de Fobétor a esa chica del tapado rojo, y ella se lo había robado a la Leona... ladrón que le roba a ladrón, como dicen los adultos...”.

Las Pesadillas lo arrinconaron contra la catedral de Chartré, donde había un Espejo a sus espaldas. Gilbert, el Zorro, se dejó intimidar fácilmente por el número de las brumosas criaturas. Podía enfrentarlas, sí. ¿Pero por cuánto más? Una Pesadilla voladora descendió en picada buscando nada más que su cabeza. El Zorro le arrojó con su lanza como si fuese una jabalina.

“No debí hacer eso...”.

Sin mucho más que hacer por ahora, no tuvo otra alternativa que volver al Reveur material.

“Lupinel, Fausto, espero que el tipo de la túnica negra les haya tenido piedad”.



Lejano a la ciudad, en una porción de tierra en medio del mar, el ostentoso castillo era sede de una reunión en una mesa rectangular. Había tres tipos con mamelucos blancos que pertenecían al Laboratorio Volgen. Enfrentado a ellos, el Barón A. tenía las yemas de los dedos juntas a la altura del pico de su máscara de cuervo con su usual atuendo de plumas negras. Manteniendo una distancia que sugería liderazgo frente a ellos estaba Giovanna Van Volgen de Farhust, con un elegante abrigo de color rosado flamenco.

—¿Cuánto tiempo más se necesitaría, entonces, para trabajar el gas hasta ese punto? —preguntó ella.

—Cada vez estamos más cerca, se lo aseguro —dijo uno de los tipos de blanco. Sonaba muy positivo.

Giovanna asintió y volteó hacia el Barón A.

—Lo felicito por ponerse a la cabeza de la familia D’Alterier, Barón A. Espero sea tan cumplidor con nuestros pedidos como Gilder Glittery, su predecesor —le dijo sonriendo—. Y gracias por ese atrapaseños lujoso que me obsequió por mi cumpleaños número tanto.

—Estamos tratando un nuevo producto, usted me entiende. El Laboratorio Volgen y la familia D’Alterier están colaborando y trabajando arduamente. Yo mismo he estado trabajando con el doctor Kolmogorov Greenwood. Cuento con más herramientas que mi antiguo jefe, no tiene de qué preocuparse, mi señora. Veo un porvenir brillante para Reveur —dijo reafirmando su imponente postura mientras miraba fijamente a los tipos de blanco.

Giovanna dio un aplauso con los brazos levantados y su mayordomo, Norton, entró con un carro de servicio desbordando de comida.

—Me alegro de que haya vuelto de sus vacaciones, Norton —dijo asombrada al ver el banquete que les habían preparado—.

Dígale a mi querida Faith que puede bajar a cenar con nosotros si lo desea.

—Como usted lo desee, mi señora —dijo Norton inclinándose en reverencia.

Unos minutos más tarde, el mayordomo volvió con una joven de unos veinte años tomada del brazo. Llevaba un vestido celeste, anteojos redondos sobre su perdida mirada y unos cabellos dorados.

—*Bon appétit*, señores—dijo Norton acomodando su monóculo.

Mientras los invitados se servían a gusto, el escándalo de las alarmas se desató. Las luces rojas invadieron la reunión. Afuera se había activado el mecanismo que levanta el puente del castillo. Los policías seguían a una motocicleta Harley Davidson sobre la base que emergía secuencialmente del fondo del mar como si fuese una gran escalera. El ensordecedor ruido de las alarmas impidió que se escuchase al Barón A. decir que mantengan la calma. Tampoco había manera de saber quién había entrado por la ventana o si el vidrio aún seguía intacto.

—Estoy dentro. Bajen el volumen de ese jazz, no me puedo concentrar. Veloz, buen trabajo hackeando el sistema del puente, ahora mantén las puertas bloqueadas. América, más intensidad en las alarmas, los quiero aturridos a todos hasta que salgamos. Capitán, situación.

—Rodeada por fuera. Si hubiese un Espejo mágico de esos podría estar más tranquilo, necesitarás una salida segura —contestó Capitán a través del auricular.

Velvet y los Acróbatas habían irrumpido en el castillo. Desconocían de la reunión, pues era lo que menos les interesaba.

—Muy bien, estoy en posición. Está dentro de una vitrina colgado de un maniquí.

—Hermana, ¿está segura de que puedes con esto? —preguntó América.

Cuando Velvet tomó el atrapasueños luego de destruir el cristal le vinieron cientos de imágenes y sensaciones a su cabeza no bien

puso sus manos sobre este. Se vio a sí misma, pero de niña, llevaba un camisolín y estaba recostada sobre una mesa de frío acero en una habitación donde una luz sobre ella la encandilaba. Oía el *pip-pip-pip* de una máquina a la que estaba conectada y el *dip-dip-dip* de gotas de agua que se mezclaban con la sangre de otra niña pequeña recostada a su lado y se unían en una manguera con una jeringa conectada a su antebrazo. La sangre de la niña estaba siendo de alguna manera alterada, e inyectada a Velvet. Había dos tipos hablando. Logró distinguir a un doctor y a un sujeto pelirrojo. Luego, una fuerte descarga eléctrica.

—¿Volgen? ¿Qué es eso, Velvet? —dijo América sin entender por qué Velvet balbuceaba al micrófono.

—¿Un nuevo tipo de dulce? ¡Quiero mil! —dijo Maravilla celebrando completamente fuera de contexto.

Velvet estaba de rodillas. Aturdida. Poco a poco se reincorporó.

—Ya tengo el atrapasueños —dijo colgándolo de su cuello.

—Velvet, ese tipo de la máscara de pájaro se dirige hacia tu posición. Lárgate de ahí.

La Harley Davidson rugió y salió por el ventanal que había destruido para entrar. Pasó por encima de un patrullero. Algunos policías le dispararon.

—Húndelos, Veloz. Iré directo al mercado negro de Truce a intercambiar esto por créditos.

El puente que conectaba el castillo con la ciudad descendía tramo por tramo a medida que la Harley Davidson ya no precisaba el camino, hundiendo así a los autos que iban tras ella.



Además del gran Árbol que derrumbó el casino aquella noche, los medios también mostraban la extravagante vida privada del rey y las alarmantes cifras de suicidios, o las muertes que el extraño frío se estaba cobrando. Culpaban a los ciudadanos de su propia desgracia al



protegerse del gas que circulaba por las noches, afirmando que había quienes se sentían conformes con los resultados de exponerse a este. Por eso Regulus le disparó a la televisión.

Pudo haber sido cualquier día de agosto, o de cualquier otro mes, para los detectives como Regulus no importaba mucho. El dorado reloj de bolsillo que él llevaba en su elegante chaleco verde marcaba las 4:30 p. m.

Alguien golpeó la puerta de su despacho. El lugar estaba decorado con estanterías y cajones llenos de expedientes, papeles y floreros con rosas rojas y narcisos amarillos algo marchitos, una televisión destruida de un balazo, marcas en la pared y un gran cuadro colgado con un sillón en frente. Regulus se desperezó y miró a su escritorio. Junto a su revólver de cañón largo con la inscripción «sr357» grabada en el metal había algunas jeringas metálicas ya usadas. Regulus le dio un sorbo a su azulada infusión de té. Volvieron a golpear la puerta.

Se acomodó un poco sus esponjosos rulos dorados. “Podría ser ella”, pensó.

Cuando abrió la puerta, encontró a unos sujetos con máscaras antigás vestidos de pies a cabeza con un traje blanco que llevaba una V en el pecho.

—Esta es su recompensa por haber desligado al Laboratorio Volgen del caso Glittery. Nuestro agente le envía esto —dijo el tipo pasándole un maletín negro.

Regulus bostezó y luego tomó el maletín.

—A su disposición, ya saben. Un trato es un trato —dijo mientras abría el maletín—. ¿Esta es la nueva versión? Ayer envié los resultados de las dosis anteriores.

Ninguno de los tipos respondió. El del medio metió la mano dentro del mameluco blanco, Regulus buscó el revólver en su chaleco al instante. Pero lo disimuló con un extraño gesto como si se peinara de repente pues se lo dejó en el escritorio. El tipo del laboratorio sacó una fotografía y se la dio a Regulus. El detective vio en la imagen a una chica de cabello negro apenas más largo que su mandíbula que

llevaba una boina azul. Tenía pecas y una cristalina mirada decorada con ojos verdes.

—¿Quién es esta? —dijo Regulus rascándose el cabello para disimular haber querido buscar el revólver.

—Un experimento fallido. Pero lo necesitamos de regreso para darle los últimos ajustes al antídoto. Nuestro agente nos indicó que le otorguemos este caso a usted debido a su intelecto y perspicacia.

—Los mantendré al tanto. Adiós. —Regulus cerró la puerta y se oyeron varios cerrojos cerrarse de su lado.

Dejó el maletín sobre la estantería y la foto debajo de su revólver. Fue a poner la tetera y salió al balcón de su despacho.

“Mira lo que tengo que hacer. Ponerme a trabajar con estos tipos para que te mantengan con vida debido a los incidentes de esa noche. Espero que algún día me disculpes por no haberte acompañado a liquidar a los D’Alterier en su momento más vulnerable”.

El silbido de la tetera era cada vez más agudo. La tapa estaba a punto de salir despedida. Regulus vio una figura con una túnica negra sentada en el aire, con las piernas cruzadas, contemplando el ovalado cuadro en la pared. Se escurrió los ojos con las manos y la figura ya no estaba ahí.

“Veamos de qué se trata este nuevo antídoto”, pensó.

Antes de poder explorar el maletín alguien golpeó la puerta. Observó por el ojo de vidrio.

—¿Qué quieres aquí, Ludwing? —dijo Regulus con la frente apoyada en la puerta.

—Solo quiero pasar a ver a un amigo y tomar algo caliente antes de que el invierno me carcoma el alma.

Se oyeron varios cerrojos y candados, y la puerta finalmente se abrió.

—Aún conservas la tradición de coleccionar los expedientes —dijo Ludwing.

—Es un recordatorio de cada víctima que me encargan. Todas son recientes. Tengo mucho trabajo.

—Esos listos de las noticias ya no mencionan nada sobre el asesino que anda suelto. Las cosas se están saliendo de control.

—Lamento comunicarte que son dos. He hablado con un testigo que logró escapar. Me dijo que uno lleva una máscara de cuervo negra y el otro también a diferencia de que es algo así como blanca o translúcida. Apareció colgado ayer.

Ludwing se estaba acomodando mientras que Regulus preparaba dos tazas de té azul. El invitado encendió un cigarrillo.

—Ayer llegó un pedido especial. Quieren que atrape con vida al ladrón del atrapasueños de lujo que se compró la esposa del rey, Giovanna Van Volgen de Farhust —dijo Regulus remarcando el tono de ironía en el nombre—. Y hoy llegó esto —dijo mientras le dejaba la taza a Ludwing—, quieren que encuentre a esta chica. ¿La has visto?

Ludwing negó con la cabeza.

Fumaron y bebieron en paz, como si ambos estuvieran preparándose para algo que los esperaba desde hace mucho.

—Deja esa pierna tranquila, compañero. Tómate esto con calma. Mira el aspecto positivo, tienes la dicha de preparar estas infusiones azules tal cual las hacía Rebecca —dijo Ludwing.

—¡No te atrevas a mencionar a Rebecca nunca más! —dijo Regulus con un tono severo—. Es tu culpa. Tú la entregaste a los D'Alterier en el segundo día de la fiesta en el casino. Sabías que era demasiado hasta para mí, por más vulnerables que se hayan encontrado. Sabes dónde se encuentra ahora debido a tus caprichos, ¿verdad?

Ludwing negó con la cabeza soplando humo de su boca.

Regulus intentó seguir, pero comenzó a temblar. Sus manos se aferraban a la madera del escritorio como garras mientras el sudor lo recorría.

—¿Qué pasa, compañero? Me estás preocupando, estás pálido.

Regulus levantó la mirada. Jadeando, le señaló el maletín negro que dejó en la estantería.

—Dam... en el... —Sus brazos ya no pudieron sostener su propio peso y quedó tendido sobre el escritorio.

Ludwing no perdió la calma en ningún momento. Se terminó el té que el detective había dejado. Cargó a Regulus hasta el sofá frente al gran cuadro y lo sentó. En el maletín había seis jeringas metálicas con un espeso líquido tan rojo como la sangre.

Titubeó unos segundos, pero finalmente levantó la manga de Regulus. Su piel en el antebrazo estaba totalmente hinchada y colorada por los picoteos de las agujas. Le dio un golpecito a la jeringa y la inyectó en el brazo del inconsciente Regulus.

Ludwing se retiró en silencio.

Al día siguiente despertó como nuevo.

El detective llenó un vaso térmico con el suficiente té para dos personas. Se acomodó el revólver en la pistolera que llevaba al hombro y se dispuso a recorrer las calles de Reveur. Miró el maletín antes de salir.

“Al parecer ahora necesito dos dosis, quizás mi cuerpo esté comenzando a rechazar el antídoto. Debo anotar eso para el siguiente informe. De cualquier manera, Ludwing fue muy amable en no abandonarme anoche”.

Un vagabundo con moscas por vecinos le pidió algunos créditos al salir de su despacho, pero Regulus le dejó un cigarrillo que encendió con un fósforo. El vagabundo le sonrió mostrando sus dos o tres dientes que le quedaban.

“Al parecer el gas para no soñar está dando buenos resultados. Aun así, no puedo negarles los informes para avanzar con el antídoto nuevo. Necesito que mantengan a Rebecca con vida”, pensaba mientras bajaba al estacionamiento.

Esa mañana, el Chevrolet Dodge 1970 negro no arrancó. El subterráneo fue la mejor alternativa. Quizás fuese por su revólver, o por andar de camisa con chaleco de vestir verde en pleno invierno de cielo gris, fue que las miradas de asombro y disturbio lo perseguían, como si fuese obsceno no adaptarse. Sin embargo, andaba relajado, fumando donde los carteles decían lo contrario.

Regulus se detuvo en un puesto de diarios. La portada era la de una caricatura que se burlaba de la esposa del rey de Reveur, Giovan-

na de tal. Regulus no pudo evitar reír al verla. El humo del cigarrillo se escapó de su boca como si fuese el vapor de una tetera hirviendo. Apagó el cigarro sobre la página que anunciaba al Barón A. como nuevo padrino de la familia D'Alterier. Dejó el dinero equivalente a haberlo comprado al diariero.

“Con esta tontería solo quieren ocultar las muertes incesantes del extraño invierno, y los defectos del gas y al asesino. Maldición, a veces odio esta ciudad.”

Las calles de Truce carecían de extravagancias, pero no por eso eran menos elegantes. Los espacios verdes predominaban. También había canales como grandes laberintos de agua que recorrían erráticamente el distrito con peses de colores nadando. Algunos decían que era el jardín de Revoir pues sus habitantes cuidaban a las plantas más que a sí mismos.

“El Barón A, el atrapasueños, esta chica... Si tan solo pudieras ayudarme, Rebecca, todo sería más llevadero. Si al menos tan solo estuvieras aquí”, pensó Regulus. Suspiró y vio la fotografía de Rebecca que llevaba dentro de su reloj.

Caminó sin rumbo. Se detuvo en una esquina a ver un espectáculo callejero de un grupo de acróbatas.

Una vez terminado el número, se acercó a dejarles algunos créditos.

—¿Por qué llevas una foto de Velvet? —preguntó Maravilla viendo la billetera del detective.

Capitán la corrió para que no se meta donde no la llaman. Regulus esbozó una fina sonrisa de oreja a oreja que le dio escalofríos a Maravilla.

—Mis coloridos amigos —dijo haciendo un gesto de un gran abrazo—, ¿conocen a esta chica?

—No. No conocemos a nadie que luzca así. A decir verdad, no conocemos a nadie en general —dijo Capitán.

Maravilla jugaba con un oso de peluche. Lo hacía volar y correr por las paredes, y saltar los carteles de rebajas de las tiendas.

—Es una heroína que se enfrenta a las Pesadillas en el mundo de los sueños —dijo Maravilla sin distraerse de su oso.

Regulus los vio con la misma cara que un veterano de guerra ve a alguien que lleva ropas de camuflaje en el centro comercial. Capitán intentó seguirle el juego, pero Regulus le arrancó el peluche de las manos a la pequeña Maravilla.

—A veces los héroes pueden caer y ser vencidos —dijo haciendo la mímica de un disparo a la sien del oso—, *bang*.

Les dejó algunos créditos de más en una boina azul que tenían en el suelo y se marchó silbando.

En la madrugada, más allá de la hora en la que los bares cierran, el mercado negro de Truce abrió sus puertas nuevamente. Era una tienda subterránea de paredes de acero, construida como un gran laberinto de la oferta y la demanda en la dirección de los canales de la superficie de Truce.

—¿Para qué me has traído entre toda esta gente rara? —preguntó Ludwing con desprecio—. Sabes que odio este lugar.

—Eres mi garantía —dijo dándole su revólver—. Te conocen más a ti que a mí. Busco el atrapasueños. Este parece ser un buen lugar para las alhajas reales.

Ludwing susurró algo que Regulus no llegó a distinguir mientras recorrían las tiendas. Lejos de llamarle la atención, lo dejó pasar haciendo oídos sordos al comentario.

Era como un centro comercial, solo que sin la atmósfera ni la sutileza encantadora que hacen a un centro comercial. Los entrelazados pasillos guardaban cientos de artículos extravagantes en distintos puestos. Desde figuras exclusivas sacadas del circuito de producción hasta órganos humanos empaquetados en bolsas de plástico cerradas al vacío.

—¿En un agujero así planeas encontrar el collar de la esposa del rey?

—A algo o a alguien encontraré —dijo Regulus mirando discretamente a todos lados. Sentía cómo los vendedores no le quitaban la vista de encima.

Se recorrieron todo el mercado de Truce, o la mayor parte que pudieron.

Regulus sacó su reloj y presionó el botón en la parte más alta de la circunferencia.

—5:58 a. m. —dijo bostezando

No le respondieron ni se quejaron a su lado. De repente, se encontró solo.

“Seguro se quedó viendo alguna tienda de su agrado”, pensó.

El detective se detuvo cerca de un puesto donde había equipos de laboratorio operando sobre la mesa. Un cliente esperaba ansioso. No era el experimento lo que llamó la atención de Regulus. Dos tiendas más adelante había una chica de espaldas que llevaba la misma boina azul de la foto, y que se parecía por su corte de cabello. Regulus puso atención. La chica parecía estar discutiendo con el vendedor.

“¡Tiene el atrapasueños! Bien. Ya veo, quiere venderlo. Debe estar en medio de una negociación”.

En el pequeño laboratorio un gas rojo contenido en un envase de vidrio hizo que tanto el detective como el cliente comenzaran a temblar. Al contenedor se le conectó una manguera que condujo el gas a una cámara no más grande que un microondas, donde se transformó en una espesa solución de color rojo.

El doctor sacó una jeringa de metal y extrajo una muestra del líquido. Lo calentó en un mechero de fuego azulado que volvió el líquido otra vez a estado gaseoso dentro de la jeringa. El cliente se inyectó plácidamente su medicamento.

Regulus comenzó a dudar si era el quién caminaba o todo parecía moverse a su alrededor. Se agarró la cabeza para obligarse a ver hacia otro lado.

“Esto se está escapando de mis manos”.

La chica de la boina azul ya se había ido. Regulus intentó acercarse a sacarle información al vendedor, pero el sujeto que se inyectó el gas se interpuso en su camino. Estaba con la cabeza y los brazos colgando. Parecía sollozar en agonía.

—Tengo asuntos que atender, caballero —dijo Regulus con elocuencia, pero no obtuvo respuesta.

—Esta versión tampoco funciona, maldición —dijo el científico con una revoltosa voz—. Oye, tú, rulitos, eres el sujeto que está elevando los informes al doctor Kolmogorov, ¿verdad? Únete a mi emprendimiento, con mis conocimientos y tu experiencia podremos por fin crear el antídoto definitivo.

Regulus no pudo responder. El tipo frente a él lo tomó del cuello y estaba estrangulándolo con una fuerza sobrehumana. Su columna se encorvó como si fuese una colina y pronto, los huesos perforaron su piel mientras, lentamente, llevaba al incapacitado detective al suelo sin despegar sus ojos rojos de su presa. Regulus trataba de llegar a su revólver, pero no lo tenía encima. Además, su muñeca fue apretada con fuerza no bien su atacante detectó un movimiento sospechoso. Las personas alrededor se alejaron formando un círculo.

De repente se oyó un disparo y Regulus quedó libre. Ludwing le había hecho un agujero en el cráneo al frenético hombre. Tendido en el suelo, sus músculos comenzaron a achicharrarse cómo si los estuviesen exprimiendo.

No bien pudo despabilarse, vio como la chica de boina azul estaba yendo a la salida del mercado.

—Lo necesitarás —dijo Ludwing devolviéndole el revólver sr357 luego de ayudarlo a levantarse—. Rebecca necesita tu ayuda. Yo me ocupo de esto.

Velvet se echó a correr cuando vio que el detective se acercaba tratando de mezclarse con el público aún presente.

La Harley Davidson arrancó a toda velocidad. Aunque la voz que Velvet oía en su cabeza casi la hacen chocar más de una vez.

“Mírate, estás aquí pendiendo de un hilo. Debes estar junto a Morfeo ahora que me has rescatado, deja de perder el tiempo”, susurró la voz dentro de su cabeza.

“Ya cállate quien quiera que seas, no le debo nada a los Oníricos, búscate otra. Búscate a alguien más, te cambiaré por el dinero que nos hace falta”, dijo Velvet.



“Qué malos modales. Mi nombre es Fobétor. Recuérdalo: Fobétor. ¿Quieres otra descarga eléctrica? Hay muchos recuerdos con los que puedo hacerte sufrir.

La noche de repente se volvió muda y más oscura, con una enorme luna frente a ella. “No otra vez”, pensó al ver cuervos en los árboles.

Los cuervos la chocaron. La Harley Davidson se arrastró por el suelo hasta chocar con un árbol.

No bien abrió los ojos tenía un revólver apuntándole. Se fue poniendo de pie lentamente sin dejar de mirar el calibre del cañón.

—Ahora te vienes conmigo —dijo Regulus poniéndole las esposas.

Ludwing estaba agitado. Se sostenía sobre sus rodillas para recuperar el aliento. Llegó corriendo unos minutos más tarde pues hubo que poner en orden el asunto del cadáver con las ambulancias que acudieron para retirarlo del lugar.

—Bien hecho —dijo jadeando—, conseguiste más tiempo para Rebecca.

Al día siguiente, Regulus rasgó con un punzón la pared dibujando una línea transversal a otras cuatro. La pared detrás del cuadro estaba repleta, como las paredes de los convictos. Después volvió a acomodar el cuadro en su lugar y bebió un poco de té.

El cuadro era un retrato de Rebecca en un Truce primaveral. Estaba apoyada sobre el barandal del balcón del despacho de Regulus. El cabello negro de Rebecca estaba suelto, pero prolijo y cuidado. Los ojos eran dos óvalos color miel. El rojo de sus labios resaltaba la palidez de su piel. Llevaba una camisa blanca y ajustada, con un lazo negro en forma de moño atado por debajo del cuello de la camisa, con una medalla colgando con forma de león. La cadena dorada del reloj de bolsillo sobresalía de su falda para darle más elegancia.

—Pronto necesitarás otra pared para contabilizar las muertes —dijo Ludwing con ironía.

—No si es que logro resolver este caso antes —dijo Regulus sirviendo té para dos.

—¿Qué se supone que harás con esta chica ahora?

—Entregarla a los tipos del laboratorio cuando vuelvan. Dicen que les servirá para mejorar el antídoto. Tal vez ya no tenga que andar inyectándome eso —dijo mirando al maletín.

Velvet estaba sentada sobre el sofá con ambas piernas cruzadas. Le habían puesto un pañuelo en la boca, y la esposaron por la espalda. Con la mirada fija en el suelo se sentía derrotada. Pensaba si alguna vez volvería a ver a los Acróbatas.

—No pegó un ojo en toda la noche —dijo Regulus.

—Mejor —dijo Ludwing dando un sorbo a su taza—, ya tendrá tiempo.

—¿Te has dado cuenta de que hay algo diferente en el aire desde que ese gran árbol floreció de la noche a la mañana? Es sorprendentemente extraño.

—Es maravilloso. Podríamos necesitar más. Sería bueno que en el Laboratorio Volgen los estudien para descubrir la naturaleza que ocultan. Deberías sugerirles esa idea a tus amigos de blanco —dijo como queriendo brindar con la taza.

Alguien llamó a la puerta. Eran los tres tipos del mameluco blanco y las máscaras antiguas.

—El doctor Greenwood se enorgullece en comunicarle que el estado de su cónyuge es deplorable. Le aconsejamos que no se acerque a visitarla, el laboratorio está en un momento complicado. Quizás en unos días ya pueda darle el pase a la morgue. Se nota su ausencia en esta pocilga —dijo viendo dentro del despacho—. ¿Alguna novedad con respecto a la última muestra?

Regulus se llenó de desilusión. No quiso perder los estribos frente a los únicos capaces de mantener al menos algunos días más a su amada con vida.

—Dígale al doctor Greenwood que le estaré eternamente agradecido por los servicios prestados. Puede contar conmigo para lo que necesite. En cuanto a la contracción muscular se ha ido. Me generó algunas alucinaciones, demasiado reales para mi gusto. Parecía ver a

un tipo de túnica negra que me observaba. Revisen eso. Me he sentido mejor luego de que me pusiera a dormir y amanecí muy bien. Un detalle mínimo, quizás sea yo, pero necesité dos dosis —dijo Regulus algo preocupado.

Todas las indicaciones fueron anotadas en una lista que uno de los sujetos llevaba consigo.

—Bien. Dígame ahora las novedades sobre nuestro pedido.

Regulus abrió lo que quedaba de la puerta para mostrarles. Velvet parecía estar mordiendo el pañuelo en su boca con mucha rabia.

—¿Qué le harán? —dijo Regulus impidiéndole el paso a los tres.

—Algunos ajustes al experimento se llevarán a cabo con esta chica, pues lleva grandes dosis de una sangre que le fue dada de una niña con ciertas habilidades hace muchos años. En su momento fue un experimento fallido, ahora puede ser la solución a los problemas de la ciudad.

Aunque desconocida para él, sintió una pena enorme cuando se la llevaron. Dentro suyo sabía que era algo por demás egoísta haberla dejado a su suerte. Pero era un sacrificio para beneficio de Rebecca, eso lo tranquilizaba.

—Aquí tiene más dosis —dijo dándole otro maletín—. Manténganos al tanto. Hasta luego.



Recorrer la ciudad a través de los espejos siguiendo el ritmo del Lobo y el Águila era desafiante. Eran como destellos que iban y venían, ocupándose de las Pesadillas y los Orbes en su camino. La Mariposa estuvo cumpliendo su rol tan bien como pudo. Dedicaba gran parte de su tiempo a mejorar su destreza con la espada ropera junto al Águila. Es más, algunas noches se animaba a patrullar sola las calles de la realidad de los sueños, Oniria.

Esta noche, se encontraba entrenando con Lupinel el Águila.

—Con calma, señorita. Déjese llevar. No piense tanto. Debe fluir como el agua, adaptarse a cada situación —dijo el Águila mientras

las hojas de sus espadas se enredaban con una misma moción como un remolino que iba a y venía—. No es bueno estar dependiendo siempre de sus habilidades.

La Mariposa asintió.

—Morfeo dice que mi esperanza de vida se reduce cada vez que uso sus habilidades. De hecho, cada día me siento más débil. Más agotada.

—Has estado haciendo más de lo que te imaginas. Quizás debas relajarte un poco.

—No. Debemos encontrar a la siguiente Vanguardia. Lo que tenga que pasar pasará... y lo espero con entusiasmo —dijo desarmando a Lupinel—. ¡TOMA ESO!

—No esperaba menos de una Calloway —dijo el Águila sonriendo con los brazos en el aire.

La Mariposa guardó su espada con elegancia.

—¿Realmente lo lograremos? —pensó en voz alta viendo a la llama azul que se encendió en el pedestal.

—Mientras nos mantengamos juntos podremos enfrentarlos. Insisto en lo que Fausto le dijo: deje de salir sola. Puede toparse con alguno de ellos por accidente.

—De acuerdo. Me voy a casa. ¿Te traigo otro té azul mañana?

—Sí, te lo agradecería.

—¿Por qué nunca sales al lado material? —preguntó la Mariposa.

—Para ponerlo fácil, simplemente no puedo volver a salir. Ahora ve a descansar. Te lo mereces.

—¿Hay algo que pueda hacer? Sabes que puedes contar conmigo.

—Tres de azúcar como siempre. Hasta mañana —dijo el Águila con algo de cansancio en su voz.

—Está bien. Hasta mañana —dijo la Mariposa suspirando.

## CAPÍTULO 8

# Laboratorio Volgen

El Barón A. ingresó a la habitación número 430. Se sentó en una silla a un costado de la cama de Rebecca. Jugaba con el pomo de su bastón en forma de cuervo como era lo de costumbre. No dijo ni una palabra. Solo miraba a la cama.

Los ojos de Rebecca apenas estaban entreabiertos. Por el movimiento de las cobijas, el Barón A. supo que le costaba trabajo respirar. El dispositivo que marcaba las pulsaciones de su corazón se sobresaltó cuando el Barón A. chasqueó los dedos.

La habitación se sumergió en la penumbra, iluminada tenuemente por la luz de la luna. Las siluetas de los cuervos que posaban en la ventana se dibujaron en la cobija de Rebecca.

El Cuervo estaba con las piernas cruzadas. La hebilla con forma de cuervo en su cinturón resplandecía. Finalmente rompió el silencio dándole un golpe al suelo con su bastón.

—Fue un intento formidable el querer detener a Belfegor usando tu Espíritu Onírico para quemar su cuerpo a pesar de que aún era invulnerable. Pero no hay forma de que un Onírico pueda derrotar a una Vanguardia en un combate individual.

—Fallaste, traidor. El Báculo de Fantaso se perdió, al igual que el Atrapasueños de Fobétor. La Voluntad de Morfeo está a salvo. Estoy segura de que pronto Hipnos será traído de regreso, de hecho, el Árbol es tan majestuoso como antes de haber sido incinerado aquella noche. Algo bueno tiene que salir de todo esto —dijo con una suave voz.

—No creo ser tan malo, quise ayudar a Hipnos tanto como pude. Hasta me alié con su hermano para salvarlo. Pero llegado el momento hubo que elegir un bando. De hecho, no fui yo quien se opuso a una Deidad. Edward el Oso quería llevar sus habilidades mucho más allá.

—Mientes, él jamás se opondría a nuestra Deidad —dijo Rebecca intentando apuntarle con el dedo.

—No por motivos personales, pero el poder de Morfeo consumió años y años de su vida. Como todo buen padre, no estaba dispuesto a que su hija pase por lo mismo. Él quería que ella sea feliz, rodeada de las personas que ama. Quería que pudiera leerles cuentos a sus nietos. No tuvo mejor idea que levantarse contra Hipnos para convertirse en la nueva Deidad del Sueño. Eventualmente los mataría a ustedes para conseguir el Atrapasueños de Fobétor y el Báculo de Fantaso para unificar los poderes y así sellar las entradas a Oniria. Deberían estar agradecidos de que traje a Tánatos para detenerlo —dijo el Cuervo con ironía, desenfundando lentamente su espada.

Una lágrima comenzó a recorrer la mejilla de Rebecca. El Cuervo se levantó de la silla y comenzó a caminar de manera muy intimidante en la habitación mientras decía:

—Veo que mis muchachos te pusieron las cosas muy difíciles la segunda noche de la gran celebración de Gilder Glittery. Llegaste a nuestro cuartel en el momento menos oportuno, creo recordar que el mismo Gilder ordenó que te acribillen.

—Tres o cuatro disparos por la espalda, no recuerdo bien. Fue justo antes de que pudiera pasar por el Espejo. Me arrojaron a la carretera y una camioneta del Laboratorio Volgen me levantó. Desperté aquí.

Los órganos de Rebecca fueron perforados por los disparos aquella noche en la que la familia D'Alterier estaba en su momento más vulnerable. Cuando despertó se preguntaba si Regulus estaba tratando de encontrarla, o si por el contrario ya se había olvidado de ella, pues no supo nada sobre él desde entonces.

Un espeso humo comenzó a salir por el ducto de ventilación de la habitación.

—Parece que el momento se acerca, mi querida amiga. Debe ser la hora en la que envían el gas. No pienso adelantar los acontecimientos —dijo acomodando su galera—. Cuando los Oníricos mueren, desaparecen. No van al Inframundo.

El Cuervo abrió una Grieta en el aire con su espada y luego la guardó en el bastón. Una luz naranja salía del corte. El Cuervo la atravesó y esta se cerró detrás de él.



Las agujas metálicas estaban desparramadas en el suelo. Regulus estaba sentado en el sofá contemplando el cuadro de Rebecca. El malecón estaba despedazado por todas partes. Una rojiza irritación como si fuese un sarpullido resaltaba en el antebrazo izquierdo de Regulus. Aún había una jeringa inyectada, colgando con su aguja dentro de la piel.

Tenía su mirada perdida en los ojos de Rebecca. Cuando el líquido hacía efecto y podía soñar, soñaba con ella. Con el día en que la había visto por primera vez cuando eran adolescentes, con el día en el que se casaron en Chartre, incluso con aquella vez del embarazo perdido de su primer hijo. La incertidumbre sobre Rebecca hizo que se volcara a lo único que supuso lo mantendría pensando en otra cosa, pero ya ni recordaba que era que estaba haciendo.

“El mejor detective. El que no puede ayudar a su amada. El que debe dejarse someter por el laboratorio para que ella no muera, aunque ni siquiera sabe si es verdad lo que le dicen... ¿Realmente seguirá con vida?”, pensaba Regulus mientras terminaba de inyectarse lo que le quedaban de líquido a la jeringa y le echaba el ojo a la siguiente. “Esa otra chica era inocente de todo. Le arruiné la vida entregándola...”. Se fue cayendo lentamente del sofá como si fuera un tobogán mientras una figura de negro lo veía, aunque él no le prestó atención.



Llevaba la camisa toda arrugada con el cuello desarreglado y las mangas desabrochadas. Regulus caminaba encorvado, sosteniendo los muros, apenas podía mantenerse de pie. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Caminó hasta el cementerio que estaba en el gran parque detrás de la catedral de Chartré.

Se recostó sobre tres tumbas. Una era de su padre, la otra de su madre y su cabeza daba a la de su hermano.

El Padre Graham lo encontró durmiendo al lado de las tumbas. Lo llevó dentro de la catedral con una manta sobre sus hombros y le preparó algo caliente para que beba.

—Necesito hablar con alguien. Necesito ayuda —dijo con una angustiada mirada.

—Puedo confesarte, si gustas. No emitiré ningún tipo de juicio sobre aquello que necesites manifestar —dijo Graham.

Regulus asintió.

Fue guiado hacia el confesionario. Una estatua de piedra un tanto demoníaca estaba dentro de una vitrina. Regulus no pudo evitar detenerse a verla.

—¿Por qué tendrían algo así en un lugar tan inmaculado como este?

—Es un diablo conocido como Belfegor. Se dice que es la personificación de la pereza. Lejos de evitarlo, lo tenemos como un recordatorio de que los caminos fáciles llevan a los destinos más difíciles. En la Biblia cuentan que es un siervo de Lucifer. Si bien nuestra religión aquí en Reveur es la del Dios Hipnos, no podemos ignorar que el Inframundo tiene su historia, de la cual podemos seguir aprendiendo.

Llegaron al confesionario.

Regulus pudo comentar con tranquilidad todo cuanto quiso, y así lo hizo. Desde el día en el que faltó al cumpleaños que Rebecca tuvo que posponer y reorganizar debido a que Regulus tenía un viaje planeado con sus padres y su hermano menor, hasta cuando entregó a una chica desconocida con tal de que su esposa siguiera con vida. Se sentía ridículo, avergonzado, pero un poco más tranquilo consigo mismo.



—Pasó medio mes desde el día que entregué a esa chica. Esta es una de las pocas veces en que salí de mi oficina —dijo Regulus viendo al padre Graham por los agujeros de la madera.

—Quizás necesites descansar —dijo Graham bostezando—, pero no me refiero a dormir. Sino a simplemente descansar. Relajarte. Dejar ir. De cualquier manera, siempre hay algo esperando para suceder.

—... Nada puede ser más ridículo.

—Estás en un espiral de pereza esperando que algo suceda o venga a salvarte. Y nada lo hará. Nada se acomodará a tu favor a menos que tú lo muevas por tu cuenta. Si yo fuese así de joven, y tendría un amor tan fuerte que me empuje a la autodestrucción, me levantaría de mi silla a sacar a mi amada de ese agujero —dijo Graham con la mirada de alguien que ha pasado por mucho.

Regulus miró al suelo de madera unos instantes. Después dijo viendo al padre:

—¡Eso haré! Pero primero iré al patio a fumar un cigarro.

El patio de la catedral de Chartré estaba repleto de árboles y plantas. Regulus miraba al cielo gris y se dejaba acariciar por la fría brisa. Caminaba errático, soñando despierto. Planeando su huida de Reveur una vez que Rebecca se recuperase. Una nueva vida los esperaba, una vida soñada. Al menos en su cabeza lucía como tal.

Se ahogó con el humo del cigarrillo cuando se chocó con alguien. Un niño de unos doce años según vio cuando este se agachó con prisa a recoger los libros que se le cayeron. Era de piel pálida y tenía el pelo más negro que la noche. Llevaba una camisa blanca y pantalones grises. Debajo de la camisa, una vara de madera que sobresalía sobre su hombro y debajo de su cintura.

—¡Fíjate por dónde andas! Hombre... —dijo apilonando los libros para volver a cargarlos—... O les diré a todos lo que escuché en el confesionario —murmuró.

Regulus quiso tomarlo de los hombros para regañarlo, pero el chico sacó rápidamente su vara de madera y golpeó la muñeca del detective.

—Entonces tú eres el tipo con el que la Leona alardeaba haberse casado —dijo al ver el reloj de bolsillo de Regulus—. Lo siento por eso.

—Olvidalo —dijo Regulus—. Supongo que tú debes ser Gilbert. He oído de ti. Siempre atendiendo a los pedidos de Graham. ¿No es así? —dijo burlándose.

—Ja, ja, qué gracioso. Rebecca dijo que tú debes heredar su Espíritu Onírico si algo le sucediera. No soportaría ver a alguien más portar el cinturón del León. ¿Se encuentra bien?

—No tengo la menor idea, niño —dijo Regulus soplando el humo de su boca.

Gilbert volvió a acomodar los libros en sus manos. Miró a Regulus unos instantes como si esperara algo, con un poco de desesperanza.

—Necesitarás conseguir tus poderes para ser un superhéroe del mundo de los sueños. Quizás así puedas hacer algo por ella —dijo sonriendo.

—Yo soy un superhéroe. Y este es mi superpoder —dijo Regulus agachándose para mostrarle el revólver.

Gilbert apoyó su cabeza contra los libros como si asumiera que sería más complicado de lo que pensó.

—Sabes, la Leona es mi única amiga. Me salvó la vida cuando fui encarcelado en Chartre el día que el Inframundo invadió el reino de los sueños. Ella luchó con valentía. Quizás sus ganas de volver a verte nos mantuvieron con vida a ambos.

—Escucha, niño —dijo Regulus acompañando a Gilbert a la biblioteca—, no sé qué tan cercano seas a Rebecca, pero su vida pende de un hilo. La está pasando muy mal en ese agujero. No entiendo a qué te refieres con Leona y eso de los sueños... pero cualquier cosa me ayudaría a ayudarla.

El sol se estaba guardando, al igual que Gilbert guardaba los libros en orden alfabético en las estanterías de la biblioteca. Las luces de las velas junto con una pequeña chimenea iluminaban muy tenuemente el lugar. El detective se sentó en una silla de madera y prendió otro cigarrillo con las piernas sobre la mesa. Regulus lo veía con extrañeza, pero había algo en el chico que no lo hacía dudar de él.

—Rebecca siempre me contaba sus aventuras en una especie de dimensión alterna. Para ser honestos, nunca le creí. Aunque hacía un gran esfuerzo por seguirle la corriente.

—No deberías dudar. La única razón por la que Graham me da asilo es porque yo podía comunicarme con Hipnos y servirle de intermediario. Pero Hipnos está muerto —dijo llevando una silla a la mesa—. Básicamente, los Oníricos somos servidores de Hipnos. Nos encargamos de que las personas puedan tener un descanso apropiado. Recibimos apodos según el Espíritu Onírico que se nos ha sido asignado, pero ya te acostumbrarás. Cuando heredes el tuyo.

—Ya veo —dijo buscando algo en su bolsillo—. Pareces saber mucho, o un poco de todo. Dime, ¿la has visto alguna vez?

Regulus puso una fotografía arrugada en la mesa.

—Sí. La he visto una o dos veces en Oniria. Me robó el Atrapasueños de Fobétor, pero el Cuervo se lo robó al rato. Puedo intentar derrotarla ahora que Hipnos no puede castigarnos, si quieres. Necesito tener el Atrapasueños de Fobétor de regreso.

—Lamento comunicarte que la envié con atrapasueños y todo a que la torturen hasta dar con el antídoto en el Laboratorio Volgen. Pero puede arreglarse —dijo poniéndose de pie—, les haremos una visita a ambas. Tus poderes quizás nos ayuden.

—Necesito que sea de noche, lo cual lo vuelve un tanto complicado —dijo con una sonrisa de culpa.

Regulus lo miró como un perro que escucha un nuevo sonido por primera vez.

—Básicamente nuestros poderes funcionan de noche. Pero, tranquilo, cuenta conmigo.

Al atardecer del día siguiente, el motor del Chevrolet Dodge 1970 rugía por la autopista.

—Oye, el laboratorio está en la otra dirección. Tenemos que salir de Truce, no volver a entrar —dijo mirando los carteles.

—Nos desviamos un poco. Necesito visitar a unos amiguitos primero.

Regulus condujo donde se había encontrado aquella vez con esos artistas callejeros. Supuso que sería un alivio contarles.

Luego de estacionar se dirigió hacia la ronda de personas que observaban el acto de los acróbatas. Le hizo un gesto a Gilbert para que lo espere en el auto. Encendió un cigarrillo. El jazz que sonaba en el reproductor de música de los Acróbatas le agradó bastante.

Diez minutos después el acto había finalizado. Mientras los niños juntaban sus bártulos, notaron que solo quedaba un espectador. Estaba apoyado en una pared esperando seguramente por un autógrafo.

Maravilla le acercó un trozo de papel autografiado al hombre de esponjosos rulos dorados.

—Necesito tener una palabra con ustedes —dijo Regulus guardando el papel.

Maravilla lo llevó de la mano con los demás.

—Ya te dije que no la conocemos —dijo Capitán.

—¿Este quién es? —preguntó Veloz acomodando sus antiparras de aviador sobre su cabello azul.

—He encontrado a esta chica...

Regulus fue interrumpido por Maravilla.

—¡Es nuestra hermana mayor! —dijo Maravilla con asombro dejando caer su oso de peluche.

—La entregué al laboratorio —dijo Regulus.

Los acróbatas se quedaron boquiabiertos.

—¡Así que fuiste tú! Estuvo casi un mes desaparecida. La queremos de regreso —dijo Veloz mostrándole una navaja.

—Será mejor que guardes eso, amiguito. Solo quería que se sepa de mi parte. Iré a hablar con mis contactos en las instalaciones y pediré su extracción. No se preocupen.

El Chevrolet Dodge 1970 siguió su curso con el atardecer. Fue sobrepasado por cinco camionetas blancas con la V del Laboratorio Volgen pintada de negro. Sin embargo, Regulus las mantuvo bajo vigilancia, siguiéndolas con discreción.

Bajaron de la autopista a una calle donde había unos vagabundos calentándose con fuego en un tacho de chapa oxidada. La camioneta se detuvo y detrás de ella las otras cuatro. El Chevrolet Dodge 1970 hizo tiempo aminorando la marcha. Unos tipos de blanco metieron dentro de las camionetas a los vagabundos con violencia.

—¿Dónde vas?! —dijo Régulus tomando del cuello a Gilbert.

—¡Los van a matar si los siguen golpeando!

Regulus lo tironeó de regreso a su asiento y trabó las puertas.

—Deja que hagan su trabajo. Nosotros tenemos nuestros asuntos.

Con la marcha reanudada ninguno volvió a hablar. Las calles dejaron de tener tantas casas alrededor y la acera se ensanchó. En seguida, muchos caminos se conectaron. Una gran fortaleza con forma de pentágono de al menos veinte pisos estaba frente a ellos. Echaba un espeso vapor extraño por las chimeneas en el techo. Toda la figura estaba rodeada, a la distancia, de pequeños cuadrados los cuales, según supuso Regulus, debían ser las numerosas habitaciones del laboratorio. Tenía gente entrando y saliendo por las cinco caras. Estaban apuradas, como si buscarán refugio.

Regulus se detuvo en la playa de estacionamiento repleta de autos. Las cinco camionetas se dirigieron a una cámara que esperaba por ellas. Un sujeto de blanco empujaba a las personas para que se bajen y caminen dentro de la instalación en fila. Iban atados de pies y manos por esposas que los unían unos a otros.

Se había hecho ya de noche cuando la última camioneta partía y el sujeto de blanco pareció relajarse un poco. Entonces, una vara de madera lo ahogó a sus espaldas y lo arrastraron detrás de un auto negro.

—Bien, mi amigo, necesito pasar, creo que tu tarjeta ya no te será de uso. Ese mameluco blanco tampoco. —Regulus le quitó la máscara antigás—. ¡Tú!

—Eres un tipo duro de arruinar, Regulus. Espero que la encuentres muerta cuando llegues a la habitación 430 —dijo antes de detenerse súbitamente luego de que Gilbert lo desmayara de tanto apretarlo con la vara de madera.

—Nada mal, niño. Estuve a punto de dispararle, pero hubiese manchado la ropa.

Regulus le quitó el mameluco al tipo y se lo colocó él con ayuda de Gilbert. Luego, empujaron su inconsciente cuerpo debajo del automóvil. Afortunadamente, no se notaba la diferencia una vez que se puso la máscara antigás.

—Tendrás que esperar en el auto, el gas está bajando a las calles —le dijo escondiendo su revólver en uno de los bolsillos internos.

—No. Yo también entraré, pero a mi manera. Usando ese Espejo —dijo señalando aparentemente a la nada según Regulus.

—Ya habrá tiempo para que me enseñes esos movimientos. En marcha. Te encuentro en el centro del pentágono en una hora.



La tenían maniatada en una silla con una vincha de metal rodeando su cabeza, la cual tenía tres cables conectados a un monitor. Los doctores iban y venían sobre el piso pulido dónde apenas si podía verse a sí misma, pues su vista estaba nubosa y su propio cabello lo dificultaba aún más.

Si bien le habían quitado su cartera donde llevaba sus accesorios y el atrapasueños, todavía tenía el comunicador en el oído. Pudo escuchar cómo alguien intentaba comunicarse, pero era imposible distinguir lo que decía. “Los equipos del lugar interfieren la señal”, pensó Velvet con una débil sonrisa en su triste rostro cuando la voccecita de Maravilla resonó en ella más allá de todo.

Los doctores discutían sobre si era mejor volver a conectarla en ese lugar y extraer toda su sangre de una sola vez o conservarla para tener un suministro infinito si es que sobrevivía, como se contempló en principio aquel día del experimento. También hablaron de celdas comunes, o una habitación personal como el sujeto de la 430. En cualquier caso, ya la tenían. Y podían jugar con ella tanto como quisieran mientras aún respirara.

Todo el mundo dejó de discutir y permanecieron en silencio. Un doctor, con un grueso bigote blanco en forma de espiral que parecía salir de los agujeros de su nariz, llegó acomodándose una bata blanca. Era bastante gordo, y tenía el cabello gris además de un ojo notablemente más grande que el otro. Llevaba una tarjeta plastificada colgando del bolsillo con su imagen y una leyenda.

*Laboratorio Volgen*

Dr. Kolmogorov Greenwood.

Director.

Investigador al mando del proyecto Green-V.

Puso música clásica en una radio.

—No piensen demasiado en cómo lo harán. Ya está todo planeado. Hemos trabajado arduamente con mi colaborador Edward Calloway, quien aportó las células de su propia hija hace veinte años con este experimento. Veo que mi hija ha crecido como nunca esperé que lo hiciera. Habrá que estimular a mi pequeña para que nos dé lo que necesitamos. ¡A trabajar!

Le quitaron la ropa y le pusieron un camisolín. Escoltaron a Velvet a través de largos y fríos pasillos de metal casi arrastrándola entre dos tipos de blanco que el Dr. Greenwood había mandado a llamar.

Al final del pasillo los esperaba un ascensor. Solo tenía números negativos. Uno de los sujetos la soltó y oprimió el botón -9. Los mecanismos hicieron un chillido y comenzaron a descender.

## CAPÍTULO 9

# El Atrapasueños de Fobétor

Melody pasaba gran parte de su día buscando nuevas técnicas para emplear con su espada. Usaba un palo y el árbol que su madre había plantado en el patio de su casa hace ya mucho tiempo para practicar cuando no acudía a Lupinel.

“Debería estar estudiando, Ludwing me va a matar”, pensaba frecuentemente.

Cada noche salía hasta el amanecer a cumplir con su deber a Oniria, de manera que la universidad estaba quedando bastante lejos de su alcance. No podía cumplir con todo, menos ahora que de su nuevo trabajo dependían los gastos de la casa. Sin embargo, estar siempre bajo el cuidado de Fausto o Lupinel la irritaba bastante.

“Sería más fácil si Lupinel saliera alguna vez y practicáramos en el parque. ¿Por qué tiene miedo de volver a la realidad?”, pensaba mientras leía un artículo sobre el Dr. Greenwood en su laptop. “Asistió esa noche al casino... Intrigante como mínimo”.

Su celular comenzó a timbrar.

—¿Hola? —dijo tímidamente—. No, no me interesa contratar ningún servicio... no puedo oírlo bien, su música está muy alta... ¿Hola?

—Melody, necesitamos que nos ayudes con tus superpoderes —dijo la voz de una dulce niña

—¿Perdón? —respondió Melody con un tono de incertidumbre.

—Tú no nos conoces, no a todos al menos. He visto con el Ojo cada noche cómo cruzas esas puertas invisibles, al igual que nuestra hermana lo hace.



—Hmm... a eso te refieres con superpoderes —dijo riendo—. Tu hermana ha sido muy egoísta con mi grupo, y no la he vuelto a ver desde entonces. Adiós.

Cortó la llamada y le dio un último sorbo a su taza de café. En la cocina, preparaba todo para la siguiente ronda, cuando se le cruzó por la cabeza buscar entre los cuentos de su padre alguna pista sobre la siguiente Vanguardia. Después de todo, cualquier señal sería útil. Y su padre era de esos tipos conocidos por toda la ciudad.

Mientras su gato, Quasimodo, de pelaje negro y castaño ronroneaba en la ventana, ella buscó en un cajón de la oficina de su padre dónde él gustaba dejar sus manuscritos archivados.

En el montón, ojeó uno muy particular que se titulaba “El Circo de la Pereza”. Se desplomó en el sofá de la sala a leerlo mientras tomaba su café.

*El bufón del circo recorría las gradas ubicadas de forma circular dando saltitos muy alegres al ritmo de los cascabeles de su vestimenta de arlequín, mientras sus vertiginosos dedos cambiaban de acordes sobre las cuerdas. La habilidad con la que manejaba el arco del violín era la de un príncipe refinado, y el público se lo reconocía sumergiéndose en ese sonido angelical.*

*Se sumaron a los bombos que ingresaban al escenario tubas, trompetas y clarinetes, siendo las entretenidas piezas ejecutadas por sus pequeños asistentes con trajes de arlequines diseñados para niños con sus colores bien asentados.*

*Un león saltó un aro en llamas, una gata salió rodando sobre una bola de estambre gigante y un zorro hacía equilibrio con una mariposa en la punta de su nariz en lo alto de dos pilares adornados con globos unidos por una cuerda.*

*En el Circo de la Pereza el público no quería irse a su casa por ningún motivo, pero tampoco quedarse. Se veía en sus caras. No podían dejar de aplaudir. Sus mejillas les dolían de tanto sonreír, pero no podían dejar de sonreír, era como si les hubiesen cosido la*

*boca dejando una extraña mueca feliz. El bufón giraba y saltaba y reía lleno de emoción y los oídos del público comenzaron a sangrar cuanto más agudas se volvían las notas del violín.*

*El bufón dio dos últimos acordes y las personas cayeron desmayadas sobre las gradas. Quizás esa última nota les robó el alma, pues muchas auras espectrales de color azul salieron de ellos y fueron planeando hacia el violín para ser almacenadas dentro de la madera.*

*“A pesar de que disfruté el espectáculo, tuve que cortar las cuerdas de ese maldito violín. Hubo una explosión y los bufones desaparecieron. Al dar una mirada atrás a las inconscientes personas entendí que se permitieron dejar su existencia en manos del perezoso entretenimiento”.*

Después de una página más y otra página más Melody vio que el día se le había escapado entre los relatos cortos.

“El Hombre que pinta todo lo que le sucede y El Circo de la Pereza fueron mis favoritos. Suena como si mi padre hubiera conocido a esos tipos. Escucha, Morfeo, ¿estuvo mi padre ahí?”

“Desafortunadamente tu padre no quería que seamos compañeros. Tenía una determinación tan grande para hacer las cosas a su manera que podía suprimir mi presencia. Su exceso de confianza nos puso en aprietos, y terminamos por perder la partida, como diría Gilder. Espero que esta vez me dejes ayudar”, le respondió Morfeo. “Haré todo cuánto esté a mi alcance, pero no me compares con mi padre. Enmendaré ese error. Derrotaré a Tánatos, aunque muera en el intento”, dijo con su puño en alto.

“Tanto optimismo merece ser recompensado”, dijo Morfeo.

Por la rejilla de ventilación en la sala de estar un humo verde comenzó a filtrarse, cayendo al suelo lentamente.

“¡Olvidé tapar ese ducto de ventilación!”.

Se subió a una silla con una madera, clavos y un martillo. “Eso debe resultar”.

Un Espejo apareció en medio de la sala de estar cuando la noche cayó por fin. De repente, toda la casa enloqueció. Los aparatos electrónicos encendían y se apagaban por su cuenta. No supo qué desconectar primero. En la pantalla de la televisión un niño de pelo verde apareció burlándose de ella y dijo:

—¡¡¡Booo!!!

—Miren, tengo tareas que cumplir. Pero, ¿cómo puedo ayudarlos? —dijo con un tono de resignación y un suspiro.

—El detective nos dijo que los del laboratorio se la llevaron. Bueno, en realidad él se las entregó —dijo Capitán.

La comunicación se cortaba un poco

—¿Contrataron un detective para buscarla? —dijo Melody levantando una ceja.

—Quítate, lo estás haciendo mal, cabeza de alga —dijo América empujando a Capitán—. El nuevo detective que reemplaza a los Calloway la entregó al Laboratorio Volgen para que mejoren el gas y creen un antídoto para el sueño... O algo así. ¿Crees que podrías ayudarnos?

—Piaaam, muchos suicidios —dijo Maravilla jugando con su oso.

—Es complicado. Necesito mucha ayuda para eliminar a las Pesadillas. Si los ayudo, ¿podrían convencer a Velvet de que se tome más en serio su deber como Onírico?

—Suená peligroso —dijo América—. No queremos que esto siga sucediendo. La persuadiremos para que te ayude cuando la tengamos de regreso, ¿trato?

Melody notó que el gas verde también entraba a la habitación de donde le estaban hablando, pero era succionado por un ventilador que lo hacía pasar por una máquina que lo transformaba en algodón de azúcar.

—¡Delicioso! —dijo Maravilla.

—No te preocupes por eso —dijo Capitán viendo la extraña expresión de Melody—, es mi invento más reciente.

—Está bien. Cuenten conmigo.



Con dos o tres estocadas podía acabar con las Pesadillas. Estaban distraídas corrompiendo los Orbes cristalinos fuera de las casas, demasiado ensimismadas para reaccionar a tiempo.

“¿Qué pasó con eso de no andar sola por estos lugares?”, le dijo Morfeo.

La Mariposa no le ofreció ninguna explicación. Dos Pesadillas la encontraron purificando la oscuridad de los Orbes y saltaron sobre su espalda. Envolvieron sus finas garras alrededor de su cuello, pero ella se negó a dejar esos Orbes infestados de la bruma negra que los habitaba como un remolino de oscuridad. Muchas más Pesadillas la rodearon y parecían estar danzando a su alrededor. Algunas Pesadillas voladoras también acechaban en las alturas como murciélagos.

Recibió muchos cortes. Las manchas de sangre pintaron su piel. Morfeo la dejó tranquila, no había otra forma de mejorar que no sea haciéndoles frente por sí misma. Solo ella y su espada.

Cuando parecía tener la ventaja, las aladas criaturas le recordaron lo sola que estaba.

No sé dejó vencer. Las Pesadillas comenzaron a huir cuando notaron que estaban siendo exterminadas una a una.

Cuando por fin estuvo más tranquila, purificó a los Orbes con lo mejor que se le venía a la mente. Algunos soñaron con el naufrago de su vida, o con su amor imposible a sus pies, o incluso con que el viento helado de la ciudad cese de una vez por todas. Después, los devolvió a cada habitación.

Frente a un Espejo, pensó en aquel imponente pentágono que era conocido como Laboratorio Volgen y luego lo cruzó.

“¡¿Una carpa de circo?!”. La Mariposa se quedó estupefacta.

“Parece que hemos dado con otra Vanguardia...”, dijo Morfeo.

“No puedo hacer esto sola. Ir uno a uno contra esos tipos es mortal”.

Una pequeña sensación de pánico se apoderó de ella.

“No te preocupes, tienes mis habilidades a tu disposición. Confía en ti. Procede con cautela.”

La Mariposa acomodó su cinturón y respiró profundamente.

“Vamos”.



Cuando Regulus entró a la habitación Rebecca estaba dormida. Se sentó en una silla que estaba en una esquina hasta que ella despertó.

La máquina mostró el sobresalto del corazón de Rebecca al verlo.

—Ha pasado mucho tiempo. Te pido que me disculpes por no haber venido antes —le dijo con un poco de culpa.

—Pensé que te habían asesinado para quitarte del tablero a ti también —dijo Rebecca débilmente mirando extrañamente al techo.

—No me atrevía a verte la cara. No después de haberme burlado de que tu sola acabarías con D’Alterier usando esos raros poderes mágicos para infiltrarte en su mansión abandonada. Unos tipos del laboratorio me fueron a visitar una vez por semana desde entonces. Me dijeron lo que sucedió y si accedía a probar las distintas versiones del antídoto para el sueño te mantendrían con vida. Acepté solo para librarme de esa carga —las manos de Regulus comenzaron a temblar—. Entiendo que te he decepcionado y ya no quieras verme la cara.

—Han estado experimentando con todos aquí —dijo ella fríamente—. Nos meten en habitaciones de a diez o doce personas, donde apenas hay lugar para que estemos parados. Afortunadamente recompusieron mi estado primero. Estuvimos ahí durante días. No nos dejaban dormir, ni nos daban comida o bebida. Por las noches liberaban el gas dentro de la habitación. Algunos morían de pie en algún momento, la verdad es que uno perdía la cuenta de los días. Era vomitivo verlos comer sus heces. Quizás ni siquiera sabían que eran suyas o de algún otro. Más aún, hubo momentos de canibalismo.

Regulus quedó completamente en blanco. No podía creer lo que sus oídos registraban. Mientras todo eso sucedía él estaba muy tranquilo en su despacho tomando la azulada infusión de té azul.

—¿Cómo fue que saliste de ahí?

Rebecca comenzó a reír con lágrimas en sus ojos.

—Estoy segura de que oí a los guardias decir algo. Por alguna razón nos liberaron. El gas enloqueció a la mayoría. Sin embargo, cuando los tumultos de personas huían desesperados de su cautiverio los guardias decidieron acribillarlos. Estaban fuera de sí. Ya no eran personas, eran animales salvajes. No dudaron en atacar a los guardias. Se balanceaban sobre ellos. Les quitaban los ojos, y les quebraban los dedos de las manos, y arrancaban sus lenguas —dijo Rebecca sin poder continuar debido al nudo en su garganta.

Hubo un momento de silencio. Nada más el *pip* de la máquina sonaba hasta que ella volvió a hablar.

—Pocos sobrevivieron. Escuché decir a los doctores que todos los que habían quedado con vida fueron internados, y solo yo había soportado las secuelas de todo eso. Notaron que no necesitaba del gas como una persona normal. Es porque soy un Onírico, y los Oníricos podemos descansar cuando queramos, o podemos no hacerlo —dijo riendo—. A pesar de eso, cada noche siguen mandando el gas por los ductos. Al igual que al resto de la ciudad. Me he vuelto dependiente del gas, me relaja, ¿sabes? Apacigua mi mente.

El corazón de Regulus estaba ahogado en tristeza.

—Solo he conseguido prolongar tu sufrimiento. Solo he conseguido que tu vida penda de un hilo. Lo siento tanto. Yo solo quería que te recuperaras. Solo mírame a la cara una vez más.

—Estoy ciega. Estuve demasiado tiempo en la oscuridad y la luz del sol quemó mis retinas. Eso no importa. La segunda noche de la gran fiesta de Gilder, ¿recuerdas? Te dejé un regalo muy especial mientras dormías, mi Espíritu Onírico.

Regulus se sentó en la cama junto a ella.

—Conocí a Gilbert, ahora finalmente creo todo eso del mundo de los sueños. Me dijo que salvaste su vida.

—Así es —dijo Rebecca acariciando la mejilla de Regulus mientras sonreía—. Ahora tú debes continuar con mi legado. Te he heredado mi Espíritu Onírico, esa segunda noche lo dejé en tu Orbe, pero aún no lo has despertado. Al igual que los demás Espíritus Oníricos que envié con el Atrapasueños de Fobétor, deberás superar la peor tragedia para conseguir despertarlo. Hay una chica llamada Melody Calloway, le he enviado a la Mariposa. Ella es a quien debes proteger a toda costa. Te la encargo —la mano de Rebecca se deslizó hacia el revólver de Regulus.

—Haré todo cuánto este a mi alcance... ¿Qué haces?

Rebecca había sacado el revólver de Regulus. Y una de sus almohadas la puso sobre su pecho. Tomó la mano de Regulus.

—Despiértalo —dijo uniendo el revólver con la mano de Regulus.

—¿La peor tragedia? Quieres decir que...

—Nadie lo oirá. Déjame ir. Libérame de todo este sufrimiento. Dijiste que harías todo cuanto esté a tu alcance. Supera la peor tragedia. Debes sobreponerte a todo, incluso a mí. Te quiero.

La temblorosa mano de Regulus se afirmó al gatillo. Tenía sus ojos fijos en ella. Volvió a deleitarse con su sonrisa un instante más. Una lágrima recorrió su mejilla. La frágil mano de Rebecca que acariciaba su cabello cayó en seco sobre la cama cuando la bala del revólver atravesó su corazón. Regulus se recostó al lado de ella.



Gilbert espiaba por el borde de la pared del largo pasillo que conducía hacia esa habitación circular. Había grandes estaciones de trabajo, y contenedores cilíndricos que iban del suelo al techo con un líquido incoloro. El cristal estaba marcado por el frío que mantenía. A sus pies, pequeñas tuberías repartidas por el suelo recorrían la sala como gusanos. Una cámara con un gas estaba conectada con otra

donde la sangre de Velvet estaba siendo conducida. Los manómetros estaban como locos. Allí se calentaba y se mezclaban ambos vapores. El nuevo gas era conducido por el suelo mediante tuberías a los contenedores cilíndricos donde se enfriaba y se mezclaba con el líquido incoloro convirtiéndose en una espesa solución verde.

Aprovechó cuando ambos estuvieron de espaldas y se escabulló detrás de una de las estaciones de trabajo. Podía escucharlos hablar.

—El antídoto será repartido en las jeringas metálicas por la familia D'Alterier —dijo el tipo con la máscara de cuervo.

—El proyecto está encaminado, vayamos a discutir con el rey como se hará la distribución. Te tengo listo un archivo con el método de preparación para que lo desarrolles en su castillo. Estoy de acuerdo en que sería conveniente usar a la mafia.

Velvet estaba quedándose dormida sobre una mesa de acero. Sus párpados le pesaban. Poco podía distinguir en la oscura habitación. Sentía que tenía cuatro agujas a cada lado de sus brazos. La borrosa imagen de un doctor y un tipo con una máscara de cuervo rondaban alrededor de ella.

Ambos se retiraron. Abordaron el ascensor al final del pasillo envuelto en penumbras.

Gilbert esperó un poco antes de salir a investigar. Buscaba aquel colgante con una red de hilos entrelazadas a una piedra roja y plumas de colores alrededor. Por supuesto, no había ningún indicio de que estuviera ahí.

“¿Qué tal si lo tiraron a la basura?!” pensaba mientras revolvía carpetas. “Pensé que ella lo tendría consigo, ¿cómo podría dejar ir un objeto así?”

A sus espaldas escuchó a alguien murmurar. Del susto, se escabulló detrás de las máquinas. Espió un poco sobre la pantalla. La chica sobre la mesa estaba murmurando algo como *mar... veloz... cap... sola...* parecía que le faltaba el aire.

Se acercó cautelosamente a la mesa, los ojos verdes de Velvet estaban desorientados. Ruborizada, no tuvo la suficiente energía para



darle a Gilbert un cachetazo cuando él palpaba el camisón que le habían puesto.

—Siento haber robado el collar de tu amiga —dijo Velvet débilmente unificando las palabras que murmuraba.

—No tienes la menor idea del poder que oculta ese *collar*.

—Ayúdame a escapar con vida de aquí. No creo que alguien como tú haya podido entrar así como así, ¿dónde está el Espejo?

—¿¿Dónde está el Atrapasueños de Fobétor?! —dijo Gilbert con un poco de enojo.

—Lo traía en mi gabardina roja. Pero me quitaron todas mis pertenencias. Si vas con cuidado quizás lo puedas recuperar —Velvet dejó escapar una bocanada de aire como un globo desinflándose—. Ayúdame a volver con mis hermanos, por favor.

—Si fuese más valiente te dejaría aquí para que se sigan entreteniéndote contigo. Pero no podría vivir con eso. Además, necesitaremos toda la ayuda posible.

Gilbert vio las agujas que ella tenía clavadas en ambos antebrazos. Las movió un poco y enseguida Velvet hizo una mueca de dolor.

—Va a doler —dijo Gilbert con un poco de culpa.

—Lo que sea... —dijo Velvet resignada.



Cuando Regulus abrió los ojos, se encontró con un tipo que llevaba una máscara de cuervo negra con un bastón y al doctor Kolmogorov Greenwood.

—¡Te dije que si le pasaba algo te devolvería al Inframundo! —dijo el tipo de la máscara ahorcándolo con su bastón contra la pared—. No me importa lo que Tánatos diga, ya no eres necesario para seguir con esto. Despídete de tu invulnerabilidad.

—Pero no he sido yo, te lo juro, barón. Yo no he...

El barón A. chasqueó los dedos y la habitación quedó en una tenue oscuridad donde la luz de la luna apenas los alumbraba. Regulus

notó que el doctor no era para nada el mismo. Era un extraño sujeto con ropa de bufón y una máscara blanca con dos caras distintas: una reflejaba la tragedia y otra la comedia. El tipo de la máscara de cuervo estaba envuelto en un atuendo de plumas negras con cuervos aleteando a sus espaldas. De su bastón, retiró lentamente la hoja de una espada.

—¿Qué tal si también me deshago de ti, Belfegor? Sí, podría hacerlo ahora. No podrías hacer nada al respecto. Tánatos no puede vigilarme con la Máscara de Hermes. Pero te dejaré vivir al menos hoy. No quiero seguir manchando mis manos. No soy yo quien acabará contigo igualmente —dijo el Cuervo y después volvió a chasquear los dedos.

La habitación volvió a la normalidad. Regulus no encontraba su revólver, no pudo despegar la vista de lo que acababa de presenciar.

El tipo de la máscara levantó al doctor del cuello y clavó su espada en el hígado del doctor Greenwood de lado a lado. Su traje blanco se tiñó de escarlata al instante. Soltó su cuerpo y un rastro de sangre se dibujó en la pared. Se paró frente a Regulus y guardó su espada de una manera muy intimidante. En el mango tenía un cuervo de plata pulida. Después, dejó la habitación.

“Será mejor que me largue de aquí”, pensó Regulus.

Caminó por los angostos pasillos del pentágono poblados por habitaciones numeradas. Estaba en el cuarto piso. No usó el ascensor, no quería que se le prestara demasiada atención en un espacio cerrado. El segundo piso estaba completamente dedicado a esas celdas que su amada le había mencionado. Estaban con los mismos agrupamientos de personas. Esos ojos lo veían pasar, y sacaban sus manos entre los barrotes. Frente a él, un guardia de seguridad con un uniforme marrón y un fusil venía desfilando, pero se detuvo repentinamente y parecía estar descifrando si quien estaba debajo del traje y la máscara de gas era un empleado del laboratorio. Regulus pasó al lado de él, y lo saludó muy amablemente.

Encontró una oficina con la puerta entreabierta y las luces apagadas. No dudó en entrar. Cerró la puerta y prendió la luz. Una placa sobre el escritorio decía: Dr. Kolmogorov Greenwood.

“Todo lo que está aquí me será de utilidad, veamos”.

Eran carpetas llenas de cálculos y fórmulas. Le llamó la atención el diagrama molecular de la adenosina. La descripción decía que era un líquido incoloro de rápida acción que bloquea las neuronas que mantienen despiertos a los animales.

“Básicamente puede provocar sueño, entiendo. Las cámaras de este siniestro laboratorio deben estar llenas de esa adenosina rara”, dijo viendo una carpeta donde solo había fotos de pacientes sobre una mesa de acero con agujas conectadas. Le llamó la atención los cuatro niños dentro de los contenedores de adenosina y el bebé conectado a la niña de unos seis años.

“Ese rostro luce familiar”, pensó.

Debajo de esa carpeta, había otra con la misma foto que los tipos le habían entregado esa noche en el laboratorio. Era más bien una ficha técnica. Leyó:

### **Proyecto Green-V**

- Tipo: Biológico
  - Director: Dr. Kolmogorov Greenwood.
  - Asistente: Edward Calloway.
  - Sujetos experimentales: Melody Calloway, Velvet Greenwood.
  - Contraindicaciones: taquicardias, pesadillas, sudoración, cefalea provocada por la luz con compromiso ocular, náuseas, etc.
- El experimento para el gas del sueño contará con la indispensable colaboración de E. Calloway.

Mezclaremos las células especiales de su hija, alteradas para independizarse del sueño, con adenosina. Esta última es una purina endógena sintetizada de la degradación de aminoácidos. El gas será repartido por toda la ciudad a través de las tuberías para lograr un mejor descanso en las personas.

El largo corredor estaba despejado. Gilbert ayudaba a Velvet a caminar cargándola sobre su hombro. A pesar de que ella estaba muy debilitada, llegaron sin problemas al ascensor. El tablero indicaba que estaban en el piso -9, Gilbert marcó la planta baja.

-8

—¿Has visto lo que hicieron con el Atrapasueños de Fobétor? —preguntó titubeando, como si esa valentía de antes no fuera suya realmente.

Velvet no tenía fuerzas para nada, ni siquiera podía mantener la cabeza firme. Su cabello caía como cortinas sobre sus ojos.

—Estás asustado... deja de temblar, no soy yo quien va a lastimarte si seguimos perdiendo tiempo aquí.

-7

—No tienes idea de lo que ese collar puede hacer y de lo que significa para mí —dijo Gilbert mientras apretaba cada vez más la muñeca de Velvet y una lágrima se le escapaba.

-6

—Cuando me capturaron... me tenían en una sala que parecía ser importante. Mi gabardina estaba ahí, estoy segura. Debe estar en esa sala junto con el juguete que tanto pides.

-5

—¿Tienes un plan? —preguntó Velvet—. ¿Cómo pudiste entrar sin ser visto? —Su voz ya era un poco más clara.

-4

—Fue difícil. Usando el espejo solo hay que imaginar dónde quieres ir. Hay información sobre este lugar en la biblioteca de Chartré —respondió Gilbert acomodando mejor a Velvet.

-3

—Nada mal, niño. Me recuerdas a Capitán, siempre tan intrépido. Y planeas salir... ¿cómo? Si se puede saber —preguntó con ironía.

—Tengo un as bajo la manga. Quizás encuentres a alguien que quiera disculparse contigo ahí arriba.

-2

—Lo dudo. Creo que yo soy la que debe disculpas. Debería empezar por ti y por tu amiga. No sabía lo que hacía. Necesitábamos dinero, y eso parecía valer una fortuna de créditos. Sabía que no me lo negarían en el mercado negro de Truce.

-1

—En tanto y en cuanto lo recuperemos todo estará bien. ¿Qué tal te trató Fobétor? —dijo riendo.

PB

—Tengo que reconocer que fue una buena compañía. Creo que ya puedo ir sola. Te sigo.

Las puertas del ascensor se abrieron. Al final del oscuro pasillo se veía a los tipos de blanco correr. Una alarma sonaba y apenas podía distinguirse una metálica voz que salía de un megáfono.

El sonido se acrecentaba cuanto más se acercaban al final del pasillo. Era repetido una y otra vez.

*El Doctor Kolmogorov Greenwood ha sido asesinado, activen protocolos de seguridad. Clausuren todas las entradas. El asesino de Reveur está aquí.*

Velvet caminaba sosteniéndose por la pared, se negó a toda ayuda que Gilbert quiso brindarle.

El personal estaba alborotado. Alguien había dado aviso de lo que sucedió en la habitación 430. Y como si no fuese suficiente, en plena desesperación de tener al asesino liberaron a los sujetos que estaban cautivos en las celdas. El lugar era un desastre. Viéndolo por el lado positivo, fue una gran ventaja de manera que nadie prestara atención ni a Gilbert ni a Velvet.

En una de las salas de control, las tuberías se habían pinchado. La masa gaseosa comenzaba a escurrirse por los pasillos, llenado de un vigor a los prisioneros quienes cegados por su furia avanzaban contra el personal del laboratorio. Las puertas estaban siendo selladas por compuertas de acero.

“¡Bingo!”, pensó Gilbert en voz alta cuando encontró el Atrapasueños de Fobétor en la gabardina roja de Velvet, luego la tiró a los pies de ella.

Cuando se colgó el collar, un escalofrío lo recorrió. Un segundo después, de rodillas, parecía como si todo su cuerpo estuviera siendo aplastado por una máquina.

“Ah, tú no. Eres muy... blando y cobarde, muchacho. Siempre lo has sido, no tienes las agallas que mis portadores han demostrado. Dáselo a ella, tú eres insoportablemente llorón. Mira cómo terminó la Leona por tu cobardía”, dijo Fobétor.

Velvet veía cómo el chico se retorció de dolor en el suelo. Sus venas parecían estar a punto de estallar cuando intentaba quitarse el collar. No le dio mucha importancia, solo pensaba volver a su atuendo más comfortable.

—Él... quiere que... tú lo... portes —dijo jadeando de espaldas al suelo.

Las circunstancias habían agotado tanto a los dos, que no oyeron que algo se acercaba a la habitación.

Los vio. Rasgó sus largas uñas en el suelo como queriendo afilarlas. Se escurrió dentro de la habitación moviendo su cabeza de un lado al otro con una maniática expresión que deformaba su rostro.

Velvet lo miró con desprecio y se puso el atrapasueños.

“Esa es la actitud Velvet. Pero no el lugar. Aún podemos torturarlo si tiene algo de memoria. Cuélgame en su cuello”, dijo Fobétor.

Gilbert quedó paralizado de miedo. Por otro lado, Velvet corrió hacia esa cosa. Fue capaz de evitar dejarse doblegar cuando la frenética criatura se balanceó sobre ella. Forcejeando, logró colocarle el atrapasueños en el cuello. La criatura se replegó dando unos chillidos de dolor que no tardaron en desaparecer. Ya había pasado demasiado tiempo expuesto al dolor como para que eso le hiciera algo. Velvet comenzó a retroceder lentamente sobre sus pasos sin quitarle la mirada de los vacíos ojos de la criatura.

“Nos va a matar”, pensó al ver cómo se quitaba el atrapasueños a pesar de la marca como de acero al rojo vivo que este le dejó.

De repente hubo un gran ruido, y la cabeza del sujeto explotó. Regulus había llegado justo a tiempo. Los apuró para salir de ahí. Despejó el camino hacia el jardín artificial que estaba en el centro del pentágono.

Las personas ahí dentro se atropellaban buscando un lugar seguro en todo ese caos.

—¡Ya casi estamos ahí! —gritó Regulus disparándole en la pierna al que venía siguiendo a Gilbert a sus espaldas.

Dejó que ellos pasen primero.

—¿Lo ves? —dijo Gilbert.

—¡Es nuestra puerta de salida! —contestó Regulus con entusiasmo.

Un Espejo azul los esperaba en el centro del jardín. Llamó la atención de Gilbert que se viera completamente negro al otro lado como una pared pintada, pues debería verse el jardín a oscuras iluminado por la tenue luz blanca de la luna. Traspasaron el Espejo, nada podría ser peor de lo que ya era.

## El Circo de la Pereza

Dentro de aquella enorme carpa de circo con gajos rojos y blancos, y la bandera de Reveur ondeando con la brisa fría de Oniria, la Mariposa esperaba encontrar al personaje del relato de su padre. Pero no. Se encontró, en cambio, con paredes de madera que llegaban hasta lo más alto de la carpa. Le dio unos golpecitos con la hoja fina de su espada ropera y le pareció que debían ser bastante gruesas.

“Parece ser un laberinto”, dijo Morfeo. La Mariposa asintió.

Más nerviosa de lo que ya estaba se puso cuando al voltear. La entrada había desaparecido. Respiró profundamente.

Los muros de madera parecían moverse como si fuesen una porción del espacio. Las vetas en la madera se movían como una corriente de agua y pronto la Mariposa se sintió un tanto mareada.

“Solo podemos avanzar. No queda otra salida, niña.”, dijo Morfeo buscando motivarla antes de que sea tarde y se quede en blanco.

“Yo soy valiente”, se repitió la Mariposa varias veces mientras seguía el camino.

Las paredes se curvaban solas. Algunos pasajes se cortaban a sí mismos. Incluso el piso parecía descender cuando en realidad solo iba en línea recta. Y una suave y alegre melodía se dejaba deleitar.

“¿Alguna pista, Morfeo?”

“No. Hace mucho que tu padre no me dejaba ver ni la luz del sol. Si estuvo aquí lo desconozco”.

“¡HOLAAA!”, gritó la Mariposa haciendo un megáfono con sus manos, pero no se oyó ni siquiera el eco.



“Estamos perdidos. Creo que ya pasamos por aquí. O por allá... No, habíamos doblado antes. Ya sé, puedo cortarme un mechón de cabello para para marcar el camino... ¿Morfeo, estás ahí?”

La melodía sonaba cada vez más cerca. Menos alegre, menos vivida y más melancólica junto a unos tímidos cascabeles.

“Quizás se fue a dormir, qué inoportuno. Veamos, papá me solía decir que si camino con la mano derecha sobre la pared siempre podré encontrar la salida de cualquier laberinto”

Caminó un poco más hasta que alguien habló a sus espaldas.

—Sí, es un buen consejo. Sirve también para la vida misma. Una filosofía sin precedentes.

Un sujeto con el torso desnudo sentado en el suelo de piernas cruzadas como si meditara se apareció detrás. Había unas cuerdas de metal rodeándolo y parecían estar sujetándolo de las muñecas. Tenía el cabello pelirrojo igual que Melody.

—¿Papá? —dijo ella con una voz temblorosa.

La Mariposa se aferró a la empuñadura de su mosquete y se le acercó con cautela. Desenfundó un poco la hoja, pero en ese momento las cuerdas se clavaron en la espalda de su padre.

—Te he extrañado, hija, por fin volveremos a estar juntos, ¿no lo crees? Tánatos puede hacer todo posible.

Las cuerdas de metal comenzaron a levantar el cuerpo de su quieta postura. Quedó colgando en el aire sostenido por las cuerdas atravesadas a su espalda, como una marioneta.

Algunos meses atrás, la Mariposa hubiese ido a abrazarlo con todas sus fuerzas, pero se enfrentó a varias Pesadillas como la de aquel chico que decía querer explotar su casa, no había forma de que se dejara engañar.

—No quería esto para ti —dijo la marioneta llorando sangre—. Te he condenado a una muerte acelerada... Te extrañamos aquí en el Inframundo.

Las cuerdas atravesaron sus hombros de lado a lado, también sus manos. En su boca una cuerda lo obligó a sonreír y a mantener sus ojos abiertos, aunque eran dos esferas blancas e inexpresivas.

La Mariposa desenfundó su espada, pero una cuerda que se arrastraba por el suelo como una serpiente se la quitó y se levantó en el aire para que no pueda alcanzarla.

La masa de músculos se acercaba hacia ella con movimientos torpes e involuntarios.

“Morfeo necesito ayuda... M-Morfeo se aceptan sugerencias. No parece nada amigable”. No hubo respuesta.

La marioneta se arrojó con su peso muerto sobre ella. Pero la Mariposa se hizo a un lado provocando que se estrelle contra el muro de madera.

No podría hacer nada sin su espada, ni Morfeo. Así que se echó a correr con la esperanza de perderse de aquella cosa que estaba usando el cuerpo de su padre.



Se quedaron completamente desorientados. No contaban con que su ruta de escape no estuviera allí.

—¿Un laberinto? —dijo el Zorro con mucha intriga.

—Estamos dentro de esos lugares que tienen los miembros de la Vanguardia, no veo por qué te sorprendes tanto —dijo la Gata adelantándose un poco.

—Esto no es normal. Están aprovechándose del desequilibrio de Oniria.

Regulus no entendía mucho, pero contaba con un revólver parecido al suyo en su cinturón con hebilla de león y eso le daba cierta tranquilidad.

—Esta es una gran ratonera. Y nosotros somos los ratones... Déjame, Gilbert, puedo sola —dijo corriendo la asistente mano de Gilbert.

—A propósito, Zorro, ¿no tienes nada con que defenderte? Este es mejor que el mío —dijo el León presumiendo su revólver.

—Perdí mi lanza enfrentándome a las Pesadillas que estaban en los alrededores de la catedral Chartre.

El laberinto estaba demasiado tranquilo para ser el lugar donde un miembro de la Vanguardia habitaba la realidad de los sueños.

El sinuoso camino tenía curvas abiertas y cerradas, distorsionados pasillos helicoidales, y sin importar cuantos pasos dieran parecían no avanzar, como si caminaran arrastrando el suelo con ellos.

—¡Estamos dando vueltas en círculos! —dijo el Zorro recuperando el aliento sobre sus rodillas.

El León disparó a los muros de madera, pero las balas cayeron al suelo como monedas, sin dejar ni un rasguño.

—¡¡¡Shhh!!! —dijo la Gata con un dedo en su boca.

Escucharon los gritos de alguien en apuros. A juzgar por la intensidad del sonido, la Gata y el León supusieron que provenía de la otra punta del laberinto. La Gata pegó un oído a la pared de madera y comenzó a caminar con cautela. De repente, una porción cuadrada de la pared se dio vuelta como una puerta giratoria y la aventó hacia el otro lado del camino. El León le dio patadas a la pared tratando de volver a dar vuelta la puerta, pero se había vuelto a camuflar con la madera otra vez.

—Estoy bien —dijo la Gata al otro lado—. Continúen, debemos encontrar la salida... Tengan cuidado.

Las macabras risas y el sonido de los cascabeles parecían estar cada vez más cerca. El Zorro y el León siguieron caminando. No podían dejar de ver a sus espaldas cada tantos pasos. Un alegre violín les ofreció una melodía que venía de ningún lado.

—Te noto demasiado tenso, Zorro. Relájate.

—No tienes idea de lo que la Vanguardia es capaz de hacer. Aunque trabajemos juntos no podremos derrotarlos, y no creo que esta sea la excepción. Sus cuerpos no son tangibles en Oniria, por eso los Oníricos fueron derrotados aquella noche... ¿León?

El Zorro se encontró solo. Se sentía observado por una presencia acechadora.

—¡Aquí estás, hijo mío! Sentimos haberte abandonado en esa vieja catedral, pero tienes que entender que solo eras una carga para nosotros.

El Zorro se encontró a sí mismo de rodillas antes de que pudiera darse cuenta.

“Me siento débil”, pensó.

Levantó con dificultad la mirada.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí? —El Zorro comenzó a arrastrarse hacia ella—. Calma, pronto te sacaré de aquí. No me digas que el Cuervo...

La madre caminó hacia el agitado Zorro. Le extendió su mano para ayudar a levantarse, pero en realidad lo agarró del pelo y lo arrastró por el suelo de madera

—Aprenderás ahora a ser un buen chico. Enmendaré mi gran error.

Era imposible para el Zorro liberarse esos finos dedos que lo arrastraban. Quería despegar dedo por dedo, pero eran tan duros como si estuvieran unidos con pegamento.

—¿Qué haces aquí? Graham dijo que me abandonaron en la catedral cuando recién había nacido y murieron huyendo de la ciudad ese mismo día —dijo el Zorro resignado.

—Ese viejo estúpido. Tú has sido una carga desde siempre. Mereces morir para dejar de estorbar en mi vida.

Lejos de seguir oponiendo resistencia, sus párpados comenzaron a pesarle y ya no podía sentir ninguna de sus extremidades. Notó que había cuerdas de metal enrolladas al cuello de su madre. Y también muchas más se sumaban por todas partes como serpientes.

El León pudo haberlo evitado, o disparado en el mejor de los casos. Pero estaba atado a una viga de acero en lo alto de la carpa como la presa de una araña. Era el espectador de cómo los grandes muros del laberinto cambiaban su orientación, y se modificaban a sí mismos, como si fuesen las vías del tren que alguien estaba controlando. Frente a él, un cuerpo colgando aterrizó en su mirada. Estaba sujeto por cuerdas de metal que lo tomaban de las muñecas y se le clavaban en la espalda. Intentó gritar por ayuda, pero solo entonces se dio cuenta de que las cuerdas se habían enrollado de tal manera que no le permitían mover

su boca. Ante su mirada llena de pánico, la figura deslizó la mano por la mejilla del León. Era una cálida caricia de ensueño. No fue capaz de darse cuenta que el triste violín que sonaba pareció ordenar a las cuerdas de metal que lo soltaran. Tarde pero seguro se dio cuenta de que caía libremente de espaldas desde lo alto de la carpa.

“Tú me dejaste morir”, le susurró el cuerpo que caía a la par de él. Una cuerda lo sujetó de cabeza al suelo antes de que se estrellara.

“A ver si te despabilas un poco, Velv. Te lo advertí una y otra vez, pero estabas tan nerviosa que no me pusiste atención, me hubiese quedado con el pistolero”, le dijo Fobétor.

Su voz le daba vueltas en la cabeza a la Gata.

“¿Ah, sí? Lamento comunicarte que estás conmigo. Y me vas a ayudar con esto”.

Caminaban al azar cualquier camino que se les cruzara por delante. Ahora que decidió estar alerta de los violines que sonaban, el ambiente era silencioso. Demasiado sospechoso para ser cierto.

“Cuidado. No he absorbido Pesadillas por un buen rato, necesito alimentarme para liberarlos”.

“Liberar... los?, le respondió la Gata con incertidumbre.

La madera se curvó como si fuese una brusca pincelada y unos cascabeles sonaban al final de la curva.

Había un violín tirado en el suelo. Vio a un pequeño bufón vestido de verde trébol que estaba de espaldas golpeando su sombrero de cascabeles con el arco de un violín.

Se volvió rápidamente y lo observó por el borde de la pared.

Cuando el violín volvió a sonar, más cuerdas salieron del clavijero como si fuesen las ramas de un árbol y se deslizaron sobre los muros de madera.

La Gata desabrochó lentamente su látigo del cinturón. Paso a paso, se acercaba.

“¡Cuidado...”.

“CÁLLATE”.

La Gata corrió hacia él. Antes de que volteara por el sonido de sus pasos, le arrebató el arco del violín con un latigazo sobre sus manos. El bufón le hizo una reverencia a pesar de que la Gata arrojó parte de su instrumento sobre los muros.

Arrojó su daga a la máscara de comedia y tragedia que vestía el bufón, pero cuando pareció clavarla este desapareció en una explosión verde de fuegos artificiales.

“Por alguna razón pudiste tocar su cuerpo, pero esa parece ser solo una copia”.

“Quizás alguien ya se deshizo de su nueva vida en el lado material por nosotros”, le dijo la Gata.

Detrás de ellos se volvieron a oír cascabeles. El bufón apareció dando zancadas.

—Parece que me descubriste. Qué mala suerte que tus amigos no llegaron primero. Veamos cuál será la pieza para matarte —dijo con su violín en mano.

—No te me acerques —dijo la Gata mostrando su daga—, tu cuerpo ya no es intangible. No son tan temibles cuando el daño que pueden recibir es verdadero.

La Gata buscaba sacarle el violín, pero el bufón lograba evadir todos los latigazos burlándose en el proceso. Danzaba y giraba, y saltaba girando y aterrizaba y otra zancada mientras reía y la jugueteaba melodía que hacía con los dedos en las cuerdas era cada vez más macabra.

La Gata estaba mucho más que irritada, ya no soportaba más. Pero el bufón parecía estar lejos de querer lastimarla. Hasta que tocó una última nota y el violín dejó escapar un torrente de almas espectrales celestes como el cielo que la envolvieron en una gran burbuja.

“Oye, Velv, levántate. No cedas, ponte de pie.”

“La presión aquí dentro es sobrenatural, no me puedo mover. Sería un buen momento para que hagas algo”.

Frente a su mirada, el remolino de almas dibujaba recuerdos en su mente que no recordaba que le pertenecieran. Los llantos al momento

de nacer, el primer día que corrió a los brazos de su padre, el primer diente que perdió, su primer día de jardín al cual nunca llegó porque su padre debía buscar a su colega y a su pequeña bebé. Su madre intentó detenerlo, pero el Dr. Greenwood la abofeteó tanto que le deformó la cara. En el laboratorio se volvió a ver sobre una mesa de acero. Su padre extraía muestras de su sangre y su socio las tomaba de su pequeña bebé.

A diferencia de la Gata, la Mariposa no tuvo tiempo de detenerse a ver qué era lo que sucedía con los cambiantes muros. Estaba muy ocupada agachándose, o saltando, o doblando en la siguiente esquina esquivando los violentos zarpazos de las garras del Oso movilizado por las cuerdas de metal, tan macabro como el títere de un ventrílocuo. Tan fuertes eran sus pesados golpes que podía romper los muros de madera.

Clavó sus garras en la madera. La Mariposa aprovechó para huir y perderse de su vista.

Al doblar en la siguiente esquina...

—¡Velvet! —gritó tratando de alcanzarla con la mano.

“¡Tiene el Atrapasueños!”, dijo Morfeo con emoción. “Sabía que sería una portadora idónea”, agregó.

Sin embargo, la Gata tenía su mirada perdida. Estaba sentada con su espalda apoyada en el muro, pero pérdida de sí misma.

—¡Despierta! —dijo la Mariposa sacudiéndola.

“Ehhh... Se está acercando, niña”, dijo Morfeo

La Mariposa no le prestó mucha atención. Seguía sacudiendo a la Gata, pero no despertaba.

Oyó la espeluznante carcajada de su padre a sus espaldas. Logró apartar a la Gata del camino, pero ella recibió parte del impacto en sus costillas.

“Mal momento para haber dejado tu espada atrás. El Águila estaría furioso”.

La Mariposa se retorció en el suelo tratando de llegar hasta la Gata, la necesitaba. Necesitaba tanta ayuda como sea posible. El golpe la dejó incapaz de respirar con normalidad.

El bufón de verde y la marioneta de su padre pudieron haberlas matado en ese mismo momento, pero una cegadora luz brilló del rubí en el Atrapasueños de Fobétor. Despedida haces de luz de un tenue color rojizo que recordó a la Mariposa lo que sucedió con su espada aquella noche en la Torre de la Avaricia cuando su hoja brilló como el sol.

La luz tomó la forma de un felino. Un fantasmal felino carmesí que correteó por los aires alrededor de los dos individuos que las acechaban, esquivando los zarpazos del Oso a quien las cuerdas de metal desgarraban cada vez más su carne. La marioneta se derretía como una vela cuando el felino rojo la rasguñaba.

Por su parte, aprovechando esta distracción, la Mariposa asistió con su habilidad de curación a la Gata. La recostó sobre su regazo y con gentileza puso su mano en la frente de ella.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Melody —dijo la Gata sintiéndose cada vez más aliviada.

—Han sido días muy duros, Velv —dijo la Mariposa con total conmoción luego de haber tomado parte del daño que la Gata había recibido.

—Tú descansa ahora, te necesitaré para curar a los demás.

“No sé qué está sucediendo con esa cosa, ten cuidado. Liberé a tu Espíritu Onírico para ganar algo de tiempo. Esas almas sabían horribles, dame Pesadillas”, le dijo Fobétor.

Ya nada quedaba de la marioneta que usaba el cuerpo del Oso. Ahora era una masa amorfa que se caía a pedazos. Había alguien dentro, luchando por salir de ahí. Un Orbe se asomaba en su mano.

La Gata vio el Orbe lleno de un torrente de oscuridad. Y en ese remolino, chisporroteaban destellos celestes de las almas como las que la habían encerrado dentro de esa burbuja.

Un bufón de rojo estaba saliendo debajo del cuerpo en descomposición. Estaba un tanto desorientado. La Gata no dudó en quitarle el Orbe con su látigo.

“Espera, no se lo des a Morfeo aún. Déjame absorber esas Pesadillas para recuperar mis poderes”, dijo Fobétor.



La Gata acercó el rubí del Atrapasueños de Fobétor al Orbe, el cual quedó vacío en muy poco tiempo. No tenía ni luz ni oscuridad, era solo una frágil esfera de cristal.

Una vez que volvió a su forma neutra, la Gata vio que el Orbe estaba resquebrajado cómo si fuese un cascarón abierto.

“Podría ser...”

Un alma salió de la pequeña grieta del cristal y se deshizo en el aire.

—Ahí va el alma del tonto que hizo todo esto posible —dijo el bufón de azul saliendo debajo de los restos de la marioneta—. No podrán acabar con todos.

—¡Cállate! —le gritó la Gata.

El bufón esquivó el latigazo dando una pirueta hacia atrás con sus manos y luego, al igual que el último eco de aquella alma, desapareció en el aire.

El felino de un tenue rojo también se había desvanecido.

—Sigamos —le dijo la Gata ayudando a la Mariposa a ponerse de pie.

Antes que nada, la heredera de la Voluntad de Morfeo se detuvo a purificar el Orbe. Para su sorpresa, este no pudo contener la luz que ella le envió y terminó por partirse en pequeños trozos de vidrio.

—No contaba con eso —dijo la Mariposa con un tono de sorpresa—, nunca había sucedido antes.

—Hay cosas inevitables —le dijo la Gata—, no te culpes. La Vanguardia está jugando con las personas a su antojo.

—En marcha. No tardarán en volver a aparecer. Y ni siquiera tengo mi espada.

*“¿Sabes si se tardará mucho en regresar? Han pasado cinco años. No es que lo pase mal... ¿Cómo? Sí, ya terminé de limpiar. No, aún no han vuelto los otros curas de la capilla... Hablan de la muerte sin titubear... ¿Mis padres cayeron por una curva abierta en las montañas?... Hipnos puede hablar conmigo, ahora sí me prestarán atención... Poco les intereso... Ese señor de la pala siempre viene a enterrar a los difuntos... Graham, déjeme entrar, hace frío aquí*

*y está lloviendo, puedo dormir en el suelo si hace falta... Solo...  
Abandonado... Los extraño”.*

No encontraron la salida, tampoco pensaban dejar a nadie atrás. En un rincón, una gran esfera de almas espectrales celestes envolvió a alguien como si fuesen telarañas al igual que había pasado con la Gata.

—A un lado, Mariposa, déjame esto a mí.

—¡Por fin podré ver las habilidades de Fobétor en acción! —festejó la Mariposa.

“Vigila los alrededores, niña. No estamos solos”, le dijo Morfeo.

La Gata sostuvo el Atrapasueños de Fobétor del lazo negro. El remolino de almas se volvió mucho más turbulento mientras el rubí rojo las absorbía.

Ese manto celeste ocultaba al Zorro con una expresión de miedo en su rostro.

—Velv —dijo la Mariposa con una voz titubeante.

—Ahora no, ya casi lo tengo.

Hubo un fuerte grito de dolor que distrajo a la Gata.

Una de las cuerdas que circulaba en el suelo se irguió con vida a espaldas de la Gata. Con decisión descendió en picada dispuesta a atravesarla, quizás para perforarle un pulmón. Pero aún más grande fue la determinación de una desarmada Mariposa que se interpuso en el camino deteniéndola con su propio cuerpo. El trozo de metal se clavó debajo de su clavícula y lentamente comenzó a retirarse para retomar su objetivo, sin embargo, las manos de la Mariposa no tenían pensado dejarla retroceder ni un milímetro más.

—No te preocupes —dijo apretando los dientes—, yo te cubro...

Pronto, dos cuerdas más se sumarían a la derecha y a la izquierda.

Afortunadamente la Gata evadió a último momento una de las cuerdas que cargó hacia ella y esta se incrustó en la madera. Parecía no poder salir. No tuvo tanta suerte con la otra, a la cual tuvo que agarrar con su mano de modo que no aterrizara entre sus cejas mientras miraba de reojo.

—Aguanta un poco más, pelirroja —dijo la Gata.

“Ahora sí, permíteme Velv”, dijo Fobétor una vez que las almas habían sido depositadas en el rubí y el Zorro estaba libre por fin.

Un zorro y una gata tan rojos como la sangre que perdía la Mariposa por su herida salieron del rubí. Cortaron las cuerdas de metal qué tanto problema les había causado cómo si fuesen de hilo.

La Mariposa estaba de rodillas en el suelo con su hombro bajo una cantidad de sangre considerable.

—¿Puedes curarte a ti misma, verdad? —preguntó la Gata.

—No —respondió ella en seco—. Puedo curarlo a él, ayúdame a acercarme —dijo señalando al Zorro.

—Pero, mírate... ¿Soportarás tanto dolor? —dijo la Gata contemplativa de la fragilidad en la que se encontraba su compañera.

—Si tengo que hacerlo lo haré.

La Gata la ayudó a llegar hasta el Zorro con suma delicadeza.

—No debió molestarse, Morfeo —dijo el Zorro.

—Estarás mejor ahora... Díganme que ya nos vamos a casa—dijo dejándose caer de espaldas al suelo con su respiración agitada.

—Lamento negarle su deseo, pero el León... —El Zorro se detuvo sin mayor vacilación—. ¡No te acerques a nosotros! —dijo poniéndose de pie en una postura protectora—. Ustedes sigan, el León las necesita —atinó a sacar su lanza.

—¿Qué sucede, niño? ¿Perdiste tu juguete? —dijo aquello que se parecía a su madre—. Luces como si hubieras visto un fantasma. Mírate, tan inútil.

—Los deseos de seguir luchando —dijo la Gata—, los quieren suprimir con esas almas recreando escenas traumáticas de nuestra vida.

Las cuerdas rasgaban las muñecas de la marioneta con forma de mujer. En vez de salir sangre, se escurría el polvo de sus venas debajo de la desgarrada carne.

“Está sucediendo lo mismo que con el vagabundo que encontré en el casino, aquel era sólo una prueba”, pensó la Mariposa.

Antes de que las afiladas uñas de la madre pudieran estrangularlo, la Gata envolvió esas frívolas manos con su látigo. Después se acercó jalando el látigo hacia ella con firmeza. No mostraba incertidumbre, a diferencia de la marioneta que se ponía cada vez más tensa cuando el Atrapasueños de Fobétor se acercaba.

“La tienes a tu merced, Velv. Dale el golpe final”, le dijo Fobétor con seriedad.

“No”.

—Niño, atrapa —dijo arrojando su daga al Zorro—. Demuéstrale a *esto* el valiente Onírico que eres, que has superado la peor tragedia, que tus deseos de salir con vida de aquí son superiores a cualquier tipo de trauma. Los problemas seguirán apareciendo, es indiscutible, pero no puedes ahogarte en ellos y perderte a ti mismo en esos oscuros pasillos de tu mente. Estoy segura de que tu madre no quería eso para ti, solo estaba asustada de su porvenir.

El Zorro asintió.

—Soy mucho más que esto —dijo hundiendo la daga en el vientre de su madre.

Un bufón vestido de rojo salió dentro del cuerpo de la marioneta. Retrocedió en el suelo mientras el Zorro lo seguía con la daga hasta que desapareció al igual que los otros dos.

El Orbe que utilizaba también se quebró.

El Zorro y la Gata cargaron a la Mariposa sujetándola de cada hombro.

—Debes tener más cuidado, hermano —dijo Fobétor—. Ya no tienes dónde reencarnar.

—Estaremos bien, tiene buenos camaradas. Nunca la dejarán sola. Tú en cambio no dejas de caer en descuidadas manos. Antes Rebecca, y sabemos que no hay nadie más descuidado que Rebecca, y ahora esta chica —dijo Morfeo.

—Me disgusta su desobediencia. Pero si no fuese por ella, no estaríamos aquí. Me pregunto qué habrá sido de Fantaso...

*“Regulus, Regulus... ¿Iremos al parque, verdad?... ¿Por qué no has venido?... Dijiste que nos veríamos ahí... Así no puedo creerte que siempre estarás para mí... No me dejes más y no te dejaré ir nunca más... Deberíamos casarnos cuando seamos adultos, ¿no lo crees?... ¡Tú puedes, tú puedes! Siempre estaré alentando por ti... Hay una Deidad que nos vigila al otro lado del espejo, ¿sabías? Algún día la encontraré... Le pedí a Hipnos que te cuidara para siempre si algo me pasara... Formemos nuestra propia organización, luchemos contra la mafia de Reveur...”*

El León pudo haber pensado que Rebecca era quien estaba acostada junto a él, haciéndole rulos.

—Quédate para siempre... Conmigo... ¿No es lo que deseas?

—Debo seguir adelante. Tú estás muerta. Lo único que tengo son memorias de alguien que ya no existe. ¡Tú no existes!

El León sacó el revólver que llevaba en su cinturón con hebilla de león.

La bala hizo un agujero en el pecho de la marioneta que se asemejaba a Rebecca y expulsó a un bufón de blanco, el cual parecía estar desconcertado, como si no se lo esperara o ya hubiera asumido su victoria y ahora no entendiera que pasó. Fue la misma bala la que reventó el Orbe y astilló la madera del muro. Ahí fue cuando el León notó que estaba dentro de una esfera celeste: cuando la bala logró perforar ese casco.

Vio como el bufón, con un gesto de su mano, volvía a cerrar la esfera para atraparlo.

El bufón desapareció no bien vio llegar a los otros tres Oníricos.

La Gata hizo uso del Atrapasueños de Fobétor.

—Estoy en perfectas condiciones —dijo el León negándose a recibir ayuda de una debilitada Mariposa por el simple hecho de verla tan devastada físicamente.

Los cuatro bufones aparecieron.

—Ya nos hartaron —dijeron a coro—. Puede que ahora estén a salvo, pero las almas usadas para nuestras marionetas se desvanecie-

ron de la existencia. Ni siquiera las encontrarán en el Inframundo. Han vuelto a morir a manos de ustedes por segunda vez, que irónico.

—Ahora finalmente podrán descansar en paz —dijo la Gata con un tono solemne.

Los cuatro sacaron sus violines y comenzaron a tocar sin una estructura musical en particular. Era más bien un ruido rasposo que sonó incluso cuando desaparecieron nuevamente.

Las vetas de los muros se curvaban como el caudal de un río turbulento.

Atrás había quedado la túnica negra de los miembros de la Vanguardia. Un bufón con un traje extravagante que combinaba los tonos rojos, verdes, azules y blancos apareció tocando ese rasposo sonido. Tenía una máscara partida a la mitad, dividida entre la comedia y la tragedia.

—Es hora de la función principal —dijo con una macabra voz que combinaba las otras cuatro.

Sus dedos cambiaban de posición demasiado rápido para que la pieza fuese ejecutada por un músico ordinario. Ni siquiera Velvet pudo haberla ejecutado en su teclado ni mucho menos presentarse en un dueto con él.

Los muros de madera se quedaron quietos. Unos instantes después, se hundieron en el suelo formando gradas alrededor de los Oníricos. En el centro, se levantó un escenario donde tendría lugar el acto principal de esta noche, donde el nuevo bufón estaba caminando como si le guardara un profundo afecto a su circo.

—Mi nombre es Belfegor, soy la Vanguardia de la Pereza. Los felicito por haber llegado hasta aquí casi en una pieza —dijo señalando a la Mariposa con el arco del violín—. La voluntad para vivir que presentan es admirable, pero esto termina ahora.

—Deja que lo terminemos por ti —dijo la Gata tronándose los dedos—. Zorro, ponla a salvo, León, sígueme.

Las cuerdas de metal danzaron una vez más. Detuvieron las balas como si supieran dónde se dirigía exactamente cada una. Luchaban

con el látigo de la Gata y con el felino de un intenso rojo sangriento. El león y el zorro también fueron liberados del Atrapasueños de Fobétor y no dejaban espacios ciegos por dónde las cuerdas pudieran sorprender a los Oníricos.

La atención se había concentrado en ese enfrentamiento. El Zorro alejó a la Mariposa de todo peligro. Se encontró su espada enredada a una cuerda y tirada en el suelo cuando la llevaba a la grada más alejada donde la recostó. Ella lo tomó del brazo con fuerza.

—Escúchame —le dijo estrujando su brazo—, en su violín encierra muchas almas. Debes cortar las cuerdas. Confía en mí, usa mi espada. Puede acabarnos en lo que dura una nota si quiere, solo está jugando con nosotros. Vete.

—Comprendo. Prometo traerte esto de regreso.

Gracias a un golpe de suerte, la Gata logró pescar el clavijero con su látigo, pero Belfegor aprovechó esa pequeña desventaja, aunque llena de esperanza para la Gata, y consiguió ahorcarla con una cuerda a sus espaldas. Los Espíritus Oníricos desaparecieron como el humo en el viento cuando ella luchaba por buscar algo de aire. Se acercó a ella dejando de tocar su violín por primera vez. El León estaba colgando de cabeza en lo alto de la carpa.

Guardó el instrumento en su espalda y jugueteaba con el arco como si examinara el filo de un viejo cuchillo.

La Gata no tenía manera de zafarse, sus dedos no cabían entre su cuello y el metal. Belfegor comenzó a deslizarle el arco sobre su garganta, raspando su piel.

—Será mejor que me lleve esto al Inframundo —dijo moviendo el atrapasueños—. Tánatos estará encantado de tener a los tres hermanos en algún calabozo. Quizás me promuevan a juez del Inframundo, ¿tú qué crees? —dijo Belfegor jalando con fuerza el Atrapasueños de Fobétor.

Cuando estuvo a punto de arrancarle su colgante, una bala impactó en el hombro de Belfegor. Incluso estando de cabeza como aquellas víctimas de la ciudad, el León pudo acertarle un disparo.

Enfurecido, Belfegor arrancó el Atrapasueños de Fobétor, y tomó a la Gata del cuello arrojándola contra el León como si fuese una bolsa de basura.

Las notas de su melodía final no sonaron a pesar de estar todo en posición. El Zorro los había rodeado, escabullido en la oscuridad, y ahora estaba atravesando la hoja de la espada ropera debajo de las cuerdas del violín. Belfegor lo sacudida, pero el Zorro usaba esa inercia a su favor para desgarrar el metal. Y así lo hizo cuando Belfegor consiguió por fin desprenderse de ese molesto niño, haciéndolo chocar contra el escenario.

Belfegor rompió su violín intentando golpear al Zorro. Si bien no fue certero, cuando la madera se partió, un océano de almas salió en libertad.

—¡NO, NO, NO! Mira lo que has hecho, ¡mocoso!

Una sombra carmesí le arrebató el Atrapasueños de Fobétor.

—No te preocupes, ahora serán libres —dijo la Gata—. ¡Vengan a mí!

Levantó el colgante y el rubí se iluminó cuando todas esas almas fueron absorbidas por este.

“Están agradecidos de ser libres. Dicen que, si eso era la muerte, preferían estar vivos”, dijo Fobétor.

“No estarán ahí por siempre, ¿son suficientes para liberar más Espíritus Oníricos?”, dijo la Gata

—¡Zorro, quítate de ahí! —le gritó.

Un felino acompañado de un león, un zorro y una mariposa surgieron del Atrapasueños. Pero había muchos más Espíritus Oníricos de los que hayan podido imaginar. Un lobo, un águila, un ciervo y un canario se sumaron a la causa. Todos de un intenso rojo como el del rubí donde descansaban, con rasgos perfectamente definidos a pesar de tener un flotante cuerpo espectral.

De rodillas, Belfegor fue rodeado por ellos. Los animales corrieron y volaron con libertad a su alrededor en un espiral que parecía incinerar su carne. Era evidente como su cuerpo se deshacía a cada segundo como si fuesen las escamas de un reptil, o cenizas al viento.



Disipados los Espíritus Oníricos, la irreconocible figura del bufón se retorció en el suelo, agonizando.

Sobre él, tres despreciables Oníricos a los cuales su desesperado odio insistía en que los papeles debían estar invertidos, lo miraban.

—Así es como termina —dijo el León acomodando una bala en la recámara.

—No volverás a jugar con los recuerdos de nadie, ni con sus esperanzas, ni con sus almas —dijo el Zorro.

—Sé libre tú también, y si puedes, conviértete en alguien mejor —dijo la Gata con un tono reflexivo.

La bala partió la máscara en dos debajo del perfecto agujero que dejó.

Detrás del escenario, la carpa se abrió de par en par.

—Siento que Hipnos está cada vez más cerca —dijo una apaleada Mariposa.

El Zorro fue a ayudarla, y junto con la Gata la llevaron cargándola en cada uno de sus hombros. El León noto algo raro: el suelo temblaba. De repente, comenzó a resquebrajarse como un cascarón.

—Está sucediendo de nuevo, debemos salir de aquí —dijo la Gata apurando a todos.

Lograron escaparse antes de que otro enorme Árbol destrozara el lugar.

En la azotea de un edificio, dentro de la sombra que los ductos de ventilación hacían bajo la luz de la luna, el Cuervo los observaba buscar un Espejo.

“Qué grupo de gente más interesante que conseguiste, Rebecca. El tiempo aún corre a mi favor”.



*Tac-tac-tac*, sonó en el vidrio y una delgada capa de hielo se quebró.

—¡Ah, Gilbert! ¿Pero cómo? ¿Acaso tú no estabas...?

—Necesito ayuda.

—Otra vez se metió en problemas... Pasen —dijo Susan.

Gilbert recostó a Melody en una cama. Susan dejó una botella con alcohol a un lado y buscaba vendas en un botiquín que tenía la forma de una caja de herramientas.

“Será necesario coser esa herida”, pensó mientras revolvía los frascos de medicamentos.

—Descansa, Gilbert. Ya sabes que esta es también tu casa. Fausto volverá cuando termine de hacer eso que ustedes hacen.



—¡Maravilla, vuelve a la cama! Ya te dije que debes esforzarte para dormir, es importante que lo hagas —dijo América con un tono de hartazgo al oír ruidos en la habitación.

—Esa no es la forma de hablarle a tu hermana más pequeña, América —dijo Velvet encendiendo las luces

—¡Velvet! —gritó y el resto de los Acróbatas se despertaron de un sobresalto.

—Es bueno estar de regreso—dijo dándoles un abrazo grupal—. Hice algo de camino a casa, no deberían tener problemas para dormir.



Al otro día, Regulus visitó la catedral de Chartré luego de atender un asesinato en la azotea de un edificio, no hubo pistas del asesino, todo fue muy limpio.

—Ah, Regulus. Dime, ¿la has encontrado? —dijo Graham—. Pasemos a mi despacho, tengo té azul en mi colección.

Luego de preparar la infusión azul salieron a caminar por el parque. Fue idea de Regulus salir a respirar un poco.

—Entonces, ¿qué tal está ella?

—Está muerta —dijo Regulus luego de terminarse el té.

—Quizás ahora esté en paz. Ha tenido una vida complicada en la cual tú has sido su faro. Sí, estoy seguro de que ahora está en paz.

—Fuimos muy felices en ese último momento —dijo Regulus.

Ambos brindaron con solemnidad sus copas vacías y no dijeron más nada.

## El precio de la libertad

Las noticias no fueron diferentes durante toda esa semana. Estaba en la tapa de todos los periódicos, y en Internet por supuesto. André Farhust aparecería dando un discurso para traer calma a los habitantes de Reveur.

Dean no era más que un repartidor el cual cobraba solo una milésima por cada periódico entregado. Trabajó duro, puesto que no había nadie en la plaza de Phot que no tuviera un periódico bajo su brazo. Tampoco faltó el regalo que venía con esta edición conmemorativa de la editorial: una insignia circular con tres franjas de color azul, blanca y roja haciendo la bandera de Reveur, con un alfiler para abrocharla.

La multitud estaba ansiosa, pero era esa ansiedad que es producto del miedo. Sin embargo, lo disimulaban bastante bien.

—Calmen las alabanzas por favor. Yo también me encuentro muy contento de poder reunirnos hoy aquí en pos de un Reveur mejor —dijo André Farhust haciendo un gesto de calma con sus manos.

Los reporteros se atropellaban para poder subir al escenario que se había montado, con un atril de cristal en el centro y banderas de Reveur detrás, para poder conseguir la gran primera interrogante. La seguridad personal del rey Farhust los redujeron. No tuvieron problema en estropear los equipos de los camarógrafos. Un grupo de tres se quedó en la retaguardia custodiando a la hija de Farhust en una esquina del escenario. Era una chica de unos veinte años, que llevaba un vestido celeste como el cielo y como sus propios ojos de-

trás de esos grandes anteojos redondos, de cabello de un reluciente amarillo canario. Tenía la vista perdida en el horizonte de sus propios pensamientos.

—No necesito notas mis estimados periodistas, no hay duda de mi palabra. Y si me diera la gana de dar un reportaje, solo podría ser a nuestro querido Edward Calloway que en paz descanse, y que Hipnos lo tenga en su gloria. Ahora bien, nada de minutos de silencio ni condolencias para los difuntos Calloway, les pido que me presten atención. Han llegado a mis oídos malas, malas noticias. Muchos han perdido a sus familiares en el curso de estos últimos meses. El invierno está siendo mucho más intenso, quema debajo de la piel como una magia oscura que no viene de este mundo —dijo burlándose—, además, hay un asesino suelto y creo que estamos todos de acuerdo en que hay días en los que cuesta mucho más trabajo dormir que otros. Pero no sé preocupen, todo está en mis manos y pronto se resolverá. Tengo al sobresaliente Regulus trabajando para mí, así que el asesino no tardará en caer. Debemos sí lamentar el derrumbe del Laboratorio Volgen, pero hay algo bueno: se pudo rescatar a un puñado de científicos y científicas para que trabajen en mi castillo ahora equipado con todo lo que necesitan para llevar el experimento a otro nivel gracias al brillante trabajo del doctor Kolmogorov Greenwood. Se trata de un inyectable que les garantizará el sueño que tanto nos cuesta conciliar. Tal tarea estará a cargo de mi mano derecha, el Barón A. —dijo presentándolo ante la multitud—. Fue él quien calmó a los D'Alterier y se proclamó como líder de ellos luego de varios acuerdos que tienen como único objetivo una solución a nuestros problemas de insomnio. A pesar de que ese extraño árbol que creció debajo del laboratorio ha destruido toda la estructura, mi mano derecha fue quien coordinó a la familia D'Alterier para rescatar a tantos intelectuales como fuese posible. Ahora les presento —dijo sacando un maletín debajo del atril— la solución mágica. Contemplan por primera vez el antídoto conocido como Green-V. Ya no hará falta inundar la ciudad de gas todas las noches, lo tenemos todo conden-

sado en este líquido verde. Un pinchazo antes de ir a la cama y todos nuestros problemas se habrán acabado.

El Barón A. se puso en el centro de la escena, apartando a los simpatizantes mientras el rey André Farhust se retiraba en una limusina negra.

Muchas camionetas negras con la V del laboratorio ahora tachada con una cruz negra rodearon a la multitud y les repartieron las jeringas metálicas con la espesa solución verde.

Norton estaba al volante de la lujosa carrocería alejada del tumulto de gente por los caminos que estaban reservados para la familia Farhust.

—¿Desea el rey hacer alguna parada extra?

—Norton, ¿cómo te lo tengo que explicar? Incontables veces son las que te lo he dicho. Respeta la última orden que se te ha dado al pie de la letra. Si no te he dicho nada más es porque no lo quiero, vejestorio —dijo Farhust comiendo patas de pollo en un balde—. Hija, ¿quieres pollo?

Faith Farhust negó con la cabeza mientras miraba a las nubes a través de la ventana.

—Otra vez jugando a la niña misteriosa. Tú te lo pierdes.

El sinuoso camino ascendía. Norton no quería agitar demasiado a sus pasajeros. La vegetación era cada vez más abundante a los costados.

Se detuvieron al borde de un risco donde el mar se hacía oír, luego solo había una caída libre al oleaje. Un castillo, algunos cuantos metros adelante, se erguía en piedra sobre una porción de isla como si fuese un jardín flotante.

En ese momento, Norton tocó un botón debajo del volante. El sonido de varios engranajes comenzando a rodar irrumpió la quietud. Un puente blanco emergió debajo del mar. Eran trozos rectangulares encastrados unos a otros con dos pilares que los sostenían a cada uno. Todas las partes formaron la carretera de un día de lluvia que guio a la limusina negra hacia el castillo.

—Algún día, Faith, el castillo será tuyo. Ese día serás la reina de Reveur.

Era la hora del almuerzo en el castillo. A diferencia de los lujos mundanos de los simpatizantes de Farhust, aquí la comida era a la carta y todo cuanto se quisiera estaba a disposición.

—De prisa, Norton. Mi pequeña está hambrienta —dijo Farhust.

—Enseguida, señor. ¿La señora Giovanna sigue firme en no almorzar?

—¿Y a ti qué te importa, Norton? —dijo en un tono despectivo.

—Tu madre ha estado actuando muy raro, ¿no lo crees, Faith?

André Farhust no entendía qué tenía tan distraída a su hija.

—Ambas están raras. Quizás necesiten una cita con el Barón. Al menos ella. Tú debes permanecer aquí, a salvo. Ahí fuera hay gente que dice que yo soy un tirano, un emperador, un dictador. Son peligrosos. Bueno —dijo deliberando—, puede que cargar gente en las camionetas y llevarlas al laboratorio en contra de su voluntad no sea lo mejor, pero ya tenemos la cura. Este tipo —dijo señalando al Barón A.— sabe cómo recrear el antídoto, y le he dado todo lo necesario para que continúe. La familia D'Alterier puede hacerlo llegar a cada rincón de Reveur. Lo obligué a robar la información de Kolmogorov Greenwood. Sabes que cuando gobiernas un país, nada es un problema. Tú te quedas aquí, dentro de estos muros tienes todo lo que necesitas.

Faith estuvo a punto de responder...

Todo estaba listo para la hora de la comida.

—¡No, no, no! —dijo el rey golpeando la mesa—. Silencio. Nada de cuestionar la palabra del rey de Reveur. Mira quién viene aquí...

—Perdón por interrumpir la conversación del rey y su heredera. Procedo a servir sus platos. Cerdo semi cocido para usted, mi señor, y flan vainillamiel para la señorita Faith con mucha azúcar desde luego. Permítame decirle, señorita Faith, tanta azúcar puede hacerle mal y...

—Silencio, Norton. Ella no te preguntó. Yo tampoco. Retírate.

Faith vio al tipo de la máscara de cuervo y le guiñó un ojo.

—¡Barón! —dijo el rey con sus manos engrasadas y la boca llena de restos de cerdo—. Cuando el momento llegue necesitaré que te deshagas de Regulus. Quiero a esta gente sumida en el miedo. Fue muy divertido robarles la esperanza utilizándolo como nuestro gran salvador, pero el éxtasis llegará cuando lo encuentren colgando como tú sabes. Ahí quedarán devastados. Aunque yo diría que también alguien de la realeza debe caer como para que no se levanten sospechas, quizás mi amada Giovanna nos sea útil. Los problemas a escala nunca afectan a las élites, y es ahí donde se pierde el control del rebaño.

El Barón A. escuchaba atentamente de rodillas, cabizbajo, a espaldas del rey André Farhust.

—Como usted lo desee, mi señor. Solo le pido que mantengan la discreción. Regulus puede resultar muy difícil de cazar.

—Giovanna Van Volgen de Farhust. ¿Quién mejor que la reina para ser víctima esta vez? La obediente esposa del rey, quien no pudo darle un hijo varón en ninguna oportunidad. Solo una hija que hace meses ni siquiera habla. Ya no me sirve esa mujer. Hazla sufrir, Barón. Da un buen espectáculo. Que todo Reveur sienta en carne propia la hoja del asesino con solo ver el cuerpo sin vida tendido en los cables —dijo Farhust golpeando la mesa cada vez más violentamente—. ¿Te parece bien, Faith?

A Faith no se le movió ni un pelo. Estaba comiendo el flan vainillamiel plácidamente.



“Estación: Truce. Siguiendo estación: Phot”, anunciaba el letrero del subterráneo.

Una chica iba sentada, con su cabeza recostada sobre el vidrio. La imagen que este le devolvía era el de una fugitiva que escapó de las responsabilidades que pesaban sobre el nombre de su familia.

Llevaba un hoodie celeste con la capucha puesta sobre unos anteojos de sol que ocultaban su rostro.



“Fantaso, ¿crees que se dará cuenta de que no soy yo?”, preguntó Faith.

“Lo dudo, no es tan observador. Las copias son un reflejo exacto del portador, solo que un poco carentes del accionar propio de cada uno. Pero eso es lo de menos, de lo contrario ya te estarían buscando por cielo y mar. Ni siquiera tu madre lo ha notado”, respondió Fantaso.

Faith se aferraba a su mochila como si llevara algo muy preciado ahí dentro.

“Los frascos de flan vainillamiel se me están acabando. Cuando lleguemos a Hill tendré que intercambiar con la copia y volver al castillo. No veo a Norton hace algunas semanas”.

El traqueteo en las vías era cada vez más intenso luego de dejar Phot atrás. Dentro, el maquinista había decidido apagar las luces para guardar energía. Las chispas salpicaban las ventanas. Faith se agarraba más y más al faro de libertad que tenía por mochila pensando que todo podía verse frustrado por una falla mecánica.

El final del túnel estaba cerca, las luces de la siguiente estación ya podrían verse.

“Estación: Hill. Final del recorrido. La línea queda fuera de circulación”.

La unidad cortó todo el suministro de energía luego de abrir las puertas. Las pocas personas que quedaban a bordo abandonaron la unidad con tranquilidad. Caminaban encorvados, con presencias ausentes, y rostros deshechos de cansancio.

“Este lugar parece abandonado”, dijo Fantaso.

“Así luce la libertad algunas veces”, dijo Faith.

Fantaso estaba en lo correcto. Había una parte más grande y más oscura detrás de dónde había parado la unidad donde muchas más como esas, cubiertas por polvo y aceite, corroídas por el óxido, llegaban a su parada definitiva. Era algo muy parecido a un deshuesadero o un gran taller.

Los cuidados en Hill se habían dejado de lado hace mucho. Los azulejos de un acuoso verde en las paredes estaban quebrados, y ni siquiera tenía escaleras mecánicas como en Nior. Aquí eran de cemen-

to resquebrajado. Ahí andaba Faith Farhust, lejos de puentes ocultos bajo el mar y las virtudes de la realeza inmaculada.

Hill era un distrito por debajo de lo ordinario en Reveur. Pero la atención estaba puesta sobre el centro comercial.

“Este es mi lugar favorito en todo Reveur. Paso horas y horas en el salón de videojuegos”.

“Qué métodos tan raros tienen en la actualidad. En la antigüedad...”.

“Otro día me das una clase de historia, ahora intercambiamos con mi copia en el castillo”.

Sentada en una banca del centro comercial, Faith estaba terminando su último frasco de flan vainillamiel.

“Siéntate bien, asegúrate de que parezcas dormida”, dijo Fantaso.

Detrás de las gafas de sol, los ojos de Faith se dieron vuelta y quedaron blancos como dos copos de nieve.

De un sobresalto, se despertó en su cama. Una cama con cuatro postes altos que sostenían un velo alrededor de ella.

“Tendré que cambiarme esta ropa. De cualquier manera, apesta”.

Dejó su mochila a un lado y buscó un vestido celeste en el guardarropa.

Tropezó un poco con el vestido mientras se acercaba a la puerta para oír si alguien pasaba. Nadie.

Fue con mucha cautela hacia la cocina.

—¡Ah! Hola, papi —dijo con una sonrisa forzada y dura.

—Así que por fin te dignas a hablar. Pensé que te habías quedado muda —dijo burlándose.

—¡Ah! Nunca papi. Te adoro tanto —dijo abrazándolo, aunque apenas pudo agarrarlo debido a su enorme barriga—, necesito la colección de muñecas brujas, la edición limitada, ¿sí?

—No podría negarme, Faith. Yo mismo le diré al viejo Norton que se ocupe.

—¡Ah! Norton. Necesito que venga inmediatamente. Le puso sal en vez de azúcar al flan del mediodía. Haré bien en recordarle la receta, deja las muñecas para después. Házmelo llegar.

—Podemos ejecutarlo y conseguir otro cocinero, si quieres.

—¡Ah! No. ¿Dónde está?

—Creo que limpiando la biblioteca o puliendo las estatuas en la galería de arte, no lo sé ni me interesa.

—Iré a buscarlo por mi cuenta entonces. Le recordaré quién manda aquí a ese viejo acabado.

Recorrió el castillo ahora mucho más tranquila por haberse quitado de encima a su padre. No había ningún sirviente en las habitaciones, pero sin dudas habían sido ordenadas. Al igual que la galería de arte. Sin embargo, Norton no aparecía por ningún lado.

Volvió a la cocina, esperando que quizás luego de haber dejado todo impecable ya estuviera preparando la cena, pero Norton no estaba ahí.

“La puerta de la trampilla que da al depósito parece estar abierta”, pensó Faith.

Entre las cajas de madera donde se guardaba la materia prima para la comida del rey, alumbrado por una tenue vela en la oscuridad, Norton estaba sentado en un taburete comiendo una rata. Por sus manos se escurría la sangre del roedor, y su tanto su camisa blanca como su chaleco púrpura estaban salpicados de sangre.

—¡Ah! Ama Faith, perdón. Estaban merendando —dijo limpiándose su monóculo ensangrentado.

—Necesito más flan vainillamiel de ese delicioso que preparas. Te prometo que cuando yo reine llevarás una mejor vida.

Una vez fuera del depósito, Norton sumergió sus manos en lavandina pura. También bebió un poco.

—Todo listo y limpio. Ahora veamos... sí, flan vainillamiel.

Encendió una de las hornallas del horno y puso a calentar leche a fuego lento mezclando un paquete de azúcar, esencia de vainilla, vainilla en rama, vainilla en polvo, granos de café y miel. Revolvía todos los ingredientes con una cuchara de madera mientras la mezcla se calentaba.

—¿Me trajiste los frascos de vidrio? —preguntó indignado.

—Esta vez sí, ya aprendí a mover las cosas junto conmigo. Te los dejaré en mi habitación, cuando pases a hacer limpieza te los llevas.

—Está bien, porque me estaba costando demasiado dinero reponerlos.

—Estoy harta de vivir así. Yendo y viniendo. Quiero ser libre.

—Tu padre te ejecutaría como al resto de tus hermanos si te oye decir eso, Faith. Deberías buscar otra salida, una mejor.

—He pensado en el suicidio muchas veces, ¿sabes? Aunque esas ideas solo son preocupantes cuando salen de la boca de algún artista famoso —dijo Faith con ironía.

—Espero estar vivo para verte reinar esta enfermiza ciudad. Quizás necesites amigos... reales, quiero decir.

—No lo sé. Espero, algún día... Oye, tengo que hacer el papel de princesa un tiempo más. ¿En cuánto estarán listos los frascos?

—Presumo que en cuarenta minutos, quizás menos —dijo mirando el reloj en su muñeca.

Caminaba envuelta en un halo misterioso con una orgullosa mirada en alto. Cada segundo parecía un siglo. Aun así, no hubiese podido recorrer todo el castillo una vez más. Aprovechaba el altruismo de su posición para evitar siquiera ver a la cara a los secretarios del rey, o al resto de chefs que iban y venían.

Nadie se atrevió a saludarla. Nadie, ni el Barón A. No al menos hasta que se cruzaron solos en alguna otra parte del castillo. Ahí estaba él, recostado sobre la pared, y sobre él colgaba un cuadro con la cara del rey André Farhust. El Barón A. estaba fumando un cigarrillo, exhalaba el aire debajo de la máscara de cuervo.

—¿Vendrás conmigo esta noche? Me veré en la obligación de devolver el Báculo de Fantaso al fondo del mar si te vuelves a ausentar de una cacería, Faith...

—Está bien, no volveré a suceder. Está noche estaré ahí. No soportaría perderlo.

—Eso espero —dijo apagando el cigarro en una esquina de la pintura. El Barón A. se marchó, también Faith.

Al poco tiempo de haberse encerrado en su habitación, escuchó el inconfundible traqueteo del carro de servicio de Norton.

—Recuerda cuidar los frascos. Tráelos de regreso. Espero que vuelvas pronto, y no lo digo por los frascos.

—No sé qué haría sin tus habilidades para la cocina. Nos vemos en unos días.

Cargó su mochila con los frascos de vidrio. Se recostó sobre su cama. Respiró profundamente, con su mano aferrada al Báculo de Fantaso dentro de su mochila. También llevaba otro hoodie para cambiarse.

En el centro comercial de Hill, una chica con un vestido celeste y una rosa en su mano dormía sentada sobre una banca. Una señora leía el periódico a su lado.

—¡Ah! Tranquila, abuelita. Soñé que corría y tropezaba y caía al vacío —dijo Faith haciendo los gestos con su mano.

—Tu cerebro se encargó de recordarte que aún estás viva —dijo la anciana riendo—. ¿Qué pasó con tu ropa?

—¡ESO ES! —dijo Faith aprovechándose de la situación.

Se levantó y comenzó a caminar en cualquier otra dirección mientras cerraba su mochila.

Ya era de noche, *pat-pat-pat* sonaban los botones en el salón de los videojuegos. Hasta el dueño de la tienda se había unido a ver el espectáculo que se armó cuando la chica del hoodie celeste llegó a la final del torneo de *Street Fighter II*.

—¡Argh! Pero estos son los únicos créditos que tengo para seguir jugando.

—Tenías —dijo Faith mostrándole la palma de su mano—... Gracias.

Los cascabeles de la puerta sonaron. De repente el bullicio del público se calmó y se convirtió en un indistinguible murmullo.

—El auténtico jefe final —le dijo el dueño de la tienda a Faith al oírlo.

—¡Ey, tú! —le gritó Faith—. Eres el último a quien debo derrotar y seré la reina del arcade. ¡Ven a jugar!

El chico parecía cansado. Caminó arrastrando los pies y tiró su bolsa con cinco periódicos sobre una silla. Todos pusieron un poco de sus créditos y le compraron una ficha para que jugara.

**K. O.**

El público lo aplaudió y lo celebró, como reafirmando su posición.

—¿Segura que quieres seguir con esto? Eso fue bastante rápido —dijo Dean.

—Fue suerte, aún no termina —dijo Faith quitando la pausa.

“Ya se nos hizo de noche, deberíamos terminar con esto...”, le susurró Fantaso a sus espaldas.

Ta-ta-ta-pat-paw-powww... ¡PERFECT!

Un gran cartel amarillo apareció en la pantalla.

—Yo gano —dijo Dean en un tono sarcástico.

El público lo celebró más que él. El dueño de la tienda de juegos le colgó una medalla, la cual era en realidad un disco con un lazo negro de seda.

—Bueno, bueno. Ya quedó demostrado quién es el campeón indiscutido. Jueguen tranquilos, aún quedan dos horas para cerrar. Yo invito —dijo el dueño del lugar.

Faith se sentó en un rincón, guardándole un molesto resentimiento a Dean.

“Faith Farhust, tenemos que salir a cazar. Ya está, déjalo ahí, te ganó limpiamente”, le dijo Fantaso.

“No. Quiero mi rev...”.

No hubo tiempo.

Levantó su mano, y chasqueó los dedos. El centro comercial quedó completamente a oscuras. La pálida luz de una enorme luna entraba por los vidrios y le daba forma a extrañas sombras. Los clientes de la tienda de juegos estaban espeluznados. Paralizados de miedo, se movían lentamente hacia la salida, era evidente que una gran presencia estaba entre ellos. A algunos comenzó a sangrarles la nariz.

—Creí haberte dicho que basta de ausencias, Canario —dijo el Cuervo.

—Déjalo pasar una vez más, hemos estado trabajando duro —dijo el Canario como suplicándole al borde del llanto—. Quería divertir-me un poco. ¿Tienes miedo de que Tánatos venga y nos castigue por no haber cumplido dos o tres noches? Ya hemos matado lo suficiente, hay miedo de sobra en la población...

—No tienes idea de lo que dices. El trato era fácil. Devuélveme el báculo, o esta gente conocerá a la Deidad del Inframundo en persona —dijo mostrando una parte de la hoja de su bastón con estoque.

El Canario miraba el Báculo de Fantaso y lo apretaba con las dos manos, como si estuviera pegado a su piel.

—¿No quieres acaso mejorar Reveur? *Tic-tac*, estás dentro de una ilusión. Tu tiempo, medido en mi paciencia, se agota. Si quieres salvar a esta gente será mejor que me lo devuelvas. Buscaré a alguien más apropiado.

El Canario suspiró. Caminó hacia la salida con aires de derrota.

—Está bien —dijo antes de salir—. No te devolveré el Báculo de Fantaso, tampoco me volveré a ausentar. Adelante —dijo tristemente.

El Cuervo hundió su hoja en el corazón de todos los presentes. Disfrutaba retorciéndola dentro de la carne de sus víctimas.

Ella estaba sentada afuera con las manos sobre su cabeza.

“¿¡Qué he hecho?! Esta gente era como mi familia. Preferí esta falsa libertad. Cómo pude...”.

El Cuervo salió de la tienda limpiando su hoja con un pañuelo rojo.

—¿Me dejarás aquí sin más? Me arrestarán.

—Si yo fuera tú, me alejaría lo más que se pueda dentro de la ilusión y buscaría un Espejo. Después, me pondría a trabajar.

El Canario se levantó. Pronto sus pasos se transformaron en una carrera. Con sus ojos llorosos, se alejó tan rápido como pudo.



El Canario estaba contemplando la inmensa luna recostada sobre un largo barandal a las orillas del mar, sobre una urbanizada calle de una

madera pulida y encerada donde la gente iba y venía de paseo en el lado material. Era una de esas peatonales con puestos de varias clases, y banderines con luces que iban en zigzag sobre los peatones.

Miraba al Báculo de Fantaso con un poco de desilusión. Era una vara azulada con una media luna de un geométrico cristal en la punta. El Canario lo giraba sobre sus dedos, y miraba al mar a través del cristal.

Invasión de arrepentimiento, se despegó del barandal y se acercó al Cuervo. Sin decir nada, le colocó la media luna de cristal en el hombro sobre el traje de plumas negras. Murmuró unas palabras indistinguibles. Delante de su cara apareció una máscara como la del Cuervo, pero esta era blanca, parecía ser una nube con la forma de su máscara. El Canario chasqueó los dedos.

El Barón A. pasaba cabizbajo entre las personas que volvían a sus hogares. Tomó a un peatón del brazo y ahora él chasqueó los dedos. El silbido de una flecha atravesó el ojo del peatón. El Cuervo quitó la flecha con su mano y le hizo un gesto de victoria a lo alto de un edificio donde el Canario se había posicionado.



—¿Qué me dices, Susan? —preguntó Fausto resoplando el aire de su pipa—. ¿Cómo lo encontraste? Pensé que lo había perdido para siempre esa noche.

Susan estaba cortando vendas de la misma medida sobre una mesa ratona enfrente del sofá donde Fausto estaba desplomado.

—Espero que ahora entiendas por qué insistí en que era muy peligroso para él —dijo en un tono serio—. Pero estaba bien, aunque un tanto exasperado. Algo habrán tenido que ver con el nuevo Árbol que terminó por derrumbar el laboratorio —dijo dando el último corte.

—Como sea, si el Árbol apareció, quiere decir que salieron victoriosos. Lo mismo pasó en el casino.



En la habitación de la cabaña de Susan, la heredera de la Voluntad de Morfeo estaba recostada en la cama.

—¿Crees que podré volver pronto?

—Relájate. Está bien. Han sido meses de mucho trabajo, niña, aprovecha para descansar un poco. Te cambiaré las vendas.

—Gracias por ocuparte de mí. Me recuerdas a mi abuela —dijo sonriendo.

—¡Ay! Por favor. Trato de ayudar a los Oníricos tanto como puedo. En particular a Fausto, ya he perdido la cuenta de las veces en que regresó medio muerto a mi puerta. Y medio ebrio también —dijo Susan soltando una carcajada.

Las nuevas vendas le cubrían todo el hombro junto con su herida.

—Vamos a la cocina, te prepararé algo caliente.

Fausto había corrido el sofá un poco más cerca de la chimenea.

—¡Jeeez! ¿Has leído esto? —dijo sin levantar la mirada del periódico—. Una masacre en el centro comercial de Hill. Parece que nuestro viejo amigo está desesperado por escalar en las filas de Tánatos.

—Conseguimos otra Llama de Alma —dijo Melody acomodándose junto al fuego—. Sé que no debo desobedecer, pero...

—Pero aquí estás —dijo bajando el periódico como si fuese un telón, revelando su severa mirada—, viva y con una llama más. Una hazaña que no se logra en solitario, ¿quiénes son los nuevos?

Susan se sumó con dos tazas de café.

—Lee un poco más, hay un nuevo inyectable para dormir. Creo que tienen competencia —dijo dándole una taza a Melody.

Fausto quedó esperando una taza para él.

—Es algo peligroso. De por sí el gas que liberaban por las noches enloquecía a las personas al no dejarlas dormir, podía verse en lo manipulables que quedaban cuando las Pesadillas invadían su cabeza —dijo Melody.

—Lo que me preocupa es que esos tipos de D'Alterier se hayan involucrado. Harán el reparto, como en ese acto en la plaza de Phot —dijo Fausto.

Vieron una camioneta blanca con una V tachada fuera de la cabaña. Los tipos de traje negro, al parecer, hablaban con un vecino del lugar. Le dieron una jeringa metálica con un líquido verde. Todos parecían conformes una vez el intercambio se había efectuado. La camioneta reanudó su marcha fuera de los caminos del bosque, y el lugareño se inyectó el líquido volviendo a su cabaña.

Fausto se acercó una vez que la camioneta se perdió de su vista. Siguió las huellas en la nieve del bosque y ahí lo encontró. Tenía los ojos cerrados, respiraba. El pulso estaba bien. Pero de su boca brotaba espuma verde y pronto quedó tenso, cada articulación pareció congelarse.

“Sencillamente está dormido... A juzgar por la desesperación de la gente, esta alternativa debió ser un alivio, o algo a lo que aferrarse, lo más cercano a la libertad... A qué precio”.

## El Báculo de Fantaso

*Bzzz* sonaba la defectuosa lámpara en el laboratorio que el rey preparó para el Barón A. Era una húmeda habitación en la torre más alta del castillo, espaciosa para que el equipo de diez científicos del Laboratorio Volgen pudiera trabajar. Tenía goteras, y recodos con moho y telas de araña que descendían hacia los estantes y armarios. Fueron pocos los arreglos que le hicieron a la habitación, pero el equipo podía trabajar ahí.

Las telarañas sobre un armario vibraban al mismo tiempo que alguien lo golpeaba desde adentro.

—Creí haber sido lo suficientemente claro, ministro. No sé le permite cuestionar a Farhust. ¿Cómo se ha atrevido a decir que mandó a matar a sus rivales? Más aún, ¿qué es eso de chantajear a la prensa para que saliera tan morbosa imagen de sus supuestos hijos recién nacidos decapitados diciendo que Farhust mata a sus herederos? Cuánto les habrás ofrecido para que lo que les ofrece Farhust les parezca poco... Al fin y al cabo, es política.

Los golpes se volvieron más violentos. El Barón A. se acercó a la puerta y golpeó la cerradura con la llave cómo si fuese una campana.

—Déjanos trabajar tranquilos. Si te comportas quizás te libere. O podría llevarte a pasear por alta mar... Sí... ¿Por qué no?

Alguien tocó la puerta del laboratorio.

—Su café, señor A —dijo Norton—. ¿Ya puedo llevar el lote? El capitán espera para salir a navegar, hay lugar para un lote más.

—Norton —dijo tomando la taza—. Ten esto, por si la necesitas. Que Farhust no te vea —dijo dándole una jeringa metálica—. Puedes llevar el lote.

Norton llevó cinco carros con compartimientos donde cada una de las jeringas metálicas cabían de manera vertical. El Barón A. lo vio alejarse encorvado sobre el tren de carros que traqueteaban con cada baldosa.



—Ya te dije, Ludwing, es grotesco lo que pasó en el centro comercial de Hill —dijo Regulus al volante del Dodge 1970.

—No te preocupes, no me interesan las víctimas en sí mismas, sino lo que se ha hecho con ellas. El arte que nos regaló el asesino no se puede apreciar bien en las imágenes del diario, y tampoco se filtró ningún vídeo en la red.

—Han clausurado el centro comercial esa misma noche cuando el guardia encontró los cuerpos. Llamó a la policía. Lo metieron preso, suponen que fue él el autor del crimen. Yo diría que le van a dar perpetua.

—No se cansan de culpar al primero que ven, esta ciudad es terrible. Si hay un mal tan grande como un asesino suelto, debería haber un bien que se le equipare y lo enfrente, ¿no lo crees? —dijo Ludwing cruzado de brazos.

—Bueno, quizás lo haya, solo que aún no han coincidido apropiadamente...

El tráfico era ligero, quizás no todos se atrevían a andar en automóvil en esos tiempos, aunque se sospechaba que algo había mejorado.

Se levantó un perímetro alrededor del centro comercial de Hill. Estaba rodeado de patrulleros con las sirenas encendidas.

Un Dodge 1970 se detuvo en la escena.

—Disculpe, solo personal autorizado, señor —dijo el policía a Ludwing impidiéndole el paso.

—Viene conmigo, cadete —interrumpió Regulus—. Ahora tengo mi propio equipo forense. Puede que no se distinga de uno, pero es bueno —agregó con entusiasmo.

El cadete los dejó pasar, saludando con una reverencia a sus superiores.

Dentro, desolado. Ni una chispa de vida.

—Debió haber sido desesperante. De solo imaginarlo... —dijo Regulus mientras subían por las detenidas escaleras mecánicas—. Oye —dijo chasqueando los dedos—, tierra a Ludwing...

El detective se adelantó, no pudo esperar.

Un leve escalofrío recorrió la piel de Regulus. “Qué desastre se ha hecho aquí...”, pensó mientras se hacía paso entre los cuerpos descuartizados. “Tiene que haber una conexión entre la mafia y este cazador que anda suelto. Tal vez estoy buscando en el lado equivocado. No hay asesino, por más diestro que sea, que logre hacer un baño de sangre semejante. Ni siquiera hay signos de violencia física”.

—¿Ya tienes al culpable? —dijo Ludwing con la boca llena de comida.

—¿De dónde has sacado esa bolsa de maní? No, aún no. Nada.

Ludwing se adentró en la tienda, miraba a sus alrededores mientras comía el maní sirviéndose a manotazos de la bolsa de plástico.

—Eso es ser un profesional —dijo.

Regulus no le dio importancia. Seguía moviendo los cadáveres con el pie, y alumbrando a los cortes con una lámpara de luz azul.

—Ni siquiera signos de forcejeo, es como si no hubiesen tenido tiempo ni de parpadear.

—Quizás estaban petrificados de miedo. Digo, la muerte estaba delante de ellos. Algún día todos estaremos en el lugar de esta gente, al paso que vamos quiero decir...

Sobre una de las mesas, había unos anteojos de sol manchados con sangre. Regulus los levantó con sumo cuidado.

—Interesante. Tiene cabellos rubios atrapados en las bisagras, parece que fueron arrancados junto con los anteojos. Podemos pedirle al científico del mercado subterráneo de Truce que los analice.

La atención de ambos fue captada por un sonido agudo de dos cascabeles. Venía de una máquina de arcade.

La máquina estaba destruida cómo si alguien le hubiese pegado con un palo. Una rata grisácea jugueteaba con una mano. Chilló cuando Regulus la alumbró.

—Tiene algo colgando del cuello —dijo Ludwing asomándose por el hombro de Regulus.

—Dos cascabeles, veo. Y una tarjeta atada a su collar.

Regulus titubeó un poco. Pensó primero en disparar y retirar la carta después. Pero Ludwing sacó una navaja de su pantalón gris, y consiguió cortar el lazo que la sujetaba acercándose con delicadeza.

—Toda tuya —dijo guardando su navaja.

Era una tarjeta blanca, de lo más común. Pero parecía estar escrita con la sangre de los presentes haciendo uso de una delgada pluma.

*“Cortesía del Barón A.*

*La salvación está más cerca de lo que parece”.*

—¿No es ese tipo de la máscara que anda pegado todo el tiempo a Farhust? —preguntó Ludwing.

—Parece que quiere ser encontrado. O esperaba que alguien diferente diera con esta tarjeta. Un error de cálculos quizás —dijo Regulus.

—Espera, ¿a dónde vas? ¡Es necesario advertir a todo Reveur!

—Voy a exponer a Farhust.

La cólera había invadido a Regulus. Abandonaron el lugar al instante.

La radio del Dodge 1970 anunció que el quinto cargamento del antídoto Green-V sería entregado en distintos barcos, rodeando la ciudad.

—Los barcos son más seguros —dijo Ludwing.

Regulus nos respondió, tampoco quitó la vista del camino.

Luego de media hora, el Dodge estacionó en la universidad de Nior. Algunos estudiantes se impactaron al ver el buen estado del

auto negro. Otros, caminaban como si quisieran esconderse del sol, ya estaban demasiado consternados con los eventos que el año estaba poniendo en su camino.

—Me hubiera gustado ir a exponer a Farhust contigo, pero soy profesor. Mi deber está aquí. Aparte, tengo que conseguir para comer de algún lado, ¿no? —dijo Ludwing luego de cerrar la puerta.

Regulus asumió que ese era el fin de su monólogo y pisó el acelerador rumbo a Phot.

Ludwig encontró a una de sus alumnas menos favoritas bajando las escaleras.

—Calloway, ¿pasará de la clase de hoy? Sería más seguro que se quede. Debe estar asustada por la noticia del centro comercial. Tú, yo, ellos, cualquiera podría ser el siguiente —dijo burlándose.

—Quién sabe, profesor. Si pasa, pasa. ¿Por qué debería estar asustada? Como mucho moriremos —dijo Melody.

—Solo digo... Es inquietante cómo te lo tomas con tanta calma... —dijo sonriendo—. La policía le pagaría bien por la más mínima prueba, ¿sabe?

—Lo que sucede alrededor de esta ciudad va más allá de lo que usted pueda comprender. La mejor manera de terminar con los asesinatos es dejar a los profesionales trabajar tranquilos —dijo Melody.

—Sabes tan bien como yo que esos profesionales no son más que un manojo de incompetentes. Hace mal confiar tanto en extraños, Calloway.

Melody suspiró.

—De hecho, confiar en extraños es lo que me ha mantenido con vida —dijo con mucha confianza—. Espero no volver a verlo, ni a nadie de esta universidad. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Una decisión muy apresurada, sin duda. Hasta entonces —dijo Ludwing mientras continuaba subiendo las escaleras.



—Activen el puente. Nuestro detective predilecto trae buenas noticias —advirtió Farhust por los altavoces al cuarto de máquinas

El personal combinó palancas y botones al instante en que la voz de Farhust se desvaneció. Los grandes engranajes de la sala de máquinas bruscamente se pusieron a trabajar.

La tarde moría cuando el Dodge 1970 se abrió paso por las blancas plataformas que se ensamblaban formando el puente hacia el castillo en medio del mar.

Regulus encendió un cigarrillo cuando consiguió dejar el auto frente a las puertas del castillo. Pero no se dirigió inmediatamente adentro. Al contrario, volteó a ver el mar mientras el puente se volvía a hundir en las profundidades.

“La anécdota del lago Ness quizás sea un presagio de André Farhust y su madriguera alejada de la población. Los monstruos son los que gobiernan. No hay posibilidad alguna de que un asesino pueda acceder aquí”.

Se aseguró de tener balas en la recámara. Arrojó el cigarrillo a medio terminar. Sin más remedio, llamó a la puerta.

Norton lo recibió. Hizo una reverencia por saludo.

—No hace falta, mayordomo —dijo el detective—. Solo lléveme ante su rey.

—Sígame, por favor.

Se notaba por el manierismo con el que llevaba sus manos detrás de su espalda, que el mayordomo por excelencia en el castillo estaba encantado de poder ser el intermediario entre ambas figuras.

—Me parece que estos son demasiados lujos —dijo Regulus—. ¿Cuántas personas podrían ser alimentadas con todos los créditos que se invirtieron aquí?

Si bien por fuera el castillo se asemejaba a uno medieval, por dentro mantenía una lujosa estética donde el mármol era el protagonista. En medio del immaculado salón, había una gran fuente con peces multicolores nadando en ella. Era tan grande como el candelabro de oro que le colgaba encima.



—Trato de no cuestionar esos... detalles. Pero entre nosotros, detective, tiene toda la razón —dijo Norton.

—Es ridículo, hasta los escalones tienen incrustaciones de diamante.

Ambos subían por una elíptica escalera que los condujo al primer piso, y luego al segundo. El mayordomo se detuvo frente a la gran puerta del despacho real. A un costado de la puerta había un cuadro con un tipo ahorcando a un león con sus manos desnudas.

Norton corrió el cuadro. Introdujo una combinación de números. Fue la correcta. La botonera se dio vuelta y Norton puso su huella dactilar sobre una pantalla. La puerta se abrió.

—Lo he estado esperando, detective —dijo Farhust sirviendo algo de su minibar en una copa.

—Su alteza —dijo Regulus inclinando su cabeza.

—Déjenos solos, mayordomo. Traiga a mi amada Faith, la necesito a mi lado.

*En una sala de clases del primer piso...*

—Faith, aquí. Pon atención —dijo el maestro dándole golpecitos a la pizarra con la regla—. Ahora revisaremos los mandatos reales, toma nota:

1. Siempre hacer reverencia a la reina.
2. Prohibidos los apodos.
3. No dejar el castillo a menos que sea estrictamente necesario.
4. Uso de los recursos de la población.
5. Vestir siempre de negro en caso de un funeral inesperado

A pesar de que el maestro había terminado de copiar, Faith seguía haciendo algo en su cuaderno, y su cabeza cada vez se inclinaba más para el lado del hilo de saliva que salía de su boca.

—Disculpe, Faith, ¿Se encuentra bien?

Faith ni siquiera levantó la mirada. Seguía muy concentrada en su hoja. Aparentaba estar copiando las normas, o quizás su bolígrafo ni siquiera andaba del todo bien. El maestro se acercó a ver cuál era el misterio: garabatos.

Le torció la oreja y se la llevó hasta la puerta. Se encontraron con Norton a punto de golpear.

—¡Ah! Justo a tiempo, vengo a llevar a Faith ante Farhust. La necesita urgente en su despacho —dijo Norton con una mirada inexpresiva.

—También me encuentro en eso. Su padre debe enterarse y propiciar un castigo adecuado. Solo me hace perder el tiempo. No toma en serio su papel. No tiene nada de responsabilidad. Solo está jugando.

—Está resfriada —dijo Norton tomándola del brazo—, nada más mira su rostro, está pálido y desorientado. Ver a su padre la tranquilizará.

Norton la quitó del umbral de la puerta y la dejó a su lado.

—Trátala con más respeto —le dijo con un tono severo al maestro—. Luego de la reunión le haré un flan vainillamiel y todo estará bien, ¿no es así, Faith? —dijo sonriéndole a la desorientada heredera al trono.

Los dos subieron al despacho y el maestro volvió a su salón vacío.

—¿Brandy? Una copa solamente. No se resista. Acéptelo de buena voluntad. No tiene nada raro —dijo el rey.

—No, le agradezco. Hace un tiempo que me alejé del alcohol. Un cenicero sería mejor.

—Mira, ahí viene mi hija. Pasemos a nuestros asuntos, ya hemos divagado bastante.

Regulus saludó a Faith, pero ella no se enteró. Caminó hasta estar a la derecha del asiento de su padre. Ahí se quedó de pie con los brazos sobre su vientre y su mirada perdida. El detective tomó asiento frente al rey. De fondo, el extenso océano.

—Encontré esto en el centro comercial. Estoy seguro de que podemos concluir una cosa o dos —dijo poniendo sobre la mesa la tarjeta y los anteojos—. Léala atentamente.

El rey comenzó a temblar mientras leía la tarjeta. Pavoroso, se llevó la mano a la boca.

—El Barón nunca sería capaz de algo así. Nunca deja la mansión. Es más, está a cargo del proyecto Green-V. Trabaja todo el día.

Farhust se quedó pensativo mirando la tarjeta. Llegó a una conclusión, pero Regulus no lo dejó seguir.

—¿Por qué alguien quiere incriminarlo?

—El Barón es un héroe. Ha estado muy ocupado en el antídoto para el sueño. Mire, ¿ve esos barcos que están zarpando? Llevan al otro lado de la ciudad las dosis que el Barón preparó.

—¿No ha leído las noticias? —dijo Regulus sacando un cigarrillo—. No tiene idea de lo que está provocando. La gente que se lo inyectó no se ha vuelto a despertar. No se los presume muertos, pero cayeron en un sueño del cual no pueden salir. —Encendió el cigarrillo—. Sé de lo que le hablo. Deje de producir eso, no entiende de qué se trata esto.

Regulus ya no mostró la atención ni el respeto que tanto había estado siguiendo.

—Esas personas cayeron como moscas después de que usted se marchara el día del acto —dijo apagando el cigarro sobre el escritorio—. Tuvo que haberlos visto. Aunque el de al lado estaba desmayado, el otro estaba desesperado por conseguir su dosis. ¡Detén esta locura, Farhust! —dijo golpeando la mesa, con una vena marcada en su frente.

—Es solo un rumor —dijo Farhust girando su silla con la vista puesta en el océano—. Es que están tan cansados. Fue un camino duro, pero ya tenemos la cura. Perdimos el Laboratorio Volgen en el proceso, y a casi toda su gente, sí. Incluso Kolmogorov Greenwood estaba allí, parece que no sobrevivió al derrumbe —dijo riendo.

—Majestuoso rey de Reveur, André Farhust, lo pongo bajo arresto —dijo Regulus en seco poniendo las esposas sobre el escritorio.

Lentamente, el sillón de Farhust volvió a girar haciendo un molesto ruido.

—Al contrario, detective. Yo lo declaró traidor de la condenada ciudad de Reveur.

Un brusco ruido proveniente de la entrada al despacho puso en alerta a Regulus. Antes de que pueda sacar el revólver, un tipo con una máscara de cuervo puso un saco de tela sobre su cabeza. Lo golpeó en las costillas, y puso las frías esposas sobre sus muñecas. Se lo llevó.

—Espera, Barón —dijo Farhust—. No lo arrojes al mar tan pronto. Nos puede servir si lo doblégamos un poco. Deposítalo en el calabozo submarino, luego iré a visitarlo en persona.

El Canario se sentó en uno de los bancos dentro de la catedral Chartré.

“¿Y si no logro escapar? Nunca nos hemos cruzado con ningún otro... eh... Onírico. Pero al menos ese Morfeo está dando vueltas por todo Reveur, ¿no?”

“Cada vez son más los Orbes purificados, así que sí. Espero no sea el único Onírico. No logro descifrar que sucede con los Árboles. De cualquier manera, fuiste muy astuta al aliarte con el Cuervo, es bueno estar en el bando ganador, para así tener la tranquilidad de detenerse a decidir”, dijo Fantaso.

El eco de un aplauso retumbó hasta en el último vitral de la catedral.

—Lamento comunicarte que esta noche irás sola, Tánatos me necesita en el Inframundo. Más te vale que no juegues a la heroína, y te límites a cumplir con la parte de nuestro acuerdo que te corresponde. Ahora bien, absorbe mis habilidades —dijo el Cuervo.

La silueta bañada en plumas negras se detuvo en las escalinatas que daban al altar mayor. El Canario extendió el Báculo de Fantaso y colocó la medialuna de cristal sobre el hombro del Cuervo. Inmediatamente, una copia fiel de su máscara apareció flotando como si fuese

vapor blanco, pero brillante como la luz de la luna, unos centímetros delante del rostro del Canario. A un costado de su cinturón con hebilla de canario, un bastón con estoque vaporoso colgaba como si fuese una copia real.

—No me sigas al Inframundo, o te haré conocer a los Tres Jueces en persona. No toleraré más fallos ni desobediencias. Tánatos está molesto.

—Juro por Tánatos no volver a comprometer mi libertad —dijo el Canario agachando la cabeza.

El Cuervo bajó las escalinatas y se marchó. Desapareció.

Sin tiempo que perder, el Canario se movió hacia la plaza de Phot abriendo una Grieta en el aire con su bastón blanco.

Dentro de una modesta casa, recorrió habitación por habitación.

“A ver... Tú soñarás con una pradera en pleno verano”, dijo apoyando la punta de la medialuna sobre el Orbe. “Sería bueno que Morfeo estuviera por aquí para purificar este Orbe. Las Pesadillas hicieron un buen trabajo oscureciéndolo”.

“Espero que se encuentre en alguna parte. Al igual que Fobétor”, dijo Fantaso.

Necesitaba ahorrar tiempo si quería jugar para ambos bandos, así que juntó todos los Orbes en la cocina.

“¡Arenas movedizas! ¡Tormenta en el Caribe! ¡Caminata en la nieve! ¡Día de playa! ¡Náufrago marítimo! ¡Volando!”, decía con entusiasmo tocando cada Orbe con un agudo *tip* cada vez que los cristales chocaban.

“Bien hecho, Faith. Se relajarán un poco con esos paisajes que les creaste”, dijo Fantaso.

“Me gustaría ver la cara del que sueña que está volando”, dijo el Canario dejando atrás la puerta de la casa.

El Canario continuó llevando de paseo por distantes paisajes a los habitantes de Reveur. Sin embargo, no todas las puertas estaban abiertas para ella. Algunas estaban aparentemente trabadas del otro lado por muebles y objetos pesados, o clavadas con tablones de ma-

dera. Como un animal que no pierde la costumbre, las precauciones para cubrirse del gas y del asesino se habían convertido en un hábito para la mayoría de la población.

“Está por amanecer, aún no has usado sus habilidades. Es gracioso cómo te ciñes a tus valores”, dijo Fantaso.

“Aún me falta cumplir con ellos, aunque me siento un poco agotada a esta altura. El amanecer no debe estar lejos”, dijo el Canario.

“Las reglas de cada Deidad, entiendo... ¿¡Tregarás ese árbol?!”, dijo Fantaso.

La habitación parecía ser un ático. Lucía como si el huésped se hubiese mudado hace muy poco. Una biblioteca y un escritorio con cajas apiladas. Sobre la tendida cama, un Orbe. “Fantaso, ¿por qué hay un espiral verde flotando ahí dentro?”, dijo el Canario viendo con inquietud la nebulosa verde que flotaba dentro del Orbe.

“No he visto nada similar en miles de años”.

“Parece el mismo verde del Green-V... Se está expandiendo como la oscuridad de las Pesadillas”.

“Dale un paisaje y vámonos, ya habrá más tiempo para verlo”.

“Caminata en el bosque lluvioso”, susurró desconcertada.

Con mucho cuidado de no pisar en falso, descendió por el árbol.

El Canario caminó rodeando la plaza central de Phot. Iba con la capucha de su hoodie celeste sobre su dorado cabello, con la máscara del cuervo flotando vaporosa delante de su rostro, su arco colgando en la espalda y la copia nubosa del bastón con estoque a un lado de su cinturón con hebilla de canario, mientras que a su derecha colgaba el Báculo de Fantaso.

“¡Es hora del espectáculo!”

Abrió una Grieta con el bastón y se colocó detrás de una estatua del lado material. Muchas personas caminaban rumbo a su trabajo, y otras recién habían abandonado la ronda de los bares. Vio a una pareja de la mano. Riendo, caminaban sin rumbo por los caminos de cemento, pero cuando pasaron debajo de un poste de luz, este repentinamente se apagó. Se vieron envueltos en la noche, sin luces

en la calle, pero tenuemente iluminada por la gigantesca luna sobre ellos. De un segundo a otro se encontraban solos. Miraban con desesperación a sus alrededores.

En las sombras de los árboles, el Canario los acechaba, acercándose sigilosamente como un animal salvaje a su presa, con esa tensión de estar obligado a ser menos ruidoso que el viento para comer esa noche.

“Ya tienes bastante práctica, digo, porque hace varios meses dejaste de sentir pena por ellos. Sin remordimientos es más fácil”, dijo Fantaso.

“Quizás algo de envidia, por ellos en particular”, dijo el Canario desenvainando la hoja del bastón.

Atravesó a la novia por la espalda, a la altura del corazón. El novio se quedó duro como una estatua del rey al ver el puñal blanco emerger del corazón que había jurado proteger.

El Canario retiró la espada mientras seguía su camino. Dejó al novio contemplar por última vez a su amor, mientras ella se bañaba en su propia sangre. La tomó entre sus brazos, con la esperanza de que todo fuese un mal sueño. No tuvo tiempo de llorarla. Una flecha se clavó en su cráneo.

“Creo que deberías replantearte muchas cosas. La Vanguardia se alimenta de esas emociones, la envidia puede hacerte perderlo todo”, dijo Fantaso.

“Ya veremos”, dijo el Canario mientras recuperaba su flecha.

La policía iba a tener mucho trabajo al amanecer. Cruzaron un Espejo, y fueron lejos de la escena. Se encontraban arriba de un edificio, donde Faith había dejado su mochila. Faith tenía guardado un frasco de flan vainillamiel. Lo comió con la desesperación de un adicto en una supuesta recuperación.

“Espero que haya sido suficiente”, dijo Fantaso.

“Más que suficiente para contentar a ambas partes. Si no, no hubiese salido. De cualquier forma, ya perdí sus poderes al cruzar por ese Espejo de vuelta a la realidad. Lo cual es un punto a favor de las Grietas”.



Las olas del mar chocaban contra el acantilado. Quedaba un poco más para el amanecer.

“Este es tu lugar favorito en el mundo, ¿no es así? Qué irónico”, dijo Fantaso.

“Ver el mar de este lado me da cierta tranquilidad. Relaja mi mente. Desde aquí el castillo es solo una miniatura. A excepción del trato que mantenemos con Tánatos, no hay nada más de qué preocuparse aquí, aunque...”

“Aunque les ofrezcan tantos sacrificios, no son libres. El Cuervo está atado a la servidumbre. Somos todos rehenes, de cierta forma. La libertad que te puedo ofrecer tiene su precio”.

El Canario divisó algo raro.

“¿¡Dónde vas!?”

El Canario descendió abruptamente por un risco hasta llegar detrás de unas rocas cerca de la orilla del mar.

“¿¡Te has vuelto loca!? ¡Pudiste haber quebrado el Báculo!”

“¡Shhh!”.

El Canario dejó que la medialuna de cristal del Báculo de Fantaso se bañe con la luz de la luna, y se lo colocó delante de sus ojos, como si fuese una lupa.

“Presta atención. Hay alguien en un bote. Y alguien esperándolo en el castillo... ¿parado sobre el mar?”

Un bote de madera naufragaba en dirección al castillo. Una figura de negro lo abordaba, remando.

“Es él. Ese debe ser algún miembro de la Vanguardia”, dijo el Canario.

La flecha que el Canario había sacado del carcaj ya estaba siendo tensada, casi de manera inconsciente.

“No te recomiendo hacer eso. Déjalo, él sabe lo que hace. Servimos a Tánatos, lo que él haga con su vida no nos compete.





Alguien hizo una llamada.

—Estamos llegando al puerto. La flota es de unas treinta camionetas listas para transportar el Green-V.

—Bien entonces. El carguero está listo, los esperamos —contestó la voz metálica.

La comunicación finalizó en seco.

Como hormigas blancas, la flota de camionetas arribó al puerto de Reveur. Los tipos con los mamelucos blancos comenzaron a cargar los carros repletos de inyecciones con el líquido verde que fueron transportados en el carguero a las camionetas.

—Le recuerdo que estas operaciones están a cargo de la familia D'Alterier —dijo el hombre que lideraba la flota de camionetas—. El Barón A. lidera el proyecto.

—Esta misma noche me ocuparé de transferir los créditos a su cuenta. Afortunadamente nuestro cliente nos ha pagado por adelantado. Así que si el cargamento llega a o no...

—Excelente. Le recuerdo que no incite a nadie a replicarlo. La genética que lo compone es muy peculiar, solo el Barón A. conoce cómo trabajarla. Al igual que el frío que nos azota, parece venir de otro lado. Cosa de él.

—Oiga, vea eso —dijo el dueño del carguero señalando al oscuro horizonte.

—Un barco... ¿en llamas? Se acerca a una velocidad inusual... No hay turbina capaz de... Mire, tiene una bandera con un ciervo.

—Debe ser un pirata entusiasta.

—Se va a estrellar contra el puerto, ¡es imparable!

El barco tenía tres banderas negras con una cabeza de ciervo blanca pintada en ellas. La madera pudo haber sido por demás resistente, aunque debía ser seguramente otra la razón por la cual un anillo de fuego lo rodeaba y se movía junto al navío, como si fuese víctima de una gran correntada turbulenta, la cual no estaba presente.

El carguero anclado al puerto le hizo señales con una linterna roja, pero no hubo respuesta. Sin embargo, la marcha del barco fue dis-

minuyendo a medida que se acercaba para posicionarse de costado, quizás el capitán replanteó su rumbo. El anillo de fuego se apagó.

Quietud. El barco desplegó seis cañones. Uno por uno fueron disparados. El carguero se hundía lentamente y tanto las camionetas como los cargamentos que estaban listos fueron presos de las balas de cañón. Una vez que la última fue disparada, la ronda volvió a empezar. Los puentes grúa se derrumbaron. Todo el puerto quedó sumido en ruinas.

Al igual que un fósforo, el anillo volvió a encenderse alrededor del barco y pronto el navío pirata desapareció del lugar.

## A bordo del Ventoriosa

—Cuervo, el Onírico traidor, quinto miembro de la Vanguardia de la Deidad de la Muerte. Me pregunto seriamente, ¿por qué no has extinguido la luz que resurgió? El señor del Inframundo ha volcado su confianza en ti para tal fin. Te dio un lugar en sus filas. En cambio, no fuiste capaz de ayudar a Mham, ni a Belfegor. Será mejor que colabores, o los Tres Jueces vendrán a buscarte —dijo la profunda voz debajo de la túnica negra.

—No estoy aquí para cuidar de ustedes. Me he unido a las filas de Tánatos para aniquilar a la humanidad. Mi lealtad fue entregada a la Deidad de la Muerte, el único que deberá gobernar sobre las tres realidades, Tánatos. ¿Por qué no acudiste tú? —contestó el Cuervo.

—He estado persiguiendo a tu antiguo compañero. Los Tres Jueces han estado trabajando arduamente con todas las almas que has enviado al Inframundo. Tu devoto servicio te ha tenido muy ocupado por lo que veo...

—Leviatán, ¿para qué me has convocado?, ¿acaso te aburres de jugar a ser el rey de Reveur? Puedo conseguirte un cuerpo menos importante, es cuestión de algunos minutos.

—Verás, dos Árboles volvieron a nacer, lo que significa que si seguimos así la Corriente de los Sueños volverá a desparramarse alrededor de Oniria, formando la infame barrera que separa a la realidad de los sueños del Inframundo —dijo Leviatán haciendo un anillo de hielo en el aire con su dedo.

—No me haré responsable por las decisiones que ustedes tomen. Yo les he entregado Oniria, no puedo hacer más por ahora. Están ac-

tuando muy descuidadamente. Olvidan que ya no son simples espectros intangibles como en el Inframundo. Tánatos les cedió el control de Oniria con una Llama de Alma conectada a un cuerpo influyente para que se muevan por la ciudad y hagan tanto cuanto quieran con los habitantes de Reveur. Si el cuerpo de la ciudad muere, serán vulnerables de este lado. No deberían subestimar a los Oníricos en conjunto. Deben tomarlos uno por uno.

—Los hemos subestimado, es verdad —dijo Leviatán deshaciendo el anillo de hielo que flotaba en el aire—. Tánatos me envió a encomendarte una misión, él desea que te infiltres a la Cúpula de Hipnos y corrompas las Llamas de Alma con el líquido verde que has desarrollado. Un plan de contingencia, como verás, en el caso de que la Corriente de los Sueños sea restaurada con los cuatro Árboles.

—No sigo órdenes tuyas. ¿No fuiste a pensar que tomaría eso por un pedido de Tánatos? Pero, sin embargo, puedo cooperar. No tengo permitido el paso dentro de la cúpula, moriría. Soy considerado un enemigo para el Fuego del Fénix que la protege por fuera. Deberías buscar otra forma.

El mar comenzó a violentarse como si un tsunami quisiera suceder. Las olas movían el bote donde él Cuervo estaba tratando de hacer equilibrio.

—¡Ahí viene! ¡Por fin decidió dejar de escapar! —dijo Leviatán conjurando un ancla de hielo.

Una lluvia de balas de cañón iba rumbo a derramarse sobre ellos. El Cuervo logró ponerse de pie para abrir una Grieta y escapar.

—¡Bang! —dijo Leviatán golpeando una bala de cañón con el ancla de hielo—. Todavía no, el barco está protegido por el Fuego del Fénix —dijo dejándose caer al mar.

El Canario lo presencié todo. Se acercó sigilosamente al final de un muelle para verlo lo mejor posible.

“¿Estás segura de esto?”, dijo Fantaso.

“Cállate y toma más luz de la luna”.

La media luna de cristal en el Báculo de Fantaso resplandecía en la costa marítima. El Canario pasó una de sus flechas a través de la medialuna y está se contagió de ese brillo, era como si estuviese sosteniendo en su mano un solo haz de luz.

El barco que se había detenido en el castillo reanudaba su marcha, rodeándolo lentamente.

“Ese es... no puede ser”, dijo Fantaso.

“Es ahora o nunca”, dijo el Canario tensando su flecha. “Espero que llegue, solo hay un tiro. Una nueva aventura nos espera Fantaso”.

“Mmm, Faith, no consumiste demasiada azúcar, el amanecer está cerca, aparte él...”

La trayectoria parabólica de la flecha blanca impactó en la cubierta del barco.

“Un aterrizaje limpio, ¿no lo crees?”, dijo el Canario un tanto mareada.

Se oía un *tuc-tuc-tuc* en la madera, como si alguien estuviera dándole con un martillo.

“OCÚLTATE YA MISMO”.

La cubierta de madera tenía unos barriles a lo lejos y no era una opción trepar el mástil o escalar redes o las velas. No tenía donde ocultarse.

“Este lugar es intimidante, ¡mira el tamaño de esa bandera pirata!”

Volvió a oír el *tuc-tuc-tuc* sobre ella. Se dio vuelta. El ruido parecía venir del timón en la popa, sobre el camarote.

Arriba, alguien gritó: “¡Quién anda ahí!”. El Canario se escondió en las sombras de las escaleras que bajaban al camarote. Los pasos iban y venían, acompañados de lo que ahora sonaba a un inquietante murmullo nervioso.

“¡Ah, no! No ahora”, dijo el Canario antes de colocarse las dos manos sobre la boca.

“Debiste haber considerado los mareos que te provoca la teletransportación”, dijo Fantaso.

El Canario vomitó a las puertas del camarote sin poder resistir mucho más, antes de que sus ojos salieran expulsados primero.

Los pasos descendieron la escalera de la popa.

—¿¡Quien anda ahí!? Muéstrate —dijo el capitán del barco mirando a sus alrededores con una voz ronca un tanto desgastada.

Asomó la cabeza para ver de quién se trataba. El Canario lo miraba desde el recodo más oscuro, a los pies de la puerta del camerino que parecía estar fuera de servicio hace tiempo. Se vio a sí misma reflejada en un gran escudo de diamante con forma de rombo que aquel viejo paranoico llevaba colgado en la espalda. Era, quizás, una peculiar muestra de diamante de la cual estaba compuesto debido a que una extraña llama habitaba ahí dentro, como un pez en el agua. El capitán llevaba una chaqueta muy mal tratada por los años, decolorada y con agujeros de quemaduras que lo cubría hasta el único pie que aún le quedaba, pues el otro era una prolongación de madera para que pudiera pisar. Caminaba de un lado a otro, como si alguien lo estuviera cazando.

No encontró a nadie. Se volvió cojeando, haciendo *tuc-tuc-tuc* sobre la madera mientras se refregaba la barba.

“Lamento comunicarte que la copia que dejaste en el castillo acaba de desaparecer”, dijo Fantaso con preocupación.

“Casi puedo imaginar a mi padre mandándome a buscar por todo Reveur. Arrestando a quien no coopere y demás sutilezas”.

Desde su escondite, el Canario solo podía suponer, según el movimiento del barco, que la trayectoria que seguían era curva, y a juzgar por las hojas secas de los pinos, debían estar yendo mucho más allá del Bosque de Reveur.

“Bueno, por suerte pude comer el flan vainillamiel un rato antes de embarcar”, dijo el Canario con un tono nervioso. Fantaso no respondió. Ella se recostó sobre la pared de madera. Cerró los ojos unos momentos.

El viento se manifestaba con fuerza. Los truenos le dieron la bienvenida a la tormenta. No estaba segura de cuánto tiempo llevaba ahí, pero no pudo ser más de media hora debido a la gran velocidad con la que el navío navegaba debajo del círculo de fuego.

Los pasos del capitán se oyeron descender por la escalera, haciendo el inevitable *tuc* de su pata de palo. Pero también llevaba dos sacos de tela con algo dentro que sonaba a balas de cañón golpeando los escalones. El Canario vio cómo ataba uno de los sacos a una cadena, donde supuso debía estar el ancla, aunque parecía haber sido arrancada. Entonces, él anudó el saco a la cadena y lo dejó caer al mar, haciendo que la marcha del barco comenzara a disminuir levemente. Pudo distinguir un gruñido, y no más puesto que tuvo que replegarse de nuevo cuando el capitán decidió subir a maniobrar.

El barco iba acomodándose cómo si estuviese tratando de estacionar. Otra vez el capitán estaba en la cubierta, con su escudo de diamante amarrado a una vara de madera, el Canario pudo distinguir un ciervo en la hebilla del cinturón que apretaba la robusta cintura del capitán, quien usando la vara hizo llegar su escudo hasta el anillo de fuego para capturarlo como una red a una mariposa, supuso ella cuando volvió a ver el fuego dentro del diamante. Fue ahí cuando el barco se detuvo súbitamente. Luego, desplegó un puente de madera con el que descendió a tierra firme.

“Maravilloso, las Ruinas de Cromwell, no pudimos haber ido más lejos. ¿Que será ese saco de papas que carga? ¿Tú que crees, Fantaso?”.

Fantaso no respondió.

“Así que te estás haciendo el misterioso. Bien. Hora de explorar un poco”, dijo el Canario.

Al horizonte aún podían divisarse los árboles del bosque como pequeñas figuras. No había rastro de ninguna carretera en el descampado suelo. Las olas golpeaban el barco en la costa, y el viento silbaba en los oídos del Canario. Estaban ante ella las antiguas Ruinas de Cromwell, una gran montaña irregular de roca grisácea, erosionada, con un gran cráter que le daba una semejanza volcánica. Sobre ellas, la inmensa luna iluminaba la noche lluviosa.

“No es conveniente meterse ahí, este tipo...”, dijo Fantaso como suspirando.

“Solo quiero saber qué lleva en esa bolsa, dudo que sean balas de cañón o algo así”.

El Canario escaló trabajosamente las rocas que guiaban a lo que parecía una entrada. No eran demasiado altas, pero la lluvia las había vuelto muy resbalosas.

No miraba demasiado por qué parte iba, más bien prestaba atención a sus pies, que se resbalaban cómo si pisara jabón, y sus manos sufrían las consecuencias al querer aferrarse un poco más fuerte. Al paso siguiente, se desplomó de espaldas al otro lado de la cueva. Las erosionadas aberturas en la roca dejaban que la luz blanca de la luna se filtre en la oscuridad. Un trueno retumbó e iluminó brevemente los pasadizos rocosos. No fue solo la caída lo que le hizo saber que no podría trepar de regreso.

El Canario se sentó, y se sacudió la cabeza.

“Estoy mareada”.

Se puso de pie una vez más, y comenzó a caminar con el Báculo de Fantaso tanteando el suelo en una mano, y siguiendo la pared con la otra.

Otro trueno rugió, e inmediatamente comenzó a oír el murmullo nervioso del capitán. La luz de una fogata iluminaba una parte del camino.

A medida que se acercaba a la luz, los gruñidos ansiosos aumentaban. Se inclinó a mirar por el borde. Y ahí estaba el capitán. Sentado sobre una piedra con el escudo de diamante sobre otra, simulando una fogata delante de él.

“Aunque lo use como una fogata, no lo es”, dijo Fantaso.

El Canario no tardó en darse cuenta de la calidez que emanaba del fuego que ardía dentro del cristal.

“Mira Fantaso, tiene esos mismos Orbes como el que estaba en la habitación”, dijo el Canario.

Parecía estar examinando el Orbe, pero por el gesto de su mano le costaba trabajo levantarlo: los tendones y sus venas sobresalían. La espesa bruma verde fue momentáneamente repelida por el fuego cuando lo apoyó sobre el diamante.



El Canario se volvió rápidamente contra la pared cuando percibió que el tipo movió la cabeza hacia donde estaba ella. Su corazón comenzó a galopar mucho más rápido al igual que su respiración.

—Hueles a él. Te ha enseñado bien. Acechar hasta que el enemigo baje la guardia. Ni en los tiempos de mayor necesidad me agrada meterme con los Oníricos, pero no puedo permitirte robar el Fuego del Fénix —dijo con un tono severo.

El Canario no respondió, algo en la intimidante presencia de aquel hombre con pata de palo la hizo arrepentirse tanto que por un instante pensó en volver al castillo y no salir nunca jamás.

—¿No sabes hablar? ¿Él te cortó la lengua para que no molestes? ¿O eres acaso una copia creada con el Báculo de Fantaso? Da igual.

El capitán se puso de pie y se acercó al pasadizo acomodándose el escudo en el antebrazo. Sin pensarlo demasiado le dio un revés a la pared antes de ver siquiera quien estaba ahí. La pared se agrietó, y unas piedras se desprendieron, pero ahí no había nadie.

El Canario había cambiado de posición. Ahora tenía su arco tensado al fondo del pasadizo de piedra.

“Un Onírico, no hay sacrificio más grande que ofrecerle a Tánatos”.

El Canario no hizo caso a las advertencias de Fantaso y dejó escapar su flecha. Iba dirigida al pulmón izquierdo, pero antes de impactar, el capitán se movió hacia la derecha y levantó el brazo, dejando que la flecha pasara de largo para clavarse en la roca.

En menos de lo que se tarda en parpadear, el Canario estaba a merced del capitán.

“Te dije que la flecha que agarraste estaba envuelta con la luz de la luna”.

—También te ha enseñado sus hábitos —gruñó el capitán mostrando su desaliñada dentadura—, atacar por sorpresa. Parece que tus cálculos no fueron correctos, niña. No tienes idea para quién estás trabajando.

Desamparada en el suelo, con náuseas, se arrastraba por la pared para ponerse de pie al mismo tiempo que el capitán se acercaba.

“Maldición, este tipo está demente”, pensó.

—No eres tan ruda cuando enfrentas a alguien que puede defenderse —dijo el capitán con una voz rasposa—. Los he estado observando a todos.

El capitán clavó su escudo en la roca luego de intentar embestirla.

“Lo tenemos, Fantaso”, dijo al ver qué el tipo no podía recuperar su escudo.

Tensó su arco apenas pudiendo mantenerse de pie. Los Orbes salieron de la bolsa y rodaron por el suelo llamando su atención. Sin embargo, vio por el rabillo del ojo como el capitán volvía a cargar contra ella. La débil flecha se quebró al chocar contra el diamante. El capitán se balanceó sobre ella y la redujo en el suelo, despojándola de su equipamiento. Tanto forcejeo agotó más rápido al capitán y fue ahí cuando el Canario pudo recuperar el Báculo de Fantaso estirando su brazo un poco más hasta que lo agarró.

A punto de liberarse de él, colocó la media luna de cristal sobre el cuello del viejo capitán. Inmediatamente una máscara de ciervo con un largo juego de cuernos como las ramas de los árboles apareció frente a su rostro flotando como una nube, y el mismo escudo apareció sobre su brazo. No duró mucho, puesto que a través de la máscara vio la mano del capitán deshaciéndola y tanto la máscara como el escudo desaparecieron como vapor.

El capitán la tomó de su hoodie celeste y la puso de pie como si fuese una muñeca.

—¿Pensaste acaso que no conozco las habilidades de mi báculo? ¡Siéntate ahí! —dijo arrojándola contra una de las rocas en el suelo—. Ahora confiesa, ¿dónde está el Cuervo? ¡¿Dónde?!

—Si no me dejas ir, pronto lo tendrás frente a ti —dijo el Canario con un tono desafiante a pesar de que ya no insistió en hacerle frente.

—No me digas que creíste, acaso, que él vendría por ti. No tienes a nadie. Dudo de que movilice las fuerzas del Inframundo para sacarte de aquí, eres solo una pieza más en su perverso juego. La recompensa no es tan grande, ni siquiera puedes guiarlo a otros Oníricos.

En el fondo, el Canario sabía que cada una de esas palabras era cierta.

—¡Ah! Entonces hay otros. Estaré encantada de ofrecerlos como tributo a mi señor Tánatos.

—Si das con ellos... —dijo desinteresadamente el capitán examinando el Báculo de Fantaso—. ¿De dónde has sacado esto?

—El Cuervo me lo ha regalado como parte del botín que reclamó luego de ayudarlo a Tánatos a conquistar este repugnante lugar. Pronto él logrará conquistar las tres realidades.

—Así es, extenderá su reinado más allá del Inframundo. Matará a la población lentamente hasta que no quede nadie, es como un virus. Solo trae muerte. No hay antídoto para eso. Más aún, ese frío que invade Reveur no solo afecta a las personas a un nivel mental, sino que está marchitando la naturaleza como la conocemos. Todo está muriendo lentamente...

El capitán tomó asiento en la roca frente al Canario y puso el escudo entre ellos como si fuese una mesa. La miró fijamente.

—¿Y después qué? —preguntó con ironía—. En el fondo, sabes que odias esto. Estás completamente sola, y la libertad que esto te da está matando a la gente que debes reinar. Porque ya es *tu* gente. O dime, ¿acaso creíste que tu padre pudo haber sobrevivido al derrumbe del casino aquella noche? No me hagas reír, sabes bien cómo funciona la magia de Tánatos para volver gente a la vida, y cómo la usa para influir en la ciudad. Da esperanzas en un juego que sabe que va a ganar, eso lo entretiene. —El capitán pareció estar escuchando una conversación en otro lado—... No, no le haré daño, Fantaso, solo necesita un buen susto.

El Canario abrió los ojos ante su asombro.

—Debí haberlo sospechado desde un principio. Aunque es un político, se dedica a ser alguien que no es, si vamos al caso.

—El caso —dijo devolviéndole el Báculo de Fantaso—, es que uno de los miembros de la Vanguardia está usando el cuerpo de tu padre. Consiguió engañar a la gente para que se inyecten esa extraña

cosa, y ahora los Orbes están infectados desde adentro. Pero no es todo tan malo. He estado observando todo desde el mar, y aunque no parezca, a pesar de todo vamos ganando. Afortunadamente los nuevos Oníricos han aprendido a trabajar en equipo, pero aún no es suficiente, necesitamos a Hipnos.

—Así que esto es lo que el Green-V le hace a los Orbes —dijo el Canario observando la nebulosa verde—. Paraliza la energía que guarda el Orbe, al igual que al soñador. Nadie se ha vuelto a despertar luego de inyectarse esto.

—Están perdidos, a menos que exista algo que deshaga ese efecto. La única forma que se me ocurre es arrojarlos a la Corriente de los Sueños —dijo el capitán en un tono reflexivo.

—La barrera entre Oniria y el inframundo cayó, por lo tanto, la Corriente de los Sueños ya no existe más, eso es lo que el Cuervo me explicó en mis primeros días aquí.

—Te equivocas una vez más. Es posible recuperarla, pero necesitamos los cuatro Árboles. Asumo que la Vanguardia debe estar un poco revuelta luego de que dos Llamas de Alma hayan sido recuperadas, lo que se traduce como dos Vanguardias que ya no existen en ningún plano.

—Leviatán, he oído al Cuervo hablar de él. Estoy segura de que es ese tipo del castillo con el que estaba hablando. Nunca he visto a ningún miembro de la Vanguardia dejar de custodiar su lugar. ¿Y qué con los Árboles entonces?

—Esos Árboles, estando juntos en cada extremo cardinal de Oniria, la cubren de una energía azulada llamada Corriente de los Sueños, la cual funciona como límite entre Oniria y el Inframundo —dijo el capitán—. Sin embargo, me falta una pregunta por responder, quizás puedas ayudarme, si los Árboles pertenecen aquí, ¿por qué han salido también en Reveur?

—Mmm, Tánatos insiste en recuperar una tierra, creo que se refiere a Reveur, o a Oniria. El punto es que esa tierra serviría para traer de regreso a su madre mediante un antiguo ritual. Creo que su madre

se llama Noche, o algo así. La verdad es que fui parte de todo, actuando de manera egoísta, movida mediante la envidia que le tengo a la gente común, a la gente libre.

—Sabiendo que no morirás, y que alguien más está pagando por tu capricho, ¿correcto? —agregó el capitán.

El Canario suspiró con culpa, hundió la cabeza entre sus manos. Se puso la capucha del hoodie celeste sobre su rubio cabello y se quedó sollozando un rato.

—Bueno —dijo el capitán poniéndose de pie—, por lo que veo el Cuervo no vendrá a llevarte de regreso, ni el Inframundo se moverá por ti. Colabora conmigo, siempre se puede empezar de nuevo, empezar mejor. Mi nombre es Wrong... Wrong Appleseed —dijo extendiendo su mano para ayudarla a levantarse—, el Ciervo.

—Ayúdame a derrotar a Leviatán. Solo así me abriré paso para liberar a Reveur. Puedo cooperar con todo.

—Mi observación también concluyó en que por cada Vanguardia se necesitan tres Oníricos. Es muy probable que el Cuervo se una a su camarada, lo cual nos deja en una desventaja aterradora. Una misión suicida nunca está de más. Me agrada la idea. Bienvenida a bordo del Ventoriosa.

Ambos dejaron atrás la cueva. La tormenta se vio reducida a una leve llovizna, y el viento a una fría brisa.

—¿Y ahora qué? —preguntó el Canario.

—Ahora toca ponerse a trabajar. Para volverlos vulnerables hay que volver a matarlos en la realidad. No creo que tengas ningún inconveniente con eso, ¿verdad? —dijo el Ciervo.

—Déjame a mí —contestó el Canario con total seguridad.

El Ciervo le indicó que subiera primero a la nave. El barco se movía un poco debido a las olas mientras ella subía por el puente de madera. Una vez abordó, notó que había un cartel tallado en la madera del casco de la proa, decía:

## VENTORIOSA

Revisó por un costado. El Ciervo no abordaba aún. Lo vio volcar el fuego del escudo en su mano como si fuese agua y dejó que quemase la madera del Ventoriosa, pero el fuego no quiso consumir el barco hasta dejarlo en cenizas. Un anillo se formó alrededor del barco, y este comenzó a moverse en su lugar, como si quisiera salir a navegar ya mismo aun estando anclado.

El Ciervo finalmente subió. Levantó el ancla improvisada con una oxidada cadena y un saco con los Orbes que habían sido paralizados. El Ventoriosa comenzó a girar por sí mismo, entonces el Ciervo corrió hacia el timón para domarlo.

—¡Ah! —dijo plácidamente fijando el rumbo—. Le he encontrado un mejor uso al fuego que protegía la Cúpula de Hipnos.

—Necesito volver a la realidad cuanto antes. Debo matar a mi padre. ¿Dónde hay un Espejo?

—No hay Espejos aquí, pero te dejaré en un lugar seguro.

El Canario suspiró, y se sentó en un rincón a ver cómo el Ciervo llevaba el navío.

—Seguramente habrá sido un deleite la expresión en sus caras al ver que la Llama del Fénix había sido robada.

—¿Por qué los dejaste sin protección?

—No me pareció que todavía estén a la altura de custodiarlo. Este fuego fue capaz de detener a Tánatos una vez. Es demasiado valioso para arriesgarlo.

—Por cierto, ¿a qué te refieres con el Fénix? ¿Tú sabes qué pasó con los hermanos de Fantaso? —preguntó el Canario cruzándose de piernas en el suelo.

—El Fénix fue el primero de muchos Oníricos. Irónicamente, el Espíritu Onírico entregado al mismo Morfeo debido a su naturaleza. Hipnos necesitaba perpetuar a sus hijos para servir a Oniria. Morfeo podía vivir siempre en un linaje determinado, eso le aseguraba volver a reencarnar. A los otros dos los encerró en objetos. Pero eso fue hace mucho tiempo, cuando la división no existía, y todo lo que nos rodea era una sola tierra sagrada.

—Debieron haber sido tiempos muy felices en aquel entonces— dijo sacudiendo el báculo—. ¿Y qué pasó después?

—Debes ser la primera que se lo pregunta —dijo el Ciervo con una risa ronca—, a los novatos no suele interesarles tanto la historia. Esta solía ser una verde pradera, repleta de Orbes inmaculados, era la tierra de las Deidades. Verás, luego de la rebelión de Tánatos en su intento de darle el poder a los humanos sobre Oniria, su madre, Noche, lo envió al Inframundo y levantó la cúpula para Hipnos. Desafortunadamente, Morfeo como tal cayó en esa batalla. Entonces, Noche encantó el espíritu Onírico de su nieto con la capacidad protectora para cuidar de la cúpula. Por eso es mejor mantenerlo encerrado en el cristal, el Fuego del Fénix puede incinerar a todo aquel que considere un enemigo. Además, siempre buscará volver a su lugar de origen.

—¡Por eso tu barco es tan veloz! —dijo el Canario chasqueando los dedos.

—Solo debo maniobrar correctamente para aprovechar el impulso que me da el fuego.

—Oye, pero si Tánatos fue desterrado al Inframundo, y a Hipnos se le otorgó la cúpula, ¿en qué momento la realidad se desdobló? Quiero decir, antes convivían bajo un mismo cielo.

—Hasta donde el conocimiento me acompaña, Noche falleció y los primeros Oníricos desaparecieron de alguna manera. Pero no para siempre, Noche creó una imagen mental de Oniria y la dejó impregnada en el subconsciente de los humanos. Murió en el proceso mientras creaba los Espejos para que los futuros Oníricos pudieran ir y venir. Hipnos usó el último suspiro de vida de su madre para pintar la oscuridad de Oniria, un luto perpetuo. Quizás en algún momento de la historia los humanos decidieron bautizar como Reveur a su Oniria.

El Canario caminaba de un lado a otro en la popa, la marea tempestuosa la estaba intranquilizando. Había algo raro en el mar. La lluvia no conseguía distraerla de esa extraña sensación. Se sentía observada desde algún lado. Miró al Ciervo, pero no parecía haberse

percatado de nada inusual. El Ventoriosa navegaba a una velocidad que no era normal para un navío de ese porte. Sin nada que poder hacer, se acercó a observar su reflejo en el mar.

“Matar al rey de Reveur...”.

Tratando de buscar su reflejo, vio una sombra negra cruzar debajo del Ventoriosa.

—¡Nos están siguiendo! —le dijo al Ciervo.

Intentó llamar su atención, pero él no le devolvió ni la mirada. Estaba demasiado concentrado en navegar.

Luego de unos minutos de ir y venir, y volver a advertirle sin éxito, él le respondió casi susurrándole:

—Te están buscando... Ambos. Pero tranquila, Leviatán no aparecerá hasta que el Cuervo pise el barco, y no lo hará, el Fuego del Fénix lo quemaría desde dentro. Te pido que lo entiendas de una buena vez, grábalo en tu cabeza, no eres más que una herramienta para él. Por otro lado, esa serpiente marina que tiene Leviatán como mascota no podría resistir el fuego por tanto tiempo, no hay enemigo que no pueda ser quemado.

—Entonces de alguna forma soy tu amuleto de la suerte —dijo indignada.

—Quizás por una noche o dos, hasta que todo se decida en tierra.

—... grandioso —dijo el Canario sentándose al lado del timón un tanto enfadada.

No volvieron a hablar por el resto del trayecto. La conveniencia del abordaje era mutua, pero el Canario seguía inmersa en el único pensamiento que rondaba su cabeza: tú eres una herramienta. Una pieza en un enfermizo juego.

“Creo que te arrojaré al mar cuando el viejo se distraiga. Quisiera desaparecer por completo”, le dijo a Fantaso.

“No seas ridícula, por fin tienes ante ti la oportunidad de ayudar a tu gente. Luego buscaremos a los demás Oníricos. Adecuémonos a los planes del viejo Wrong el Ciervo, capitán pata de palo. Lo conozco. Si dice que hará algo lo hará. Me entregó para liberarse aquella vez que la Vanguardia tomó Oniria”, dijo Fantaso.



“De acuerdo, esta vez será la última. Esta batalla determinará la libertad de mi gente y la mía. Traeré un nuevo sistema a Reveur, basta de reyes. La gente es la que debe tener el poder”, dijo el Canario.

El Ventoriosa se detuvo. Hubo un brusco sonido de cadenas. El Ciervo ancló el navío a un costado del castillo.

—Ahí está tu salida, ¿logras ver el Espejo? —dijo acomodando el puente para bajar.

—Una vez que lo mate, ¿dónde te ubico?

—Este será el punto de reunión. Cómo quizás dudes o tengas tus dilemas, te pondré un límite de tiempo...

—Mañana a las doce de la noche entonces —interrumpió el Canario—. Estaré aquí esperando para ir por Leviatán —dijo con firmeza.

—Está arreglado entonces —dijo el Ciervo.

Intercambiaron unas frías miradas y sin decir ni siquiera adiós, se marcharon. El Ventoriosa zarpó, y Faith volvió al castillo.

## Cena de la venganza

Más prófuga que en las calles de Reveur se encontraba entre los muros del castillo en el mar, aunque para todo el personal era normal verla acompañando a su padre a todos lados, excepto para Norton y para el Barón A. Siempre debía permanecer a su izquierda contemplando el deber de un rey, aprendiendo con el ejemplo. Solo podría sentarse si su padre se lo permitía, hablar si era mucho más que de suprema importancia lo que debía comunicar y nadie le preguntaba nunca nada, de hecho, hacían de cuenta que no estaba ahí. De alguna manera, no estaba. Pero hoy le tocó ser ella misma. Casi sin pestañear, con las manos cruzadas sobre su vientre, posadas sobre la tela celeste de su vestido, iba de reunión en reunión. Ahora era el turno de atender al Comité de las Buenas Noticias.

Faith abrió la puerta de la sala de conferencias y dejó pasar primero a su majestad.

El obeso rey se desplomó sobre el único asiento distinto a los demás. Uno que estaba en la cabeza de la mesa, y probablemente se había confeccionado a medida para André Farhust. También se colocaron maletines grises esperando en el espacio asignado para cada invitado.

El rey no hizo un solo gesto ni tampoco saludó. Caminó arrastrando su peso hacia su lugar. En cambio, Faith hizo una reverencia a la mesa luego de cerrar las puertas una vez que los invitados del comité se acomodaron. Después se apresuró a mover el asiento del rey para que él pudiera sentarse por fin.

—¿Cuáles son las noticias de hoy? —dijo muy molesto—. Ya saben, no quisiera que mi gente se abrumara con una falsa imagen de la realidad —agregó con su mandíbula colgando como un animal sediento.

—Ha llegado a través de nuestros informantes que la banda de los acróbatas robó un banco anoche. Por la red circulan imágenes de la líder del grupo con el detective donde se los ve intercambiando información. Es una alarma que pronto silenciaremos —dijo el tipo de anteojos grandes.

—En cambio podrían armar un informe con los pasos para preparar el flan vainillamiel que tanto le gusta a la princesa de Revoir. Creo que mi gente se deleitará más con eso. Invadan los medios con la receta. Acusen de odiosos a los que hablan mal de Regulus. Digan algo cursi, como que el amor vence al odio, o alguna estupidez así —dijo riendo y golpeando la mesa.

—A sus órdenes —dijo el tipo de anteojos mientras tomaba nota.

El Rey sacó un teléfono celular de su bolsillo. Intentó con torpeza darle uso, pero no pudo. Se lo dio a Faith.

—Llama a Norton, dile que espere en el salón principal —le dijo en voz baja mientras los miembros del Comité de la Buena Noticia discutían ideas.

Faith se alejó a un rincón de la sala a realizar el llamado.

Volvió al poco tiempo afirmando con la cabeza mientras le devolvía el dispositivo.

—Lo esperan en la sala principal, caballero. Hija, acompáñalo a la puerta. Lo olvidaba, puede llevarse el maletín, es para usted. Use su contenido con confianza.

Los otros dos se acomodaron el nudo de sus corbatas con nerviosismo en sus gestos. Nadie se atrevió a hablar hasta que Faith regresó al lado de su padre.

—Muy bien. ¿Qué más tienen, señores? La gente clama por las últimas novedades —dijo apurándolos con un aplauso.

—Las encuestas aseguran que la falta de sueño se vuelve cada vez más insoportable, al mismo tiempo que los asesinatos y el invierno

crecen sin parar. ¡Qué invierno nos tocó este año! Un invierno devastador sin duda alguna, uno como nunca antes. Como usted dijo en su discurso: un frío que viene de una dimensión desconocida.

El rey se echó para atrás en su confortable asiento y comenzó a reír de manera casi denigrante.

—No me haga despedirlo —dijo apagando repentinamente su carcajada—, está claro que no hace falta consultarme. Publicar esos datos levantaría sospechas sobre los recaudos que tomo para mi gente. Mejor di que fue por no exponerse al gas como se les recomendó. Insinúa que la rebeldía se cobró la vida de muchos de nosotros, y que lo mejor es agacharle la cabeza a André Farhust, rey de Reveur.

—Como usted lo ordene, majestad. Con su permiso he de retirarme.

—Claro. Lleve su presente, me ofendería si no fuese de otra forma.

Faith lo escoltó hacia la salida y el silencio volvió a apoderarse de la sala de reuniones.

—Ya no se hacen hijas así de serviciales —dijo con sarcasmo al miembro del comité que aún quedaba. Este río forzosamente y se estiró el cuello de la camisa como buscando respirar mejor.

Se quedaron mirando fijamente. Faith había tenido algunas complicaciones con la cerradura, pero logró volver para calmar la tensión.

—Muy bien, a usted le pagaré por adelantado con regalías de mayor porte. Dígame, ¿de qué nos ocupamos hoy? —dijo el rey golpeando la mesa con los dedos.

—Nos ocupamos del mar —dijo el hombre de los informes como si cantara mientras buscaba en sus papeles—. No me haga caso, es una vieja canción. Veamos... Se dice que semejantes árboles no pudieron provenir de la madre tierra, sino que deben ser un proyecto financiado por el rey. Es decir, usted. Esta idea en particular fue popularizada por un grupo de insurgentes. También sostienen que si fuese por usted plantaría una bomba y terminaría con el asunto.

—Entiendo. Mejor cambiemos eso. Podemos hacer llegar a los medios que esto se debe a un ataque terrorista de los acróbatas. Año-

de que esos árboles son un mecanismo de defensa ideado y desarrollado por los más prestigiosos científicos del Laboratorio Volgen.

—Se hará su voluntad.

—Eso es todo. Mi gente quedará encantada. Puede retirarse.

Faith volvió luego de cerrar la puerta al último miembro del Comité de las Buenas Noticias. Quedó a la espera de nuevas instrucciones. Su padre le indicó que tomara asiento en la otra punta de la mesa.

—Sabes que hago todo esto por ti, hija —dijo con orgullo—. Es lo que tu madre hubiera querido. Prefiero que te enteres por mí que a través de falsos rumores.

—¿Qué le sucedió?! —dijo Faith conmovida.

—Desapareció de un día para otro. Lo último que supimos de ella fue que iba en el barco que el malvado pirata insurgente hundió anoche.

—Será rememorada como una heroína de nuestra nación entonces —dijo Faith recuperando su compostura—. Manda a construir estatuas en su honor y cambia el nombre de alguno de los distritos por el suyo. Quizás Phot también deba llevar su nombre, ella nació aquí.

—Esa es la actitud adecuada. No esperaba menos, hija. ¿Qué almorzamos hoy? Norton ya debería estar terminando de ser entrevistado.

—Apostaría por lo de siempre. Siento que necesitaré mucha azúcar hoy.

Salieron caminando de la sala de reuniones a la par mientras comentaban nuevas ideas para tapar las noticias de mañana. Se encontraron con el Barón A. recostado contra la pared. Estaba cruzado de brazos y llevaba un saco bordó sobre la camisa blanca. Hizo una reverencia al rey. Faith no le dio importancia hasta pasando algunos pasos cuando volteó, pero él ya no estaba.

Las horas pasaron sin ninguna emoción para Faith. Si bien siempre ha estado presente a la vista de los empleados del castillo, nunca era ella como tal. No hizo más que acompañar a su padre a falsificar contratos y a lavar créditos en el mercado negro de Truce.

“A este paso no podré dar el golpe. Maldición. Deje el báculo en mi habitación, y parece que terminaré durmiendo junto a mi padre al paso que vamos”, pensaba mientras paseaban por el jardín del castillo con sus brazos entrelazados.

—Es una pena lo de Giovanna. No debería decirte esto, pero tú siempre fuiste mi favorita. Muchas veces lo intentamos, pero la concepción no era lo que esperaba. Yo quería una hija a como dé lugar. Algunas veces fue consentido, otras por la fuerza, por engaño o por manipulación. Hasta que un día finalmente la ruleta de los cromosomas me favoreció —dijo el rey riendo mientras acariciaba las rosas al pasar.

—Estoy de acuerdo. Después de todo, los reyes tienen la verdad. Nacieron bajo la estrella de la santa razón. ¿Qué ha sido de mis hermanos indeseados?

—Qué habrá sido de ellos... Algunos fueron donados a los empleados del castillo, o a la familia D’Alterier para sumarlos a sus filas. Pero depende de mi estado de ánimo, algunas veces he tenido que estrangularlos al instante con el cordón umbilical, o dejarlos unos días para cocinarlos y darles de comer a los pobres de la ciudad. Dependee...

—No sé qué decir. Me siento honrada. Seré esa reina que tanto deseas que sea.

Llegaron a una mesa bajo la sombra de un árbol con vista al mar.

Se sentaron unos minutos a contemplar con mucho orgullo el sol del mediodía hasta que Norton llegó.

Faith vio cómo el sol se reflejaba en su monóculo, y en la plata del carro de servicio.

Luego de servirles, el cocinero dijo agachando la cabeza:

—Lamento la pérdida de su esposa.

El rey le hizo un gesto para que se retirara.

—Buen provecho, su alteza.

Almorzaron en paz. No cruzaron miradas, había una sensación de rivalidad que solo era percibida por Faith. La tensión aumentaba y le ponía los pelos de punta al oír esos ruidos asquerosos que su padre

hacía mientras comía, y ver cómo la comida brotaba de su boca al ser masticada con la boca abierta le daba más náuseas que teletransportarse con las flechas.

Una vez terminado el almuerzo que solo podía ser deseado por la gente de Reveur, Faith dijo con una voz de alegría buscando caprichosamente la aprobación de su padre:

—Me temo que no podré pasearme todo el día contigo, padre. Debo asistir a la clase de Mandamientos Reales por la tarde. No bien termine, volveré para seguir a tu lado como siempre, ¿sí?

—De acuerdo. Te dejo en buenas manos —dijo con una sonrisa.

El rey aplaudió y enseguida se oyó al carro de servicio acercarse empujado por Norton. El cocinero les llenó las copas con vino. Faith no pudo evitar mirarlo a los ojos con complicidad.

—No me digas que buscas acostarte con el viejo Norton —dijo el rey mientras Norton se retiraba

—Jamás. Solo me hacía una idea de la decadencia voluntaria a la que se someten mis futuros sirvientes.

—¡Salud! —dijo el rey mientras brindaban.



En la biblioteca de la catedral de Chartre un joven ordenaba los antiguos tomos de nutridos conocimientos.

—¡Ja! ¿Has visto esto, Gilbert? Los acróbatas resultaron ser un grupo terrorista. ¿Quién lo diría? —dijo Graham mientras leía el diario en la mesa de la biblioteca.

—Cualquiera lo haría si estuviera en su lugar. No es algo que se deba alabar, pero, en fin.

—Esta ciudad necesita más rebeldes —dijo el padre Graham.



*Mientras tanto en algún lugar de Nior...*

—Así que los suicidios y las muertes ocurren debido a que no se medican como lo ordena el excelentísimo rey, claro... cómo no se me había ocurrido —susurró Fausto entre dientes con la pipa en la boca—. La verdad es que sin la presencia de Hipnos nos será difícil mantener el orden. ¿Encontraste algo sobre el Green-V? —dijo espionando a Melody con su laptop por encima del periódico.

—Nada relevante. Apostaría contra Gilbert que se elimina toda información filtrada en las redes. Nada tarda tanto en filtrarse hoy. Solo hay anuncios caricaturescos con el rey promocionando el antídoto. Desagradable... Esa rubiecita con cara de malcriada debe ser su hija.

—Tu futura reina, dirás. Afortunadamente yo estaré muerto para cuando ella suba al poder.



El centro de control del Ojo estaba repleto de cables en el suelo, paquetes de frituras y latas de refrescos. Dos niños veían la vida en Reveur a través de las múltiples pantallas.

—¿Viste esa noticia? Un buen homenaje a nuestras habilidades —dijo Veloz.

—Ni a la escritora de nuestros cómics se le hubiera ocurrido —dijo América.

Velvet iba y venía. Parecía apurada. Llevaba puesta su ropa de mimo.

—Podríamos darle un buen susto esta noche —dijo maquillándose en el baño—. Debo cobrar lo que me hicieron de alguna forma. Y lo que le están haciendo a los Orbes. Hay que detener esta locura.



La tarde trajo consigo la oportunidad que tanto había estado esperando.



Los deberes de princesa jamás le llamaron tanto la atención. Sin embargo, al último lugar que tenía pensado ir era al salón de clases.

Con la prisa de un prófugo libre, pero manteniendo la conducta de un estudiante, dijo ir a su habitación a buscar unos papeles cuando se cruzó por el pasillo con el Barón A.

Suspiró con cierta tranquilidad al cerrar la puerta detrás de ella.

Revolvió el guardarropa y dejó la ropa desparramada por el suelo.

“No, no, no”, pensaba mientras corría los vestidos como páginas de un libro. Hasta que dio con uno negro. “¡Este!”.

El Báculo de Fantaso estaba colgando con la media luna debajo de la percha que sostenía el vestido.

“Te tardaste. Pensé que te habían matado”, dijo Fantaso.

Faith se sentó en su cama, y colocó la punta de la media luna de cristal sobre su frente. Esta emitió una luz blanca y enseguida la otra Faith estaba parada delante de ella, con la mirada perdida, dispuesta a acatar las órdenes que se le impongan.

Alguien golpeó la puerta.

Faith corrió a esconderse dentro del guardarropa y la otra Faith le cerró la puerta. Luego fue a atender el llamado.

—Siento interrumpirte, hija. Pero se está haciendo tarde para tu clase —dijo el rey.

Faith asintió.

Se marcharon de la mano saludando al personal con el que se cruzaban,

“Siempre hay gente a su alrededor”, pensó mientras salía del guardarropa. “Tendré que matarlo cuando vaya al baño. Aunque... nunca lo he visto ir al baño desde aquel día en el casino”, dijo Faith.

“Qué tal si no lo matas tú... digo, en ningún lado especifica explícitamente que seas tú quien le dé el golpe de gracia”, dijo Fantaso.

“Pero quién... Alguien que lo desprecie tanto que no tenga ningún remordimiento por acabar con un rey... ¡Norton!”.

Espió por la cerradura de la puerta. Contó hasta diez. Nada se atravesó por el camino. Abrió la puerta con suavidad y delicadeza, lo

suficiente para pasar una parte de la medialuna de cristal y ver que no había nadie a quien sonreírle con falsedad.

“Deséame suerte”, dijo escondiendo el báculo debajo de la cama.

Caminaba con tranquilidad. La cocina estaba en la planta baja. Debía descender dos pisos aún. Espiaba con disimulo los pasillos. Contaba con que nadie se atreviera a hablarle. Y nadie lo hizo, pero era evidente como murmuraban a sus espaldas cosas como que ella correría la misma suerte que su madre, o sobre cómo su padre preparaba el terreno para el adulterio, o peor aún: empujarla al mar en una de sus caminatas por el jardín del primer piso.

“No sé por qué no me sorprende”, pensaba.

Vio a Norton entrar a la cocina con su carrito de servicio cuando espío por última vez. Llegó antes de que la puerta se cerrara.

Entró a la cocina con un dedo sobre sus labios.

*¡Shhh!*

—No es la mejor idea jugar con esa otra usted deambulando por el castillo. Recién vuelvo de dejarle un té a su profesor. Si su padre se entera te meterás en serios problemas —dijo Norton.

—No te preocupes por eso, tengo todo bajo control. Necesito que me ayudes con un asunto.

—De acuerdo, pero aún espero los frascos de vidrio que te presté... —dijo guardando el carro de servicio en el depósito.

—Escucha, están sucediendo cosas muy raras en esta ciudad —dijo Faith sentándose sobre la mesada de mármol—. Ahora que mi madre no está, si algo le sucede a mi padre yo me quedaría con el trono, por así decirlo —dijo frotándose las manos.

—Eso es correcto —dijo Norton secando los cubiertos—, pero eso lo sé hasta yo.

—Si yo fuera reina aboliría este sistema y les otorgaría el poder a las personas. Traería prosperidad a esta ciudad...

—Sabes que haría lo que fuese por verte hacerlo —dijo acariciando el filo del cuchillo con la punta de su dedo.

—Necesito que sea algo discreto —dijo Faith entendiendo que

sobraban las explicaciones—. En lo posible durante la noche, durante la cena.

—Si sale mal me pudriré en la prisión submarina, como debe estar pudriéndose ese detective. ¿Cómo era su nombre? Ah, sí, Regulus. Pobre sujeto. El Barón A. vendrá por mí cualquiera sea el resultado, es a lo único que le temo. Pero no le temo más de lo que adoro la brutalidad de la guerra que mantuvimos los D'Alterier con las demás mafias aquellos días —dijo Norton con un tono sombrío—. Mira esto, ven.

Abrió la puerta trampilla en el suelo.

Descendieron al depósito donde los cocineros guardaban la materia prima. Norton movió una caja de madera. Debajo de ella había baldosas en otra orientación que rompían con el patrón del suelo.

El cocinero los levantó y sacó un cinturón con siete granadas.

—¿Qué tal? Como en los viejos tiempos —dijo riendo—. Mi generación de D'Alterier morirá conmigo. Los que componen la familia hoy no son más que perros del rey, incluido el estúpido del Barón A. que dice ser el nuevo padrino.

—Pero mi intención no es que tú...

—Asegúrate de convencerlo, o de armar algún escándalo para que él mismo venga en persona. Una vez que lo veas cruzar la puerta, vete a ese otro lado.

Faith comenzó a revolverse el cabello con un poco de desesperación.

Norton se veía muy orgulloso por su decisión.

—Tomo tu palabra de abolir este sistema, porque no estaré allí para verlo —agregó acomodándose el monocular.

—Eres el único que siempre se ha preocupado por mí aquí —dijo Faith con un nudo en la garganta.

—Solo esperaba este momento. Me he preparado para morir toda mi vida —dijo acariciándole la mejilla—. Subamos, se está haciendo de noche.

La joven heredera al trono de Reveur volvió a su habitación con la frente en alto. Solo era cuestión de tiempo para ayudar a su gente.

Recostada sobre su cama, apoyó la medialuna de cristal sobre su frente y en un abrir y cerrar de ojos se encontraba en el salón de clases al otro lado del castillo despidiendo a su profesor.

Su padre estaba fuera del salón. La recibió con los brazos abiertos y felicitó al profesor por su labor.

—Te he extrañado, hija. Las extorsiones y chantajes no son lo mismo si no me acompañas. Me pregunto si las noticias de hoy habrán llenado el corazón de mis amados habitantes.

—Seguro que sí, padre. Vamos a seguir cumpliendo con nuestro deber.

La noche estaba a punto de caer. Las ventanas estaban salpicadas por la llovizna. Faith podía ver a lo lejos cómo las ráfagas de viento movían uno de los enormes árboles que habían aparecido.

Subieron las escaleras hasta el tercer piso y se dirigieron hasta el despacho del rey. Allí el Barón A. los aguardaba. Había preparado un trago en la barra privada del rey.

—Su favorito, señor —dijo pasándole un vaso de ron.

—Se lo agradezco, Barón —dijo tomando asiento.

—Le informo que todos los barcos de la ciudad han sido incinerados. No hay nada de qué preocuparse.

—Déjame reconocer que el trabajo que están realizando es maravilloso, Barón. Estamos salvando a muchas personas. Brindo por eso.

Faith sonrió como festejando con ellos al oír el chin de las copas.

—Jamás pensé que sería yo quien dejara a la familia D'Alterier en lo más alto —dijo el Barón.

—¿Se quitará esa máscara con forma de cuervo algún día? Me encantaría ver el rostro de mi mano derecha, el héroe del reino. Estás haciendo historia, mi amigo.

—Me temo que me tendrán que enterrar con esta máscara. Es el único límite que no te dejaré atravesar —dijo golpeando la puntiaguda nariz de la máscara.

Los reportes no terminaban y Faith comenzaba a impacientarse. No lograba sacar de su mente al viejo capitán. Sabía que Fantaso no

le mentiría. El viejo vendría por ella. Y si todo salía bien, ¿qué seguía? ¿Cómo le harían frente a la serpiente marina? Los números no estaban a su favor.

Cuando al fin la reunión entre André Farhust y el Barón A. terminó, el tan esperado momento de la cena se hizo presente.

Al llegar al comedor, se encontraron a Norton preparando el banquete para siete personas cuando en realidad solo eran dos los comensales.

—Cerdo, langostas, pollo, pescado, sushi, vino. Estoy atónito, Norton. Todo lo que me gusta está aquí. Perfecto. Sin lugar a dudas tu equipo de cocineros se esforzó como nunca, nada mal para ser un puñado de inútiles.

Norton hizo una reverencia y se retiró.

El Rey devoraba todo cuanto sus toscas manos metían dentro de su enorme boca. Los restos de comida quedaban pegados a su cara. Antes de tragar la mezcla de carne que masticaba tomaba un trago de vino para unificar la bola de proteínas.

Faith no podía creer el grotesco espectáculo que estaba presenciando. No había tocado su plato, a pesar de que ya pasaron algunos cuantos minutos de que se habían sentado.

Miró a la ventana detrás de su padre. Un diminuto punto naranja se acercaba a lo lejos en dirección al castillo.

—¿Te vas a comer eso? Se va a enfriar —dijo el rey.

—Yo no como esto. Solo como flan vainillamiel. El viejo estúpido de Norton ya debería saberlo —dijo empujando el plato.

El rey tomó un trago directo de la botella y golpeó la mesa con ambos puños haciendo temblar y saltar todo lo que estaba apoyado sobre ella.

—Iré personalmente a hacerle un reclamo a la cocina —dijo levantándose con tanta furia que su asiento quedó tirado en el suelo.

Faith esperó un poco hasta oír los gritos provenientes de la cocina. Solo entonces salió corriendo hacia su habitación con lágrimas en los ojos lo más rápido que pudo. El personal de limpieza se alejaba al verla pasar.

Camino al segundo piso se topó con el Barón A. bajando las escaleras. Faith hizo una torpe actuación cubriéndose la boca y tomándose la barriga con la otra mano como si fuese a vomitar mientras apuraba el paso.

Llegada a su habitación, envolvió el Báculo de Fantaso en una sábana.

Cuando volvió a bajar por las escaleras al primer piso, una enorme explosión en la planta baja hizo que el suelo del pasillo a su espalda comenzara a derrumbarse.

El humo y el fuego envolvieron el lugar. Faith estuvo a punto de caer por las escaleras. El personal de limpieza había quedado atrapado en los escombros.

Al llegar cerca de la cocina, encontró al Barón A. inconsciente con pedazos de vidrio clavados en su hombro.

“Es lo que se merece”, pensó.

La gran puerta de salida estaba bloqueada por los pedazos de techo que cayeron delante de esta. Era difícil respirar. No encontraba ninguna salida.

“No pierdas la calma”, dijo Fantaso.

Golpeó una de las ventanas con el báculo hasta que se comenzó a agrietar. Logró romper el vidrio.

Se trepó ayudándose con los escombros. Cayó de espaldas al otro lado de la ventana.

Vio el Espejo de cabeza, como todo a su alrededor.

Hubo otra explosión.

Atravesó el Espejo sin mirar atrás.

## El Castillo de la Envidia

El Canario yacía recostada sobre el césped de la pequeña isla donde el castillo se ubicaba. Mantuvo sus ojos cerrados como si tratara de recordar a Norton una última vez, preguntándose si fue demasiado lo que su comportamiento egoísta provocó.

Algo la golpeó en la cabeza. Al abrir los ojos, se encontró con la cara del viejo Wrong Appleseed.

—Justo a tiempo. En verdad, venía a llevarte a una muerte fatal por haberme fallado.

Caminó alrededor de ella, y levantó el báculo.

—Así es, Fantaso —dijo hablando solo—, tendrás que hacerte cargo si algo sale mal. Podríamos perderlo todo. Absolutamente todo para ser preciso —dijo examinando la media luna.

Faith se sentó con sus piernas extendidas sobre el césped. Contemplaba los destrozos que causó la explosión.

—¿Cuál será el siguiente paso de tu misión suicida? —dijo con su inexpresiva mirada perdida en sus pensamientos.

—Aún no logro localizar dónde se ha activado el recinto de esta Vanguardia. De lo único que estoy seguro es de que ahora podré lastimarlo.

—Esperaba que el castillo se transformara como el casino, o el laboratorio —dijo el Canario.

—Quizás podamos provocarlo. No dudará en mandar a su serpiente marina si ve la oportunidad de llevarte ante Tánatos para que seas ejecutada por traición —le dijo el Ciervo con una voz cargada de ironía.

—Estoy cerca de liberar a mi gente, no pienso morir aquí. Me ofrezco como carnada si es necesario.

El viejo Wrong sonrió con malicia.

—A bordo del Ventoriosa entonces. Después de ti —dijo haciéndole un gesto con la palma de su mano—. Eres una herramienta incluso en estos momentos. Incluso aunque no quieras —agregó burlándose mientras el Canario subía las escaleras del barco.

El Canario no dijo nada, pero dentro de ella deseaba que el Cuervo le dé un buen susto al viejo. Sin embargo, un escenario así no sería posible ya que probablemente seguía inconsciente.

Se acercó a ver qué hacía el viejo. Si bien tenía colocado su escudo de diamante, no dejaba de beber ron.

—Si sigues ahí parado no pasarás a ser nunca el cazador.

El Ciervo escondió su vicio rápidamente como si lo hubiesen encontrado cometiendo un delito. Enseguida, apoyó su escudo sobre la madera del Ventoriosa. El fuego dejó el escudo y rodeó el barco creando un anillo de llamas sobre el agua.

—Ven aquí —llamó Wrong—. Te amordazaré con suavidad y te quedarás en la proa a la espera de tu príncipe azul, ¿de acuerdo? —dijo acomodando el rumbo del navío.

Cuando menos se lo esperaba, ya estaba atada de manos con una sogá y con un pañuelo en la boca. Cerca de ella, un barril de madera donde el Ciervo guardó el arco con las flechas y el báculo para que lo tuviera al alcance de la mano sin resultar demasiado sospechoso.

El Ciervo trajo sus arpones del camerino y los dejó a un lado del timón.

—El agua es muy sabia. Si tienes la suficiente calma puedes escuchar cómo te habla —le gritó al Canario desde el timón. El Canario intentó hablar, pero olvidó el pañuelo en su boca—. Ahora me susurra que te prepares —añadió el Ciervo.

La marea se violentaba como si alguien estuviera sacudiendo al planeta. El oleaje golpeaba al barco con tanta violencia que algunas olas subían a bordo y bañaban la cubierta. El Canario se alejó con miedo del borde cuando el viento la hizo perder el equilibrio.



—¡Tú te quedas ahí! —gritó el ciervo amenazándola con un arpón.

—¡Nisonando! —respondió el Canario tratando de hacer a un lado el pañuelo con su boca para poder hablar.

Un brusco sacudón terminó por hacerla rodar sobre la cubierta al mismo tiempo que la vela del Ventoriosa se desgarraba por el fuerte viento como si fuese un pedazo de papel.

El Ciervo sentía una amenaza submarina acechándolos. La desagradable presencia del monstruo marino la conocía, más por haber sido la presa por tanto tiempo luego de tantos meses viviendo como los exiliados.

De repente, el feroz viento se calmó. El Ciervo comenzó a caminar de un lado a otro de la cubierta.

—Lo que tenga que pasar pasará, no tiene sentido perder la paciencia tan rápido —decía el Canario al verlo mirar al mar con tanta adrenalina.

El Ciervo solo se detuvo para fruncir el ceño con el desagrado encarnado en su rostro.

—No sabes de lo que es capaz esa cosa —dijo viendo al mar por un costado de la cubierta—. Si me descuido podría partir el Ventoriosa a la mitad.

El Ciervo se dispuso a volver al timón. El barco volvía a agitarse.

El Canario comenzó a deshacer los nudos de las ligeras ataduras mientras veía el arco de reojo.

Las aletas de la serpiente marina partían en dos el mar debajo de ella.

El Ventoriosa escapó con un brusco giro a la iracunda embestida de la serpiente marina. El Ciervo manejaba el timón con una sola mano mientras que con la otra apuntaba con el arpón a la oscura silueta que se movía debajo del ajetreado mar.

Otro brusco movimiento. El barril rodó hacia el camarino repartiendo las flechas por toda la inundada cubierta. Los amarres discretos que sujetaban las muñecas del Canario se apretaron con fuerza

mientras intentaba desesperadamente volver a ponerse de pie para no caer al mar. El nudo de la soga parecía haberse hinchado, y sus muñecas comenzaban a doler.

—¡Vamos, niña! ¡Necesito todo el soporte que puedas darme! —gritó el capitán.

La bestia dejó de acecharlos erráticamente. Poco a poco, fue girando en círculos alrededor del Ventoriosa.

El Canario vio por un costado unos ojos amarillos con tonos rojizos que la buscaban mientras se arrastraba hacia el barril.

“Atrévete, criatura repugnante. ¡¿Qué esperas?!”, pensaba.

Una ola más grande, y mucho más alta que el Ventoriosa cayó cerca de ellos. Elevó el barco varios metros sobre el aire acompañado de la masa de agua. El reptil marino saltó sobre el barco. Las escamas azules que cubrían su piel pasaron sobre el Canario cuando intentaba recuperar sus cosas. Solo se dio cuenta al girarse para regresar a la cubierta que estaba atrapada entre el camerino y una de las grandes aletas de la criatura que parecía estar arrastrándose lentamente sobre el barco.

“Pequeño desastre en el que te has metido”, dijo Fantaso con ironía no bien el Canario tocó el báculo.

“¿Tienes algún as bajo la manga?”, dijo el Canario forcejeando para quitarse las ataduras.

“Estoy seguro de que a Fobétor se le ocurriría algo. Pero, escúchame, sírvete de esas escamas, parecen estar afiladas. Te dislocarás las muñecas si sigues forcejeando.”

El Canario se percató de cómo el reptil estaba enroscándose cada vez más al Ventoriosa. La madera comenzaba a quebrarse, y el espacio entre ella y las escamas era cada vez menor.

Ciertamente las ataduras se cortaron con facilidad, pero no dejaban de acercarse con una desesperante e intimidante lentitud. Intentó advertir al capitán, pero no la escuchó. Saltó para intentar colgarse del techo del camerino, pero no llegaba.

El cuerpo del reptil seguía cerrándose sobre el barco.

Consiguió llegar hacia una flecha. Lo primero que pensó fue en bañarla de luz lunar, pero la vela del barco se interponía frente a la poca luz que llegaba.

“No lo creo posible a menos que te quieras terminar ahogando, hay demasiado viento”, dijo Fantaso.

“Vamos, Wrong, ¿a qué estás jugando ahí arriba?!” pensaba el Canario con impaciencia mientras golpeaba la puerta del camerino. Se había desligado del timón por completo. En la popa, el Ciervo le estaba plantando cara a la bestia marina. La mantenía a raya con su arpón, clavándolo dentro de la boca de la criatura cuando tenía la oportunidad cada vez que esta arremetía.

—No pareces tan astuta sin tu amo cerca. No les dejaré robar el Fuego del Fénix mientras viva.

La filosa punta del arpón se clavó en uno de los ojos de la bestia.

—Ahora luces como un viejo conocido. ¡LARGO DE MI BARCO!

La criatura soltó el barco con una lenta agonía. Su mirada la mantuvo fija en el Ciervo mientras dejaba que su cuerpo se desprendiera y regresara lentamente a lo profundo del mar.

La tempestad empeoraba conforme la criatura se sumergía.

El barco solo se movía hacia donde la llama buscaba regresar.

Habían, aparentemente, naufragado, pero ahora el castillo estaba de nuevo a la vista.

El canario subió a la popa.

—Bien, felicidades, ya te deshiciste de eso. Nuestro equipo se terminó. Además, casi muero ahí abajo.

El capitán río entre dientes.

—No está haciendo más que empezar —le dijo abriendo sus ojos como si enloqueciera en ese mismo instante.

La figura de la herida bestia marina se proyectaba como una negra silueta cada vez que un trueno se manifestaba.

—Te necesitare a la distancia —dijo el Ciervo sacando una botella de ron dentro de su ropaje—. La próxima vez apunta a sus ojos. Se está

preparando para volver mucho más frenética —dijo viendo con desesperación para todos lados—. Escúchame con atención: el Báculo de Fantaso puede contener el fuego en la media luna. Ten eso en mente.

Una helada brisa empezó a soplar contra el Ventoriosa. El barco estaba buscando su propio destino como una canoa en la tempestad mientras el Canario y el Ciervo estaban alerta, atentos a cualquier movimiento extraño. Observaron que cerca del castillo había una figura con una túnica negra aplaudiendo.

El mar que rodeaba el castillo permanecía en calma, como si las adversas condiciones climáticas no le afectaran, o no tuvieran en cuenta esa porción de agua.

—Esta tempestad parece estar siendo controlada por él —dijo el Ciervo.

El Canario comenzó a temblar.

—¿Qué es este viento tan frío? —dijo con sus dientes castañeando.

—¡Este es un buen día para cazar! —dijo el Ciervo girando el timón en dirección al castillo.

El Ventoriosa desafiaba a todas las olas que intentaban detenerlo. Las rompía como una máquina demoliendo edificios.

—Tenemos compañía —dijo el Canario disparando una flecha a la serpiente marina.



La negra bruma que daba forma a las Pesadillas estallaba cuando el filo carmesí de la hoja del Águila conseguía atravesarlas. Mantenía la elegancia y la destreza en cada corte. El movimiento de su muñeca era tan preciso como el de un pintor absolutamente comprometido con su trabajo. Levantó su capa a la Pesadilla delante de él con la soberbia provocación que un torero puede generar. Pasó de largo a la Pesadilla envuelta en la roja capa que colgaba de sus hombros para que el aguijón de la espada de la Mariposa termine por erradicarla. Una pesada bola de cristal cayó al suelo.

—La cantidad de Orbes afectados por el antídoto es cada vez mayor —dijo la Mariposa agachándose a recoger el enverdecido cristal.

—No importa cuánto nos esforcemos, todo parece empeorar —dijo el Águila alejando a las Pesadillas que se acercaban—. No tiene caso, señorita.

Arrodillada en el suelo, la Mariposa intentaba purificarlo incansablemente.

“Debe haber alguna manera”, pensaba.

Aferrado a su pala, el Lobo golpeaba con la rudeza de los tipos duros a las Pesadillas que se le acercaban, aunque muy desinteresado por cuidarse demasiado, como si después de perder su ojo izquierdo ya nada le helara la sangre. Una Pesadilla se trepó a su hombro e insistió en hurgar esa herida debajo del parche que cubría la ausencia de su ojo. Se quitó a la Pesadilla de encima, y la estampó contra la acera con la punta de su pala.

La Mariposa y el Águila fueron a su encuentro.

—¿Qué tal si te infiltras en la familia D’Alterier como un arrepentido? Podrías conseguir mucha información. Tristemente, todo lo que la Leona sabía murió con ella —dijo el Águila colocándose el sombrero sobre su pecho.

—Creo que los Oníricos tendrán que destruir los Orbes que se encuentren corrompidos —dijo encendiendo su pipa.

La Mariposa se había quedado parada viendo al castillo en medio del turbulento mar.

—Asumo que no hay lluvia en Oniria —dijo con confianza.

—No —dijo el Lobo soltando una bocanada de humo.

—Hemos dado con la siguiente Vanguardia.

Pronto se dieron cuenta de que solo en la zona marítima llovía torrencialmente. Las olas eran cada vez más altas, y más violentas. Notaron que una figura de negro estaba en el castillo, caminando sobre el mar de un lado a otro como si esperara algo con impaciencia.

—¿Cómo es esto posible? —se preguntó la Mariposa—. No está en ningún libro.



*Mientras tanto en la noche de Reveur...*

El motor de una Harley Davidson apabullaba el ruido de las sirenas de los policías y los disparos que perseguían a la heroína del tapado de terciopelo rojo.

—Hay una barricada doblando a la izquierda, Velv —dijo Veloz a través del comunicador en la oreja de Velvet.

—En esa no... no... en la siguiente a la derecha —añadió América masticando papas fritas.

El Atrapasueños de Fobétor ondeaba como una bandera en el cuello de Velvet. Una que probablemente le significaba esperanza.

Los conductores se orillaban, o terminaban estrellándose contra los árboles o contra las casas en medio de la persecución.

—Hay demasiados, Velv —dijo Capitán—. Estás cerca del lugar del espejo. Veloz ya tiene conexión con el sistema del puente del castillo.



Algunas camionetas blancas iban y otras volvían.

—Volgen —dijo Gilbert tomando un trago de Coca-Cola—. Bueno, no importa. A trabajar —dijo arrojando la lata vacía.

Era difícil a pesar de tener un dominio decente de su lanza. Estaban por todos lados, puesto que en los alrededores de Chartré había muchas casas donde vivían familias, lo cual significaba diversión para las Pesadillas. El Zorro no les permitió divertirse a gusto. Aunque lo cortaban con sus garras, él no se quedaba atrás. Retenía a una, cortaba en el aire a otra, y aun habiendo aprendido la lección todavía se atrevía a arrojar su lanza como una jabalina contra las Pesadillas voladoras.

Pero no podía pasar tanto tiempo en un solo lugar. No se alejaba demasiado del Espejo. Chartré, Nior, Hill, los Suburbios y todo lugar conocido era visitado por el audaz Zorro.

Pero no era suficiente. Para nada.

Acabó de llegar a Phot.

Escuchó el rugir de un motor a su derecha. Una Harley Davidson se detuvo frente a él. Las ruedas chillaron en el asfalto y desprendieron humo debido a la fricción.

—¡Habíamos acordado que esta noche yo me encargaba de Phot!  
—dijo la Gata.

—No detendré tu robo. Sé que usas estas habilidades para tu conveniencia.

Antes de que la Gata pudiera contestar, muchas más voces y pasos se sumaron.

Pronto, cinco hebillas resplandecían en la profundidad de la noche en Oniria.

La tempestad sobre el mar parecía cortar en dos la ciudad.

El Lobo no creía lo que su único ojo veía.

—¡Te lamenté cada día desde la noche de la cacería! ¿Por qué no acudiste a mí?! ¿Cómo sabemos que no te has unido a Tánatos?!

—Tu cuerpo está conectado a la Vanguardia —dijo el Águila desvainando lentamente su espada.

La Mariposa no se lo permitió.

—No podrían estar más equivocados —dijo la Gata descolgándose el Atrapasueños de Fobétor—. Rebecca, la Leona, ¿les suena? Fobétor me lo contó todo.

—Ya veo —dijo el Lobo con un tono melancólico—. Te he fallado aquella noche, Gilbert.

—Necesitaba pasar tiempo solo. Todos fallamos aquella vez. Pero hoy las cosas lucen más prometedoras —dijo el Zorro mirando a la Mariposa.

—Parece que alguien más está luchando por recuperar a Hipnos —dijo la Mariposa señalando con su espada al veloz navío en llamas que se acercaba al castillo a lo lejos.

—¡EL VENTORIOSA! —exclamaron a coro el Águila, el Zorro y el Lobo.

Se acercaron a la costa. La tormenta solo llegaba a los límites del mar como si fuese una cortina de agua. Una bandada de cuervos negros dejó caer sus plumas sobre ellos.

—Qué lote más interesante —dijo el Cuervo girando el bastón con una mano—. Sería muy sabio de su parte no oponer resistencia.



El castillo estaba cada vez más próximo.

La criatura marina nadaba frenéticamente en la tempestad. Era distinguible el arpón clavado en su ojo cuando asomaba su cabeza intimidando al Canario mientras perseguía al Ventoriosa. Cuando estuvo por ponerse a la par del navío, el Ciervo giró el timón hacia la derecha para intentar cortarle el paso.

—¡Detente! —le gritó el Canario—. ¡Nos vamos a estrellar!

El Ciervo esperaba chocar a la bestia cuando esta se asomara a la proa. La gran criatura se sumergió. Saltó como una gran hélice helicoidal sobre el Ventoriosa. No hizo más que desestabilizar el barco y continuar su curso.

El Canario vio su rastro rodear el castillo como si estuviera preparándose, y recibiendo, quizás, indicaciones del sujeto con la túnica negra a los pies de la estructura de piedra.

Un remolino gigante se formó alrededor del castillo.

Antes de que pudieran darse cuenta, el Ventoriosa estaba siendo arrastrado por esa corriente. El capitán no fue capaz de controlar el timón.

El remolino comenzó a ganar más y más altura.

El Canario se sujetó a una cuerda que se había cortado del mástil. Mientras subían, vio como la serpiente marina se enrollaba alrededor del castillo como un resorte al mismo tiempo que el mar se alejaba de este dejando una forma parecida a la de un cráter de paredes acuáticas.

“No puede ser”, pensó al ver una estructura de hielo donde debía estar la prisión submarina



Debajo del castillo se había descubierto otro castillo. Uno construido de hielo. Uno mucho más grande, mucho más bello e imponente.

En el centro del remolino, la criatura inclinó su cabeza ante el miembro de la Vanguardia y este retiró el arpón. Colocó su mano sobre el ojo sangrando y, como si lo acariciara, congeló la herida. El frío pareció anestesiar esa parte.

El arpón en sus manos se congeló, desprendiendo un gélido vapor blanco que caía como una cascada a sus pies. Lo arrojó al amenazante remolino que lo rodeaba.

La bestia marina volvió al mar a cazar a su presa.

En las alturas nadie pudo haberla oído, ni siquiera el Ciervo quien había quedado inconsciente por el subidón del barco.

“¡¡¡NO PUEDE SER!!!”, gritó el Canario agarrándose la cabeza.

El mar se congelaba progresivamente como si se transformara en un gran iceberg. El avance del hielo parecía estar compitiendo con la serpiente marina para decidir cual llegaba primero al Ventoriosa.



El Cuervo se entretenía como un niño que acababa de descubrir un nuevo parque de diversiones. Evitaba los feroces embates del Lobo, mientras que bloqueaba los cortes de la hoja escarlata que buscaban la revancha. La espada del Águila salió volando de sus manos al chocar con la hoja del bastón del Cuervo. La Gata enredó su látigo en el brazo que el diestro Cuervo usaba para empuñar su hoja.

—¿Tú también quieres jugar? No seré tan misericordioso como Kolmogorov —dijo arrastrándola de un tirón hacia él mientras soltaba su hoja para sujetarla con la otra mano.

Sin dudas pudo ser el fin de la Gata, pero la Mariposa desvió la estocada mortal. Mantuvieron un breve duelo. La Mariposa contrató a su adversario con una sólida defensa hasta quedar desmoronada por un corte en su muñeca que le hizo soltar su espada ropera. El Zorro se interpuso cuando le estuvieron a punto de dar

el golpe de gracia a Morfeo. Una bandada de cuervos pareció salir del plumoso ropaje del Cuervo y rodearon al Zorro. La Gata liberó a los Espíritus Oníricos, pero los cuervos los detuvieron. Un torrente de estrellas doradas se dirigió hacia el Cuervo, pero él no tardó en desaparecer de la trayectoria desvaneciéndose en el aire al último segundo.

Reapareció algunos metros más lejos frente a los derrotados Oníricos.

El odio y la cólera recorrían a la Mariposa.

“Huyan. No podemos hacer nada por ahora”, dijo Morfeo.

“Lo voy a matar”, respondió la Mariposa.

Antes de que pudiera accionar un nervio, una enorme ola se escapó del mar y se derramó en el escenario, congelándose como un muro de hielo entre ellos.

—Están más que preparados para el advenimiento de la noche. Los Jueces del Inframundo estarán encantados de jugar con ustedes —dijo el Cuervo guardando su hoja en el bastón—. Haría bien en unirse a la Vanguardia, señorita Calloway. Los Oníricos no serán necesarios una vez que Tánatos libere al mundo de la desesperación.



La gran serpiente marina se ajustó al barco resquebrajando abruptamente la madera. El Canario corrió cuando está intentó devorarla, arrancando un pedazo de madera de un solo mordisco. La colérica criatura volvió a intentar, pero esta vez arrancó el mástil y la vela. Escupió el conjunto al mar en proceso de congelación mientras la buscaba con la mirada.

Aún había algunas flechas desparramadas sobre la cubierta.

A punto de preparar su disparo fue interrumpida.

—No tiene caso, las necesitarás para otra cosa —dijo el Ciervo.

El Canario lo vio con una mirada de auténtico temor.

—¡Vamos, muévete! —añadió el Ciervo pegándole en el hombro.

Tambaleándose como si su cuerpo no le perteneciera recuperaba cada flecha como podía. Cada vez que levantaba la mirada de la cubierta, veía como el hielo los encerraba más y más.

El Ciervo distraía a la criatura. Con el escudo en su brazo la golpeaba cada vez que conseguía evadir sus embestidas y con otro arpón buscaba volver a lastimarle la vista. El momento oportuno fue cuando se estrelló contra el timón y siguió su camino quedando atascada dentro del camarino. El Ciervo la esperaba con paciencia. Al salir, le atravesó el ojo que aún le quedaba. La criatura, demasiado aferrada al barco, partió el Ventoriosa a la mitad al retorcerse de dolor. Sin mucha importancia por el sufrimiento de la criatura, el Ciervo picó un ojo una y otra vez hasta que sus brazos parecían caerse de cansancio.

Con la criatura temporalmente abatida, corrió con el arpón hasta donde estaba el Canario.

—Dame el báculo, ¡rápido! —dijo cortando una cuerda que colgaba.

El Canario se lo entregó temblando al ver cómo el Ventoriosa comenzaba a congelarse.

Un nudo rápido y apretado unió al báculo con el arpón.

La criatura se levantaba para un último esfuerzo a pesar de traer gran parte de su cuerpo enterrado en el hielo.

—Recoge el fuego en el cristal del báculo. ¡YA! —gritó el Ciervo con su escudo en alto.

El Canario notó cómo el fuego no se extinguió a pesar de estar debajo del hielo, que, para su sorpresa, era mucho más débil en esa zona, como si le costara más trabajo enfriar la inextinguible llama circular. De hecho, una vez que la media luna del Báculo de Fantaso se iluminó con la llama el hielo finalmente pudo cerrar casi de inmediato esa discontinuidad.

La tormenta se detuvo. La bestia marina no pudo soportar el frío y cayó rendida sobre la cubierta con su cuerpo congelado.

El Ciervo desató el báculo del arpón.

—Buen trabajo. Es hora de abandonar el Ventoriosa. No hay tiempo de llorarlo.

El hielo comenzó a rodearlos.

—¿Cómo saldremos de aquí?! —dijo el Canario mirando a su alrededor.

El Ciervo sonrió con un demencial entusiasmo al ver el castillo de hielo.

Colocó el cristal del báculo junto al escudo de diamante y el fuego se traspasó de un recipiente a otro.

—Súbete a mis hombros —dijo poniéndose de rodillas, el Canario lo vio con desconfianza—. Vamos. No hay lugar para los dos, pero te puedo cargar en mis hombros mientras nos deslizamos.

—Entendido... No usaremos el escudo como trineo, ¿verdad? —dijo el Canario con pavor en su voz.

—Usaremos el escudo como trineo y el fuego como un rompedor de hielo. Nada mal —dijo el Ciervo considerando como sus botas empezaban a congelarse.



Cinco crucifijos de hielo se alzaron dentro del castillo.

—Verán, la antigua magia del eterno invierno tarde o temprano acabará con toda la ciudad y limpiará las tierras que Noche heredó a la Deidad de la Muerte. Deberían agradecerle a la quinta Vanguardia —dijo Leviatán apoyando su ancla de hielo en el pecho del Cuervo—, por convencerme de ofrecerles un castigo sin dolor ni sufrimiento.

Una débil voz se hizo notar.

—No... mientras nosotros estemos... con... vida —dijo la Mariposa haciendo un último esfuerzo por levantar la cabeza.

—Eso puede arreglarse enseguida. Hemos hecho esto antes. Somos superiores. Somos profesionales de la matanza de Oníricos. Es más, los tenemos a todos reunidos. Empecemos por ti, el último Morfeo.

El Cuervo se puso frente a ella, con la vista levantada, buscando mirarla a los ojos a través de la máscara. Con mucha delicadeza, desenvainó la hoja de su bastón.

—Te recomendé que te unieras a Tánatos.

Mientras hacía puntería al corazón de la Mariposa, la sangre en su mano estalló cuando una bala certera lo hizo desprenderse de su hoja.

Leviatán miró en todas las direcciones posibles. No había nadie en los balcones a pesar de que se oyeron unos apresurados pasos. Después otra bala, pero no fue tan precisa pues se incrustó en el ancla de Leviatán.

—¡Cuervo! —dijo buscándolo con la mirada, pero ya no había más que unas cuantas gotas de sangre en el suelo.



El trineo se deslizó partiendo el hielo gracias al fuego. El Ciervo parecía estar disfrutando como nunca de este nuevo deporte que acababa de inventarse mientras que el Canario gritaba y se aferraba como podía por su propia vida a los ropajes del capitán.

No pudieron frenar a tiempo. Se chocaron contra las puertas del castillo de hielo.

—¿Por qué las ofrendas que le entrego junto con el Cuervo no son suficientes? —dijo el Canario sacudiéndose la frente.

—Puedes entrar y averiguarlo tú misma —dijo el Ciervo abriendo lentamente las puertas del castillo de par en par.

Dentro, el hielo resplandecía. Había varios calabozos repartidos al azar como cavernas.

—¡Ah, Ciervo! ¡Qué sorpresa más agradable! Por fin los Oníricos están todos reunidos después de quién sabe cuánto tiempo. Me veo en la obligación de volver a separarlos antes de que sea demasiado tarde.

Era la primera vez que la desesperación carcomía el espíritu del Ciervo desde aquella noche. El Canario no podía creer lo que estaba presenciando. Se encontraron con cinco estructuras de hielo donde los Oníricos estaban crucificados luego de su aplastante derrota.

A excepción de la Mariposa y la Gata, todos parecían estar inconscientes.

—Ahora, ¿serían tan gentiles de entregar la llama, Ciervo? La Deidad de la Muerte estará complacida de ascenderme a Juez del Inframundo una vez que vuelva con las manos llenas de tantos obsequios —dijo Leviatán.

El Canario no se dejó llevar por la amargura. Una de sus flechas iba directo al corazón de Leviatán, pero el Cuervo la detuvo en el último instante.

El Ciervo arremetió contra ambos con su escudo, dejándolos completamente aturridos.

La estadía del Cuervo fue breve. Decidió desaparecer al ver como las flechas del Canario no eran disparos de advertencia.

Leviatán le devolvió el golpe con su ancla de hielo, pero el Ciervo pudo detenerlo a pesar de que el impacto lo arrastró hacia atrás sin romper su postura.

Aprovechando ese momento de grandeza que tanto disfrutó Leviatán, el Canario consiguió darle con dos flechas en el hombro. No se detuvo hasta llegar al Ciervo para tocarlo con la media luna de cristal. Una nube con forma de cabeza de ciervo flotaba delante de su rostro junto a un escudo hecho de luz lunar que estaba sujeto a su brazo.

Ambos Oníricos lo embistieron con sus escudos, uno a cada lado.

—¡YA BASTA! —dijo Leviatán mandándolos a volar a ambos con una ola de aire frío.

Arrojó su ancla hacia uno de los balcones.

—Así que ahí estás —dijo caminando hacia el León que buscaba salir debajo de los pedazos de hielo—. Los mataré a todos esta noche. Empezaré contigo.

Pisoteó la cabeza del León. El hielo se desparramaba más y más con cada pisada mientras él se retorció de dolor. En un desesperado último intento logró estirar su mano hacia el revólver. La bala le dejó un agujero de lado a lado en el pecho a la Vanguardia.

El Ciervo volvió a golpearlo con su escudo.

—Cálmate, maldito animal —le dijo con severidad—. Canario, es tu única oportunidad. León, si puedes moverte, libéralos a todos ya mismo. Es nuestra última oportunidad.

El Ciervo se aferró a espaldas de Leviatán usando su escudo para tenerlo cautivo a su cuerpo.

El Canario se adueñó de las habilidades de Leviatán. Un resplandor de luz lunar la rodeaba simulando las túnicas que eran portadas por la Vanguardia. El vapor de hielo comenzó a brotar de sus manos.

“No creo que sepas controlar sus poderes. Tampoco es que tengamos tiempo para que practiques”, dijo Fantaso.

—Yo soy miembro de los Oníricos. No te preocupes, te reunirás con tu señor en la nada cuando acabemos con él. Suéltalo, Wrong, ¡esto termina aquí!

—No —dijo el Ciervo apretándolo más fuerte mientras Leviatán lo maldecía para que lo libere—. Me temo que este es mi último puerto. Si lo suelto, nos masacrará. Esa herida lo enojó más de lo que te imaginas. Solo te pido una cosa, devuelve el Fuego del Fénix. Llévalo seguro a la Cúpula de Hipnos con el báculo.

—Lo haré —dijo el Canario sonriendo—. Gracias por todo, nunca te olvidaré, capitán.

Apoyó sus manos sobre el escudo. Progresivamente, el hielo los calmó a ambos. No hubo más forcejeos abruptos.

El Canario extrajo la llama del escudo con el Báculo de Fantaso.

El León liberó a los Oníricos de sus crucifijos. Luego, acabó con la vida de Leviatán de un disparo en la cabeza. Era evidente que lo mató puesto que el castillo comenzó a temblar y a resquebrajarse. Un gran Árbol emergió del suelo. Los Oníricos se subieron a las ramas mientras el Árbol crecía hasta llegar al castillo de la ciudad, donde cada uno cruzó por el Espejo que Faith bien conocía.

## Enemigos públicos

Las calles en Nior ya estaban completamente revueltas a esa hora. Las pantallas en los edificios mostraban coloridos y animados anuncios de todo aquello que uno podría potencialmente no necesitar. El tráfico no tenía más remedio que detenerse cuando los semáforos obligaban a los conductores a cederle el paso a la masa de gente. No llegaron a tiempo, y debieron esperar al cambio de color. Más peatones se fueron sumando.

—¡Muero de hambre! —dijo Gilbert con un gesto semejante—. ¡La hamburguesa de ese anuncio, podría comerme diez! No hacen mucho de eso en la catedral de Chartré. A propósito, ¿dónde vamos?

—Hay una cafetería cerca, podemos hacer una parada. Se llama Ninth Dreamer. Una vez vi a Velvet tocar su piano ahí, creo que fue la primera vez que la vi, a decir verdad. Pero quisiera llegar a la biblioteca antes de que sea de noche —dijo Melody.

—¿No te resulta extraño? Parece que un nuevo árbol gigante no llamó demasiado la atención.

—Las noticias deberían estar ardiendo con esa novedad, como siempre. Ni siquiera el rey de Reveur ha hecho un acto público. Raro. ¿Quién habrá sido esa extraña chica que nos ayudó en los crucifijos de hielo? Nunca estuvimos tan cerca de perderlo todo —dijo Melody en un tono reflexivo.

El semáforo volvió a dar luz verde a los peatones.

—Mmm —dijo Gilbert pensativo con las manos en su cabeza—. Como sea, tenía el Báculo de Fantaso. Si logramos que se una a no-



sotros entonces estamos completos, y con los tres hijos de Hipnos al fin. Listos para encender la última llama de su alma.

—Es bueno pensar en eso, sin embargo, me entristece un poco haber perdido a ese Onírico. Parecía conocerla.

—Te refieres a Wrong el Ciervo. No importa, los Appleseed son así. Drásticos diría.

—A pesar de haberlo visto, dudo de que a Fausto lo logre afectar en lo más mínimo. Mira eso —dijo Melody señalando a las pantallas.

La mirada de los peatones fue capturada por primera vez. Como una televisión sin señal, las pantallas se vieron completamente víctimas de un corte intermitente que las dejó fuera de servicio. De repente, esa intermitencia de puntos blancos y negros, le daba imagen a un niño de cabello azul con un rayo pintado en su mejilla.

“Hol... *bzzz*... Velv teng... transmit... Faith... *bzzz*... mmm quizás si hago esto... sí, lo tengo”.

La señal se estabilizaba al mismo tiempo que todas las luces de la ciudad se apagaban. Toda la energía parecía estar siendo redirigida a las pantallas, a todas y cada una de ellas en todo Reveur.

Imagen estabilizada. Una chica rubia con un hoodie celeste estaba sentada de espaldas a los ocho monitores que tenía de fondo, enredaba sus dedos en los cordones que se usan para ajustar la capucha.

La hija del rey de Reveur tenía la atención de todos. Su voz sonó fuerte y clara para toda la ciudad:

—El rey ha muerto. No voy a mentirles, fui yo quien causó la explosión en el castillo la otra noche. Tranquilos, no hay de qué preocuparse, ese a quien tanto admiraban no era el rey. Él murió ese día en el que el casino se derrumbó. De ahora en más, yo me haré cargo de Reveur. En primer lugar, me ocuparé de destruir hasta el último ejemplar de ese veneno llamado Green-V. Les ruego que dejen de inyectar eso en sus cuerpos. Basta de recurrir a eso. No hay nadie que se haya vuelto a despertar. ¿Acaso no lo ven? A menos que prefieran ser asesinados por el Barón A. Si, él está matando cada noche. Pero no solo él, yo también. Admito que he sido cómplice de muchas de esas muertes. He

actuado bajo mi voluntad, poniendo mi libertad primero, dejándolos a cada uno de ustedes a la deriva. Pero eso se acabó. Mucha gente buena murió para que hoy pueda romper las cadenas que los atan. Como verán hay una mejoría respecto al sueño. Esa mejoría se debe a nosotros, los Oníricos. Trabajamos arduamente desde una realidad alterna cada noche para traerles un descanso apropiado. El mundo parece estar de cabeza, pero no es el final. Solamente falta un Árbol, una llama más, una última pieza para que Hipnos vuelva a nosotros y traiga el equilibrio al resto del mundo de los sueños, acabando con este frío de muerte con el que Tánatos ha sometido a la ciudad. Todo puede parecer demasiado, pero necesito que confíen en su reina. Revelaremos nuestras identidades empezando por ella: Melody Calloway la Mariposa, Morfeo, nuestra líder. Pueden confiar en nosotros.

A continuación, las ocho pantallas detrás de ella se encendieron mostrando un retrato de cada Onírico con un epígrafe donde aparecían sus nombres. Ella abandonó el primer plano. Las imágenes se proyectaban de manera aleatoria en todas las pantallas de la ciudad.

—No me lo esperaba. Para nada —dijo Gilbert mirando nerviosamente a su alrededor tironeando el cuello de su suéter negro.

Levantó la mirada, y vio a Melody envolviéndolo con su campera de lluvia amarilla. Ella iba con la capucha puesta sobre su melena pelirroja. Algo en el ambiente era peor que la más feroz de las tempestades. Estar desorientado podría parecer un tanto más agradable.

—Escucha cómo se ríen. Escucha cómo reclaman por su rey. Escucha cómo se burlan de nosotros. Prefieren a los D'Alterier. Larguémonos a la biblioteca. Necesitamos estar tranquilos —dijo Melody apurando el paso entre la multitud.

Los carteles inundaron las pantallas de Reveur, como si en lugar de lo que eran, los Oníricos fuesen fugitivos.

*Clin*

Como era de esperarse, la biblioteca estaba casi vacía de público. Solo un lector soñaba despierto detrás de un libro. Las estanterías

estaban llenas y ordenadas alfabéticamente. Todas las mesas estaban perfectamente alineadas.

—Te lo dije, estaríamos más tranquilos aquí —dijo Melody dejando escapar a Gilbert—. ¿¡Cómo puede ser que Velvet le dejara hacer eso!?

Gilbert parecía un poco intranquilo, como sí...

*Pum.*

—Gilbert D'Alterier... —dijo el dueño de la biblioteca cerrando un libro negro con fuerza.

Melody, muy mimetizada buscando algo en su cintura, quiso enfundar su espada ropera, pero no era el lugar ni el momento.

—Tranquilos. ¿Te olvidaste de mí, niña? Me he mantenido vivo como verás —dijo el dueño—. Mi nombre es Pierre.

Pierre recibió los abrigos de sus invitados y los colgó en un perchero de madera en la entrada.

—No debería hacer algo así en un lugar tan sagrado como este, pero vean —dijo encendiendo la televisión—. Parece que los Oníricos son la burla de todo Reveur. Era de esperarse, la gente no está preparada para algo así.

Los reporteros llegaron a entrevistar a las personas en un lugar que parecía ser Truce.

El entrevistado estaba muy convencido de que el rey pronto mandaría a ejecutar a su hija. Otros pensaban que el Barón A. sería quien diera la orden de buscar a cada uno de esos insurgentes de los carteles, si es que no se le ponía precio a su cabeza y debería hacerlo él mismo. La idea de que tal vez el rey pudo haber muerto en una explosión que derribó parte del castillo no parecía tan alejada de la realidad. Para la mayoría, era, al menos, más creíble que Deidades y Oníricos. Uno propuso cazarlos e intercambiarlos por más Green-V.

—¿Acaso ya no queda nadie con algo de esperanza en esta ciudad? —preguntó Melody con desilusión—. Todo esto para nada...

—No lo creo, Morfeo —dijo Pierre apagando la televisión—. En el fondo sé que ustedes me han ayudado, de alguna mágica manera

que no cuestionaré, pero de la cual entiendo que es más real de lo que parece. Sin embargo, Gilbert, no te veo tomando las riendas de la familia D'Alterier en absoluto.

—No podría —dijo Gilbert con una voz temblorosa—, están ahora en manos de alguien muy poderoso, más de lo que te puedes imaginar...

—Alguien que domina a la perfección las tres realidades —agregó Melody—. Es uno de nuestros grandes impedimentos. A pesar de él, cada una de las noches nos encargamos de las Pesadillas, te lo aseguro. Pero todo está tan contaminado de Green-V... No sé cómo andaremos en la ciudad real ahora, algunos quisieran matarnos.

—Saldrán victoriosos, te lo aseguro.

—Quizás la nueva reina pueda hacer algo al respecto —dijo Melody cruzando los ojos con tono de burla.

Los tres se rieron a carcajadas luego de la imitación de Melody.

—Curiosamente, este libro que estoy leyendo contiene relatos cortos sobre la ciudad. Uno muy peculiar propone que una misteriosa figura llamada Noche fue la primera habitante de Reveur.

—¿Quien escribió eso? —preguntó Melody—. Solo por curiosidad.

—Firma como anónimo. Son solo historias de los primeros días de la ciudad. Quizás yo debería sentarme a escribir la historia de los últimos días de la ciudad —dijo con melancolía.

—¿Podemos leerlo? —preguntó Gilbert.

Pierre lo cerró y se lo pasó, pero Melody lo interrumpió.

—Estamos muy cerca de lograr nuestro objetivo. No lo necesitamos. Una vez que Hipnos vuelva todo estará mejor. Solo una llama más, un Árbol más y...

Melody de repente entró en un violento ataque de tos que la hizo escupir sangre sobre la mesa.

—Mel-od...

Alguien chasqueó los dedos. Las luces comenzaron a titilar hasta que se apagaron definitivamente. La luz de la luna iluminaba la mesa

donde estaban sentados. Pierre le dio vuelta a la mesa para intentar poner de pie a Melody, pero entonces el Cuervo emergió de las sombras. Llevaba dos correas atravesadas como una cruz sobre su tapado de plumas con muchas dosis del verde Green-V. Tomó a Pierre del cuello y le inyectó una jeringa metálica, dejándola rápidamente vacía del espeso líquido. Atravesó el libro con su hoja y este se incineró al instante. Todo volvió a la normalidad cuando chasqueó los dedos nuevamente.

Gilbert quedó conmocionado por la situación, todo sucedió demasiado rápido.

Melody no se quiso dejar ayudar, se limpió con su manga y respiró.

“Te estoy afectando demasiado, ¿segura que desees continuar?”, dijo Morfeo.

“¿Te queda alguna duda?”, respondió Melody poniéndose de pie.

El cuerpo desparramado por el suelo había quedado con los ojos en blanco, pero respiraba.

—¿Qué tal si b-buscamos su Orbe y lo purificas? —dijo Gilbert intentando apagar el libro en llamas con una revista.

—No puedo hacer eso, algo bloquea mis poderes cuando se inyectan el Green-V —dijo Melody sentándose en el suelo a un lado del cuerpo de Pierre—. No lo dejaré aquí. Al menos llevémoslo con Susan para que pueda estar a salvo.

Fue a dar vuelta el cartel de la puerta a CERRADO.

—Esperemos aquí hasta que se haga de noche. Cúbrela con esto —dijo Melody pasándole los abrigos.



—Ahora saltarás a la fama, Fausto —dijo uno de los tipos que pasaba por el camino marcado en el bosque al sur de Reveur—. Parece que tus supersticiones sobre Hipnos no son del todo falsas.

—¿De qué hablas? —dijo Fausto mientras plantaba semillas en el suelo.

—La reina decidió hacer de público conocimiento el asunto de los Oníricos. En la ciudad quieren ejecutarlos cuanto mínimo.

—Lo que me faltaba. No bastaba con que los burdeles estén vacíos de la noche a la mañana — dijo Fausto suspirando con enojo —. Aléjate de mí vista si no quieres problemas.

El viejo Appleseed plantó semillas aleatoriamente por el bosque, mientras recolectaba las manzanas en una bolsa de cuero. “No, ninguna es la manzana que busco. Maldición, no pensé que tomaría tanto tiempo que el Fruto del Conocimiento volviera a florecer.”

La tranquilidad de la naturaleza no conseguía relajarlo completamente. Se comió una manzana para hacer frente a la ansiedad que le provocaba la sensación de estar siendo vigilado por alguien. Tenía la certeza de que se trataba de una persona, aunque no había nadie a su alrededor.

Saltó dentro de unos arbustos cuando vio pasar a tres camionetas blancas con la tan conocida V pintada. Esperó que se alejen y las fue siguiendo muy detenidamente escondiéndose entre los árboles y arbustos.

—Quítate basura —dijo con los dientes apretados empujando a una ardilla con su pala—. Veamos.

Había una vieja mansión negra cubierta en gran parte por la maleza, oculta por las ramas de los árboles, demostrando que la naturaleza venía a reclamar esa porción de tierra de regreso. La madera estaba completamente descuidada, los vidrios rotos y las puertas rasgadas con brutalidad. No sería una sorpresa que fuese el hogar de más de dos o tres especies de arañas en peligro de extinción.

El Barón A. los esperaba en la puerta golpeando la madera de las escaleras con su bastón mientras deslizaba sus dedos por el largo pico de su máscara de cuervo como si estuviera meditando su próximo movimiento.

Fausto vio descender a los tipos de la familia D’Alterier. Contó cinco, aunque sospechó que podía haber muchos más. No quería asomarse demasiado. Todos llevaban los maletines para transpor-

tar más Green-V. El Barón A. los acompañó dentro de la mansión abandonada.

—¿Qué espera ese último? —dijo corriendo las hojas de un arbusto—. Está montando guardia, o está esperando algo.

El rugir de una camioneta más hizo que Fausto se sumergiera dentro de un arbusto.

Solo una persona más descendió. Aparentemente la única pieza que faltaba. Alguien importante, puesto que solo cuando él arribó el Barón A. entró a la mansión.

—¿Grey? Pero aquella noche en el casino... Lo maté con mis propias manos —dijo mirando entre las hojas secas—. Será mejor que me largue de aquí por ahora.

La tarde iba quedando atrás. Fausto estaba sentado viendo la televisión mientras pelaba unas manzanas y las mojaba en vodka para después comérselas con un poco de azúcar.

—Exponer quiénes somos solo complica más las cosas. Se están adelantando, no sabemos realmente qué nos depara una vez que Hipnos vuelva y Tánatos tenga que asumir su derrota —dijo Fausto hablándole a la televisión.

Si bien el asunto del revelador discurso de la reina de Reveur fue tendencia rápidamente, no podían dejar de recordar no solo que el asesino aún andaba suelto, sino que en especial podría estar en busca de la reina ahora que admitió ser cómplice de sus actos. Además, los cabarés y los burdeles quedaron misteriosamente vacíos de la noche a la mañana.

—Lo concreto es que Grey está muerto. Por lo tanto, la siguiente Vanguardia está cerca. Debemos ser cautelosos, si el Cuervo no nos mató aquella noche es porque tiene un plan aún más grande. Es imperante congregarnos en la Cúpula de Hipnos y comenzar a trabajar en equipo.

Vio por la ventana mientras encendía la pipa. Las camionetas pasaron a toda velocidad por la carretera de tierra dibujada

entre los árboles. Tomó una larga bocanada de humo y la largó meditando...

“¿A quién ayudaré ahora?”



Melody había salido encapuchada a caminar. Pudo notar un ambiente tenso en la ciudad. Todos parecían estar alerta, vigilando a que no se les pase un fugitivo delante de sus narices. No se alejó demasiado de la biblioteca, seguramente podría haber algún Espejo cerca. Caminaba cabizbaja, con las manos en los bolsillos. El sujeto que la seguía reconoció los rulos de su melena anaranjada como en la foto que circulaba. Apuró el paso, tanto que la brisa fría quería sacarle el capuchón amarillo de su campera de lluvia.

Una llamada entró al celular de Melody. “¿Veloz?”, pensó, pero se vio ahorcada por la espalda repentinamente. El tipo la había alcanzado. Le susurro algo al oído, pero realmente Melody estaba tan nerviosa al ver cómo las personas comenzaron a rodearla que no distinguió si se trataba de Morfeo o ese sujeto. La acusaban de haberse entrometido en los planes del rey para salvar a la ciudad. Dijeron que era una bruja que negociaba con terroristas, una rebelde que solo quería estropear todos los avances del antídoto para el sueño.

El sujeto gritaba sus ofensas a los insurgentes Oníricos. Levantó su navaja en el aire, en señal de victoria, sin dejar ir a Melody.

“Niña, niña, por favor, haz algo. Niña, no puede terminar así. Nos hemos enfrentado al mismo Inframundo, estos estúpidos no pueden matarte así como así. Niña, respira”.

Sus ojos se comenzaban a voltear por sí mismos, lo pudo suponer cuando el círculo de personas se multiplicó repentinamente.

Hubo un ruido, como una explosión de pirotecnia. Tres camionetas blancas pasaron por el lugar a toda velocidad. Los agresores alcanzaron a distinguir la V pintada, fue lo único que los distrajo de Melody, a quien dejaron en paz para ir a conseguir con desenfreno



las dosis de Green-V que se repartieron por el suelo cuando una de ellas se estrelló contra un árbol.

—¡Le di, le di! —alardeaba América en el comunicador de Velvet—. ¡Fue mi disparo a mayor distancia! ¡Nuevo récord! Te dejo las otras dos, las he perdido de vista... ¿Cómo? No logro escucharte.

Una Harley Davidson pasó como una mancha de tinta negra siguiendo a las camionetas. La distinguió por su abrigo de terciopelo rojo, y solo ahí supo que aquella tarea estaba en buenas manos.

—Capitán, Veloz, ¿me copian? Dejemos que lleguen. Necesito detalles de su destino, usen el Ojo. Ya casi es de noche, podré con ellos de una forma u otra —dijo Velvet—. Maravilla, cambia todos los semáforos en rojo, desví el tránsito. Déjales la calle para ellos, hagamos que lleguen a destino.

Velvet se desvió para hacer tiempo. Estaba dispuesta a encontrar al siguiente pez gordo de la ciudad.

—Parece que están entrando por la parte trasera del... ¿cabaré? ¿Qué es un cabaré? —preguntó Capitán— Como sea, te envío las coordenadas.

—Ten cuidado —dijo Veloz.

“No es que te apure, pero los Espejos aparecerán pronto”, dijo Fobétor.

“Siempre uso a Oniria para mi conveniencia, déjamelos a mí”, dijo Velvet.

Se ocultó bajo su boina azul y el cuello levantado de su gabardina roja, caminando con la mirada fija en los tipos de la familia D’Alterier intercambiando maletines con antidotos para el sueño por provocadoras señoritas cuyos gritos de ayuda le eran apenas audibles, con los ojos vendados y las manos atadas con sogas.

Se acercó muy sigilosamente a espiar por el borde de la pared de ladrillos. Un tipo al que todos se referían como Grey parecía estar cerrando negociaciones. El trato incluía también extravagantes cuadros de pintura.

Una de las señoritas salió de la fila que la conducía a la camioneta. Logró sacarse el vendaje. Velvet la vio pasar el tejido metálico que cerraba el patio trasero del cabaré. Estaba cerca de su libertad, pero una bala le atravesó el cuello. Supuso que su cráneo también se partió al oír caer el cuerpo al suelo. “Buen tiro, Grey”, alcanzó a escuchar al otro lado. El charco de sangre se expandió hasta donde estaba Velvet, quien tomó con su índice una pequeña muestra y se hizo una marca en la mejilla.

Una de las camionetas se estaba a punto de retirar del lugar cuando una lluvia de canicas metálicas cayó sobre ellas. Al quebrarse por la caída, liberaron un gas que cegó a los sujetos de la mafia. Cayeron uno tras otro, un relámpago rojo los estaba derribando. Sin embargo, a pesar de su repentina desesperación, lograron sacar una de las camionetas de la cortina de humo que Velvet había generado.

—Todo despejado por aquí —dijo a través del comunicador en su oído—. Una ha logrado escapar, te la encargo, América. Lleva rehenes. Veloz, una vista rápida —dijo mirando a su alrededor—, hay un sujeto que falta. No quiero descuidarme de ese, mató a una de las chicas.

De espaldas, alguien apretó su cabeza como si fuese un cascanueces. Como si levantara una piedra, el cuerpo de Velvet comenzó a despegar lentamente del suelo. Grey reía con su lengua afuera como un perro que jadea.

—A pesar de que estamos en bandos opuestos —dijo susurrándole al oído—, puede que necesitemos ayuda mutua, guerrera de Hipnos.

Velvet logró sacar un pequeño cuchillo de un manotazo dentro de su gabardina, y se lo hundió sin ver en el hombro a Grey.

Cayó tendida de rodillas al suelo, sujetándose la cabeza de dolor. Pero sin dudarlo, antes de que sus rodillas se dieran por vencidas, corrió hacia el Espejo al otro lado de la acera.

“Cúpula de Hipnos”, pensaron al mismo tiempo junto con Fobétor.

“Ahí hay un Espejo”, dijo Melody frotándose el cuello.

“Es nuestra oportunidad, están distraídos”, dijo Morfeo.

En la biblioteca, Melody ayudó a Gilbert a cargar el cuerpo de Pierre. Nadie tuvo la suerte de verlos desaparecer de un segundo a otro cuando volvieron a Oniria una vez más.

Estaban un tanto impacientes cuando llegaron a la cabaña de Susan, quien accedió a cuidar a Pierre a cambio de nada.

—Si podemos hacer algo con su Orbe, sabremos cómo el antídoto les afecta a los demás —dijo Melody concluyendo su relato de las últimas horas.

—Algo me hace pensar que el Cuervo se está quedando sin tiempo. Debe estar desesperado. Lo que me recuerda una cosa. Fausto ha encontrado una antigua mansión en el sur del bosque. Dice que ya sabe cuál es la siguiente Vanguardia. No sé exactamente dónde se habrá metido ahora, por favor no lo dejen actuar sin precaución. Sonaba demasiado alterado al respecto de eso —dijo Susan.

—Entendido —dijo Melody mirando a Gilbert.

Salieron de la cabaña, dispuestos a cruzar por el Espejo de bordes azules que resplandecía en la noche.

“Melody, será mejor que busquemos a Lupinel en la Cúpula. Cuantos más seamos, mejor. Conociendo al Lobo, aún debe estar con vida” dijo Morfeo. “Pero...Todavía no está todo dicho. Te suplico que obedezcas. Confía en tus aliados”.

## Una reunión onírica

La noche estaba alumbrada por la luz blanca de la luna. Tres Espejos se levantaron repartidos alrededor de la Cúpula de Hipnos.

—¡Qué reunión tan inesperada! —dijo el Águila saliendo de la Cúpula mientras se acomodaba su sombrero.

La Mariposa notó cómo la Gata se agarraba la cabeza de rodillas en el suelo, agitada. Parecía estar llorando sin intenciones de hacer mucho ruido, mordiéndose los labios. La Mariposa se sentó a su lado, cruzada de piernas sobre la fría calle. Puso su mano sobre la cabeza de la Gata. Su propio cráneo comenzó a doler como un edificio al que se está machacando para ser derrumbado. Solo sonrió aguantando aquel intenso dolor. Excepto por el Canario, quien se había quedado sosteniendo el Báculo de Fantaso como si no quisiera dejarlo ir, se acercaron a ver de qué se trataba.

—Finalmente todos en un mismo lugar —dijo el León—. Solo aquí podremos estar tranquilos, relativamente. No es así, ¿Canario? —dijo ayudando a la Gata ponerse de pie.

—No pensé que la gente reaccionaría con tanta violencia. Siempre fueron devotos al rey, no imaginé que se revelarían contra su hija.

—Solo complicas más las cosas, Canario. Sin mencionar que perdimos a un camarada en el castillo de hielo. Espero que devuelvas el Fuego del Fénix —dijo la Mariposa antes de volver a toser sangre sobre la calle, apretando sus dientes para tratar de contener el repentino ataque de tos.

Con dificultad se puso de pie. El Zorro tuvo intenciones de ayudarla, ella le arrojó una fría mirada. Estaba demasiado molesta por todo lo que aquel discurso provocó.

—No tienes idea por lo que pasé, eso era lo mejor que pude hacer, y quedó totalmente arruinado. Comprendo tu impotencia, tu rabia, lo siento. Te juro que no era mi intención en absoluto —dijo el Canario.

Las Pesadillas se habían percatado de ellos. Camufladas en las sombras comenzaron a acercarse, rodeándolos. Sus ojos púrpuras alumbraron los alrededores. No solo estaban debajo de los árboles, o en los callejones, sino que también algunas Pesadillas se habían trepado a los edificios cercanos a la Cúpula de Hipnos, o volaban sobre el grupo de Oníricos.

El Águila caminó eufórico, descendiendo los escalones de la cúpula hacia donde estaba el Canario. Su mirada estaba fija en ella, lo que sorprendió de una manera un tanto escalofriante al grupo una vez se decidieron a entrar. Una fuerte palpitación detonó en el pecho del Canario cuando el Águila la tironeó violentamente del hombro desenfundando su espada de filo carmesí, atravesando de lado a lado a la Pesadilla a punto de balancearse a espaldas de ella.

—Disculpas por la rudeza, Fantaso —dijo el Águila amenazando a las Pesadillas que comenzaban a cerrarse sobre ellos.

—¡Todos adentro! —dijo la Mariposa ayudando a cargar a la Gata, con su espada ropera al aire como un estandarte.

—No te preocupes, Morfeo —dijo la Gata—. No era la intención de la reina robarse el Fuego del Fénix.

El Canario esperó a que todos entren.

“Finalmente podremos devolver la llama del fénix”, dijo Fantaso.

“Esta va por Wrong el Ciervo. No te decepcionaremos”, dijo el Canario.

La llama ardía dentro de la medialuna de cristal más que un abrumador incendio, como si fuese una pequeña muestra del sol.

*Clic-clic*

El fuego dejó el Báculo de Fantaso tan pronto como el Canario le dio dos golpecitos al suelo. Inmediatamente un anillo de fuego comenzó a dibujarse alrededor de la Cúpula de Hipnos. Una vez que

se encontró consigo mismo al dar la vuelta, se levantó como una cortina de llamas que calcinó a las Pesadillas que lo cruzaron.

Las alas de plumas blancas envolvían las paredes dentro de la Cúpula de Hipnos. El Atrapasueños de Fobétor parecía balancearse en el cuello de la Gata cuando ella sonrió al ver las pinturas de los Espíritus Oníricos repartidas entre los ángeles.

Encendió un cigarrillo y miró a su reloj de bolsillo dorado con la imagen de Rebecca.

—Esto es por todo lo que luchaste —dijo susurrando con el cigarrillo en su boca.

Regulus el León estaba, sin dudas, invadido de una alegre melancolía cargada de satisfacción rememorando aquella noche última en que la vio con vida, y su triunfo ante la Vanguardia que jugó tan cruelmente con los recuerdos que él guardaba de su amada.

—Definitivamente este es un lugar al que pertenecer, ¿no te parece? —dijo el Zorro dándole un golpecito en la espalda.

El Águila estaba al pie de los pedestales, mirando a las tres llamas azules arder en las antorchas. Había una que aún faltaba encender. La roca del pedestal parecía estar resquebrajándose.

El Canario hizo bastante ruido cuando abrió las puertas de piedra. Pudieron ver la cortina de fuego detrás de ella. Sus ojos se movían impacientes viendo la cara de todos y de nuevo al suelo.

“No estés avergonzada de lo que hiciste”, dijo Fantaso.

—Escuchen todos —dijo la Mariposa—, el Lobo ha localizado, muy probablemente, a la siguiente Vanguardia. Sin embargo, debemos estar preparados. Tánatos tiene su propio Onírico. Pensando y deduciendo al respecto del día en que mi padre se rebeló contra Hipnos, es evidente que la Corriente de los Sueños no es un impedimento para el Cuervo.

—Los he oído hablar de un plan más grande. No puedo decir mucho, uno de los Tres Jueces del Inframundo se dio cuenta de que lo estaba espiando y tuve que huir a Oniria —dijo el Canario—. Hablaban con seguridad de la noche o algo así. Ahora que lo pienso,

el Ciervo me dijo algo sobre la madre de Tánatos y de Hipnos, una antigua diosa llamada Noche.

—¿Acaso no te mencionó algún descubrimiento sobre los Orbes corrompidos por Green-V? —dijo la Gata.

—De hecho, él pensaba que si los arrojamos a la Corriente de los Sueños lo más probable es que vuelvan a su estado normal, despertando a las personas en el proceso me gustaría creer —contestó el Canario.

—Como sea, dejemos que Hipnos se encargue de Tánatos. Nosotros tenemos que buscar la manera de detener a la familia D’Alterier para que no siga repartiendo el Green-V, sino todo será en vano a pesar de que recuperemos a Hipnos en el proceso —dijo la Mariposa.

—Algo ocurrió con la familia —dijo el León—, según mis últimas investigaciones, el Barón A. ya no es su líder. Las cosas parecen haberse acelerado desde que un nuevo individuo tomó el mando. El Barón A, o bueno, el Cuervo para ser exactos, sigue operando en las sombras de cualquier manera. Quizás la desestabilización del rey lo dejó en jaque.

—¿Qué fue de esas camionetas, Velvet? —dijo la Mariposa.

—He ido tras esas camionetas llenas de antídotos —dijo la Gata ayudándose con gestos a recapitular—. Dos llegaron a un cabaré, donde intercambiaron chicas y pinturas por Green-V. Pude abatirlos. Pero uno de ellos me puso en serios problemas. Me apretó la cabeza y me levantó en el aire —dijo apretando su boina azul—. Es evidente que una fuerza así solo puede significar una cosa. Sin embargo, no creo que le sea tan leal a Tánatos, dijo que podríamos necesitar ayuda mutua.

—Eso no quita que se quieran seguir causando estragos con el Green-V —dijo el Canario.

—De hecho, Gilbert y yo fuimos testigos de cómo el Cuervo inyectó a un sujeto con el antídoto. Y prendió fuego un libro que contenía un relato sobre Noche, la primera habitante de Reveur. Curioso —dijo la Mariposa muy pensativa.

—Lo dejamos con alguien de confianza para poder usar su Orbe como prueba. Si la Corriente de los Sueños puede mantener a raya al Inframundo no veo por qué no pueda limpiar un Orbe —dijo el Zorro girando la lanza a su alrededor, como pensando en voz alta.

—Sea como sea, alguien está sacando provecho de todo esto sin importar el bando en el que se encuentre —dijo la Gata.

—¿Será algo realmente malo? —dijo el León muy pensativo—. Me robé una carpeta de la oficina de Kolmogorov, en el laboratorio Volgen. Especificaba claramente la modificación celular a una niña usada como sujeto de prueba —dijo mirando a la Gata—. Una niña que fue usada como recipiente para mezclar su sangre con un extraño medicamento y las células de una bebé recién nacida con un poder muy prometedor, próximas a despertar su máximo potencial algún día —dijo mirando a la Mariposa con un tono un tanto sombrío—. Algo se salió de control, aparentemente. Las personas inyectadas no se han vuelto a despertar. También aquel gas que liberaban por las noches estaba hecho en base a tu sangre, Velvet Greenwood. Pero no era tan efectivo, la gente se las ingeniaba para evitarlo de alguna manera.

—Preferiría seguir desconociendo mis orígenes —dijo la Gata.

—Ningún extremo les sirve —irrumpió el Canario—. Tánatos quiere a todos muertos. De una manera lenta y agonizante, al borde de la locura.

—Entonces —dijo la Mariposa sentándose a un lado de la Gata— somos parte de que la ciudad esté de cabeza, de alguna u otra manera.

El Canario también se recostó contra el muro de piedra, a un lado de la Mariposa. Las tres parecían estar viendo la llama que estaba perdida.

—Nosotros debemos solucionarlo, podemos solucionarlo. Vamos a recuperar a Hipnos.

Algo dentro de la Mariposa estaba pasando por una alegría que parecía no pertenecerle. Algo tan vivo como el movimiento en el Atrapasueños de Fobétor y el brillo de la medialuna de cristal en el



Báculo de Fantaso. Los tres hijos de Hipnos se las arreglaron para tener una palabra en privado luego de tanto tiempo y una aparente desdichada despedida sin adiós.

El Águila se distrajo con un ruido, un jadeo, que venía de las puertas de piedra. Un viejo tembloroso con sus ropajes desgarrados se sostenía de una pala como agarrándose a su último halo de vida, con la mirada perdida, una mirada de ojos con pupilas a punto de estallar. A cada paso, se oía el *clanc-clanc-clanc* de la pala contra los bloques de piedra en el suelo.

—La mansión de los D’Alterier —dijo susurrándole al Águila en el momento en el que él fue a socorrerlo a punto de desplomarse como un viejo saco lleno de nada.

La mente de la Mariposa parecía estar flotando en un espacio donde caía libremente. Cayendo en un vacío donde el tiempo y el espacio no existían, con ojos enormes como grandes manchas en una psicodélica alucinación, viéndola navegar el mar de colores pintados cerca o lejos en algún lugar de ese espacio donde su cabeza viajó al posar su mano sobre la frente del Lobo para curar sus heridas.

Tanto la Gata como el Canario trataban de hacerla volver en sí, pero se quedó mirando perdidamente al techo de la cúpula. El Lobo, aunque un tanto irritado, había vuelto a recuperar sus capacidades.

—¡Apártense! —dijo tironeándolas de los hombros—. ¡Morfeo, sácala de ahí!

Un demonio alado había aparecido moviendo los ojos como si fueran globos en una fiesta. Su silueta era enorme. Melody pudo ver cómo movía su colosal cuerpo. Sus brazos habían subido como para dar un fuerte aplauso. La Mariposa estaba a punto de ser aplastada como una hoja seca en otoño.

“Niña... Niña...”, dijo Morfeo.

“Dice que está esperando en...”.

El demonio batió sus alas y todo a su alrededor entró en un remolino que la devolvió al Lobo cargándola en sus brazos, en el suelo del palacio, con sangre en su boca.

—¡No se preocupen —dijo viendo la mirada de todos desde arriba—, no moriré antes de que esto se acabe!

La imagen de las tres chicas riendo juntas llenó de esperanzas incluso hasta Fausto el Lobo. Después de todo, era evidente que sus predecesores podrían aprender mucho de ellas.

—¿Dónde te habías metido, Lobo? —preguntó la Mariposa.

—Al sur del bosque, en la antigua mansión de los D'Alterier. Sospecho que hay mucho Green-V, las camionetas están yendo a buscar las dosis ahí. Quizás están en el subsuelo, recuerdo que era un lugar espacioso. Si bien logré entrar, algo me atacó al cruzar el umbral de la puerta. Lo último que recuerdo es estar arrastrándome a la Cúpula de Hipnos. Sea lo que sea, pudo haberme matado, y no lo hizo —dijo encendiendo la pipa.

—La familia tiene un nuevo líder —dijo la Gata.

—Grey D'Alterier —dijeron a coro el Lobo y el León exhalando humo.

—Habíamos tenido un pequeño contratiempo en el casino aquella noche. Cuando estaba vivo, quiero decir —añadió el Lobo riendo.

—Nos necesita, quizás te envió como mensajero. Un traidor en las filas de Tánatos, no me sorprende —dijo el León—. Haremos lo que tú digas, Morfeo.

En ese momento, todos vieron a la Mariposa. El ambiente estaba lleno de una sensación de respeto y autoridad.

—De acuerdo. Pero necesitaremos tenerlo vigilado en la realidad. No podemos confiar demasiado en la Vanguardia. Sugiero que el Zorro sea quien dirija la operación en las calles de Reveur, después de todo, la familia D'Alterier necesita un auténtico líder, ¿no es así Gilbert D'Alterier?

El Zorro asintió.

—Los Acróbatas pueden ayudarte. Tenemos buenos sistemas —dijo la Gata—. Además, Regulus conoce los movimientos de la mafia. Los tres hijos de Hipnos deben ocuparse de esto. ¿Lista para hacer las cosas bien, Canario? —dijo irónicamente con una ceja levantada.

—Totalmente, cuenten conmigo —dijo el Canario con un espíritu renovado—. Procedan con cautela, son enemigos públicos ahí fuera. No hay mucho que pueda hacer como reina por ahora. Solo tengo una condición, necesito dulces. Las habilidades de Fantaso me desestabilizan bastante

—Necesitaremos estar comunicados, ya regreso. Maravilla tiene algunos dulces, no te preocupes. Les haré saber a los acróbatas también.

La Gata se dirigió hacia el Espejo en la cámara subterránea mientras la Mariposa continuaba con los planes.

—En cuanto al Lobo y al Águila, puede sonar como que lo que les pido es una misión suicida o algo así, pero, ya que nosotras entraremos a la mansión, resguarden las afueras. Este es el último, por lo tanto, dudo de que el Cuervo se quede quieto.

—Se ha convertido en un Morfeo por el que vale la pena morir, señorita Calloway —dijo el Águila viéndose reflejado en el filo carmesí de su espada.

—No quiero desanimarte, pero la entrada a la mansión ha de estar protegida por alguna magia del Inframundo. Esa ilusión no era algo normal, debiste haberte dado cuenta, ¿no? —dijo el Lobo—. Gilbert, asegúrate de sacar algo de información a Grey primero, antes de...

La Gata había vuelto.

—Tomen esto —dijo dándoles seis comunicadores negros—, colóquenselo en sus oídos. Por alguna extraña razón funcionan aquí.

—Es medianoche, entraremos a la mansión. Gilbert, Regulus, tienen todo lo que resta hasta el amanecer para averiguar lo que hay detrás de esas ilusiones. Esta podría ser nuestra última batalla. ¿De acuerdo? —dijo la Mariposa con un entusiasmo que se contagió al resto de solo oírla.

—En marcha. Gilbert, esperamos tu señal —dijo la Gata.

—Mientras tanto, nosotros purificaremos los sueños que se puedan. Muévanse rápido, tenemos hasta el amanecer —dijo el Canario.

Los Oníricos asintieron, mientras formaban un círculo en el que sus armas se enfrentaban unas con otras.

No hubo noche como en la que todos los protectores de la realidad de los sueños pudieron traer el más grande de los alivios a Revoir. Por primera vez, las cosas parecían estar bajo control. Las Pesadillas eran absorbidas por el Atrapasueños de Fobétor al mismo tiempo que la Gata las cortaba con su daga o las aturdió con su látigo cuando intentaban escapar. El Lobo y el Águila liberaron el paso para que el Canario no se pusiera en una situación complicada, no tenía demasiados dulces para abusar de sus habilidades especiales que tan necesitada de azúcar la dejaban, pero los paisajes que envió a los soñadores los hizo pensando en embarcaciones marinas en honor a uno de sus pocos amigos. Iban de Espejo en Espejo, pensando exactamente en la misma ubicación. La Voluntad de Morfeo pudo purificar a cada uno de los Orbes que todavía no fueron afectados por el Green-V.

—No lo hacen nada mal. Ninguna de las tres. Aunque la mía parece estar siempre un paso adelante —dijo Morfeo casi en un tono de burla.

—Solo espera a que Faith tenga un poco más de azúcar en su cuerpo, si quisiera podría ser la más feroz de todos. Debieron haberla visto teletransportarse con una flecha al barco del Ciervo aquella noche. Es más, no estaríamos aquí si no fuese por ella... Aquí viene tu número, Fobétor. ¿Aún recuerdas como se hace? —dijo Fantaso irónicamente.

—No tienes idea de por todo lo que ha tenido que pasar Velvet. No quiero compararlas. Me agradan, a decir verdad. Pero admito que se las arregló muy bien para sacar el potencial de los Espíritus Oníricos. Tiene un temple que no lo veo en ningún Onírico hace siglos —dijo Fobétor con aire solemne.

El rubí del atrapasueños sangraba una luz rojiza cuando Fobétor por fin le sugirió a la Gata que este era el momento. Habiendo alcanzado con un Espejo la azotea de un edificio, una gata espectral de color carmesí junto a los demás Espíritus Oníricos salió a recorrer los alrededores deshaciendo todas las Pesadillas a su paso.

La transmisión entrecortada disminuyó su intermitencia. Se lograron conectar con los audífonos de todos. Quizás algún pequeño grupo de genios esté detrás de esto.

—Tenemos algo de movimiento en el museo. Los acróbatas están monitoreando toda la ciudad —dijo el Zorro con una voz temblorosa—. Las mantendremos al tanto.

—Confía en ti, Gilbert —dijo la Mariposa—. Sé que podrás resolverlo.



*En algún lugar del Inframundo...*

Un caballo negro se acercaba golpeando sus cascos contra el suelo de roca seca. El viento frío producto de la desolación del lugar o quizás de las almas en pena que caminaban en una larga fila al abismo de la montaña movía su melena blanca. El jinete les apuraba el paso con su tridente. Cada vez que un alma caía al vacío, podía oírse un último grito de desesperación.

El jinete de armadura dorada no pudo saberlo, puesto que ni siquiera la Deidad del Inframundo estaba al tanto. En una de las tantas cuevas formadas en el paisaje, el Cuervo oía cada uno de los gritos en la penumbra.

“Ahí va otro, Hermes”. “No, no tiene idea, este es un lugar seguro. Aquí puedo quitarme la máscara, y tú puedes volver a tu forma normal. Mereces un descanso también. No estoy seguro de lo que ocurrirá. Debo informarle, de cualquier manera, solo el bando ganador me sirve. No necesito a lo que resta. Con un poco de suerte, acabaremos ganando. Si no fuese porque se me adelantó, hubiese acabado con él, y robado su Llama de Alma. Todo sucede por alguna maldita razón en particular. Vamos”.

Salió de la cueva acomodando su máscara. Caminaba envuelto en su tapado negro, cruzado de brazos, como resguardándose a sí mismo. Algunas de las plumas del atuendo se desprendían con las repen-

tinas ráfagas. Hacía un gesto con su sombrero cada vez que notaba a alguna de las almas seguirlo con la vacía mirada que llevaban en sus rostros perdidos en angustia.

El jinete portaba una armadura perteneciente a algún antiguo caballero medieval, de un reluciente color de un oro brillante que podría distinguirse desde quien sabe dónde en ese paisaje, en el cual el Cuervo pudo verse reflejado.

—¿Son suficientes, Lucifer? He perdido a mi ayudante en combate, puede que me tome más tiempo conseguir las almas para restaurar el poder de la Espada del Tártaro.

El jinete volteo junto con sus riendas y clavó su tridente dorado a un costado del Cuervo, perforando la roca.

—No nos subestimes, basura de la realidad de los sueños. Piensas que eres un conquistador como nuestro señor Tánatos, pero solo estás aquí hasta que la Espada del Tártaro recupere sus poderes. Si no mueres antes. Dime, esa máscara te trastorna cada vez más, ¿no es así? Puede que engañe incluso a una Deidad, pero jamás a los Jueces del Inframundo.

—Solo hago lo que es mejor para nuestro señor. Tengo un trato con él, y lo estoy cumpliendo al pie de la letra. Si alguien ha de guiarlo hasta el final de sus días, seré yo.

—Tánatos es un conquistador, no deberías tomar su palabra. Si no, ninguno de los tres Jueces del Inframundo estaríamos encerrados en estas armaduras, condenados a la servidumbre en nuestro propio dominio. Abre los ojos si no quieres terminar como nosotros. Jamás fuiste una Vanguardia. Tánatos no es tan ingenuo y manipulable como Hipnos. Considéralo una advertencia, basura.

En ese momento, el Cuervo le dio la espalda y abrió una de las Grietas con su bastón.

Lejos de tomar cualquier sugerencia, se encontraba ahora ante la presencia de Tánatos, quien degustaba una copa de sangre, quizás la propia, debido a los cortes que se había provocado en los brazos. Estaba parado detrás de un trono con la calavera de un carnero en la parte más alta del respaldo, viendo desde lo alto de su morada, por

una de las ventanas tenuemente cubiertas por una cortina de seda, como las almas saltaban al vacío.

El Cuervo se arrodilló.

—¿Qué te trae por aquí, quinta Vanguardia? Tus hermanos han caído, solo uno queda con vida. Puedo sentirlo más fuerte que nunca. Confío en Asmodeo para lograr derrotar finalmente a Morfeo. Una tarea que no pudiste llevar a cabo. Sin embargo, aún no logras decepcionarme del todo. Conseguir la Espada del Tártaro me garantizará cierta ventaja. Mi hermano estará encantado de oír mis planes para recuperar lo que nos pertenece. ¡Ah! Disculpa mis modales, ¿se te ofrece un trago de mi sangre? —dijo colocando un hueso afilado sobre sus venas, por encima de un cáliz de plata sobre la mesa con huesos partidos sobre ella.

—Mi señor, envíeme a socorrer a Asmodeo. Estaré dispuesto a entregar mi vida. Debemos reducir al mínimo las interferencias en su plan. Las tres realidades acabarán siendo tuyas, se lo prometo.

—Actúa como te plazca, pero de ninguna manera dejes que consigan el Fruto del Conocimiento. Vuelve victorioso. Me interesaría conocer al hombre debajo de la máscara, y darle un lugar más digno en el Inframundo —dijo antes de beberse todo el cáliz de plata rebo-sante de su propia sangre.

## Multicolores en la oscuridad

*En los suburbios...*

—Se están llevando las pinturas... Recibieron maletines con Green-V... Trato hecho, buenas noches, todo ha sido un fracaso —dijo Maravilla.

—Busquen en todas las cámaras de los museos. Él debe estar en alguno. Dudo de que una operación así no requiera de su supervisión —dijo Gilbert tan concentrado que pensó en voz alta.

—Qué buena deducción, señorito —dijo Regulus—. ¿Y si lo encontramos? Necesitaremos maniatarlo, todavía tengo un par de esposas.

—Miren —dijo señalando la pantalla de la izquierda—, el Museo de Truce. Él mismo está examinando las pinturas.

Regulus parecía estar más inspirado que nunca.

—Niños. ¿Tienen fuego? —dijo presumiendo su anteúltimo cigarrillo.

—No le hagan caso. Escuchen, Acróbatas, estén alerta. América, ¿puedes acercarte al Museo de Truce? Necesitaremos refuerzos, estoy seguro de eso —dijo Gilbert.

—No tengo esas extrañas habilidades. Manténganse fuera de peligro hasta entonces. Miren, en la habitación de Velvet hay un espejo. Bueno, eso es lo que ella dice, no creo que se refiera al del guardarropa. Aunque siempre cruza por ahí... —dijo América señalando a la única habitación con la puerta abierta



—Muéstranos, es todo lo que necesitamos —dijo Regulus agitando su encendedor con ánimos de que este le diera una última alegría.

La habitación estaba desarreglada, lo más probable es pensar que Maravilla había dormido un poco en cada una de las dos camas y jugado a ser un poco como Velvet probándose sus atuendos pues el guardarropa estaba revuelto con ropa tirada por todas partes.

En un santiamén, el segundo piso del silencioso Museo de Truce tuvo nuevos visitantes. Las pinturas de ese piso seguían ahí.

—Capitán, ¿qué ven? —susurró Gilbert.

—Ese tal Grey debe estar hablando con el dueño del museo. La negociación parece estar siendo beneficiosa...

*Clic-clic*

—Bingo, ¡funcionó al fin! —dijo Regulus antes de que Gilbert le dijera: ¡*Shhh!*

La puerta se abrió y los hombres de la familia D'Alterier entraron como hormigas a descolgar los cuadros.

—Escondámonos, Regulus. Que tomen los cuadros que quieran, necesitamos saber qué pasa con esa antigua mansión en el bosque —dijo Gilbert mirando a sus alrededores—. ¡Ahí!

Se arrojó como un soldado en pleno entrenamiento detrás de un cantero con plantas abultadas como si fueran arbustos. Regulus se reía con el humo del cigarrillo a un costado, pero no le pareció mala idea una vez que escuchó cómo subían la escalera. Encontró espacio detrás de una vitrina con jarrones de un tiempo lejano sobre pedestales en forma de cubo con una inscripción que seguramente dictaba un poco de historia.

Gilbert vio, entre las hojas, como Grey estaba metido en alguna interesante conversación con el que aparentaba ser su cliente más emocionado. Se sorprendió, extrañamente, más que por las tres maletas que cargaba el dueño del Museo de Truce apiladas, por el peculiar pincel avellanado que traía Grey en el bolsillo de su saco negro. Era un tanto exagerado para la precisión que requieren los cuadros que se estaba adquiriendo, si es que ese era su favorito, y la punta parecía

cambiar de color por sí misma, como si fuera un extravagante juguete. Los siguió con la mirada, parecían estar recorriendo el lugar mientras Grey tocaba los cuadros aún colgados en las paredes con su pincel.

Regulus vio a su compañero arrastrarse por el suelo, le advirtió que continúe, puesto que ya no se oían pasos en la escalera. Fácilmente, Gilbert pudo seguirlos, ocultándose detrás de las estatuas de los animales tan reales como suspendidos en el tiempo.

Era extraño, como mínimo. Los garabatos que Grey hacía con su pincel en el aire parecían trazos en un lienzo invisible. De repente se detuvieron. El dibujo era de una manzana dorada. El pintor también había esbozado un cuchillo, y demostró, para el asombro de todos, como podía cortar rebanadas de ese fruto. La idea de poder comerlo como tal pareció causarle la última gracia al dueño del Museo de Truce, pues fue apuñalado por aquella navaja. La sangre vertiéndose de su estómago no era pintura, eso es seguro.

La conmoción dentro de Gilbert no duró tanto, pues las palabras de Melody le dieron valor. Lo siguió un poco más, pasando por al lado del cadáver. Parecía estar buscando una bóveda, pensó al verlo golpear las paredes con la parte de madera del pincel.

—M-Maravilla, ¿me copias?... Entiendo, pero no puedo esperar más. Solo controla desde afuera, creo que no habrá necesidad de llamar tanto la atención aquí arriba —dijo mientras le hacía una señal a Regulus para que vigile la escalera. Por supuesto que el detective acató la orden, no tenía intenciones de facilitarle las cosas.

Gilbert se acercaba lentamente, sin que su presencia fuese sospechosa. Logró agarrarlo del cuello, por su espalda. Pronto se dio cuenta de que tenía que hacer puntas de pie. Lo que facilitó la tarea a Grey para tirarlo contra una pared mientras se sacudía. La columna sonó al estrellarse contra el muro, una puerta se abrió justo donde había chocado.

Una caja fuerte con una rueda de combinación guardaba el preciado botín.

—Espléndido —dijo Grey dibujando flores en el aire.

Gilbert estaba haciendo un gran esfuerzo para ponerse de pie, pero terminó sentado, con algunas dificultades para respirar.

—¿Eso valía la vida de ese hombre? —dijo jadeando.

—Ciertamente, sí. Para mis motivos no hay tanto valor en la vida. A menos que me sean de ayuda —dijo Grey girando el pincel entre sus dedos.

—¿Y al final para qué? Está cerrada.

—En eso, te equivocas. Mira y verás —dijo mientras la pintura en la punta del pincel cambiaba a negro.

Se dedicó unos minutos a trazar un círculo perfecto alrededor de la rueda que guardaba la combinación de números. Una vez lo tuvo listo, solo lo rellenó de color negro, y poco a poco la rueda fue desapareciendo, hasta que solo quedó un agujero que dejaba entrever un cuadro guardado.

—¿Hay alguna diferencia? —dijo Gilbert riendo—. Son solo pinturas.

—El arte puede salvar vidas, niño. Pensé que tenías cierto cariño por las vidas —dijo queriendo imitar el tono de voz de Gilbert terminando la frase—. Deberías tener en cuenta que no siempre puedes salvar a todos. De hecho, creo que uno de mis hombres ha sido abatido. Maldición. No importa, son solo pinturas. Dime, ¿qué los trae por aquí? —dijo forcejeando lo que quedaba de caja fuerte—. Descuida, no tengo intenciones de hacerte daño aún.

Gilbert dudaba. La serenidad con la que Grey simplemente estaba existiendo en ese momento le parecía inusual.

—Te aconsejo que entregues la Llama de Alma que nos falta. Te superamos ampliamente en número. En este momento la Mansión D'Alterier está siendo atacada por los Oníricos —dijo con una voz temblorosa.

—Si no me matas aquí, poco podrán hacer. Por otro lado, ¿crees que obtener lo que les falta los hará salir victoriosos? Créeme, es mejor que me quede con la Llama de Alma, al menos por un tiempo. Cuando consiga todos los cuadros de Reveur, la devolveré. ¿Trato?

Antes de que pudiera responder, Grey había logrado sacar el cuadro cubista enmarcado en oro del antiguo rey de Reveur.

—Parece que los Oníricos han ensuciado su imagen ante los ojos de sus protegidos ciudadanos de Reveur —dijo contemplando el cuadro—. Quizás necesiten ayuda con eso.

—Admito que su oferta es tentadora —dijo Regulus mirando desde lejos—. Pero es algo que podemos solucionar nosotros mismos.

—¿Pueden? —dijo Grey riendo—. Asumo que debe llamar su atención como los Árboles, a pesar de pertenecer a Oniria, salen a la vista en la ciudad al igual que este frío tan abrumador. Sugiero que colaboremos, al menos un tiempo. La Deidad de la Muerte no perdonará a nadie de cualquier manera.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Regulus a Gilbert.

—He oído del viejo Wrong, que una vez todo fue una sola... cosa. Las realidades, quiero decir. Quizás...

—Ordena a tu guardaespaldas que deje de abatir a mis hombres, niño —dijo Grey.

—M-Maravilla, alto al fuego. Déjalos tranquilos. Está todo bajo control, no interrumpas sus asuntos.

—Bien. Ahora, necesito estos cuadros. Me quedará con este.

Pasó su pincel sobre la pintura cubista y de repente el pincel pareció absorber aquellos colores, para pasar a borrar el dibujo hasta que el cuadro quedó completamente blanco como un nuevo lienzo. Al instante, una nueva obra estaba siendo diseñada. Un paisaje lleno de árboles en la oscuridad, una antigua casa de aspecto espeluznante internada en el fondo de aquel profundo bosque.

—*Voilà!* —dijo Grey—. Este es el lugar, debería servirles para guiarse. Reunámonos todos. Tenemos asuntos que discutir. Obviamente, tendrás que matarme aquí mismo, para hacer el proceso más natural. Tánatos podrá sentir que perdí mi cuerpo humano asignado. También es una garantía que les doy. Estaré vulnerable, no lo desaproveches.

Gilbert titubeó. Más cuando Regulus le puso el revólver delante de sus ojos.

—Es tu turno, niño —dijo Regulus tirando la colilla de su cigarrillo a las plantas—. Una familia más honrada podrá ayudar a calmar a la ciudad. Pero un líder con coraje será necesario, un líder con valor. No hace falta que seas el mismo temerario Barón A. o que tengas poderes heredados, solo ser bondadoso y justo. Pero debes tomar el primer paso, de lo contrario, solo serás un charlatán más, un político como el rey. La ciudad no necesita eso, te lo aseguro.

—Entiendo —dijo Gilbert tomando el revólver—. Esto es lo que debo hacer.

—Miren el cuadro con detalle antes de cruzar el Espejo. Tengan en consideración que nadie que quiera hacerme daño puede entrar a la mansión. No se asusten por lo que encuentren ahí —dijo Grey poniéndose de rodillas para que el largo cañón del revólver le quede en la frente.

No brotó sangre del agujero que el disparo provocó, pero no hubo dudas de que ese cuerpo estaba sin nada que pudiera hacerlo moverse como si realmente estuviera vivo.

Una vez fuera del Museo de Truce, las camionetas ya estaban perdiéndose en el oscuro horizonte de la apaciguada ciudad. Algunas luces titilaban y nada más que las ratas pasaban de una calle a otra; resultaba aterrador pensar que todo estaba en calma. Ni siquiera había víctimas siendo perseguidas en plazas o en estrechos callejones para ser colgadas de cabeza en el alumbrado público.

Seguramente el trabajo de los Oníricos estaba dando resultados.

—Aquí estamos —dijo Gilbert frente al Espejo examinando cada detalle del cuadro—, ¿crees que llegaremos justo ahí?

—Si no lo intentamos, no lo sabremos —dijo Regulus como queriendo dejarle alguna enseñanza.



Las copas de los árboles que se mecían levemente por la brisa parecían perderse en el cielo nocturno.

—¿No crees que estamos perdidos? —dijo el Canario al Lobo—. Es decir, no conozco esta parte de la ciudad, pero...

—Ya cállate un poco, solo has hablado y hablado desde que estamos buscando la vieja mansión —dijo el Lobo harto de que lo torturen con la misma pregunta una y otra vez.

—No hay duda de que vas bien para reina —dijo la Mariposa burlándose, pero dándole un pequeño golpecito con confianza en el hombro.

—Canario, no se puede ver la luna en absoluto. ¿Estás segura de que quieres continuar? —dijo la Gata.

—Aún tengo algo de luz de luna en el báculo —dijo mirando la media luna de cristal a mitad de luz lunar acercándola a su cara como si no viera nada.

El Águila se veía un tanto incómodo con la prácticamente nula visión que tenían.

—Las Pesadillas nos están siguiendo. Escuchen cómo crujen algunas ramas en el suelo. Canario, deje que la mantenga bajo mi protección, guarde sus recursos para la Vanguardia.

—Aquí está —dijo el Lobo deteniéndose de tal forma que todos chocaron contra él.

## La Mansión de la Lujuria

*En el bosque al sur de Oniria...*

Las tres portadoras de los hijos de Hipnos estaban frente al umbral de la puerta en aquella antigua mansión. Ante ellas parecía proyectarse un portal a una dimensión desconocida más allá de la razón. Una viscosa capa rosada estaba pegada en los bordes de la madera. Era como una goma de mascar que cubría la entrada a la mansión. A la Mariposa le pareció más bien como una extraña nebulosa cuando se atrevió a meter una parte de su espada para verificar que era aquella cósmica barrera que aparentemente les impedía el paso.

Ni una de las tres titubeó a pesar de que en las tierras delante de la mansión las cosas parecían un poco complicadas.

Se vieron espalda con espalda frente a todos esos puntos amatistas que los rodeaban. Sin embargo, ninguno parecía estar interesado en corromper Orbes esta noche.

No por fuertes, pero superados ampliamente en cantidad...

—Señor, ¡creí que se ocupaba exclusivamente de esta parte de la ciudad! —dijo el Águila empujando a una Pesadilla contra otras tres con la parte plana de su espada—. Daba por hecho que las complicaciones aquí serían prácticamente nulas.

—Estuve muy ocupado últimamente... —El Lobo había sido interrumpido por una Pesadilla que se colgó de su cara mientras intentaba apuntar con su ballesta.

Tanto el Lobo como el Águila se entregaron al combate con una fe ciega puesta en que un gigantesco árbol les indicara que ellas pudieran completar su parte.

El leve reflejo del Canario por voltear la mirada hizo que la Mariposa la regañara con una severidad poco usual. Una voz metálica chilló en los oídos de los que pudieron llegar a oírla adecuadamente, cortando lo que el Canario seguro le reprochaba a la Mariposa. Pero antes de que siquiera empezara a entonar alguna palabra clara un pequeño desperfecto hizo estallar los comunicadores. Las tres se los quitaron como si fueran cucarachas que cayeron repentinamente sobre sus cabezas.

—Lo que nos faltaba —gruñó la Gata—. Nosotras debemos pasar a través de esto entonces —dijo la Gata acomodando sus guantes azules.

—Están haciendo su parte —dijo la Mariposa.

Al cruzar el umbral de la puerta, el espacio-tiempo pareció curvarse en un remolino infinito de polvo estelar con nubes rosadas que se regurgitaban a sí mismas en algún punto lejano una y otra vez. De un segundo a otro, el invisible suelo donde estaban paradas se deshizo y cayeron en picada hasta que rompieron los límites de la dimensión rosada y caían por un tobogán de arcoíris con el sol y la luna cambiando sucesivamente sobre ellas como si alguien manipulara el tiempo desde las manecillas de un reloj intentando buscar la hora adecuada. El tobogán bajó todo el recorrido, haciéndoles ganar una velocidad tal que cuando por fin subieron para ser expulsadas volaron tan lejos que el arcoíris desapareció de su vista.

“¡Absorbe esto!”, escuchó decir la Gata cuando la Mariposa paso a un lado de ella.

—¿Crees que no lo intenté?! —dijo la Gata cuando se encontraron estampadas como estrellas de mar contra el suelo de una desértica tierra bajo el sol que apenas dejaba que el Canario abriera los ojos.

—¿Alguna escuchó algo antes de que los comunicadores explotaran? —preguntó el Canario tapando el sol con una mano sobre su cara.



El suelo debajo de ellas comenzó a temblar como si fuese un gran tambor, cada vez más, y más, y cuando la mareada Mariposa se puso de pie sacudiendo su cabeza con una mano sobre sus sienes, levantó la mirada ante aquellas patas gigantes que venían en procesión hacia ellas. Cuando las nubes se disiparon y ellas corrían, el Canario volteó para ver de qué se trataba. Una manada de elefantes gigantes con cabeza de trombón las perseguía. Sus grandes pisadas hacían temblar la tierra y las levantaban en el aire, y más aún, las olas de arena que generaban los trombones estaban cada vez más cerca.

Se detuvieron en seco. Delante, unas estatuas de arena como momias venían hacia ellas. La espada, el arco y la daga lograron abrirse camino. Sin embargo, el ardiente clima las tenía exhaustas.

—Tendremos que derribarlos de alguna manera —dijo el Canario sentándose en la arena, observando cómo la manada se acercaba.

—No creo que sea lo más conveniente —dijo la Mariposa—. ¿Se han dado cuenta de que no podemos hablar con los hijos de Hipnos?

—En absoluto —dijo la Gata jadeando.

El cielo se tornó negro como si una gran tormenta se acercara. Las nubes formaron una malévola sonrisa que le recordó a la Mariposa a aquel demonio que se encontró cuando ayudó al deshecho Lobo en la Cúpula de Hipnos.

—Velvet, tú dijiste que el nuevo líder de la familia D'Alterier te dijo que nos necesitaba aquella vez —dijo la Mariposa sentándose cruzada de piernas al lado del Canario—. Dentro de la ilusión que vi cuando curé a Fausto, había un gran demonio. Pudo haberme matado, pero no lo hizo.

—Ciertamente, pero no es tiempo para hablar, parece haber cambiado de planes, ¡cuidado! —dijo la Gata poniéndose delante de ellas.

Una marea gigante de una arena casi cristalina se alzó sobre las tres. Frente al pavor que la atravesó hasta la delicadeza de su última célula, la Gata levantó el atrapasueños en un desesperado intento porque Fobétor pudiera de alguna manera darse el lujo de tragarse toda esa arena, aunque no fuese su plato favorito. No hubo ni un leve

movimiento en el collar, ni en el rubí que parecía estar negro. A pesar de esto, tuvieron al menos la momentánea suerte de que la marea se levantara verticalmente muy cerca de ellas, lo suficiente para hacer retroceder a la Gata haciendo que se tropezara con las otras dos.

Fueron astutas al tomarse de las manos. El torrente de arena cayó sobre ellas, golpeándolas tan fuerte que de un instante a otro estaban sumergidas en el fondo de un gélido mar. Pronto lograron nadar hacia la superficie gracias al Canario.

—Si seguimos así, moriremos sin duda —dijo la única que sabía nadar.

—Esto nos acabará, no tenemos manera de defendernos. Aunque sospecho que ese debe ser el problema, cada escenario nos deja en desventaja, como si estuvieran armados para repelernos —dijo la Gata.

—Eso es —dijo la Mariposa—, esta Vanguardia me recuerda a la frase que dice no hay mejor ataque que una buena defensa. El Inframundo mismo podría venir a socorrerla, pero sin embargo nadie se ha mostrado tan interesado, ni siquiera el Cuervo, ni esos llamados Jueces del Inframundo

—¿A qué quieres llegar? —dijo la Gata.

—Esta Vanguardia se está protegiendo de todos. Por alguna extraña razón debe querer proteger la Llama de Alma que falta. Esto no es más que un mecanismo de defensa.

Entonces, la marea subió como en un torrente que se asemejaba a una gran erupción volcánica. Cuando la turbulenta corriente las dejó libres, estaban flotando en el espacio, rodeadas de cientos de miles de estrellas. Una enorme luna se les acercó. Estaba rodeada por un anillo de roca con una antigua cerradura de piedra en forma de rombo. Las tres sintieron una presencia amenazante en algún lugar del espacio.

—¡Creo que el demonio se acerca! —dijo la Mariposa al ver la silueta negra apartar las estrellas detrás de la luna.

El Canario, aunque de cabeza, ya había tensado su arco apuntando aparentemente a la criatura entre sus ojos.

—No, esperen —dijo la Mariposa—. Esta es nuestra oportunidad.

Se acercó nadando en el espacio para asegurarse de que la silueta pueda verla a detalle. Las otras dos hicieron lo mismo una vez que notaron cierta tranquilidad en aquella intimidante presencia.

—No te lastimaremos —dijo la Mariposa levantando las manos—. Tampoco te mentiremos. Queremos la Llama de Alma que nos falta. Estaremos dispuestas a aceptar un trato que nos beneficie.

El ambiente se rompió como una foto enmarcada que acababa de caerse al suelo. Los trozos del universo volaron hacia ellas, o ellas caían a la oscuridad de la nada.

El trance dejó de afectar primero a la Gata cuando su cabeza hizo *tuc* al caer de repente en el suelo de madera dentro de la mansión. Una tras otra, la Mariposa y el Canario cayeron sobre ella.

El misterioso miembro de la Vanguardia esperaba por ellas sentado al lado de una chimenea, aparentemente dibujando en un lienzo sobre un caballete.

—Qué manera más extravagante de usar una guadaña —dijo la Mariposa al ver cómo el filo de la guadaña se había convertido en su paleta de colores.

Al Canario le llamó la atención como las paredes del lugar estaban decoradas con cuadros de exóticas bailarinas de cabaré.

—Así que para esto querías los cuadros —dijo la Gata estirando su látigo.

En ese momento la Vanguardia le apuntó con el pincel chorreando de pintura rosada.

—Baja eso, Velv —dijo el Zorro descendiendo las escaleras—. Estamos a salvo aquí, por ahora.

La Gata lo pasó de largo con la mirada sin tanta importancia. Sus ojos vieron una habitación donde las antiguas y maltratadas paredes tenían maniatadas con cadenas y grilletes en forma de X a mujeres desnudas, con la mirada vacía a cualquier lugar. Las que no cabían en la pared, colgaban del techo atadas de los brazos y de los pies al suelo.

—¿Qué es todo esto?! —dijo la Mariposa desenvainando su espada ropera—. Logró perforar el lienzo que la Vanguardia estaba pintando, casi alcanzando las sombras que ocultaba debajo de la capucha negra. Solo oyó una risueña voz de niño que parecía venir de adentro de la túnica.

El León salió de esa precisa habitación recargando su revólver.

—Guarda esa espadita —le dijo apuntando a la Mariposa—. Eso es. Despacio. Manos donde pueda verlas.

Una gota de sudor inició su recorrido desde algún lugar de esa selva pelirroja en la cabeza de la Mariposa hasta pasar por su frente y deslizarse a un costado de su nariz.

“Tranquila, no creo que sean ellos”, dijo Morfeo. “Esa ilusión nos bloqueó como nunca lo hubiéramos imaginado, lo siento”, agregó.

“Perdimos de vista a ese mocoso, Velv. No hagas nada estúpido”, dijo Fobétor.

“Si vas a moverte, procura que sea una flecha fuera de aquí”, dijo Fantaso.

El pintor no se hizo demasiado problema al respecto. Al instante pareció estar trabajando en un nuevo cuadro.

El León se distrajo cuando el Zorro había entrado de nuevo a la mansión. El Lobo y el Águila estaban exhaustos, no se resistían a entrar a pesar de que el Zorro los guiaba amenazantemente con la punta de su lanza.

—Bien —dijo el Zorro—. Solo les pido que no se alteren. Todo está bajo control.

La silla rechinó contra el suelo cuando la Vanguardia se puso de pie. Caminaba de un lado a otro con los brazos cruzados detrás de su espalda, murmurando.

—No estamos en una porción de espacio normal, ¿no es así, Asmodeo? —dijo el León encendiendo un cigarrillo.

—Así es, así es. ¡Esta mansión está embrujada, *buuuu*! Ahora en serio. Está protegida. Protegida de todos aquellos que quieran matarme sin importar quién sea. Pero tengan en cuenta que este hechizo,

si bien lo he diseñado yo, no lo controlo como tal. Un desliz mental con ánimos de hacerme el mínimo rasguño podría ser la perdición. ¿Quién fue la brillante chica que dedujo cómo escapar?

En ese momento la Mariposa se adelantó a los demás.

—Pudiste habernos matado en reiteradas ocasiones, tanto en la realidad como en Oniria. Excepto que el hechizo no nos mataría. Corrígeme si me equivoco. Solo nos tendría en un infinito bucle lejos de tu alcance, hasta la locura. Naturalmente, deshacerse de la idea de hacerte cualquier tipo de mal podría quitarnos de un espacio diseñado para protegerte. No tendríamos razón de existir allí —dijo la Mariposa.

—Interesante. Pensé que nadie podría escapar nunca de ahí desde que ni siquiera el Cuervo se ha atrevido a cruzar esa puerta. Espléndido. Permítanme mostrar mi verdadera forma, estas túnicas negras me disgustan desde el primer día —dijo Asmodeo.

El polvo en el suelo se levantó varios centímetros en el aire cuando la túnica negra se estrelló contra la madera, liberando también chorros de tinta negra por las mangas y por donde se supone que salían las piernas, como brea siendo derramada por la calle. Una criatura de cuerpo pequeño y encorvado se mantenía en vuelo con unas alitas presumiblemente transparentes, pero con tanto énfasis por mantenerlo a una considerable altura en vuelo podían distinguirse. Llevaba un desgastado sayo verde con zapatos de papel confeccionados por alguna peculiar técnica de origami. Quizás sus dotes en la pintura le permitieron hacerse un casco con forma de tomate a medida. Sin embargo, su grisácea piel estaba reseca. Uno de sus ojos era más grande que el otro, pero no tan exagerados como su nariz con forma de gancho. En el bolsillo de su sayo cargaba un pincel avellanado.

—Ahora estoy más a gusto, por fin —dijo descendiendo al suelo a recoger su guadaña.

El humo salía de la boca del León como una chimenea. Todos los Oníricos se quedaron estupefactos. Ni siquiera el Lobo se atrevió a soltar una sola opinión, decidió que sería mejor guardarla no sea cosa que el hechizo lo afectara sin poder salir alguna vez del trance.

—¿Por qué tienes a todas esas señoritas secuestradas ahí dentro?  
—dijo la Gata—. ¿Para qué querías tantas pinturas? Hiciste muy mal en seguir repartiendo Green-V.

—Tengan en cuenta que necesito mantener el hechizo activo hasta lograr mi objetivo. Se necesita más pintura de la que parece para generar todos esos paisajes por los que pasearon —dijo volando hacia su silla, donde continuó pintando usando su guadaña como una paleta de colores—. Las señoritas en esa habitación me sirven como inspiración. A veces pasar entre ellas me dota de nuevas ideas —dijo riendo—. No te preocupes, no son reales. Pero lo parecen, ¿no crees? Están hechas de pintura tomando como inspiración a las chicas más lindas de los burdeles. Claro que ellas ahora están en sus casas. Espero que estén durmiendo.

—¿Pinturas? —pensó el Canario en voz alta—. Podríamos necesitar algunas pinturas —dijo mirando a los Oníricos.

—La gente ahí fuera quisiera vernos muertos... —dijo la Mariposa—. Serían los sustitutos perfectos. Pero, aun así, ¿cómo lograríamos llevarlos a Reveur?

—Las realidades están tenuemente mezcladas. El frío de este invierno interminable sirve como un hilo conductor. Puedes notarlo por los Árboles. No deberían estar ahí. Bueno, sí ahí. Pero no aparecer de ese lado, solo de este —dijo haciendo gestos raros con el pincel—. Hablando de Árboles, quizás podamos llegar a un trato.

—¿Cooperar con una Vanguardia? No me hagas reír —dijo el Lobo tratando de reincorporarse.

—Le doy mi palabra, Fausto. Él se entregó a mí para asesinarlo. Necesitamos trabajar en equipo —dijo el Zorro buscándole una silla al viejo Lobo.

—Al final del día necesitaremos la Llama de Alma —dijo la Mariposa—. No es algo que podamos pasar por alto.

—Lo entiendo. Yo mismo me entregaré cuando el momento sea propicio. Solo debo estar seguro de que dejo todo en buenas manos —dijo Asmodeo mezclando rojo, azul y amarillo.

—¿En qué podemos ayudarte? —preguntó el Canario acomodando el báculo en su cinturón.

—Eso es lo que quería oír. Es difícil saber qué pasará con Tánatos una vez que ustedes logren recuperar a Hipnos. Lo conozco desde hace siglos y siglos. No les dejaré ganarles así como así. Si aún no ha venido a impedirles el paso, es porque necesita que tengan éxito. Hasta donde entiendo, buscará hacer colisionar las realidades para cobrarse la vida de las personas a cambio de la de Hipnos. Sin embargo, no puedo estar del todo seguro.

—Antiguamente solo las Deidades y un manojito de humanos caminaban por estas tierras —dijo el Canario—. Pero Noche se vio obligada a buscar la manera de resolver la rebelión que había iniciado Tánatos.

—Ah, sí. Recuerdo ese día. Tánatos poco a poco esclavizó al Inframundo. Incluso logró derrotar a los Tres Jueces del Inframundo con su espada negra. Doblegó a todos los demonios. Los que sobrevivimos nos arrodillamos ante él, formando la Vanguardia. Luego, llevó todas sus fuerzas para conquistar Oniria bajo la premisa de darle el poder a los humanos, pero encontró su definitivo destierro al ser derrotado por Hipnos y Noche —dijo deteniéndose de pintar por primera vez.

—Sé lo que buscas —dijo el Águila—. Pero dudo de que lo encontremos.

—Puedo decir que lo he intentado desde el primer día, pero no ha vuelto a florecer. Planté y planté árboles de manzana, pero nada ha ocurrido. Todas salieron rojas. Es más, recorrí cada árbol en el bosque, cada árbol en Oniria. Nada.

—Eso es bueno de saber. Limitará las posibilidades y nos ahorrará tiempo. El único lugar posible para el Fruto del Conocimiento es alguno de los tres grandes Árboles de Oniria. Espero.

—¿Fruto del Conocimiento? —dijo la Mariposa cruzada de brazos—. ¿De qué se trata eso?

—Es una manzana dorada, como esta —dijo Asmodeo mostrando el cuadro finalizado en el que había estado trabajando—. Cuando

te comas esto, podrás acceder al conocimiento que tú desees. Si yo tuviese esta manzana de oro, sabría cómo anticipar los movimientos de Tánatos. Es más, hasta podríamos estructurar un plan entre todos.

—Te ofrezco toda nuestra capacidad a cambio de pinturas idénticas a nosotros. Precisas en cada detalle. Quisiera seguirles el juego a las personas. No nos perseguirán una vez que nos vean muertos.

—Son una población, lamentablemente, muy manipulable —dijo el Canario.

—Ahora bien —dijo el León—. Entiendo que no sabes exactamente a cuál Árbol deberíamos ir, ¿verdad?

—No tengo la menor idea. Si yo fuera ustedes buscaría en grupos —dijo Asmodeo mordiendo el pincel.

—No me digas —dijo la Gata torciendo sus ojos hasta que quedaron completamente blancos.

—Espero que esto funcione —dijo el Zorro con cierto temor.

En ese momento, el León le dio una palmada en la espalda que lo hizo dar dos pasos hacia adelante

—No te echas para atrás ahora —dijo dándole ánimos.

—Será mejor que nos movamos juntos. Cuanto más rápido terminemos, más rápido traeremos paz a la ciudad. Aún tenemos unas cuantas horas a nuestro favor —dijo la Mariposa mirando al Canario y a la Gata, quienes asintieron al instante—. Primero iremos a donde estaba el casino, o debería referirme a ese lugar como la derrumbada Torre de la Avaricia.

Asmodeo levantó vuelo agarrando la hoja de su dibujo y avanzó hacia la Mariposa arrancando la hoja en el proceso.

—Conserva esto —le dijo agitado—. Guárdala en tu bolsillo. Ten en cuenta que mis dibujos son místicos, si necesitas, recuerda que puedes quitar esa manzana de la hoja y aparecerá ante ti como si fuese la auténtica. Tengan especial cuidado —dijo apretando su pincel contra su pecho sobre el sayo verde—. El Cuervo puede estar por cualquier parte. Conociendo a Tánatos, pudo haberlo enviado a verificar que todo marche según lo planeado.



El gran Espejo era como una mancha azul entre los ordinarios árboles del oscuro bosque. Asmodeo quedó mirando desde una ventana de la mansión como la formación triangular en la que los Oníricos se dispusieron a avanzar para emprender su búsqueda alejó por sí misma a las Pesadillas que habían quedado con vida luego de haberse batido a duelo unas horas antes.

Algo suave estuvo a punto de aterrizar sobre el pelo de la Mariposa. Sin titubear, desenvainó su espada ropera y cortó por la mitad aquella pluma negra al tiempo que un cuervo gritaba y algunos otros salían de entre los árboles.

—¡Lo que suceda ya nos estaba esperando! —dijo la Mariposa atravesando el Espejo con el puño en alto.

## El Fruto del Conocimiento

Aún había algunos ataúdes astillados y muy mal tratados desparramados en los alrededores. Las robustas raíces del Árbol estaban ocultas bajo los escombros de la Torre de la Avaricia. Algunas se habían machacado producto de los múltiples impactos pedregosos que recibieron. Lo más alto del tronco era como la gran palma de una mano, donde las ramas se disparaban en todas las direcciones cruzándose unas con otras imitando a una gran gota de agua dándole esa delicada forma a la copa. Sus hojas verdes estaban todas acumuladas como explotando de vida, como si todas las ramas, de la más pequeña a la más grande, estarían celebrando haber florecido. La savia iba de paseo con tanta ferocidad que se notaban algunos cortes en el tronco de roble.

El Canario, boquiabierto, levantó la mirada desde el suelo hasta el cielo.

—¿CÓMO SUBIREMOS ESO?! —dijo casi perdiendo el equilibrio debido al vértigo.

—Presta atención, niña —dijo el Lobo agachándose un poco a su altura—. Observa esas protuberancias.

Todos los Oníricos pusieron atención. En el tronco, se desprendían ramas más pequeñas. Parecían entrelazadas, asemejándose a plataformas irregulares.

—Tendremos que escalar —dijo la Gata—. No tengo nada para hacer esto más fácil.

En ese momento, un relámpago rugió en el cielo con un destello blanco. Bien, aunque por las malas, habían aprendido que el clima en Oniria no cambia porque sí.

—León, Águila y... sí, Lobo —dijo la Mariposa—. Deberán quedarse haciendo guardia.

—Cuenta con nosotros, señorita Calloway —dijo el Águila con un movimiento de la capa roja que colgaba de sus hombros.

Las suaves manos de la Mariposa se aferraban a la madera para poder llegar a la primera plataforma. A veces, por más que se esmeraba, sus dedos resbalaban hasta que conseguía dar el próximo paso. Todos se empujaban empleando al límite sus fuerzas, la Gata optó por ayudarse con su daga para escalar con más facilidad.

—¿Por qué no te teletransportaste con tu flecha? —le preguntó al Canario.

No le contestó, pues no estaba por ninguna parte, solo el Zorro iba atrasado con complicaciones propias del vértigo que le generó estar a tanta altura.

—Creo que se quedó abajo —dijo el Zorro—. O no la he visto irse. No lo sé, estoy algo nervioso. Pero no me dejaré dominar por el miedo.

—No mojes tus pantalones —dijo la Gata quitando su daga de donde la había clavado para clavarla un poco más arriba y así sucesivamente.

La Mariposa fue la primera en alcanzar la plataforma. Podía pararse sobre las ramas entrelazadas. Buscó entre las hojas, esperando encontrar aquella manzana de oro.

—¿Alguna pista? —dijo la Gata aguantando la respiración mientras se trepaba con los brazos.

—Deberías avanzar a la siguiente, aun puedo buscar un poco más por acá. Mira, las ramas se forman como un muro, podría estar en cualquier lugar.

La Gata siguió subiendo hacia la siguiente plataforma mientras que el Zorro se las arreglaba para subir, ayudado por la Mariposa, quien casi inmediatamente lo convenció de usar su lanza para picar entre las hojas. De nuevo, no había signos de nada más que hojas.

A medida que seguían subiendo, se escuchaba como el látigo de la Gata castigaba a las hojas buscando desprender cualquier extraña fruta que podría encontrarse allí.

—Solo estamos perdiendo el tiempo —dijo la Gata.

—Nada de eso, sigamos. Estamos cerca de la parte más alta del tronco, allí nos podremos separar uno por cada rama grande, hasta la cima.

—Qué temple —dijo el Zorro recuperando el aire tratando de reír.

El paso por la tercera plataforma fue casi despreciable, puesto que solo estaban las ramas desnudas, no había más que tres hojitas o cuatro.

Ni cautela ni más prisa tuvieron al ver algo moverse arriba del tronco. No llegaron a distinguir muy bien, les era imposible dejar de mirar de donde se estaban agarrando.

—No se desesperen —dijo la Mariposa.

—No creo que mis manos sirvan para algo por un rato, espero que no sea algo malo —dijo el Zorro.

—Estoy empezando a creer que esta no fue una buena idea —dijo la Gata intentando mirar al suelo por primera vez.

La Mariposa fue la primera en poner una mano sobre el final del tronco, pero ya estaba demasiado fatigada. El sudor de su mano la traicionaba. Un pie resbaló en la protuberancia que estaba pisando, dejándola sin más apoyo que el de sus dos brazos sobre el extenso suelo del tronco, casi usando su mentón para no retroceder ni una milésima.

—¡Te tengo! —dijo el Canario agarrándola de ambos brazos.

La Mariposa pudo escalar con su ayuda los pasos que quedaban para llegar al fin a la parte más alta del tronco. Jadeando, se sentó a respirar, mirando como las ramas se separaban por todas partes.

La Gata y el Zorro llegaron un rato después, mientras el Canario buscaba llenar su báculo con los finos haces de luz lunar que las hojas dejaban atravesar.

—Así que subiste —dijo el Zorro sorprendido.

—¿Cómo? —preguntó la Gata.

—Con una de mis flechas —dijo el Canario girando una entre sus dedos, pero con cierta expresión de obviedad en su rostro—. No pensarán que me iba a arriesgar a trepar esta cosa inmensa. No señor. Nos hemos ahorrado tiempo. No está aquí, Mariposa.

—¿Estás segura? —dijo la Mariposa—. Dudo de que hayas podido buscar tú sola entre todo este matorral.

—No hay dudas, he revisado todo mientras trataban de llegar aquí. Puedo ver más allá a través de la medialuna del Báculo de Fantaso. Con los comunicadores sería más fácil, pero ya no los tenemos —dijo sutilmente buscando hacer enojar a la Gata.

A los pies del Árbol, el Águila revisaba los ataúdes que habían quedado cerrados mientras ponía al día al León sobre aquella primera noche, que tan lejana parecía luego de varios meses, cuando Mham jugó sus cartas a la perfección facilitando cuerpos útiles a su señor.

—En cierta medida, agradezco que Rebecca decidiera no asistirnos —dijo mirando a la hebilla con forma de león en el cinturón del detective.

—Quería estar en todos lados al mismo tiempo, pero resulta que no estuvo en ninguno en concreto —dijo el León buscando un cigarrillo, pero no encontró ninguno—. Maldición.

Los truenos retumbaban en la negrura que se alzaba sobre ellos.

—Miren eso —dijo el León—. Parece que anda suelto esta noche.

Su mera presencia hizo que el Lobo, quien parecía estar meditando, abriera su único ojo.

Un tapado de plumas se movía en la lejanía acompañado de una bandada de cuervos cargando jeringas de Green-V aferradas a sus patas. No parecía estar interesado en los Oníricos, o quizás no se había percatado de tal insignificante presencia. Al menos insignificante para él.

—Definitivamente no todos saldremos ilesos de este encuentro —dijo el Lobo, no mirando a cómo el Cuervo iba y venía, muy apu-

rado, usando las Grietas que conectan con el Inframundo, pero mirando a la ferocidad de los truenos en el cielo.

Hubo un breve silencio entre ellos.

—Bueno, por mi parte... —dijo el Águila acomodando los broches que sostenían la capa roja sobre el frac blanco a sus hombros—. Olvidalo —suspiró.

—¿Creen que el anterior Morfeo, Edward Calloway, pudo haber usado el Fruto del Conocimiento aquella noche? —preguntó el León.

—Esa es mi suposición, puesto que no he vuelto a ver esa manzana dorada en la cúpula. Era arrogante e impulsivo. Siendo que Noche está muerta, pudo haberlo hecho con total libertad, no se le impondría a ningún castigo. En mi opinión pudo haber recurrido libremente al Fruto del Conocimiento. Alguien lo usó. Una vez consumido, renacerá en alguna manzana en algún árbol.

—¿Por qué estás tan seguro de eso? —preguntó el León.

—Soy viejo. Sé cosas. Principalmente porque he estudiado con mi difunto hermano las inscripciones de las Ruinas de Cromwell. De cualquier manera, el castigo es poco probable de suceder, casi imposible diría. Puesto que Noche no existe hace demasiado tiempo. Hipnos no lo impartirá como tal, y Tánatos no tendría ni siquiera manera de enterarse —dijo el Lobo.

A pesar de que la primera impresión fue la de un trueno que cayó entre ellos, pronto se dieron cuenta de que el plateado resplandor dejó atrás a una chica rubia con un hoodie celeste y una flecha clavada en una madera a su costado.

—¡¡¡No, no, no!!! —dijo el Canario poniéndose de pie rápidamente, con la cabeza en alto al mismo tiempo que se comía los dulces que Maravilla le había regalado y cubriéndose la boca con ambas manos.

Los demás estaban cerca de tocar tierra firme de nuevo. Miraban con cuidado dónde pisaban.

—Dime que ya lo tienes —le gritó el Lobo a la Mariposa.

Solo cuando consiguió bajar le dio su negativa.

—No pongas esa cara larga. Aún tenemos dos Árboles donde seguir buscando —le dijo con mucho ánimo.

—El Cuervo anda suelto. Considera una ruta de escape, o piensa en algo al menos. No lo podremos contener si decide actuar —gruñó el Lobo.

—Tengo un plan. Solo síganme el juego. ¡En marcha! —dijo la Mariposa.

Sin tiempo que perder, buscaron el siguiente Espejo lo más pronto posible. La Mariposa ya tenía una vaga idea de dónde podía ubicarlo. Ese altercado con la policía no lo olvidaría en un buen tiempo, y de no haber sido por ese espejo no los habría evadido del todo.

—¿Se dieron cuenta de que los Árboles están en cada extremo cardinal de la ciudad? Quiero decir, la Torre de la Avaricia estaba en el norte. Ahora estamos en el extremo oeste, en el Circo de la Pereza, o bueno, donde solía estar el Laboratorio Volgen —dijo la Mariposa apuntando a sus alrededores intentando sacar conclusiones.

—Así es, señorita Calloway —dijo el Águila—. Los cuatro están en cada uno de los extremos de la ciudad. Solo nos falta el del bosque, al sur. Una vez que todos hayan vuelto a florecer, la Corriente de los Sueños volverá a cubrir Oniria.

—Estupendo. Estoy ansiosa por curar todos esos Orbes infectados con Green-V. A propósito, tengo un Orbe en particular con el que me interesa probar la efectividad de la Corriente de los Sueños, es de un viejo amigo.

—Solo podemos esperar por el mejor de los resultados, señorita Calloway.

Lo que quedaba de la colosal estructura con forma de pentágono estaba cada vez más cerca de ellos. Era fácil ver que estaba casi destruida por completo. El gran Árbol la destrozó.

Algo llamó la atención de la Mariposa.

—¿Acaso son todos los Árboles iguales?

—De hecho, sí. Todos son exactamente iguales —dijo el Lobo—. Aunque ahora tienen la pequeña diferencia de una manzana dorada.

—Espero que sea este —dijo el Zorro como dudando de poder volver a subir.

La Gata sonrió al ver las instalaciones del laboratorio partidas a la mitad. El Árbol lo partió como una cascara de huevo.

—Olvidé agradecerte —le dijo a la Mariposa—, si no hubieses llegado justo a tiempo...

—Está bien. Deberías agradecer más a los Acróbatas. Ellos se preocuparon por ti en primer lugar.

El Canario sacó el Báculo de Fantaso de su cinturón e inmediatamente cargó de luz lunar el cristal.

—¿Visualizas algo? —preguntó el León.

—No. Pero no puedo asegurar que no esté ahí. Es bastante alto, y hay demasiadas hojas de por medio —dijo dándose golpecitos con el báculo en la otra palma de su mano—. No, Mariposa, no me mires con esa cara. No podría resistir otra teletransportación, me retuerce las tripas. Además, no tengo más dulces.

—A mí no me engañas, tienes miedo —dijo la Mariposa burlándose, con un tono que cambió de un segundo a otro al igual que su mirada—. Puedes dármelo a mí, con gusto haré los honores —dijo extendiendo su mano.

—Eso sería demasiado descuidado —dijo la Gata señalando algo que un trueno pareció olvidarse en el cielo.

—¿Qué es eso? —dijo la Mariposa siguiéndolo con la mirada.

En el cielo pudieron distinguir a un jinete de armadura dorada, montando las riendas de un caballo azabache que relucía en la conjunción del cielo y el resplandor lunar, hasta que se perdió en el negro del cielo más allá del alcance de la pálida luminiscencia.

—Decídanse ya mismo —dijo el Lobo—. Faith, basta de juegos, sube tú. Se está acercando.

—Pero no está en ningún lado, Lobo —dijo el Canario mirando al cielo.



—Tenemos compañía —dijeron la Mariposa y la Gata a coro.

El Cuervo se acercaba caminando lentamente, casi sereno. Sobre él, sus fieles mascotas volaban como un halo negro, bañándolo con las plumas que dejaban caer sobre él como el rocío en la realidad. El sonido de sus pasos sobre el pavimento imitaba el segundero del reloj.

La respiración del Canario comenzó a acelerarse mientras aferraba el báculo a su pecho recordando la brutalidad que él ejerce sobre sus incontables víctimas como algo normal en su siniestro proceder, pero que ahora le helaba el corazón de solo pensar cuánta sangre podría correr en este preciso instante. Vino a su cabeza lo que precedió a aquella partida de *Street Fighter II* contra Dean en el centro comercial.

—Volveré a subir —le dijo el Canario a la Mariposa, viéndola a los ojos—. Solo prométnme que no serán vencidos esta vez.

—Te doy mi palabra, espero que sea suficiente. Pero date prisa, es solo un sacudón más —dijo la Mariposa—. Hipnos te lo agradecerá.

Con el tambor de su revólver cargado, el León inauguró su primer disparo de la noche. Consiguió impactar en el pavimento a modo de advertencia, pero la figura enmascarada no se detuvo. De hecho, mostró las palmas de sus manos desnudas, lo cual no representó nada para la Mariposa. Ella bien sabía de lo que el Onírico traidor era capaz.

El segundo disparo impactó en un poste de luz detonando la lámpara como si fuese una campana. Una campana que marcó el inicio de la breve travesía del Canario, una vez más, a lo más alto del tronco del Árbol, arrancando algunas hojas en el camino.

—Ahora estaré más tranquila —dijo la Mariposa caminando en la misma línea que el Cuervo.

La Gata la vio con una preocupante mirada, que solo logró disiparse de su rostro salpicado de pecas una vez que distinguió la mano de la Mariposa en su espalda como haciéndoles un gesto para que esperen.

—Ya estabas tardando demasiado, ¿no lo crees? —dijo creyendo mirarlo a los ojos debajo de la máscara con forma de cuervo.

—He conseguido que Tánatos sea benevolente y me envíe a mí en lugar de los Jueces del Inframundo —dijo mostrando que ya no cargaba su bastón en su cinturón.

—Veo que te has agotado todas las dosis de Green-V —dijo la Mariposa al notar la corredera en forma de cruz vacía

—No hay nada que puedas hacer por ellos. Ni por nadie, realmente. Solo eres el insignificante resto de algo mucho más grande que va más allá de tu comprensión, Morfeo.

Al son de un trueno, la Mariposa apretaba los dientes y deslizaba su mano para desenvainar su espada ropera.

—Estoy desarmado —dijo el Cuervo—. Sería completamente deshonroso atacarme así, nada digno de un buen duelista —dijo mirando al Águila.

—Déjalos fuera de esto. En este momento somos tú y yo, quinta Vanguardia. ¿Cómo te atreves siquiera a verlos luego de lo que les has hecho?

—Hemos tomado caminos opuestos. Comencé por el este, en el castillo sobre el mar congelado. Nada. Asumo que, si estamos aquí, ustedes comenzaron en el norte. Por lo tanto, tengo el honor de hacerles saber que está en este Árbol —dijo el Cuervo.

—¿Esperas que te lo entreguemos, así como así? Sigue soñando —dijo la Gata.

—¡No te metas en esto! —le gritó la Mariposa viéndola sobre su hombro a través de la cortina de cabellos pelirrojos.

—Espero que tu brillante mente se dé cuenta de que este es el método más pacífico. De otra forma, podría ponerse mucho peor. No porque alguien o algo pueda lastimarlos, al contrario, serán mantenidos con vida. Exceptuando la parte en la que se los encerrará en los calabozos del Inframundo. Seguro que el León está habituado a los calabozos subterráneos, corrígeme si me equivoco, León.

Regulus el León entendió con claridad que ese asunto, por más heroico que haya resultado, no merecía ser traído a la mesa. Solo importaba lo que Morfeo pueda manifestar, y el juicio radical que

tome. Pese a ello, no hubo tal decisión. El etéreo resplandor blanco de la flecha interrumpió cualquier proceso racional en la cabeza de la Mariposa.

“*Buaaajjj*” o muy parecido, fue el sonido del Canario al aterrizar y desplomarse sobre sus rodillas a vomitar como un volcán que acababa de hacer erupción.

El Canario se había aferrado casi en posición fetal a la manzana de oro. Reía con los ojos cerrados. La Gata no tardó en darse cuenta de que a juzgar por su rostro, estaba pasando por una terrible enfermedad. Su cara estaba pálida, con las mejillas afiebradas, y unas claras ojeras casi moradas.

—Excelente —dijo el Cuervo acercándose, como poseído por el dorado de la manzana.

—Detente —dijo la Mariposa posando su espada sobre el pecho del Cuervo—. Te lo entregaré, pero no te permitiré volver a acercarte a los Oníricos. Hazte a un lado.

Miró rápidamente los ojos de todos no bien le dio la espalda al Cuervo, como si en el reflejo de sus pupilas buscara asegurarse de no ser apuñalada a traición.

—De pie —dijo dándole una patada en el estómago al Canario, al mismo tiempo que le ponía la punta de su espada en el cuello, casi pinchándola—. ¡DE PIE!

—Necesita algo de inspiración —dijo la Gata tronando sus dedos.

En ese momento, el Lobo cargó su ballesta apuntando al abatido Canario, al igual que el León se puso a la izquierda de la Mariposa en caso de que el Canario huyera teletransportándose una vez más. De cualquier manera, el Águila caminaba muy de cerca por si algo se salía de control. La Gata la puso de pie. Si bien apenas podía mantener el equilibrio por su cuenta, la soltó y colocó su mano sobre el estómago del Canario. Le mostró su daga al Cuervo. Solo para que viera cómo la apuñalaba en el estómago una y otra vez.

En ese momento el Águila pasaba delante del Cuervo, contemplando la cruel traición.

—Es suficiente —dijo la Mariposa—. Dame eso.

Le arrebató la manzana dorada de la mano.

—Está hecho —dijo empujándola para que caiga de espaldas sin más

—Impresionante —dijo el Cuervo aplaudiendo—. Demasiado impresionante.

—Ella no era más importante que todos nosotros. Cualquiera podría cargar el Báculo de Fantaso. Puedes retirarte. Haz lo que debas. No abandonaremos nuestros deberes. Buscaremos la manera. Algún día arreglaremos nuestras diferencias, quinta Vanguardia.

—Ese día pronto vendrá. Los planes de Tánatos son inevitables —dijo haciendo una reverencia.



No era la primera vez que la camisa de Regulus tenía huellas de sangre marcadas, sin lugar a dudas. Regulus había envuelto la mano ensangrentada de Velvet con su fino chaleco de vestir del color de la oliva. La ayudaba cargándola debajo del hombro, casi arrastrándola, mientras ella reía de una manera maniática, cabeza en alto, con lágrimas brotando del rabillo de sus ojos.

—¿Qué fue todo eso? No hacía falta tanta violencia. Velv, tu mano... —dijo Faith con una evidente debilidad no solo en su voz, sino en todo su ser, mientras era cargada en los brazos de Melody.

—Un plan de último momento. Te dije que no nos dejaríamos vencer. Bueno quizás un poco sí... casi —dijo contagiándose de la risa de Velvet.

—Sin palabras —dijo Fausto con su pipa en la boca.

—Sabía que ese dibujo de Asmodeo nos serviría para algo. Menos mal que me siguieron el juego. ¿Tomaste la manzana dorada, Velv? —dijo Melody.

—La tiene en el bolsillo de la gabardina —dijo Regulus palpando la prenda.

Gilbert hizo los honores en la puerta de la cabaña de chimenea humeante entre los árboles.

—¡¡¡¿¿¿OTRA VEZ USTEDES???!!! —dijo Susan casi enojada, casi sorprendida, casi estupefacta, pero sin dudas con un profundo anhelo por ayudar tantas veces como fueran necesarias.

## El juicio del Inframundo

Al parecer una fiebre se había apoderado de Faith, aunque ya lucía más en sí misma. Al menos eso pensaba Gilbert mirando cómo Susan le volvía a poner un paño frío sobre la frente.

—¿Se pondrá bien? —dijo con algo de culpa en su voz.

No hubo ni la mínima oportunidad para la respuesta de Susan.

—Dame un rato, ya se me va a pasar. Aún tenemos algunas horas a favor, estamos en plena madrugada —dijo Faith—. Necesitamos traernos las copias y ubicarlos. La primera noticia de los medios será la ejecución pública de los Oníricos y el suicidio de la reina.

—Con que te mejores un poco Melody podrá curarte al volver a Oniria —dijo Susan.

Los oídos de la chica Calloway captaron esa frase.

—¡Claro! —dijo Melody sentada en la sala de estar—. Curarte en un estado tan deplorable no sería muy agradable para mí, dame algo de ventaja —dijo con una mueca sonriente.

Mirando lejos en el nevado paisaje, el viejo Appleseed parecía estar meditando alguna retorcida idea. Pero de un segundo a otro, Fausto se puso a buscar incansablemente algo por toda la casa. Revolvía en todos los cajones ahora que Susan no podía vigilarlo de cerca.

—A propósito, ¿dónde está Lupinel? —preguntó Melody al verlo pasar, pero no le dio el mínimo de atención—... tendré que descubrirlo por mi cuenta entonces. Nunca lo he visto salir de Oniria.

La gabardina roja de Velvet estaba colgada en un perchero en la entrada de la cabaña. Regulus andaba cerca, haciéndose el distraído, buscaba acercarse a la manzana dorada.

—No te lo recomendaría —dijo Melody yendo a ver a Faith—. El mismo Cuervo se puso casi como poseído al verla, deja que Asmodeo se encargue.

—¿Cómo le confiarías esto, si es que el Cuervo ha perdido la cabeza al verla?

—Tenemos un trato. Nuestra palabra está involucrada, no pasará nada malo. Solamente tenemos que resolver cómo obtendremos la última Llama de Alma —dijo Melody.

En tal caso, Regulus tuvo unos cuantos malos entendidos hace meses con ciertos agentes del Laboratorio Volgen. Haber vivido tanto tiempo a la sombra de un engaño con una fe ciega puesta en un trato de palabra ya no era de su agrado.

—Como tú digas, Calloway. Me limitaré a tener mi revólver preparado, como siempre —dijo Regulus desplomándose sobre los sillones.

Susan estaba, seguramente, revisando a los pacientes en la habitación que estaba más a la izquierda al lado de la cocina cuando Melody entró a la habitación de Faith, donde ella había estado dos veces desde que su jornada como Morfeo había comenzado.

—¡Cuánta energía! —dijo viendo cómo Faith movió todas las sábanas sentándose sobre la cama.

—Si Velvet está lista, deberíamos volver a la mansión. Resolvamos todo esta noche, así cuando sea de día no estaremos tan presionados. La gente solo quiere un buen espectáculo para contentarse, luego solo harán de cuenta de que no existimos más —dijo Faith haciendo una cola de caballo en su cabello rubio.

Un macabro sonido podía apenas oírse. Era melancólico, y lento. Una nota era más alta, y la otra notablemente más baja, casi quejándose de su antecesora. Una cada vez. Como si entre cada tecla del piano la mano del pianista tuviese atada una pesa al suelo muy difícil de mover.

Melody salió sin entender de dónde provenía ese perturbador sonido, que al parecer no molestó mucho a los demás. Parecían bastante tranquilos con esa atmósfera.

—Velvet parece haberse recuperado, cariño —dijo Susan cargando una bandeja de plata con una taza de café—. Sabía que conseguir un piano eléctrico no era mala idea. Ven, de paso ves a Pierre. Sigue igual que cuando lo trajiste.

... *Pum-pim-tum-tim-pu-pi-pu-pi-pu-pi...*

La hermana mayor de los Acróbatas estaba sentada en un puff cubo de cuero negro, cruzada de piernas, con la mirada puesta en Pierre, como controlando su respiración. Era raro verla sin su gabardina roja. No le era necesario ver las notas que buscaba, sus dedos siempre caían en la nota adecuada para responder a la anterior. De hecho, solo estaba usando una mano. La mano en la que tenía una venda puesta de tal manera que solo sus dedos estaban libres. Le recordó a Melody esa primera noche que visitó a Susan, al principio de su aventura.

—¡Ay! Tus cortes, ¡se están abriendo! —dijo Susan al ver cómo la venda se teñía lentamente de rojo.

Velvet solo sonrió y empezó a acelerar el tempo, al mismo tiempo que esa sonrisa que se dibujó en su rostro se hacía más y más puntiguda, y suspiraba.

—¿Has considerado que, eventualmente, el mismo Tánatos descubrirá que lo hemos engañado? —dijo volteando su cabeza lentamente hacia Melody en cada palabra.

—No me preocupa demasiado. Hipnos podrá solucionarlo de alguna manera. Además, Asmodeo podrá saber finalmente cómo deshacerse de Tánatos, y ahí estaremos para ayudarlo —dijo Melody.

—Vamos, vamos —entró Faith apurándolas—, todos se están preparando. ¿Quién es este tipo? —preguntó al ver a Pierre durmiendo en la cama.

—Un viejo bibliotecario amigo mío. Cuando recuperemos la Corriente de los Sueños su Orbe será el primero que limpiemos de Green-V.



—No veo por qué no. En marcha, cada vez falta menos —dijo Faith despreocupada, agarrando el café que Susan le había traído a Velvet.

La Mansión de la Lujuria los esperaba frente al Espejo oculto entre los árboles, junto al Águila montando guardia en los alrededores. La pluma negra que la Mariposa había cortado seguía ahí, así como también el cuervo de ojos rojos posando sobre la rama del mismo pino en el que había estado antes.

—¿No creen que podría estar espiándonos con eso? —preguntó el Canario.

—Regulus, haz los honores —dijo la Mariposa.

La bala del revólver magnum eructó una bala para hacer estallar al ave.

—Recuerden el hechizo —dijo la Mariposa—, no entren con la cabeza puesta en lastimarlo. En especial tú, León.

La purpurina nebulosa fucsia les dio la bienvenida en el umbral de la puerta. Al otro lado, el mismo lugar entrópico, adornado con cuadros y una aparente habitación casi dedicada al masoquismo donde Asmodeo buscaba inspiración.

Se mantenía en el aire con sus alitas. Algo se reflejaba en el cristal ocre de sus anteojos redondos, probablemente parte de su actual trabajo sobre el trípode de madera. El cual le cuadruplicaba el tamaño fácilmente. Su sayo verde estaba salpicado de colores, parecía haber estado limpiando su pincel avellanado con este. Tenía lienzos recostados por la pared donde se habían ilustrado modelos a escala de cada Onírico, quizás con expresiones un tanto impropias de ellos, como si fuesen un falso anuncio.

—Yo no sonrío así. Es más, no sonrío tanto —dijo la Gata viéndose a sí misma.

—Deberías —dijo Asmodeo colocándose su casco en forma de tomate.

A continuación, procedió a tomar el lienzo enmarcado como si diera un gran abrazo. Sus alas parecieron hacerse invisibles al luchar

por mantenerse en vuelo para colocar el último cuadro sobre la pared. De repente se detuvo en seco.

—Déjame a mí —dijo la Mariposa agarrándolo en el aire con una mano—. Por cierto, ¡me veo genial!

—Hice mi mejor esfuerzo, no los conozco tan bien —dijo Asmodeo un tanto agitado—. ¿Tienen el Fruto del Conocimiento?

—¡Por supuesto! —celebró la Mariposa.

—Asmodeo, ten en cuenta lo siguiente. Los jueces del Inframundo están por aquí —dijo el Canario.

—Pero hemos conseguido algo de tiempo —agregó la Mariposa—. Le di un buen uso a la falsa manzana de oro que dibujaste.

—Interesante, puede darnos unas cuantas horas de ventaja. Ante ustedes queda la muestra de la veracidad de mis místicos dibujos —dijo Asmodeo riendo con sus colmillos fuera de la boca.

—Dime —interrumpió el León—, ¿qué uso planeas darle a la manzana?

La Mariposa tomó asiento en una de las sillas a lo largo de la mesa de madera húmeda, quería escuchar especialmente cómo funciona aquello por lo que tanto lucharon. En especial, si es que necesitaban saber algo para actuar.

—Una vez que le dé un mordisco, el conocimiento para resolver lo que me proponga vendrá a mí como viene el aire que inhalamos, joven de rulos dorados. Bueno, que los humanos inhalan, quiero decir. Nada más. Luego solo les compartiré mi conocimiento. Ni siquiera el cuarto de señoritas puede inspirarme tanto como eso, es místico —dijo estirando esa última palabra volando de cabeza.

—Con ese cuerpo no creo que puedas hacer mucho —dijo el Lobo.

—Ah, no, claro que no. Pero puedo pintarme un cuerpo superfuerte, hasta donde mi magia me alcance. Naturalmente, debemos evitar un combate directo con Tánatos, los resultados siempre serán los mismos si lo hacemos. No quiero el Fruto del Conocimiento solo para saber que quiero batirme a duelo con la Deidad de la Muerte,

lo cual me aterra luego de haberlo visto en acción la noche de la invasión a Oniria. Cosa que lamento mucho, pero tenía que ajustarme a mis planes.

—¿Cuáles planes? —dijo la Mariposa.

—Liberar al Inframundo del conquistador que lo ha sometido desde los primeros días habitando allí. Ni siquiera los Tres Jueces del Inframundo pudieron contener a Tánatos, lo cual solo les dejó la opción de arrodillarse ante él. Los demás demonios fueron cayendo. Aquellos rendidos o perdonados a último momento solo quedaron con vida. Quizás solo era parte de la ambición de Tánatos por tener un pequeño grupo de los mejores entre todos los engendros de ahí abajo.

—¿Qué quieres decir con ahí abajo? —preguntó la Mariposa, disminuyendo progresivamente su voz.

—Aquí abajo —dijo Asmodeo golpeando las tablas de madera en el suelo con su guadaña. Un poco de pintura goteó del filo de esta.

—¿En particular debajo de esta decadente mansión? —preguntó el Canario.

—No solo de esta pocilga —añadió el Lobo, pero fue interrumpido.

—Expandido debajo de Oniria, como una capa inferior de pintura. De alguna manera estamos en el cielo, viéndolo desde allí abajo. Desolado lugar sin duda. Prefiero habitar aquí.

—Considerando lo que dijiste del otro lado —agregó el Zorro—, las realidades parecen estar haciéndose una sola lentamente.

—Quizás Hipnos pueda ayudarnos con eso —dijo la Mariposa—. Necesitamos la última Llama de Alma.

—Quizás no. Déjame trabajar un poco el conocimiento. Lleven sus copias. Ya sabes cómo funcionan, Morfeo. Si no consigo una mejor manera, no dudaré en dejarlos tomar la Llama de Alma.

—De acuerdo —dijo la Mariposa teniendo un breve contacto visual con el León.

Solo entonces la Gata le entregó el Fruto del Conocimiento, sin dudar en la palabra de ninguno. O, por el contrario, siguiéndole el juego a la Mariposa por si acaso.

Al partir, cada uno de los Oníricos llevaba su propio lienzo debajo del brazo. Una vez más, el Espejo los esperaba.

—Al castillo —dijo el Canario—. Se me ocurre una idea o dos —agregó riendo.

El Árbol había nacido debajo del mar donde estaba la prisión submarina en la realidad. Si bien la explosión con la que Norton se había llevado la segunda vida del rey esa noche logró derribar una parte de los bloques de piedra, el Árbol derrumbó lo que faltaba. Incluso logró romper el hielo que se había entrometido en su florecimiento. Algunas de sus ramas estaban a una altura relativamente normal, en comparación a los otros dos Árboles, debido a que se encontraba sumergido en el congelado mar, como si este fuese una gélida maceta gigante.

El Lobo estaba buscando algo debajo de su poncho gris.

—Esto puede ayudarte —dijo dándole una sog a enrollada.

—¡Es perfecto! —dijo el Canario con una mirada radiante—. Justo lo que necesitaba. Gatita, necesito que hagas siete cortes en la sog a, lo suficientemente largos para atar del cuello a las copias. También necesito que los Acróbatas piloteen al menos cinco drones, y dile a América que se posicione con su rifle en algún edificio cercano. Mariposa, quita las pinturas del lienzo y ayúdame a armar el escenario para el espectáculo. Y eso es todo.

—Nosotras nos haremos cargo de aquí en adelante —le dijo la Mariposa a los demás—. Vuelvan. Manténgase a salvo. Nos reencontraremos mañana en el bar Ninth Dreamer, al atardecer.



Al amanecer de esa misma noche, las personas que aún somnolientas pisaban nuevamente las calles de Reveur fueron víctimas de otro desesperado día. Ninguno de sus habitantes había conseguido dar con los malhechores que buscaban ensuciar el nombre de la familia

D'Alterier, ni tampoco volvieron a saber de la decepcionante hija del rey de Reveur.

Melody estaba acomodando la copia de ella misma. La colgó entre la de Fausto y la de Gilbert. Los cuerpos se movían un poco por la tensión de la cuerda al estar colgados de las ramas que sobresalían del Árbol hundido en el hielo.

—¿Y cómo haremos con tu propio cuerpo? —le preguntó Melody a Faith.

—Los Acróbatas deberían estar trabajando en ello. Oh, ahí están —dijo Faith cuando notó su celular vibrar en su bolsillo.

Solo faltaba América en la imagen. Capitán casi vomita al ver los cuerpos ahorcados de fondo, y Maravilla se largó a llorar porque pensó que Velvet era Velvet, hasta que recordó que estaba recostada en su habitación mirando el techo.

—Tengo todo listo para hacer una transmisión a todo Reveur como hicimos la otra vez —dijo Veloz—. América ya tiene imagen de ustedes en su mira. ¿Cómo sigue esto?

—Dejaré a mi copia hablando con los cuerpos colgando como fondo de la presentación. Asegúrense de captar una buena imagen. Dejen un dron libre para que yo pueda hablarle más de cerca, así captamos mejor el audio. Al terminar de hablar simplemente mi copia estará allí, inmutable. Cuando llegue esa parte, háganle saber a América que es el momento de volarle los sesos a la copia. Ese será el fin de los malhechores de la ciudad.

—Te recuerdo que el castillo está en una isla apartado de la ciudad, ni siquiera el puente submarino está operativo. ¿Confías en América para hacer un tiro tan largo? —dijo Capitán.

—¿Cómo dice que no podré lograrlo? Tonto. Tengo una vista clara, solo den la orden —dijo la entrecortada voz de América interrumpiendo la señal.

Una flota de cinco drones se acercaba zumbando rápidamente al lugar. Melody los vio volar a la distancia.

—¿Luego de esto podremos volver a tener nuestra vida normal aquí? Sin gente intentando matarnos por las calles quiero decir.

—Sí. Eso es lo que hacemos los políticos, aplacamos la opinión pública con uno o dos actos bondadosos. Quedarán más que satisfechos, son un tanto fáciles de convencer. De lo contrario, alguien como mi padre nunca hubiese sido tan influyente. El hecho de ser rey no da poder como tal.

Los cuatro drones rodearon los cuerpos y desplegaron una cámara por debajo y una mini antena parabólica por arriba. El último siguió a las chicas detrás de una gran piedra que había quedado rodeada de escombros más pequeños.

No hubo pantalla en todo Reveur que no estuviese transmitiendo el discurso de la reina.

—Bueno —comenzó Faith—, aquí están. La familia D’Alterier los ha capturado luego de incesantes búsquedas. Han sido ejecutados por una última orden entregada al Barón A. de mi parte. Nunca hemos deseado hacerle mal a la ciudad, pero sus habitantes tienen el poder y esta es la prueba definitiva de ello. Es más, no hemos sido capaces sus gobernantes de garantizar el estado de bienestar general para que puedan desarrollar su vida diaria en estas calles tan peligrosas con asesinos sueltos, y policías violentos, con un pensamiento impuesto al que todos han de alinearse. Sepan que la magnificación de su existencia yace solo dentro de cada uno de ustedes, tengan agravios nocturnos o no. Hagan lo que les plazca. Usen el Green-V, o tengan la fe de esperar que todo mejorará. No se dejen obligar a nada más de lo que su espíritu les demande. Por mi parte, no merezco menos que una ejecución pública... Barón, cuando gustes.

En ese momento, el tembloroso dedo índice de América titubeó unos instantes. Quizás por lo real de la pintura, o quizás por el impacto que le generaron aquellas palabras. Pero finalmente volvió a sus sentidos. El disparo perforó entre las cejas de la reina, quien fue derrumbada bruscamente por el impacto.

La ciudad quedó en silencio. Tanto que las campanadas en la catedral de Chartré pudieron oírse hasta en los bosques, y retumbaron en los pasillos del mercado subterráneo de Truce.

—Pueden ir sacando los drones de aquí. Eso será suficiente —le dijo Faith a Veloz

Las pantallas en las calles volvieron a los anuncios de siempre. La televisión en los hogares al canal de noticias con la última novedad y la única por varios días. Como era de esperarse, internet estaba revuelto con todo este nuevo chisme.



—Nada mal, niñas —dijo Regulus viendo con orgullo el cuadro de Rebecca—. Solo falta resolver eso. Creo que le hemos dado más de lo suficiente a Asmodeo. No puedo sacarme esa idea de la cabeza. Aunque, será un gran alivio caminar tranquilo por las calles de nuevo. Me pregunto qué pasará una vez que Hipnos vuelva. Será mejor que me ponga en camino al bar, Melody debe estar esperando.



—Velv, olvidas las llaves de tu motocicleta —dijo Maravilla.

—No me harán falta. Quiero caminar tranquila por estas calles. No siento que deba correr de nada ni de nadie —dijo Velvet descolgando su gabardina roja del perchero en la entrada.

Los Acróbatas la vieron salir del departamento tan tranquila como nunca. Los saludó haciendo un gesto con su mano antes de cerrar la puerta.



Un viejo cacharro que alguna vez fue una camioneta para llevar mercancías interrumpió la ceremonia que se estaba dando en la catedral de Chartré. Gilbert logró distinguir a Fausto a través de esos vidrios sucios, percutidos de años de no limpiarlos. Dijo unas

apresuradas últimas palabras para finalizar con un amén que casi no se logró distinguir y salió corriendo a subirse a la chatarra que lo esperaba.



El helado atardecer estaba en su punto álgido. Algunas nubes amenazaban con ocultar al sol antes de lo previsto.

Las luces de neón en el cartel de Ninth Dreamer titilaban y cambiaban de color de púrpura a celeste.

Las campanas en la puerta iban y venían, dejando escapar el aroma a tabaco mezclado con alcohol y algunas notas de jazz también salían a pasear.

Cuando Melody entró, los faroles colgando del techo lo iluminaban todo con tenues focos de luz de día. Los meseros iban y venían con su mejor predisposición sin chocar entre ellos.

Dos mesas cuadradas habían sido puestas una al lado de la otra. Ahí estaban. Riendo.

—Te tardaste —le dijo Faith a Melody—. Te pedimos un café junto con las cosas que encargamos para nosotros.

—Gracias por tenerme en cuenta —dijo Melody sentándose al lado de Fausto.

—Maravilla aún no puede creer que esos no eran ustedes —dijo Velvet riendo—. Tenías razón, reina, la gente solo necesitaba un buen espectáculo y eso los dejaría en paz.

—Cuando todo se normalice tomaré control de la familia como debe ser —dijo Gilbert viéndose reflejado en el vaso de agua.

—Cuéntame como un colaborador entusiasta —dijo Regulus luego de tomar un sorbo del azulado té.

—Podrías, por favor, reincorporarme una vez que arregles todos esos asuntos que seguro los hay hasta debajo de las piedras —dijo Fausto sirviendo más vodka puro.

—Sin dudas, sin dudas —alardeó Gilbert.



—Antes que nada —interrumpió Melody—, ¡un brindis! —dijo sacudiendo el hombro de Velvet.

*¡Chin!*

—Deberíamos visitar a Asmodeo para terminar de arreglar esto. Quizás ya sepa cómo derrotar a Tánatos, puede que Hipnos no sea necesario en principio. Quizás sea lo último que necesitemos para salir victoriosos. ¿Qué piensan? —dijo Melody girando la taza para crear un oscuro remolino con el poco café que le quedaba.

—Todo es posible —dijo Fausto—. Ahora bien, ¿para qué quisiera Tánatos la manzana dorada?

—Tal vez no sabe realmente cómo unir las realidades, y lo que logró hasta ahora es superficial a su verdadero plan —dijo Faith.

—Pudimos arreglarnos bien sin Hipnos —dijo Velvet—, no veo por qué lo necesitemos ahora. Siempre que podamos proceder juntos nada es imposible. Además, Melody, si tu padre pudo enfrentar a una Deidad no debe ser tan difícil considerando que somos más. No pensamos en las Deidades como más poderosas de lo que realmente son...

—Puede ser una posibilidad —dijo Gilbert—. Pero el Cuervo anda dando vueltas, y también los jueces. Eso vuelve todo en nuestra contra. No sabemos de lo que sean capaces los jueces, apenas si los hemos visto.

—Pudieron cambiar el clima de Oniria. Y la última vez que el enemigo afectó el clima perdimos a uno de los nuestros —dijo Regulus encendiendo un cigarrillo.

En ese momento, estuvo discretamente claro que un minuto de silencio por Wrong Appleseed debía ser tomado.

—¡Es todo tan confuso! —dijo Gilbert revolviéndose los pelos de la cabeza.

Melody miró por la ventana, ya era de noche.

—Hora de hacerle una visita a nuestro pintor favorito —dijo señalándoles un Espejo que se apareció cerca de Ninth Dreamer.



Los truenos eran como cintas blancas que decoraban lo tenebrosa que lucía la mansión debajo de ellos. Daba la sensación de que podían aterrizar en el suelo, o en algún pino del bosque en cualquier momento.

La ausencia del Águila llamó la atención de todos.

—Debe estar lidiando con las Pesadillas, sigamos adelante —dijo la Mariposa.

—¿Oyen eso? —dijo la Gata

—Suenan como... caballos —dijo el Canario.

Al escuchar relinchar al segundo o tercer caballo, los Oníricos se echaron a correr. Lograron atravesar la entrada a la Mansión de la Lujuria con éxito.

Asmodeo no estaba allí.

—¡Te dije que no debíamos confiar en él! —dijo el León dándose cuenta en ese mismo momento de que no estaba en posición de alterarse demasiado. Respiró.

—No desesperen —dijo la Mariposa con un tono sereno—. ¡¡¡Asmodeoooo!!! —gritó en el cuarto de ideas.

Nada. No de esa habitación al menos, porque en seguida bajó del primer piso flotando lentamente sobre sus diminutas alas, con la tristeza pintada en su rostro.

—¡Ahí estás! —dijo el Canario—. ¿Cómo derrotamos a Tánatos?

Asmodeo no dijo ni una palabra. Parecía estar sollozando.

—No se violenten —advirtió Velvet a los demás.

Los cascos de los caballos ahí fuera parecían estar andando en círculos alrededor de la mansión.

—Estamos seguros aquí —dijo el Zorro—. Saben que no pueden entrar.

No había manera en la que la cuarta Vanguardia pudiera decir una sola palabra no importa cuánto la líder de los Oníricos insistiera en querer hacerlo hablar. Lucía como deprimido luego de haber llegado a tal conocimiento, o peor aún, falto de eso que lo impulsaría a decir cómo había que hacer. Siguió y siguió, solo para darse por enterada que los cuervos haciendo su graznido afuera solo podía significar una cosa.

—Nos rodearon, ¿no? —dijo pasándose las manos por la cara como alguien que acaba de despertar.

—Las realidades colisionarán. Es inevitable —dijo Asmodeo—. No hay escape. Será un genocidio. Noche vendrá a castigarnos a todos, ya nada importa. Será más placentero dejarse matar ahora mismo.

—No le crean —dijo el León apuntando con su revólver—. ¿Dónde dejaste el Fruto del Conocimiento?

En ese momento, el techo de la mansión fue arrancado del resto de la estructura como si fuese la tapa de un frasco que se abre, o una gigantesca ventana a la noche. Los tres Jueces del Inframundo portaban sus armaduras medievales bañadas en oro, montados a los caballos negros. La Mariposa se dio cuenta de cómo el Cuervo la buscaba con la mirada.

—Tuve el misterioso sentimiento de que esto tarde o temprano pasaría desde que pisamos este lugar por primera vez —dijo el Lobo saliendo fuera de la mansión con su pala en la mano.

—Aquí vamos, Fobétor —dijo la Gata.

—La luna está sobre nosotros esta noche, Fantaso —dijo el Canario.

—Pongámonos a trabajar, niño —le dijo el León al Zorro.

La Mariposa dejó que Asmodeo se refugiara en lo que quedaba de mansión.

—En cualquier caso, la he pasado muy bien, Morfeo —dijo la Mariposa caminando hacia donde estaba el Cuervo, siguiendo los pasos del Lobo.

Dos cuervos negros iban camino a embestir a la Mariposa y al Lobo, pero ella fue capaz de cortar a ambos a la mitad, despejando el camino para que el viejo diera el primer embate de la noche, resultando en un choque que requirió de las dos manos del Cuervo aferradas a su bastón para detener la pala. Sin titubear, la guardia baja de la quinta Vanguardia fue atacada por la Mariposa resultando en una impenetrable pared de plumas negras que se interpuso en su ca-

mino, para ser detonada en un remolino de cuervos que la envolvió. El Lobo ganó el forcejeo, desestabilizando al Cuervo y por lo tanto rompió esa barrera que contenía a la Mariposa. Enseguida, ambos estaban golpeando a izquierda y derecha al Cuervo, quien no podía hacer nada más que defenderse, o dejarse hacer un fino corte con la espada de la fiera Mariposa con tal de no recibir un embate completo de la pala sobre su cuerpo.

La Gata rodaba sobre el suelo esquivando el tridente que la buscaba atravesar. No había mucho que pudiera hacer al descubierto, el jinete montado se le hacía enorme. Corrió hacia la arboleda, y para su fortuna estaba siendo perseguida por las riendas negras. El jinete pasó de largo cuando la Gata logró esconderse detrás de un árbol robusto. Pero pronto se dio cuenta de que no logró despistarlo, solo que por su gran velocidad le fue difícil detenerse en el momento. De cualquier manera, cuando este volvió para revisar, no había rastros de la Gata.

—Ven a jugar con Satanás —dijo el caballero de placas doradas golpeando a los árboles con su tridente—. El Inframundo parece un lugar apropiado para ti.

“¿Qué hacemos ahora?”, le dijo la Gata a Fobétor sobre una rama en lo alto de un pino.

“Yo me desharía del caballo primero. No hay mucho que puedas hacer sola. No tengo suficientes Pesadillas atrapadas para liberar a todos los Espíritus Oníricos, te recuerdo que pasaste demasiado tiempo sin darme de comer. Solo podría liberar a la gata una sola vez, pero muy débilmente”, dijo Fobétor.

El jinete oyó un murmullo, y arrojó el tridente al aire sobre él, haciendo que muchas ramas caigan de una sola vez. Fue a inspeccionar.

La Gata clavó su daga en el muslo del caballo. Sin dejarse apabullar por el pavor, logró atar las manos del caballero con su látigo. Intentaba tironear para hacerlo caer, pero no había caso. Lo que era seguro es que al caballo eso le había dolido. Y ahí fue otra vez, una y otra vez, hasta que las patas traseras del caballo se rindieron, sólo entonces

dio un salto para cortarle el cuello, y liberar a la tenue gata rojiza del Atrapasueños de Fobétor para que se agarre a la cabeza de Satanás.

“Eso lo detendrá por un rato, ve a ayudar al resto”, dijo Fobétor.

Lucifer montaba en círculos enfrente al Canario, quien no tenía ni una flecha tensada, solo sostenía el Báculo de Fantaso con ambas manos. —Interesante tenedor gigante llevas ahí, vaquero —dijo burlándose.

—Estás ante las puertas de la muerte y aun así te lo tomas con gracia. Qué humano más raro —dijo Lucifer.

Ambos cargaron el uno contra el otro. Lucifer estaba listo para clavar su tridente en el pecho del Canario, pero una bala impactó en el casco que cubría su cabeza, distrayendo al caballero lo suficiente para que el Canario posara la punta de la media luna de cristal sobre la armadura dorada resultando en un tridente idéntico hecho de luz de luna que apareció en su mano derecha.

—Ahora estamos iguales, vaquero —le dijo a Lucifer.

Un gruñido de una voz repulsiva se escuchó en la distancia.

—¡¡¡VUELVE AQUÍ, LEÓN!!! —dijo Beelzebub agarrando al Zorro de la cabeza, levantándolo en el aire, mientras que lentamente su tridente se iba posicionando en dirección al cuello del Zorro—. En el nombre de Tánatos.

Justo entonces, la daga de la Gata abrió un tajo en el cuello del caballo de Beelzebub tan veloz como los truenos que se dibujaban en el cielo.

Eso le dio una idea o dos al Canario, quien se encontraba chocando tridentes con Lucifer, pero claramente sus brazos no soportaban los impactos y los músculos de sus hombros comenzaron a arder de fatiga.

Fue astuto el danzar entre cortes y golpes conduciéndolos hacia la mansión, y desgastarlos por el camino.

—Hasta aquí llegas, Lobo —dijo el Cuervo atravesando su pierna de lado a lado. Extrajo rápidamente su hoja para cubrirse de los siguientes cortes que se mecían velozmente gracias a la muñeca de la Mariposa—. El Águila ha hecho un buen trabajo contigo, eres elegantemente mortal. Solo que no estas a mi altura. Y nunca lo estarás.

La hoja del bastón del Cuervo guiaba sutilmente a la de la Mariposa en un torpe juego que acabó con ella desarmada en un santiamén. Su espada terminó clavada en la tierra. Un feroz puñetazo del Cuervo aterrizó en su cara antes de que pudiera darse cuenta, dejándola arrastrándose en el suelo sin poder despegar su rostro del pastizal crecido en la tierra.

—Es justo como aquella noche, Calloway —dijo el Cuervo burlándose mientras iba tras Asmodeo en la mansión, o lo que quedaba de esta.

No hubo la más mínima reacción por parte de Asmodeo cuando el cuervo lo levantó del sayo verde sin despegarle la mirada mientras lo sostenía en las alturas.

—No fuiste capaz de ver cuán grandes los planes de nuestro señor son en realidad —dijo el Cuervo levantando su hoja a la altura de la cabeza de Asmodeo—. ¡Permíteme abrirte los ojos!

Lo último que aquel pintor pudo ver antes de que sus ojos se convirtieran en una catarata sangrienta fue la hoja del Cuervo atravesándose frente a su mirada de lado a lado. Lo dejó caer como una hoja húmeda al suelo para ser estrangulado en agonía hasta su muerte con la presión que ejercía el canto de las botas con las reseca tablas de madera del piso de la mansión.

—¿Cómo puedes...? Una y otra vez. Nada te importa, nada... —dijo la Mariposa rasgando el suelo.

De repente, la tierra comenzó a temblar como si un gran terremoto estuviese teniendo lugar. Los Oníricos se dieron cuenta. Estaban a punto de conseguir el último Árbol, así como a la Corriente de los Sueños y a Hipnos, pero, ¿es esta la manera en la que debían suceder las cosas? Solo Asmodeo pudo saberlo, y por alguna razón su conmoción fue tal que no fue capaz de comentarla.

La Gata enredó su látigo en la armadura dorada de Beelzebub con la esperanza de ganar algo de tiempo inmovilizándolo, pero se vio obligada a dejar ir su látigo cuando el caballero dorado la arrastró por todo el lugar mientras las balas del León impactaban la medieval

coraza de oro. Su cuerpo quedó dolorido. La expresión de dolor en su cara veía la luna hacerse, extrañamente, más y más grande, aunque le pareció no tener importancia. Mucho menos cuando uno de los Jueces del Inframundo estaba a sus pies de una intimidante manera, con el metal de su tridente reluciendo.

—Será mejor que acabemos con ustedes antes de que la barrera nos vuelva a cerrar el paso —dijo Satanás.

En ese momento el Zorro lo tomó por sorpresa, cargando hacia él con la punta de su lanza apuntando al corazón enchapado, pero lejos de atravesarlo, simplemente el impacto de la punta de su lanza se deslizó sobre el metal. No fue lo suficiente para detener al Zorro, quien comenzó a golpearlo con un conjunto de acrobáticos movimientos que solo terminaron impactando en el caballero como si se los estuviera dando a una pared de cemento.

—He de admitir que tienes una habilidad para recargar ese revólver casi divina, León —dijo Beelzebub—. Pero no saldrás con vida esta noche.

—No me importa, debí haber muerto hace mucho... Ustedes ya perdieron —dijo el León girando el revólver en su dedo índice.

Cada disparo del largo cañón del revólver provocaba chispas de plata sobre el duro manto de oro, pero era evidente que comenzaba a dejarle marcas de cada uno de los disparos que impactaron.

Un disparo de la ballesta del Lobo se clavó directamente en el visor del casco de Beelzebub deteniéndolo más por el asombro que por algún daño provocado.

—A plena luz de luna pareces más débil que nunca, Fantaso. Canario, ¿qué sucede? ¿Es más del peso que puedes levantar? No hace falta que seas más fuerte que esto, los muertos no necesitan oponerse a nada —dijo Lucifer deshaciendo la copia de luz lunar del tridente del Canario de un último golpe.

Sin tiempo que perder, el Canario arrojó una flecha tras otra hasta que se quedó sin munición. No fueron suficientes para detener al caballero ante cuya presencia, por algún miedo que anidó en ese mo-

mento en lo más profundo de su corazón, generó un terror tal en el Canario que sola se puso de rodillas, casi llorando.

Un último gran Árbol creció desde el suelo, ramificando su camino en la noche como si los años le pasaran más rápido que los segundos en el reloj. El Árbol más verde, y más grande de todo el bosque.

Los restos de la mansión se desparramaron alrededor de las raíces que sobresalían de la tierra. Un fruto de oro rodó hasta que se detuvo.

—Está hecho —dijo el Cuervo deteniendo la manzana con su bota—. Ha sido una decisión muy equivocada intentar engañarme, Calloway. Tenemos mejores planes para el Fruto del Conocimiento —dijo el Cuervo guardando la manzana dentro de su abrigo de plumas.

La Mariposa se puso lentamente de pie ayudándose con su espada ropera.

—Fue un buen golpe el que diste —dijo frotando su mejilla—. Pero no arreglaremos las cosas así.

Arrancó su espada del suelo, y con una mano detrás de su cintura se puso en guardia.

Por primera vez, parecía estar teniendo ventaja sobre el Cuervo, quien no podía hacer más que defenderse de los rápidos zarpazos que la duelista lograba conectar, dirigidos sin dudas a su yugular. Solo deteniéndose al momento en que vio a los Oníricos acorralados en el suelo, rodeados por los Jueces del Inframundo.

—Míralos —dijo el Cuervo—, no hay escapatoria al destino que yace en sus caminos. No te mataré, Mariposa. Dejaré que Tánatos decida cuál debe ser el tormento que mejor se te adecúa. La muerte sería algo barato.

Una tenue aura boreal de un acuoso verde comenzó a emanar de ambos lados del Árbol, expandiéndose lentamente muy lejos del bosque, y más allá de él.

Los tres jueces levantaron sus tridentes, y los posicionaron con el triple filo de cada uno en dirección a los abatidos Oníricos, listos para entregarles el último golpe. El golpe de gracia, el que los haría desaparecer para siempre de Oniria. El Canario cerró los ojos, cubriéndose con sus brazos sobre su cabeza.



Una fugaz mancha blanca y carmesí se interpuso velozmente en el camino del triple impacto. La hoja escarlata del Águila detuvo el golpe de los tres Jueces del Inframundo al mismo tiempo cargándolos sobre el largo de su hoja.

—¡Ayuden a la señorita Melody, yo me haré cargo de esto!

Rápidamente, los Oníricos se repartieron alrededor del Cuervo, quien desplegó una cortina de plumas a sus espaldas

—Devuélvenos el Fruto del Conocimiento, ¡ahora! —dijo la Mariposa con una confianza recuperada.

La única respuesta que obtuvo fue la del bastón del Cuervo chocando contra su espada, en un impacto que se mantuvo sostenido buscando reducirla tanto que su propia hoja podría cortar el cuello con facilidad. No fue así, puesto que la Gata logró tomarlo del brazo con el látigo, de manera que ahora la Mariposa estaba poniendo las cosas a su favor. El Zorro quiso hacer su jugada, pero un cuervo salió de la nada a picarle su ojo haciéndolo dejar su lanza para impedir con sus temblorosas manos que el ave lo deje tuerto. Solo así comprendieron que atacar por la espalda era lo mejor que podrían hacer. El León y el Canario, con algunas flechas recuperadas, dispararon contra la cortina de plumas una y otra vez, pero sus disparos solo quedaban inmovilizados cuando hacían contacto con el suave muro negro que flotaba a espaldas del Cuervo. La flecha de la ballesta del Lobo logró penetrar a través de las plumas y se clavó directamente en la espalda del Cuervo, generando una apertura que fue aprovechada por la Mariposa como ninguna otra al cortar el pecho del Cuervo de lado a lado. Claramente, la sangre estaba brotando de esa herida, y por fin, la quinta Vanguardia dejó caer su bastón con estoque con un cuervo pulido en plata en la empuñadura. No dijo una palabra. Su piel pudo haber estado erizada por ese insoportable dolor debajo de esos ropajes negros.

—¡Está vencido, Águila! —dijo la Mariposa con el puño en alto.

Todo cuanto se logró con éxito hasta llegar hasta este punto se vio rápidamente disuelto en la nada, en el fracaso absoluto, en una

desesperada e incomprensible consternación de todos los sentidos, de todas las emociones.

No había rastro de los caballeros dorados.

Los tres tridentes de los Jueces del Inframundo estaban clavados en el pecho del Águila, casi uno encima del otro. Su frac blanco era indistinguible de la capa roja sobre la que se recostaba su espalda. La sangre brotaba, recorriendo las comisuras de esa última sonrisa que le regaló a Melody.

Con sus ojos llenos de lágrimas, la Mariposa giró lentamente su cabeza en su inmensa conmoción para asegurarse que los demás estuvieran a salvo, pero los tres Jueces del Inframundo se los estaban llevando. Lucifer arrastraba por el suelo al Canario y a la Gata tironeándolas del pelo, pronto desapareció por una de las Grietas al Inframundo. El Lobo estaba siendo cargado inconsciente sobre la armadura de Satanás junto al Zorro antes de desaparecer. Beelzebub fue el último en partir.

El Cuervo también había desaparecido.

No había ni el mínimo rastro de vida por ningún lado a su alrededor. Poco a poco, la Mariposa volvió en sí. Lentamente se acercó al cuerpo del Águila. Pero para su sorpresa, con cada paso que daba menos veía su cuerpo. De hecho, una vez estuvo donde se supone que el difunto cuerpo debería estar, nada más quedaban sus atuendos tan rojos como los rastros de su sangre seca: el sombrero de mosquetero, la capa y la espada.

Un minuto de silencio. La Mariposa envolvió la espada de Lupinel con la capa y colocó su sombrero sobre la envoltura, simulando una tumba.

Un herido Cuervo apareció otra vez, de la nada, fuera de la delgada capa de aire que se conectaba con el Inframundo. Caminó lentamente al funeral, con una mano sobre el corte que se le provocó. La Mariposa no se atrevió a mirarlo, nada más agachó su cabeza, derrotada, como si estuviera arrepentida, o lista para ser ejecutada. El Cuervo la cargó sobre su hombro al igual que a un saco de arena, y tomó las últimas pertenencias del Águila consigo.

En un santiamén, el bosque quedó desierto.

## Hipnos, la Deidad del Sueño

Una aurora boreal de una tonalidad verde acuosa flotaba como una luz inextinguible en el cielo sobre una Mariposa que a duras penas abrió sus ojos hinchados por las lágrimas contenidas. El círculo de llamas que rodeaba la Cúpula de Hipnos ardía a su lado.

“¿Que estoy haciendo aquí? ¿Dónde están... todos? ¿Qué es eso?”.

“Parece que de cualquier forma logramos restaurar la Corriente de los Sueños”, dijo Morfeo. “¿De qué me sirve si he perdido a mis camaradas? Hipnos no ha aparecido para ayudarnos, Lupinel está muerto. Mira eso, apenas se distingue, ¿qué es ese anillo de piedra alrededor de la luna?”, dijo la Mariposa.

“No tengo idea...”, contestó Morfeo lentamente.

Hubo un momento en que los dos solo se limitaron a contemplar la magnificencia de la aurora sobre ellos.

“Estabas demasiado paralizada de angustia para darte cuenta de cuando el Cuervo te dejó aquí. Muy valiente de su parte acercarse al descubierto considerando que Hipnos espera ahí dentro”, dijo Morfeo.

Esa mirada cargada de desilusión recuperó sus esperanzas con aquella noticia, como si fuese una bocanada de aire puro.

Estaba demasiado dolorida y fatigada como para ponerse de pie enseguida. Logró sentarse sobre la acera a pesar de sus entumecidas extremidades.

“No de nuevo”, pensó al ver a un cuervo frente a ella. Uno que era peculiarmente más grande, con una llamativa mirada clara y con un suave plumaje tan delicado como puntiagudo en sus terminaciones,

mucho más que aquellas descartables aves de paso que la quinta Vanguardia usaba a su favor.

“Tranquila, si quisiera comerse tus intestinos pudo haberlo hecho. Parece estar vigilándote. Apareció poco después de que el Cuervo se marchó”, dijo Morfeo.

Aquella aurora boreal también se desparramaba al ras del suelo. Se dio cuenta de que era algo parecido a una enorme jaula para pájaros que cubría toda la ciudad.

La Mariposa pasó a través de la cortina ardiente y en seguida las puertas de piedra se abrieron por sí mismas. Un graznido rápido paso como una bala a lado de su oído. El cuervo atravesó también las llamas y entró a la Cúpula de Hipnos como un invitado de toda la vida.

—¡Holaaa! ¿Hay alguien aquí? —gritó con un gesto acorde.

Las cuatro Llamas de Alma ardían fugaces en los pedestales. La calidez envolvía el interior como era de costumbre.

Los pasos de alguien sospechoso subieron la escalera del piso subterráneo del santuario.

—¡Tánatos! —dijo la Mariposa poniéndose en guardia—. Un momento... tú...

Era idéntico, como si fuesen dos gotas de agua. Solo que todo rastro de la oscura maldad que lo habitaba no estaba. De hecho, donde uno llevaba negro, el otro llevaba blanco. Su túnica era de un cegador color de nieve que lo envolvía dejando al descubierto sus brazos. En su cintura, llevaba una extraña espada de una hoja puramente blanca casi hasta el suelo, que parecía ser la otra mitad de una mucho más especial.

—Ha pasado bastante tiempo, hijo. Tenías razón sobre la muchacha —dijo Hipnos.

—Le doy la bienvenida a la realidad de los sueños, señor —dijo la Mariposa poniéndose de rodillas con aires de reverencia—. Lamento todo el daño que hemos ocasionado. Los enemigos han sido desterrados.

—En efecto. Me parece bien. Un intercambio más que razonable.

Los reinos pueden volver a levantarse, los soldados no, y ustedes lo han hecho de maravilla —dijo Hipnos con total serenidad.

—Al respecto de eso... —dijo la Mariposa con incertidumbre en sus palabras.

—Tenemos mucho que hacer, hijo. Están muchas noches detrás aún, hay que equilibrar un poco la balanza. Redirigir la corriente con la Espada del Ensueño bastará para llegar a todos los Orbes al mismo tiempo y calmar a todos los humanos de una vez. A propósito, Morfeo, ¿dónde están los demás?

Un escalofrío la recorrió al oír tan indiferente manera de referirse a sus amigos.

Sintió el nudo formarse en su garganta. Apretando con fuerza cuanto más trataba de hablar.

—Se los han... llevado. Los Jueces del Inframundo... —dijo mirando al suelo con la única lágrima que se le escabulló entre sus ojos ya derramada—. Pero ahora que estás aquí podremos ir a rescatarlos, ¿no es así?

Hipnos se encontraba caminando rumbo a las puertas de piedra del santuario, examinando su hoja aun con Morfeo de rodillas como si esperase una orden para volver a ponerse de pie.

El tembloroso mentón fue el artífice de la triste expresión empapada en lágrimas de la Mariposa cuando la Deidad del Sueño dijo:

—Me es imposible ayudarte. La Corriente de los Sueños está bloqueando el acceso al Inframundo. Solo yo podría descender, pero no estoy en condiciones de visitar ese abismo. Lo siento.

—¿Cómo que no puedes ayudarlos? Hemos hecho más de lo que estaba a nuestro alcance para traerte de regreso. ¿Los dejarás ahí, así como así? Los Jueces del Inframundo los llevaron ahí abajo. No puedo imaginar lo que deben estar pasando. Haz algo.

—No es que pueda traerlos como si nada. Simplemente morirán si pasan a través de la Corriente de los Sueños, la energía es demasiada, no podrían soportarlo. Morirán —dijo Hipnos pasando su mano sobre la hoja blanca.

—¿Sabes quién murió? ¡El Águila murió! Murió luchando contra los tres Jueces del Inframundo. Murió por ti. Murió por nosotros. Al igual que Wrong el Ciervo, sacrificándose para conseguir una Llama de Alma.

—Finalmente. Siempre estuvo muerto para empezar. ¿No te parece raro que nunca saliera de Oniria? Lupinel no fue más que un intento fallido por imitar las habilidades de mi hermano, Tánatos. Siempre me vi curioso de saber cómo volver a la gente a la vida. Perteneció a una antigua orden de mosqueteros. Se lo pedí prestado a Tánatos cuando murió hace cientos de años. Ha vivido por más tiempo que el que debería para ser honesto. Me atrevería a decir que ha sido liberado de su eterno sufrimiento —dijo Hipnos—. En cuanto a Wrong, siempre supo demasiado...

“Melody, cálmate, por favor. Puedo sentir tu rabia. Buscaremos la manera de...”, dijo Morfeo, aunque de repente...

—Hipnos, dime. ¿Qué pasó aquella noche? —dijo la Mariposa con cierta indiferencia.

—Tu padre quiso arrebatarme mi lugar como Deidad para salvarte del mortal destino que aguarda a todos los herederos de Morfeo. Mala decisión por parte del Oso, pero lo perdono. Es entendible que...

—Hipnos. ¿Cuánto más pensaste que creería eso? ¡¿QUÉ PASÓ AQUELLA MALDITA NOCHE?!

—Edward Calloway comió el Fruto del Conocimiento. Lo que descubrió hizo cambiar su mentalidad por completo... Asumo que el advenimiento de Noche lo perturbó de sobremanera... No quedó otra alternativa que traer a los vasallos de mi hermano para aplacar su interrupción. He de admitir que me estaba ganando. De no ser por el Cuervo no hubiese podido hacer tiempo para que Tánatos llegue.

—Pero tus planes no pueden ir muy lejos, Wrong le dijo a Faith que Noche murió luego de crear los Espejos.

—Eso es cierto. Sin embargo, me encargué de sellar el cuerpo de nuestra difunta madre en la luna debido al amor que ella le guardaba.

Una última alegría. Si tan solo tuviese la energía necesaria, podría quebrar el sello y traerla de regreso para cumplir con la profecía de una vez por todas.

—¿Profecía? —dijo la Mariposa poniéndose de pie por sí misma—. Eso no importa, de cualquier manera, no tienes lo que necesitas.

—¿No lo tengo? —dijo Hipnos riendo—. No lo tengo todo. Solo una parte. Ruego que mi hermano gemelo tenga la energía que le corresponde a la Espada del Tártaro —dijo Hipnos levantando su espada blanca.

En ese momento, el cuervo que había entrado fugazmente al santuario se posó sobre el hombro de Hipnos. Le susurró algo que la Mariposa no pudo oír con claridad.

—¿Cómo es posible que estés aquí? El Fuego del Fénix nos protege de los enemigos.

—¿Te parezco un enemigo? No busco más que traer de regreso a mi madre. Solo soy una noble Deidad que busca la armonía. Ahora bien, lo que ella decida excede mis capacidades.

—Si no vas a ayudarme, entonces comeré el Fruto del Conocimiento —dijo la Mariposa con decisión.

—Procede como te plazca. Lo que encuentres puede no ser lo que buscas. Considera que tarde o temprano Noche nos hará una visita. ¿Dónde vas? —dijo Hipnos al verla pasar a su lado.

—No es de tu incumbencia.

La luna atrapada en su sello de piedra quedó fuera de la Corriente de los Sueños. Si bien era enorme, ahora mucho más que antes, apenas podía verse con claridad a través de la luz que irradiaba la corriente como si fuese un aguacero suspendido sobre la ciudad.

Cuando la Mariposa atravesó la cortina de fuego, también lo hizo aquella bella ave negra. Volando hasta lo más alto de la boreal jaula que encerraba a Oniria.

Sin rumbo, comenzaron a vagar por las calles dejando ir a las Pesadillas a corromper esos Orbes con tranquilidad.

“Lo siento. No pude saber eso, ni siquiera haberlo imaginado...”, dijo Morfeo.

“Supongo que al menos eso de que mi padre te silenciaba es cierto”, dijo la Mariposa.

“En efecto. Jamás te mentiría. Ese cuervo es el mensajero de las Deidades. Puede ir y venir por las realidades a gusto”.

Después de dar y dar vueltas por la ciudad su cabeza seguía sin encontrar la manera o el lugar por dónde comenzar a buscar. Todo se veía reducido a una manzana dorada de la cual no tenía la menor idea de donde encontrar.

“Fausto dijo que una vez consumida volvería a aparecer en algún árbol”, dijo la Mariposa.

“Si es que se ha consumido por completo. Dudo que se encuentre en algún árbol, Asmodeo solo consiguió morder un poco”.

El mar en la costa era una sola pieza de hielo y lo seguiría siendo hasta el final de los días. Ha decir verdad, el mundo se había dado vuelta, justo como aquel malhumorado sujeto se lo dijo alguna vez.

El muelle donde la Mariposa miraba al anillo de roca que orbitaba alrededor de la luna seguramente tenía a las personas preguntándose cuanto más faltaría para poder encontrar la manera de descansar plácidamente. Desde que los asesinatos pararon, y la cadena de suministro del Green-V se detuvo por completo, comenzaron a perder las esperanzas.

“Solo por una distracción, lo he perdido todo. Todo se ha salido de mi control más allá de mis posibilidades”, dijo la Mariposa mecendo sus pies sentada sobre el muelle.

“No estamos muertos. Solo separados. Me niego a considerar todo lo realizado en vano...”, dijo Morfeo.

“¿Se puede persuadir a una Deidad? ¿Qué opciones tenemos? Noche vendrá, y no seré capaz de contenerla de ninguna manera”.

“Lo único en lo que puedo pensar es en ubicar al Cuervo por alguna parte”, dijo Morfeo.

“Sería un movimiento desesperado. Pensándolo mejor, es una po-



sibilidad interesante. ¿Por qué me ha dejado con vida? Él se llevó el Fruto del Conocimiento, ¿recuerdas?”.

“Creo que fue suficiente por hoy, será mejor volver y pensar en cómo dar con él. Estás demasiado a la deriva aquí”, dijo Morfeo.



*En algún lugar del Inframundo...*

Una estatua exhibía una espada quebrada en tres partes como ofreciéndolas al precio de la decisión de agarrarlas para uno mismo.

El velo de las cortinas se movía cuando las almas saltaban a un precipicio que eructaba una luz celeste acompañando el último desesperado grito de la mundana pena que habitaba a cada alma.

—No recuerdo haberle ordenado al Cuervo que deje a Morfeo sin capturar. Pero el mensajero de las deidades, Hermes, me ha traído las palabras que buscaba oír. Veo que mi hermano aún conserva un poco de su perversidad. En cuanto a ustedes, hicieron un magnífico trabajo quebrando sus espíritus —dijo Tánatos dirigiendo su palabra a los tres jueces de armaduras doradas arrodillados ante él.

—Supusieron una molestia. Admito que tienen algo de valor esos humanos... —dijo Lucifer.

—La quinta Vanguardia se llevó la manzana. Los Oníricos están guardados en las prisiones custodiados por Lógica —dijo Satanás.

—Cuando sea de su agrado estaremos encantados de acompañarlo a reforzar la Espada del Tártaro —dijo Beelzebub.

—Ese asunto no los incumbe. Tengan bien custodiados a esos prisioneros en las celdas —dijo Tánatos—. Asegúrense de que Lógica esté suelta y de mal humor. Mi hermano solicita mi presencia para continuar con nuestros asuntos. En cuanto a ustedes, les dejo el Inframundo bajo su custodia como ha sido desde antaño.



Las personas iban y venían tal como lo recordaba cuando no era consciente de la influencia de los Calloway.

A los pies de aquella estación de subterráneo con reminiscencia a una cúpula perteneciente a una civilización devorada por el paso del tiempo, una joven pero aparentemente enferma Melody Calloway notó que quedaban rastros de sangre cada vez que le daba mordiscos a esa manzana roja que tuvo como desayuno.

“La degeneración en tu cuerpo no parece retroceder en absoluto. Todo pasó demasiado rápido, y sumado a tu inexperiencia y a lo que tuvimos que someternos, está haciendo que el proceso sea más severo”, dijo Morfeo mientras ella se limpiaba la sangre de su boca con la manga.

“Me disgustaría que fuese de otra manera, ¿sabes? No tengo arrepentimientos o deseos de abandonarlo todo. Solo necesito pensar con claridad”, dijo Melody sin despegar la mirada de su ex profesor menos favorito.

Entre la multitud, un sujeto que cojeaba le llamó su atención por unos instantes. Llevaba ropas de corte formal pero polvorientas y desgastadas. Distinguió un cigarrillo sin encender en su boca, puesto que tuvo que detener a algún pasante para que pudiera encenderlo por él. Quizás era porque tenía ambas manos ocupadas, es decir, pudo colocarlo en su boca antes de emprender su día, pero al caminar con un bastón en una mano que asistía su cojera y su maletín en la otra, olvidó que ya no contaba con tanta libertad para encenderlo por su cuenta, así que por costumbre, caminó con eso en la boca para no sentirse incompleto hasta que alguien pudiera encenderlo por él.

“Ludwing... lo que me faltaba. Será mejor que nos larguemos. Además, está por llover “.

La lluvia bañó a Reveur aquella tarde. Aun así, la angustia no se podía limpiar de su cabeza, aunque poco a poco alguna idea venía a su enredada mente, elaborándose de manera muy minuciosa hasta que chocaba con la pared invisible de su realidad, deshaciéndose en otra taza de café que iba y venía, y se sentaba en la escalera de madera, y al escritorio de

su padre, y al jardín que tenía su madre, y así hasta que el día terminaba.

“Qué bueno que los Oníricos no necesitamos dormir”, dijo Melody echándole cuatro cucharas de azúcar a su café.

“Olvidaste avisarles tanto a los Acróbatas como a Susan lo que pasó”, dijo Morfeo.

“No quiero preocuparlos. Mi celular sonó dos o tres veces. Lo apagué. Desenchufé todo por si se les ocurría volver a meterse aquí con los electrodomésticos o las pantallas. ¿Recuerdas cuando me localizaron para rescatar a Velvet?”, dijo Melody frotando su melena pelirroja con un claro hartazgo.

Alguien tocó la puerta.

Cuando Melody se acercó, pudo oír los últimos pasos del cartero chapoteando en la lluvia. El buzón estaba explotado de cartas y papperío húmedo.

“¿Qué piensas hacer con todo eso?”, dijo Morfeo cuando ella arrojó esa masa casi asquerosa de cartas en la mesa con un distinguible *squash* que las terminó por deformar.

“No sé, pero esta negra me llama la atención, es la que menos se deformó. Hasta diría que es la que acaban de dejar. Además, mira, lleva un sello de cera con la firma del Barón A.”, dijo Melody despegando el medallón rojo con sus uñas.

“¿Qué dice? ¿Qué dice? No puedo ver si no lo piensas para mí”, dijo Morfeo.

“Parece ser un... ¿mapa? Sí, un mapa de Reveur.”, dijo moviendo la hoja rectangular en todas las formas posibles. “Tiene una marca en las afueras más allá de los bosques. Esa zona de ruinas está prohibida, no se recomienda ir ahí. Bueno, tanto es así que no hay caminos, a menos que se rodee por el mar o algo parecido.

Eran claros los garabatos que se habían hecho en los cuatro puntos cardinales más alejados donde estaban los Árboles, y a lo lejos, se había ilustrado muy vagamente una piedra con forma de cueva, encerrada en un círculo de tinta roja sobre el cual se leía: “Ruinas de Cromwell”.

“Wrong solía usar ese escalofriante lugar como su refugio cuando necesitaba alejarse a meditar sus asuntos”, dijo Morfeo. “Si algo de suma utilidad estuviese ahí nos lo hubiera dicho antes. Esto puede ser una trampa del Cuervo. Recuerda que estás pendiente en su lista de favores a Tánatos desde que todo esto ha comenzado”.

“Puede ser la última y única oportunidad que se me presente. Recuerda que está herido de gravedad, y hasta donde sabemos no hay nadie que pueda curarlo entre sus filas. Quizás podamos llegar a un acuerdo si es que no se muere antes. No es tan perjudicial negociar con el enemigo después de todo...”, dijo Melody embutiendo el mapa en su campera de lluvias amarilla.

## Una última esperanza en las Ruinas de Cromwell

“Tiene que estar por aquí cerca. Debe ser alguna, ¿no?”, dijo la Mariposa.

“Todo es roca apilada aleatoriamente para mí, no veo entrada o cueva alguna”, dijo Morfeo mientras se acercaban con cuidado. “La Corriente de los Sueños parece más intensa aquí, ¿no lo crees?”.

Comprobó que ninguna roca se moviera y le permitiera accionar algún antiguo mecanismo olvidado a base de engranajes de piedra. Nada por el estilo. Si la entrada estuviese bajo alguna piedra tampoco podría moverla, y la invitación no tendría sentido. O no tanto para ella.

“Es un tanto inquietante ese círculo con ranuras que apareció en el anillo que está orbitando alrededor de la luna”, dijo la Mariposa mientras miraba al cielo recuperando el aliento.

“Parece como si dos llaves fueran necesarias. Afortunadamente estamos dentro de la Corriente de los Sueños y la luna quedó apartada de aquí. Mala suerte para Fantaso”, dijo Morfeo burlándose sin dejar decaer el ánimo.

“Un momento, esa de ahí se parece a la del mapa”.

Tenía forma de un gran arco de piedra que decaía y se hundía en las profundidades de la tierra. No bien dio sus primeros pasos dentro, cayó deslizándose por un sendero que serpenteó varios metros hasta que la despidió en lo que parecía ser un sótano oscuro donde la única superficie que no era rocosa fue la compuerta de metal en la cual se estrelló debido al impulso que llevaba.

“¡¡¡Duele, duele, duele!!!”, dijo la Mariposa agarrándose la cabeza.

“¡No hagas tanto ruido! Te golpearon más fuerte que eso y no llo-riqueaste tanto”.

No bien el aturdimiento se disipó, algo llamó la atención de sus oídos en ese cubículo oscuro.

*Pip-pip-pi-pi-pi-pip-pip*

En la delgada línea que unía las frías compuertas de metal podía observar una luz amarilla que titilaba con ese pitido que apenas se llegaba a escuchar.

“¿Crees que podré abrir esto si forcejeó la puerta con mi espada?”, dijo la Mariposa quitando la espada ropera de su cintura.

“Será mejor que lo probemos, no tenemos otra salida. Nada más imagina pudrirte aquí hasta el final de tus días.”

Como si fuese una barreta forcejeo esa puerta. En el primer intento, se detuvo por miedo a quebrar su hoja. Lo que motivó el segundo intento fue verse hecha huesitos en ese sin sentido como si fuese un olvidado náufrago. Cosa que no era.

“¡¡¡Fuerzaaa!!!”, alentaba Morfeo.

La puerta lentamente comenzó a ceder poco a poco. Parecía estar oxidada. Los músculos de la Mariposa empezaban a doler en señal de que estaban siendo empleados a su capacidad total. Se abrió otro poco más.

“¡¡¡Vaaamooos!!!”, gruñía ella entre dientes viendo como su hoja se pandeaba por demás, tanto que en la concavidad el metal se aclaraba dejándose ver en las últimas.

*Prac*

No se rompió, pero se le zafó. Afortunadamente, pudo ayudarse con sus manos y sus piernas contra el muro de piedra para seguir abriendo lo que quedaba de puerta, que como si fuese poco, comenzaba a volver a su estadio original.

Cuando el espacio era el suficiente para atravesar su cuerpo, tomó su espada y con coraje se arrojó al otro lado de la puerta de metal.

“¿Qué es este lugar? Apostaría a que es más sofisticado que el Ojo de los Acróbatas, no, más sofisticado que el Laboratorio Volgen. Es aterrador.”

Las estanterías entre las que se encontraba el escritorio estaban ocupadas por libros que aparentaban estar ordenados por tema de estudio, la Mariposa conocía algunos de esos títulos relacionados al cálculo multivariable. No tanto a las antologías publicadas del doctor Kolmogorov Greenwood. Al investigar el tomo que estaba abierto de par en par no supo decir si esas estructuras moleculares pertenecían a alguno de los líquidos contenidos como muestras en los recipientes de vidrio que se habían dejado sobre el escritorio.

“Podría ser Green-V...”, dijo cuando vio esos tanques cilíndricos de cristal llenos del espeso contenido verde que emanaban su brillo en la tenuemente iluminada sala de piedra.

Las cañerías de estos contenedores se arrastraban por el suelo para conectarse a un aparato que facilitaba la carga de las jeringas metálicas.

Había una gran terminal de tres pantallas con una cantidad de botones casi absurda de la cual se desprendían cables. Siguió con la mirada los cables que iban pegados a la pared. Un pasadizo secreto parecía estar aguardando detrás de otra puerta metálica con un símbolo de radioactividad. Al parecer, se abría con un lector biométrico.

Se acercó al lector y colocó la palma de su mano para que sea escaneada...

### *Denegado. Usuario no reconocido.*

—No seguiría intentando si fuese usted, Calloway —dijo una familiar voz.

La piel de la Mariposa se erizó al oírla. Con una mano sobre la empuñadura de su espada, se dio vuelta lentamente, con cautela.

—¿De dónde salió esa cara de horror? —preguntó el Cuervo.

—Tú... Dime, ¿cómo vuelvo a recuperar a los Oníricos? ¡¿Qué hiciste con el Fruto del Conocimiento?! —dijo la Mariposa apretando la empuñadura de su espada.

El Cuervo la ignoró por completo, se quitó su máscara, la cual se transformó al instante en aquel hermoso cuervo mensajero.

—¿Profesor Ludwing? —dijo la Mariposa con total desconcierto.

—Te advertí que el mundo se daría vuelta, ¿no es así? —dijo Ludwing el Cuervo—. Llevamos a cabo una ardua labor en nombre de nuestro auténtico líder, ¿verdad, Hermes? —dijo acariciando al cuervo que se había posado en el hombro de su atuendo de plumas negras.

—No has hecho más que causar problemas, traicionar y matar a tantos cuanto pudiste. Tú ayudaste a que las Deidades puedan salirse con la suya. Si no fuese por tu culpa, nada de esto estaría pasando. Si mi padre hubiese ganado aquella noche... —dijo la Mariposa casi gritando.

—La única manera es en la que se dio, Mariposa. No estoy en ningún bando más que en el de tu padre. No me he ajustado a ningún plan que no fuese el que nos traería la victoria luego de lo que presenciarnos al consumir el Fruto del Conocimiento aquella noche. Por supuesto que tanto el Oso como la Lechuza fueron los únicos en saber de qué se trataba. Incluso si eso se traduce en ayudar a la cacería de los Oníricos, ascender como la quinta Vanguardia en las filas de Tánatos, tomar el papel del Barón A., o quemar los Árboles para derrumbar la Corriente de los Sueños. Todo está como debe estar.

—¿Con qué objetivo? Nada bueno puede salir de tantos actos monstruosos. Tantas personas muertas, tantas personas infectadas con Green-V en sus Orbes, ¿para qué? Creo que estar en el Infra-mundo te desvió de los planes tan nobles que dices tener —dijo con rencor la Mariposa.

—No he hecho más que proteger a las personas, aun cuando las mataba. Necesitaba cumplir con las ofrendas a Tánatos para conservar mi posición, de tal manera que cada alma pudiera ser usada para restaurar la Espada del Tártaro. En cuanto al gas, no fue tan eficaz como esperaba, las personas conseguían evadirlo. Aun así, manipulé minuciosamente a Belfegor cuando se le entregó el cuerpo de Kolmogorov Greenwood para que el Green-V se confeccionara tal como lo habíamos ideado con tu padre hace más de veinte años como un plan de contingencia en caso de que algún día hiciera falta preservar los Orbes. Tus células fueron necesarias ya que aún se encontraban



dormidas puesto que Morfeo estaba con tu padre en ese entonces, y en ese momento Kolmogorov había ofrecido a su hija, Velvet, para depositarlas en ella. Con el tiempo maduraron y una nueva genética dio origen dentro de ella. Al haberse deshecho de Mham, fue fácil obligar a la familia D'Alterier a hacerme su nuevo líder tras haberlos chantajeado con el Green-V.

—¿No podrías simplemente aliarte a nosotros y listo? Nada has ganado trabajando para Tánatos ¿Por qué Fausto no me advirtió todo esto desde el principio?

—He ganado más de lo que te imaginas. Ningún Onírico pudo saberlo, es más, tú eres la primera en saber quién soy realmente. Ni siquiera Hipnos lo sabe, mucho menos Tánatos —dijo con el cuervo en la palma de su mano, el cual se había vuelto a transformar en máscara—. He burlado a todo ser cuanto se ha atravesado por mi camino con tal de cumplir mi propósito. Tuve miedo, y hasta dudé al entregarte a Hipnos, pero confiaba en el conocimiento. Debías vivirlo por tu cuenta. Sabía que vendrías de alguna u otra forma.

—Si tus aliados son los Jueces del Inframundo, déjame decirte que mataron al Águila. Son una fuerza a la que no podemos ganarle —dijo la Mariposa.

—Los tres me causaron muchos problemas, dudaron de mí hasta el último momento. En cuanto a él, creo que le hice un favor. El Águila no buscaba más que una liberación del estado en el que vivía. Creo que le hice un favor al conseguirle una muerte tan heroica —dijo el Cuervo tras un espasmo de dolor en todo su cuerpo.

—Tus heridas están sangrando... —dijo la Mariposa.

—No te preocupes en curarme, necesitarás esas energías. Ten esto, él hubiera preferido que lo conserves —dijo el Cuervo poniendo la capa roja de Lupinel sobre la mesa enrollada a la espada carmesí debajo del rojo sombrero de mosquetero el cual llevaba una pluma negra, con el Fruto del Conocimiento a un lado—. No te diré que hacer, no es posible compartir el conocimiento una vez adquirido. Solo puedo ofrecerte la manzana dorada y dejarlo a tu voluntad —

dijo el Cuervo y suspiró con dolor sosteniéndose por el escritorio como si estuviese cansado.

—De acuerdo. Esta es la última esperanza que tengo —dijo la Mariposa llevando el Fruto del Conocimiento a su boca.

Cerró sus ojos mientras masticaba el trozo de manzana. Era más deliciosa que la mejor manzana de la más próspera época del año, de un sabor inesperado. Cerró su pensamiento para que Morfeo no pudiera tener manera de enterarse del destino que la acompañaría. El quehacer derivado de su deseo de conocer llegó a ella como si se tratase de un viaje subterráneo donde cada estación era un punto crucial. Fue un viaje silencioso que se detuvo en seco antes de alcanzar su destino final, en el que una dulce voz la interrogó una única vez, y sin pensarlo mucho, la Mariposa aceptó su propuesta.

El vapor flotaba de la tetera hirviendo debajo del mechero como si fuese una antigua caldera. El Cuervo vertió su té azul en una taza de porcelana mientras observaba esa quietud en la que su alumna se encontraba.

“Espero que haya pensado apropiadamente, no como nosotros.”, pensó revolviendo la taza.

“Tiene información más precisa que ustedes durante aquella noche, estoy seguro de que habrá tomado una mejor decisión al momento de pensar en lo que deseaba conocer”, dijo Hermes.

La Mariposa inhaló profundamente y exhaló al mismo tiempo que abría los ojos. Afirmaba levemente con su cabeza sin decir ni una palabra. Pronto, sus comisuras le resultaron incontenibles hasta que comenzó a reír a carcajadas.

—Asumo que estás lista. Sin embargo, no consigo entender qué te causa tanta gracia —dijo el Cuervo con un severo tono de voz.

—No pensé que sería tan fácil —dijo la Mariposa secándose una lágrima del rabillo del ojo—. Esa Noche debe ser muy agradable, hasta podríamos ser amigas. Estoy lista, solo que por ahora sigo sin saber qué hacer. Di por sentado que nunca dejaste de ser un Onírico entonces lo que quería conocer era otra cosa, y ahora lo sé.

—Sorprendente. Bien resuelto —dijo antes de darle un trago largo a su té—. Detrás de esa puerta hay una Grieta al Inframundo. La única que está abierta, el único acceso al Inframundo que queda en pie. Ese lugar solía ser el nido de Hermes, ahí fue donde nos conocimos —dijo hablándole al cuervo aleteando sobre la cabeza de la Mariposa.

—Pero los Espíritus Oníricos son entregados por Hipnos... —dijo ella con una susceptible desconfianza.

—Exacto. Así ha sido desde siempre y así me lo entregó. Logré engañarlos para que crean que no tenía manera de quitarme la máscara, entonces no les quedó más alternativa que aceptarme. La Deidad del Sueño no tuvo problemas en darme el Espíritu Onírico del cuervo. También fue el mismo Hipnos quien me dio las primeras lecciones sobre estas excepcionales habilidades, qué irónico. En ese momento no tenía idea de la ventaja que me daría más adelante, como pasa en la vida de nosotros los humanos, hacemos cosas y en algún punto se vuelven relevantes.

El Cuervo hizo unos ajustes en su terminal y casi inmediatamente los contenedores de Green-V parecieron perder el suministro de energía.

—Dime, ¿es verdad que podremos volver los Orbes a la normalidad si los arrojamamos a la Corriente del Sueño? —preguntó la Mariposa al verlo detener la máquina.

—Según mis estimaciones es más que suficiente. La verdad nunca pensamos en cómo revertirlo. Estábamos tan enfocados en crear algo que genere un estado de preservación tanto del Orbe como de la persona que no pensamos en cómo volver a despertarlos del sueño profundo al que son inducidos luego de inyectarse. Lo seguro es que no están muertos.

—Entonces aquellos que han sido enterrados...

—Puede darse, en algunos casos, que tu sistema cardiovascular merme tanto que parezcas muerto. Alguien tendrá que desenterrar a todos esos cuando todo termine.

—Entiendo —dijo la Mariposa como si reflexionara con honestidad—. Tus métodos son tan cuestionables como admirables, Ludwing.

El Cuervo puso su mano contra el lector biométrico incrustado en la roca y la puerta con el símbolo de radioactividad se abrió de par en par al instante esta vez.

—Al Inframundo, Morfeo —dijo invitándola a pasar con una reverencia a la siguiente sala de piedra.

—Un momento.

La Mariposa desarmó el envoltorio que guardaba las pertenencias de quien fue su maestro en cuestiones de duelistas.

Se hizo un nudo con los extremos de la capa roja alrededor de su cuello. El manto reposó sobre su espalda casi hasta llegar al suelo. En su cinturón con hebilla de mariposa acomodó la espada de hoja escarlata. El sombrero rojo con una pluma negra era una bella adición sobre su melena pelirroja para llevar a Lupinel el Águila como estandarte a la batalla.

—¡Al Inframundo! —alardeó con entusiasmo y su puño bien alto.



Tánatos descendió de su castillo flotante al monte donde las almas se revolvían luego de arrojarse al vacío. Dejó caer dos partes de la Espada del Tártaro al remolino espectral de almas dentro del cráter y se quedó solo con el trozo de espada que correspondía a la empuñadura.

Pronto, como si nevara de abajo hacia arriba, las almas fueron expulsadas y se situaron una sobre la otra comenzando donde el trozo de espada quebrada finalizaba. Se ubicaron con delicadeza como si fueran poros absolutamente impermeables. Una vez le dieron forma, se deshicieron y la Espada del Tártaro reflejó el castillo sobre su hoja de un intenso negro.

Tánatos levantó la espada. Como si le obedecieran, el resto de las almas se condensaron en un brillo marino dejando el cráter vacío. Rodearon la hoja reforjada como emanando de ella.

—Pronto volveremos a reunirnos, madre.

## Lógica

Al otro lado de la Grieta, los escalones de piedra descendían casi sin final. La Mariposa bajaba paso a paso las escaleras con cierta extrañeza. Sus manos se deslizaban al ras del muro. Esa rugosidad era lo único que la orientaba en el oscuro pasadizo donde el Cuervo tenía su entrada secreta al Inframundo. Sin advertirlo, el siguiente escalón cambió por completo su orientación. Ya no bajaba, sino que la perspectiva era ascendente.

—¿Cómo haremos para evitar a los Tres Jueces? —preguntó la Mariposa.

—Se me ocurre una idea o dos. No te preocupes por eso ahora.

Los escalones estaban a punto de terminarse.

Ahí fuera, el desolado Inframundo no dejaba de impresionarla. Más aún cuando imágenes de este abandono, pero en Reveur, se formaban en su cabeza.

—Sígueme y ten cuidado por dónde caminas —dijo el Cuervo—, puedes tropezar con algún alma en pena. Si las desvías de su camino, desaparecerán y no podrán descansar eternamente. Eso es lo único que tienen.

—No veo a ninguna —dijo la Mariposa con un gesto de vista distante al horizonte.

—Es evidente. Después de todo no resides en el Inframundo, tú perteneces allí arriba en Oniria. No estamos tan solos como crees, hay filas y filas de personas esperando para saltar a ese acantilado de allá —dijo el Cuervo señalando la senda que las almas seguían.

Después de suspirar, la frustración en el rostro de ella fue evidente al instante. No sintió la necesidad de decir más. Solo guardar un minuto de silencio mientras caminaba cabizbaja.

—Levanta la mirada. Esa sensación de arrepentimiento me llevó a arrodillarme ante la Deidad de la Muerte. Se ha hecho un mal terrible. El invierno al que Tánatos sometió a la ciudad destruyó la psiquis de la mayoría, ha sido el detonante de una masiva cantidad de suicidios. No atribuyas todo a mi o al Laboratorio Volgen —dijo el Cuervo.

Una silueta enorme con la forma de un perro se dibujó en la neblina delante de ellos. Rápidamente, el Cuervo la tomó del hombro y la arrastró detrás de una piedra.

—¡Lógica! —dijeron ambos al mismo tiempo.

—El perro de tres cabezas que guarda las puertas del Inframundo, nada más acertado. Veo que pusiste atención en clases —agregó el Cuervo con ironía, pero con una sonrisa debajo de su máscara.

—¿Cómo la detendremos? —dijo la Mariposa—. ¡Mira eso detrás de ella!

El castillo flotante estaba constituido en su absoluta totalidad por cientos de miles de huesos apilados. La entrada que se supone levadiza era el enorme cráneo perteneciente a un carnero tan imponente como Lógica, el cual vertía sangre por sus orificios nasales como una cascada.

Debajo del castillo, había una prisión. Tenía el aspecto de un antiguo y precario cementerio donde cada prisionero estaba cautivo en una jaula hecha de finas varas de metal.

—Pon atención. No debemos matarla, o lastimarla demasiado. Nada de eso. Necesitamos apartarla del camino. Nos interesa llegar a las jaulas detrás de ella. Estoy seguro de que los Oníricos están ahí. Los Tres Jueces deben estar en el castillo, no te preocupes por ellos ahora —dijo el Cuervo.

—¡Voy a cortarla! —dijo la Mariposa a punto de desenvainar sus espadas.

—¡No! —dijo el Cuervo tirando de la capa para que no se dejara ver por Lógica—. Espera. Si los Oníricos están ahí abajo, y hacemos

demasiado daño a Lógica, el castillo flotante puede derrumbarse sobre ellos.

—¿Quieres decir que ese perro de tres cabezas tiene control sobre la gravedad?

—No, no sobre la gravedad. Pero sus dotes telequinéticos son abismales. Solo piénsalo, tiene tres cabezas. Una está ocupada manteniendo el castillo en los aires. Todavía hay dos que podrían causarnos serios problemas. Eso sumado a que las tres pueden morder a la perfección.

—Envía a un cuervo a revisar el lugar.

—No, sería demasiado alboroto invocar cuervos ordinarios. Hermes, dame una visión del lugar —dijo el Cuervo arrojando su máscara al aire, la cual se transformó en seguida en ese hermoso cuervo negro.

Hermes sobrevoló al sabueso infernal, la cual pudo haberlo sentido cortar el aire con sus precisos oídos. Su pelaje se erizó y sus afilados dientes amarillentos produjeron un súbito espasmo en el pecho de la Mariposa. Lo que no hizo más que acrecentar sus deseos de saltar a la acción e improvisar la domesticación del animal de alguna forma.

El desolado cementerio no tenía más que huesos pertenecientes a alguna antigua civilización desconocida por el mismo tiempo. Aquellas jaulas estaban abiertas, y si bien la mayoría de las tumbas estaban cerradas había tres sarcófagos de madera que fueron profanados.

Hermes regresó. Se detuvo delante de Ludwing el Cuervo, y adoptó su forma de máscara una vez más.

—Entiendo. No están ahí —dijo el Cuervo dándole su máscara a la Mariposa—. Compruébalo por ti misma, veras lo último que vio Hermes.

La Mariposa posó la máscara sobre su rostro. No había nada importante para ella debajo del castillo.

Aprovechó para mirar de reojo detrás de la roca donde se ocultaban. Pudo ver la procesión de cuerpos de la que el Cuervo hablaba. Almas más jóvenes, y otras más viejas. Todas viniendo de ningún lugar convergiendo en procesión al camino que llevaba al acantilado.

—Yo llamaré su atención —dijo devolviendo la máscara—. Crearé oportunidades.

—¿Ah, sí? —dijo el Cuervo riendo—. Queda en nosotros.

Tenía cierta ventaja al estar a espaldas de la enorme criatura. La calavera que estaba tirada debía servir para llamar su atención, así que la desenterró del suelo y se la arrojó. Para su sorpresa, se detuvo exactamente antes de impactar contra la cabeza del medio. Se detuvo tan súbitamente como cayó al suelo sin más otra vez, aplastada por una de las patas de Lógica mientras se volteaba. Paso a paso, se dirigió hacia la Mariposa.

Tanto la espada ropera como la espada escarlata estaban siendo esgrimidas con determinación en las manos de Melody la Mariposa. Imitando aquel movimiento, cargó hacia el perro de tres cabezas mientras las puntas de ambas espadas rasgaban el suelo. Sintió cómo ambas hojas consiguieron hundirse en la piel. Consiguió conectar dos cortes horizontales en una de las carnosas patas de la bestia, provocando un sangrado más que comprometedor.

“Eso debió dolerle”, dijo Morfeo.

Lógica quedó inmóvil. Podría oírse el soplo de su múltiple respiración. Aunque más difícil era distinguir qué pasaba ahí. No estaba claro si se enojó, o si estaba asustada, o qué tramaba o temía.

“¿Qué es esto?”, dijo la Mariposa al ver pequeños temblores en la tierra.

Pronto, una gran cantidad de calaveras emergieron del suelo como estrellas en el cielo. La Mariposa colocó ambas hojas en cruz para cubrirse, aunque más de una logró golpearla.

Esos ojos en llamas la miraban desde lo alto. Las tres cabezas parecían sonreírle mostrando los colmillos con las calaveras orbitando sobre ellas. Lógica retrocedió lentamente. En ese momento se volvió evidente la trampa bajo la que la Mariposa quedó presa.

Una lluvia de meteoritos cadavéricos se precipitó sobre ella. Se las arregló para cortar o al menos desviarlos tanto como pudo mientras buscaba salir debajo de esa lluvia. Los cuervos se diri-



gieron a detenerlos momentáneamente, dándole el tiempo para salir de ahí.

“Cortemos sus patas”, dijo la Mariposa sin desaprovechar esa apertura a pesar de que la telequinesis de Lógica estrujó tanto a los cuervos como a las calaveras en nada más que polvo y plumas.

La Mariposa rodó por el suelo evadiendo con éxito la severa arremetida que Lógica le propinó como si barrera el suelo con ella. Desafortunadamente, Hermes comenzó a hurgar el ojo de la cabeza izquierda y un cuervo ordinario el derecho causando que Lógica se mueva de manera errante debido al dolor.

“Ahí viene, esquivo eso... ahí viene la otra... voltereta. Corta esta, parece estar distraída”, decía Morfeo cuando las violentas pisadas agonizantes de dolor podrían terminar por aplastarlos.

—No lo estás haciendo nada mal —dijo el Cuervo cortando una pata trasera para abrirse camino—. Una de esas tres cabezas es la que sostiene al castillo.

La euforia pareció desaparecer con un gruñido cargado de rabia. Lógica se quedó quieta.

—Eso no puede ser bueno —dijo la Mariposa retrocediendo hasta que su espalda chocó con la del Cuervo al mismo tiempo que Hermes retornaba a su posición habitual.

La perra de tres cabezas saltó para deshacerse de esas molestas pulgas que la picaban con hojas de metal y solo en ese momento, fue visible una cicatriz que recorría todo el largo de su barriga subiendo un poco hasta el pecho. Pivoteo no bien una de sus patas tocó suelo, y sus tres cabezas bramaron con una visible rabia.

—Es como si no hubiese visto carne fresca en mucho tiempo —dijo la Mariposa al discernir el agudo llanto que se había infiltrado en la rabia.

Tras el aullido, todo cuanto la rodeaba comenzó a levitar, incluidos los dos Oníricos.

La Mariposa se movía mientras flotaba en el aire como si cayera sin paracaídas. El Cuervo quedó inmóvil, aprovechando esa calma para pensar en algo mientras Lógica se acercaba.

—Está muriendo —dijo con seriedad—, desde que Tánatos conquistó este lugar se la ha condenado en vida a sostener el castillo en los aires. No ha comido desde entonces.

—Todos estos cráneos no opinarían lo mismo —dijo la Mariposa con ironía.

—Esos cráneos pertenecieron a una antigua civilización que habitó aquí. Lógica no está viva más que por mantener el castillo construido de esos huesos en lo más alto.

—Entonces esa cicatriz... ¿Sus órganos han sido extraídos?

—Tánatos puede ser más brutal de lo que te imaginas. Ese cementerio casi decente de ahí era el refugio de quienes la veneraban.

La dificultad que tenía para movilizarse era evidente.

La presión que ejercía el aire sobre ellos no era estable.

—Solo está usando su cabeza izquierda —dijo la Mariposa a juzgar por la expresión de dolor.

—No me decepciones —dijo el Cuervo al chasquear sus dedos ordenando a una ráfaga de cuervos que choque contra la Mariposa y la libere de sus ataduras invisibles.

La cabeza del medio miró con entusiasmo como ella se desparramaba contra el suelo a causa del empujón.

La caída le había provocado algunos raspones. Pero no le importó demasiado. Enseguida volvió a acomodarse el sombrero y al ver esa imagen tan amenazante de las tres cabezas cerrándose alrededor del Cuervo lo supo muy bien.

—¡LÓGICA! ¡¿CREES QUE ACABAR CON NOSOTROS TE DARÁ ALGO QUE FESTEJAR, CRIATURA INMUNDA?! ESTÁS MURIENDO, TU DESTINO NO ES OTRO QUE EL DE TUS ADORADORES —dijo el Cuervo.

“Hermes, ve con ella. Si me devora perderemos la máscara”, dijo el Cuervo al sentirse apretado por manos invisibles puesto que dos de las tres cabezas tenían toda su atención en él.

“Como ordenes, Ludwing”, dijo Hermes

“Prepárate, Morfeo. Vamos a Hipnotizarla”, dijo colocando la hoja de su espada ropera a la altura de sus ojos al mismo tiempo que los cerraba.

“Tranquila, necesitamos alinear nuestras conciencias. No lo haremos más rápido si estas tan impaciente”

“Vamos, necesito más energía”

La hoja de su espada lograba apenas tomar ese tono amarillado. Era evidente como la influencia telequinética de Lógica se acercaba a ella cuanto más tardaba y si no hacía algo al respecto por más energía que tuviese no podría mover ni un músculo.

“Con su debido permiso, Melody. Vengo a apurar el asunto”, dijo Hermes adaptándose al rostro de la Mariposa. “No dudes en abrir los ojos, la conexión con Morfeo no se perderá.”

De un segundo a otro, su espada emitía esa refulgente luz propia de un rayo de sol acompañado de estrellas a lo largo de toda la hoja.

Tomando la espada con las dos manos, apuntó a Lógica cuando sus fauces estaban dispuestas a comer de un solo mordisco a su presa.

“¡Hipnosis!”, retumbaron las tres voces en su cabeza.

La Luz envolvió a Lógica abrazándola como lazos formados por estrellas fugaces a quien ha perdido toda esperanza. Poco a poco, su enorme cuerpo fue cediendo. Ofreció resistencia al principio, el Cuervo aún estaba colgando en el aire, pero las mandíbulas apenas podían mantenerse abiertas. El brillo de sus ojos comenzó a apagarse mientras su cuerpo caía rendido.

—Es inútil resistirse, Lógica —dijo la Mariposa—. Todo estará bien, puedes descansar por ahora —dijo haciéndole caricias en su cabeza central—. Deja ir al castillo, solo así podrás proteger para siempre a los tuyos. Te volverás inmortal como ellos, no temas. Esto es lo más benevolente que puedo hacer por ti. Tánatos pagará por todo el mal que trajo a estas tierras, te lo prometo.

Por fin pudo conocer la paz como la sensación que recordaría por siempre luego de una vida ligada al dolor.

Lentamente, el castillo de huesos iba cayendo. La polvareda se hizo partícipe cuando colapsó contra el rocoso suelo. Algunos huesos llegaron volando hasta ellos. La calavera de carnero se partió a la mitad como quebrada por un rayo. No quedó rastro del cementerio abandonado puesto que se sepultó en su totalidad.

## Salvación

Las paredes del castillo formadas por los cuerpos cadavéricos se habían deformado por el impacto de la caída.

—Luce como un lugar diseñado para la tortura —dijo la Mariposa.

—Los Tres Jueces torturaron a su propia gente por órdenes de Tánatos. Este condenado lugar no es más que un recordatorio de su desgracia. Sin embargo, te metiste con los restos de su gente al hacer que Lógica deje caer el castillo y ahora que Tánatos no está en casa los auténticos soberanos de estas tierras son ellos —dijo el Cuervo.

Repartidas a lo largo de una semicircunferencia había cuatro entradas a las catacumbas. Dos a cada lado de una escalera que conducía a un piso superior.

—¿Por dónde comenzamos a buscar? —dijo la Mariposa siguiendo los accesos cavernosos con la mirada.

—Los demás Oníricos deben estar por aquí —dijo el Cuervo mirando a su alrededor—. Hay celdas repartidas por el castillo, será mejor que los busques por tu cuenta, no confiarán en mí.

—¿Qué hay de ti? ¿Planeas...?

—Sí. Me enfrentaré a los Tres Jueces si hace falta. Ocúpate de tu gente, te necesitan. Regresaremos todos juntos, te lo prometo.

“La primera a la izquierda luce tentadora”, dijo Morfeo.

“De acuerdo”.

Al cruzar el umbral, se encontró con un pasadizo de celdas. Una frente a la otra y a su costado la siguiente hasta el final del camino donde un cadáver yacía sentado en una silla de ruedas confeccio-

nadas con alambre oxidado. Portaba una ballesta cargada sobre su regazo.

La Mariposa dio sus pasos de manera muy cautelosa, sin dejarse intimidar por el chillido de las rejas que se abrían al soplar la leve brisa fría.

“Se movió... El cadáver, giro sobre esa cosa con ruedas”, dijo Morfeo.

“¡Ay! No exageres, está muerto. ¡Me vas a matar del susto!”.

Cada celda en la que se había fijado estaba tan abandonada como la anterior y cada vez se acercaba más al final del pasillo.

“Mira esto”, dijo la Mariposa recogiendo un parche del suelo. “Es el parche de Fausto...”.

Un suspiro de dolor la hizo voltear lentamente a su derecha.

En una esquina del cubículo, el viejo lobo sangraba por su ojo ausente. Al parecer, el parche se le había sido arrebatado de una violenta manera a juzgar por un zarpazo de tres garras que marcaron su rostro.

—¿Qué te pasó? —dijo exaltada al verlo en ese estado tan devastado, con la mandíbula torcida y alguna lágrima—. Fausto, soy yo. Despierta, tenemos que darnos prisa, los Jueces del Inframundo no tardarán en venir.

El viejo Appleseed corrió su cara, como evitando mirarla.

—No podemos. Nos matarán a todos. No hay escapatoria, no debiste haber venido. Entrégate y muere. Déjalos que hagan lo que quieran. Todo está perdido. Maldito lobo —dijo apuntando con su débil brazo a la celda de enfrente.

Un espectral lobo estaba sentado dentro de la celda frente a ellos enseñando sus colmillos con una agresiva mirada.

—No puedo creer que me digas esto. No bromees, vamos, levántate, tenemos mucho por hacer.

Fausto hizo un ruido como si su pecho estuviera cerrándose. En ese momento, la Mariposa notó que no tenía puesto su cinturón con hebilla de lobo.

—Los Espíritus Oníricos decidieron separarse de nosotros. Nuestra desertión de la vida los ha hecho tomar distancia. Tú no tienes idea de lo que significa no querer seguir viviendo, ¿no?

“Los Espíritus Oníricos habitan en los Orbes. Son uno con su Onírico. A este paso no saldrá solo a recriminarle su valor, sino que abandonará el Orbe definitivamente”, dijo Morfeo.

“Entiendo”.

—Tienes razón. No lo sé. Solo sé lo que es querer vivir —dijo la Mariposa sentándose de piernas cruzadas frente a él—. Tengo el valor suficiente para hacerlo. ¿Recuerdas cuando enterré a mis padres? Disfrutaste cada segundo al verme pasar por eso. Y lo superé.

—El advenimiento de Noche es inevitable. Nada de lo que hayamos hecho se compara con eso. Nada es suficiente.

—Piénsalo un momento, con calma. Mham también parecía ser una mole imparable. Y lo derrotamos.

—Ahora que lo mencionas, no he vuelto a ver a mi hija, tampoco a mi ex esposa, como Gilder Glittery me lo había prometido. Le creí, y me aferré a esa última esperanza —dijo con una débil sonrisa—. Si Noche viene ya nada de eso importará.

La Mariposa comenzó a reír con su boca cerrada, viéndolo a los ojos.

—Comí el Fruto del Conocimiento, ¿sabes? Hay una manera de detener todo esto, pero no podré hacerlo sola. ¿Acaso no te interesa luchar por una ciudad mejor para tu hija? Aunque debe ser bastante adulta, pero no tiene las mismas herramientas para hacer lo que nosotros. A pesar de que las vuelvas a ver o no, sé que lo agradecerán. Mientras aún tengamos tiempo la balanza siempre podrá ser inclinada a nuestro favor —dijo la Mariposa poniéndose de pie—. Esto te pertenece.

Fausto vio el parche frente a él, pero ni por inercia intentó volver a tapar su ojo ausente.

El lobo se acercaba agazapado, pero ninguno de los dos lo notó.

—Bien, sé que no contaré contigo entonces. Espero que los demás no sean tan cobardes.

“El esqueleto... No, debe ser cosa mía”, dijo Morfeo.

A punto de dejar esta primera catacumba, un sonido a cuerda sientdo tensada retumbó en la quietud. *Tuc-tuc-tuc*

La flecha de la ballesta en el regazo del esqueleto se disparó a la espalda de la Mariposa.

Pudo haberle perforado el pecho de lado a lado sin más, pero la pala del Lobo se interpuso en su trayectoria quebrándola como a una rama.

—No dejaré que Noche arruine nuestras vidas —dijo el Lobo—. Cuenta conmigo hasta el último aliento.

—¡Eso es lo que quería oír! —dijo la Mariposa festejando con sus brazos extendidos—. Ayuda al Cuervo. Se encuentra conteniendo a los Tres Jueces del Inframundo.

—Nada bueno puede venir de él —dijo el Lobo—. ¿Acaso te dejaste engañar? Nada de esto estaría pasando si no fuese por su culpa, él fue el artífice de la cacería nocturna de aquella noche donde tus padres cayeron defendiendo Oniria.

—Si no fuese por él, yo estaría muerta hace mucho. Le debemos más de lo que crees. Yo iré por los demás Oníricos. No lo dejes morir, lo necesitamos.

—Confío en ti. Por cierto, Lupinel hubiese estado orgulloso. Tienes más de él de lo que crees —dijo el Lobo dándole la espalda a la Mariposa mientras se marchaba.

Al atravesar la entrada de la segunda catacumba, al final del pasillo una gata y un león estaban tratando de matarse a sí mismos. La gata esquivaba las garras del león caminando por el aire como si hubiera plataformas invisibles.

“Regulus y Velvet”, dijo la Mariposa.

“Ten cuidado, la energía que emana de los Espíritus Oníricos parece estar dándole vida a los cadáveres”, dijo Morfeo.

La Mariposa se aferró a las empuñaduras de sus dos espadas, y caminó con cautela, viendo a ambos lados dentro de cada celda.



“Oye eso”, dijo Morfeo, “parece que los jueces ya llegaron”.

“Cuánta tranquilidad, gracias”, dijo con ironía la Mariposa apretando los dientes.

Afinó sus sentidos cuando en las celdas delante de ella escucho el movimiento de cadenas arrastrándose.

Desenfundó sus espadas apuntando a ambos lados.

Su mirada horizontal sobre la hoja escarlata se encontró con Regulus colgando de cabeza completamente envuelto en cadenas como si fuese la trampa de una araña.

Al ras de la hoja de su espada ropera vio los amarres que sujetaban a Velvet de sus muñecas como si fuese el acto fallido de un mal contorsionista de circo.

—Fue su culpa, él provocó a los rufianes, yo no robé nada. Les dije que no me maten y que podían llevarse el atrapasueños si querían. No quiero morir aquí, me quiero ir a casa. Maravilla va a venir, va a venir, y América, y Veloz, y Capitán. Sí, sí, sí —dijo Velvet intentando escapar de los grilletes que hacían sangrar sus muñecas.

La Mariposa vio con lástima sus ojos tan abiertos como platos y pudo sentir cómo el tono de su voz se deslizaba hacia la demencia.

—¿Ibas a dejarlos que te torturaran sin más? Me decepcionas. Eso es no respetar el sacrificio de Lupinel —dijo Regulus mientras giraba de cabeza debido a la tensión de la cadena de la cual colgaba.

—Sí, sí, sí, el Águila. ¿Tú eres el Águila? ¿Dónde está Melody? ¿Dónde? ¿Dónde? —dijo Velvet con una expresión en su rostro semejante a cuando se toma algo amargo.

La gata había conseguido morder al león. Lo mordió tanto que este comenzó a estrellarse contra los muros para intentar quitarse esa molestia de encima.

—Si tuviese mi revólver pondría una bala entre tus cejas, Velvet. ¿Sabes cuánto le costó a Rebecca mantener seguro el Atrapasueños de Fobétor?

—¿Dónde están mis cosas, América? Podría jurar que tenía mi látigo justo aquí. Sí, Capitán, lo ahorcaría si lo tuviese conmi-

go, así no tendríamos que volver a escucharlo nunca más. Nunca, nunca, nunca.

La Mariposa levantó una ceja mientras guardaba ambas espadas. Respiró hondo para conseguir tanto aire como pudiese.

—¡No quiero volver a oírlos discutir! ¡¿Le gustaría a Rebecca verlos matarse entre ustedes?! —dijo con una vena claramente visible sobre su frente—. No lo creo —añadió suspirando—. Observen cómo sus Espíritus Oníricos se pelean. Buscan matarse, al igual que ustedes lo harían a no ser por estas cadenas. Imaginen si pusieran esa misma fuerza en detener a Noche —dijo la Mariposa con un tono reflexivo.

—¡NOCHE! —dijo Velvet buscando arrinconarse contra una pared, como una gata queriendo trepar con desesperación una lisa superficie—. Esos tres rufianes dijeron que el genocidio al caer la noche es inevitable.

—Genocidio, genocidio —dijo Regulus—, sería más agradable que nos permitieran la benevolencia del suicidio. ¿Cuánto mal hemos hecho para acabar así?

Los espectrales felinos, casi exhaustos, solo chocaban sus cabezas esperando a que alguno caiga primero que el otro.

—Nada malo. Nada realmente malo —dijo la Mariposa—. Vivimos lo suficiente. Tanto que las Deidades se han enfadado. Aunque algunos se metieron con las Deidades más de lo que deberían —dijo moviendo sus ojos de un lado a otro como si disimulara una travesura.

—No, no, no. No podría dejar que Noche destruya la sonrisa en los rostros de mis acróbatas —dijo Velvet sacudiendo la cabeza.

En ese momento, algunas moscas salieron de su nariz dejando una mancha de sangre que pasó sobre sus labios.

—Ese Beelzebub me las pagará muy caro —dijo con seriedad.

La gata se posó sobre la cabeza de la Mariposa, y saltó directamente al pecho de Velvet como si se sumergiera con gusto en un nuevo arenero. Al instante, el cinturón apareció en la cintura de la Gata junto con su daga y su látigo.

—Si no te resistías eso no te pasaba. Mírame, estoy perfecto. No me metieron moscas alucinógenas por ningún lado —dijo Regulus exagerando su risa.

—No te diré nada más solo porque Melody está con nosotros —dijo la Gata.

El majestuoso león espectral pasó entre ellas con el pecho lleno de orgullo. Sobre sus dos patas, consiguió cortar las cadenas que ataban a Regulus dándoles algunos mordiscos.

—Un aterrizaje nada agradable, mi amigo —dijo Regulus quitándose las cadenas que rodeaban su cuerpo—. Puedes volver a mí, ya nos vamos.

Muy a gusto, el león caminó dentro de Regulus como si volviera a su hábitat natural luego de una larga expedición.

—Lo dejé escapar —dijo el León mirando cuántas balas tenía el tambor de su revólver—. Deduje por el comportamiento de Velvet cómo se comportan los Espíritus Oníricos. Si fuera capaz de dejarme a mí mismo en un estado tan lamentable como para expulsar al león quizás mi castigo no sería tan severo. Me equivoqué en ese último punto, no fue nada agradable estar todo ese tiempo colgado de cabeza.

—No pudo ser peor que no fumar todo ese tiempo —dijo la Mariposa con ironía.

—¿Por qué llevas las cosas del Águila? —preguntó la Gata.

—Quiero tenerlo conmigo hasta el final, sé que necesitaré sentir que aún está conmigo.

—No es tiempo de que se pongan melancólicas, salgamos de aquí —dijo el León.

En el salón fuera de las catacumbas, el eco de los metales chocando parecía tener desorientado al caballero de armadura dorada. Su casco medieval se movía buscando el origen de aquellos impactos que parecían desorientar sus sentidos.

—Sin ataduras y sin moscas. ¿Te parece lo suficientemente justo?! ¡Beelzebub! —dijo la Gata girando la daga entre sus dedos.

—No tienes el atrapasueños, Velv —dijo la Mariposa—. No creo que...

—Lo tengo a Regulus para asistirme. Ve y ayuda a los otros dos, no te preocupes por nosotros.

—Tengo una bala para cada uno de estos tipos —dijo el León—. Déjalo en nuestras manos.

Una sensación de alivio recorrió el cuerpo de la Mariposa como si se hubiese sumergido en agua tibia.

—De acuerdo. Una cosa, es muy probable que Fausto se encuentre combatiendo junto con el Cuervo a los otros dos jueces. Confíen en el Lobo, él ya está al tanto de la situación... Tengan cuidado.

El tridente del caballero iba a interceptar los pasos de la Mariposa, pero la Gata consiguió enrollarlo con el látigo en plena trayectoria. La bala que salió del largo cañón del revólver empujó el casco que portaba sobre su cabeza hacia atrás, dejando una visible abolladura sobre la chapa de oro.

Una gran cruz de madera estaba sujeta a un disco de metal clavado de un eje al muro de roca. El zorro espectral giraba el disco cuando parecía que este estaba a punto de detenerse. Los grilletes atrapaban a Gilbert a la gran cruz. Un casco construido con varas de metal había sido colocado sobre su cabeza.

La Mariposa extendió, titubeante, su mano para detener el disco giratorio. No podía apartar su mirada del zorro, el cual hasta parecía sonreírle de una sombría manera mientras giraba a Gilbert una vez más.

—¿Satanás? ¿Eres tú? No te diré dónde está Morfeo. No importa si me matan, o cuánto me tortures.

Antes de que pudiera decir algo, el zorro se balanceó sobre la Mariposa y mordió su oreja para no dejarla ir. Intentó quitárselo de encima, pero era como querer atrapar vapor con las manos.

—No lograrás llegar a Morfeo, Satanás. Ella debe estar a salvo en algún lugar, estoy seguro. Vendrá a rescatarnos junto con Hipnos.

Ahora los que invadiremos esta realidad seremos nosotros. Mi Espíritu Onírico me protegerá de todos los males del Inframundo.

—¡Argh! Ya basta, Gilbert, dile que se detenga. No soy Satanás —dijo la Mariposa retorciéndose en el suelo.

“Este animal no parece estar de parte de nadie”, dijo Morfeo.

“No, ahora no, ahora no, ahora no...”, dijo la Mariposa antes de comenzar a toser sangre.

—Al menos antes de morir me llevaré a uno de los Jueces del Inframundo conmigo, espero que esta historia sea contada a los próximos Oníricos por los tiempos de los tiempos —dijo Gilbert girando en el disco de metal.

La Mariposa levantó la mirada sobre su sombrero con una irritada expresión en su rostro. No podía creer a lo que se supone que Gilbert estaba jugando. Fue entonces que pudo notar la máscara que posaba sobre su rostro sujeta por agujas que mantenían sus párpados abiertos. Sus pupilas estaban perdidas en sus ojos enrojecidos. Las tiras de metal que formaban el casco no solo comprimían sus oídos, sino que todo su cráneo.

“Necesitamos acercarnos, solo él puede contener al zorro”, dijo la Mariposa arrastrándose sobre el suelo.

Su temblorosa mano junto con la espada escarlata poco a poco la ayudaron a levantarse. Aun con el zorro, aparentemente tratando de arrancarle la oreja, llegó a tiempo para detener la siguiente vuelta del disco giratorio cuando Gilbert estaba terminando su recorrido.

—¿Qué hay de malo contigo? Alimenta esas ganas de vivir. El dolor es más de lo que te imaginas —dijo la Mariposa deteniendo el disco en seco con las dos manos.

—Aléjate de aquí, Satanás. Hipnos te castigará si no lo haces.

“No hay caso”, dijo Morfeo.

“Si tan solo pudiera quitarle ese casco de metal. Tengo una idea...”, dijo la Mariposa al ver el par de candados detrás del casco.

—Te prometo que esto te dolerá menos de lo que crees —dijo cruzando la espada escarlata y el mosquete a través del arco del candado como si fuese una gran tijera.

Empujando ambas hojas con sus brazos logró romper los candados. “Estupendo. Temía que la espada ropera no lo resistiera”, dijo examinando la delgada hoja.

La presión a la que el cráneo de Gilbert estaba siendo sometido se deshizo al instante.

—¿Te arrepientes, Satanás? ¿Tienes miedo? Sí, tienes miedo de lo que Hipnos pueda hacerte.

—Lo dudo —dijo la Mariposa separando el casco con delicadeza—. Solo me queda quitarte la máscara, te va a doler.

—Melody... ¿Qué está pasando? Suenas dolorida, ¿estás bien?

Su pulso temblaba por el dolor tan sufrido de la mordedura, pero no quería hacer temblar tanto sus manos mientras extraía las agujas de la máscara que mantenían los ojos de Gilbert abiertos sin descanso. La sangre se derramaba sobre su rostro como si estuviese llorando conforme las picaduras de metal se despegaban de su piel.

—No puedo ver nada. Es más, siento como si no tuviera ojos. De hecho, no puedo ver nada bueno en mi futuro como líder de la familia D’Alterier. La mafia solo ha causado problemas y problemas.

—Siento que nuestra vida cambiará luego de que todo esto acabe. Ten por seguro que encontrarás la manera, Gilbert —dijo la Mariposa rompiendo los candados de los grilletes que lo sujetaban a la cruz de madera.

Como una pluma, Gilbert se desplomó sobre la Mariposa, apenas capaz de sostenerse sobre la punta de sus pies. El ritmo de su corazón sobre el pecho de la Mariposa era propio de la desorientación luego de haber estado girando por quien sabe cuánto tiempo.

“No creo que curarlo sea una buena idea”, dijo Morfeo cuando la Mariposa tocó la frente de Gilbert con la palma de su mano

“Créeme, necesito que los Oníricos estén juntos”, dijo la Mariposa mientras parte de su vitalidad mermaba como un cambio de temperatura.

—Pondré todos los recursos de la familia a disposición de Faith para ayudarla a levantar las calles de Reveur una vez más —dijo Gilbert estirando su brazo como si quisiera alcanzar al zorro agazapado en un rincón.

De un salto consiguió subir al brazo de Gilbert, caminando erguido y con su nariz en alto volvió a su madriguera favorita. La hebilla con forma de zorro resplandeció en el cinturón y su lanza apareció en su espalda una vez más.

—¿Podrás continuar? —preguntó el Zorro.

—Debo hacerlo —dijo una debilitada Mariposa—. Si yo no lo hago nadie lo hará. Aún nos falta Faith. Los demás están combatiendo a los jueces, ayúdalos. No te preocupes por el Cuervo, no es más que un aliado que hizo más de lo que debería. Ve.

Al final de la última catacumba Faith estaba sentada de piernas cruzadas. Un espectral canario estaba posado en su dedo como si fuese la rama de un árbol. Ambos aparentaban estar metidos en una profunda conversación susurrándose cosas al oído cuando la Mariposa los encontró.

—¿Cómo se siente hoy, reina de Reveur? —dijo la Mariposa con solemnidad.

—Nunca me sentí tan... —el canario le estaba susurrando algo en ese momento— infeliz —dijo antes de volver a susurrarle algo al canario ella esta vez.

—Si me lo preguntas, ahí fuera tienes todo para ser feliz —dijo la Mariposa sentándose a su lado—. Tienes mucha vida por delante, créeme. Lo he visto, pero no puedo decirte más. Si no te molesta, me quedaré aquí hasta que te sientas mejor. No tengo nada más que hacer. Tienes toda mi atención —dijo la Mariposa acariciando la pluma negra de su sombrero una vez que se lo había quitado.

—¿Crees que podré hacerme cargo de la ciudad? No soy ni la mínima parte de influyente de lo que era mi padre, ni por asomo. ¿Qué dices, canario? No, lo dudo. No hay escapatoria de este agujero.

—Hay una manera de escapar, y hay algo esperando a sucederle a la reina de Reveur una vez que acomode sus ideas. ¿Qué quieres para la ciudad?

—En primer lugar, quisiera que mi gente deje de sufrir por culpa del Green-V. Después, quisiera ejecutar de alguna manera un pro-

fundo cambio social para eliminar el estado en el que se encuentra la opinión pública. Las ideas instauradas por mi padre deben desaparecer de las calles de esta nueva ciudad que insinúas haber visto en algún lado —dijo Faith mirando al techo.

—El Fruto del Conocimiento no miente. Solo faltas tú, Faith. Todos están dando batalla ahí fuera para poder salir de aquí. ¿Dónde dejaste el Báculo de Fantaso? No me digas que...

—Pero si tú comiste el Fruto del Conocimiento... —dijo Faith viéndola con desesperación—. Wrong dijo que... No. ¿Como? —suspiró ocultando su cabeza entre sus piernas—. No sé qué pasó con el Báculo de Fantaso, lo último que recuerdo fue que Lucifer me dio un puñetazo, luego me desperté aquí. Una gota de agua caía sobre mi cabeza una y otra vez, dolía tanto como si me estuvieran cayendo piedras. Por suerte se detuvo. Creo que el canario lo detuvo. Me gustaría que compartas el conocimiento de lo que pasará con Reveur cuando todo esto acabe.

—No. Sabes que no puedo. Perdería todo lo que sé si te revelara de qué se trata. El báculo debe estar por algún lugar del castillo, estoy segura. No nos preocupemos por eso ahora. Dime, ¿seguirás lamentándote mucho más? Hasta yo dejaré de creer en ti si sigues siendo una nena tan llorona y consentida. La Faith del Castillo de la Envidia no hubiese titubeado ni un segundo, incluso si se trataba de sacrificar a un camarada Onírico en el proceso.

—Lo echo de menos. Él me dio el auténtico valor que necesitaba para encontrar mi libertad.

—¿Pensaste en inculcar ese valor en la ciudad? Te puedo asegurar que más de uno en Reveur te lo agradecerá. Una y mil veces.

—Libertad...Valor... Un mejor futuro. Sí. Sí, definitivamente. Eso es —dijo mientras el canario volaba más y más alto, solo para caer en picada dentro de su pecho.

—¡Bienvenida a bordo, capitana de Reveur!

—¡LEVEN ANCLAS! —dijo el Canario asegurándose que la tensión en la cuerda de su arco sea la misma de siempre.



—Bien. Ahora, presta atención. No me cuestiones. El Cuervo siempre estuvo de nuestro lado a su manera, claro. Todos están manteniendo a raya a los jueces. Necesito que te sumes al combate. Diles que ganen tanto tiempo como puedan, aún hay algo que debo hacer —dijo la Mariposa tomándola de los hombros y mirándola fijamente.

—Como ordenes, líder —dijo el Canario sonriendo.

—Espero que los encuentre —dijo la Gata viendo de reojo como la Mariposa subió las escaleras hacia el siguiente piso del castillo.

Las flechas del Canario se clavaron en la enchapada armadura dorada de Beelzebub.

—Este es nuestro, Faith —dijo la Gata—. No te metas.

Con un golpe del tridente en sus piernas, el León perdió el equilibrio. Pensó que sería su final al ver el metal cayendo hacia su pecho, pero entonces la Gata logró quitárselo de las manos a Beelzebub con su látigo.

Como dos murciélagos feroces, el Cuervo y Lucifer combatían aquí y allá, apareciendo y desapareciendo a través de las Grietas.

—Vamos, vamos, ya casi... ahí están —dijo el Canario tratando de predecir en qué lugar aparecerían después.

Si no hubieran desaparecido, la flecha hubiese impactado en la espalda del Cuervo.

—Llegaste en el momento justo, necesitaba ayuda con este —dijo el Cuervo apareciendo a un lado de ella.

—Otra vez cambiando de bando. ¿Cuál es el plan?

—No hay plan. En cuanto Melody esté lista, tendremos que huir. Los Jueces del Inframundo no pueden ser derrotados, no es físicamente posible.

El Zorro corría despavorido mientras Satanás lo perseguía, y el Lobo perseguía Satanás.

—¡No! ¡No permitas que suban las escaleras! —dijo el Cuervo desapareciendo otra vez.

Su siguiente posición fue a mitad de camino de las escaleras. Justo a tiempo.

—Estás en el camino, mocoso —dijo dándole una patada en la cara al Zorro provocando que este rodara hasta caer por un costado de la escalera—. Debemos mantener a Morfeo a salvo.

El juez se detuvo. Golpeó los escalones debajo de él agrietándolos con su tridente.

—Se acabó, Satanás —dijo el Lobo.

Por detrás y por delante, como dos cascadas de agua torrencial, cayeron los embates tanto de la pala como de la hoja buscando destrozarse esa armadura dorada y todo lo que se oculte debajo de ella.

—Los admiro. No tienen nada de lo que se necesita para derrotarnos y aun así se las arreglan para no morir aquí. No son más que animales que se resisten a ser cazados. Reconozco que si la generación anterior fue doblegada por la Vanguardia esa noche eso solo se debió a que los tomaron por sorpresa —dijo Satanás de rodillas, aguantando ambos golpes con el tridente al hombro—. Es una lástima que por su condición de Oníricos sus almas desaparezcan al morir, me hubiese gustado tenerlos como mi guardia personal para revelarme contra Tánatos.

Movió el tridente hacia atrás como buscando impulso y golpeó al Lobo en medio del pecho despojándolo de las reservas de aire en sus pulmones al instante. Luego arrojó el tridente hacia el Cuervo, pero él ya no estaba allí.

Lo ahorcó por la espalda, y volvió a desaparecer. Reapareció en el aire, arrojándolo desde lo más alto del salón al suelo. Y lo tomó una vez más para arrojarlo contra una columna, y otra vez y otra vez hasta quedar exhausto en medio de la recámara principal del castillo.

—¿Eso es todo? —dijo Satanás saliendo de entre los escombros de huesos—. Apenas has dañado mi armadura. Estás desesperado, ¿no es así? ¿Qué te hace hacer esto? Pudiste tenerlo todo al lado de Tánatos. De alguna manera te envidio. Nosotros nunca encontramos el valor para recuperar lo que nos pertenece... Somos los esclavos perfectos —dijo pasando el filo más largo del tridente sobre el cuello del Cuervo, quien yacía debilitado en el suelo.

Faith lo miraba con lástima, en el fondo no quería que esto acabara así para el Barón A. La pena se desparramó por el lugar. Ya no había necesidad de seguir peleando pues fue benevolente como Lucifer y Beelzebub sintieron que debían dejarlos en paz para contemplar el brutal acto que les servirá de ejemplo.

—¡¡¡BASTAAA!! —gritó la Mariposa con todas sus fuerzas desde lo más alto de las escaleras— Si seguimos así, todos moriremos. La muerte lo cubrirá todo. Cada una de las tres realidades.

La Mariposa comenzó a descender los escalones. Lo intimidante de su aspecto no recaía solo en su ropaje tan representativo como elegante, ni en sus dos espadas. Si no, en ella, quien portaba a Morfeo dentro de sí, y también llevaba colgado el Atrapasueños de Fobétor, y el Báculo de Fantaso en su cinturón.

—Ustedes, los auténticos señores del Inframundo, merecen reclamar estas tierras como suyas una vez más. ¿Temen a Tánatos? No importa. Hoy somos más los que podemos unirnos a esta batalla. Nos necesitamos. Saben que el advenimiento de Noche acabará con todo en este mundo, ¿qué esperan para tomar acción en este asunto? He consumido el Fruto del Conocimiento, pero no podré hacerlo sola. Los necesito a todos —dijo devolviéndole el báculo al Canario—. La malicia de los humanos agotó la paciencia de Hipnos. El placer más grande de Tánatos es la muerte, la violencia, el sufrimiento. Solo juntos pueden traer de regreso a Noche —dijo colgando el atrapasueños en el cuello de la Gata.

—No creo una palabra de lo que dices —dijo Beelzebub—. Tánatos, Noche, no importa. Nos arrodillaremos ante quien sea y les serviremos hasta el final.

—Deberías estar asustada de la muerte. ¿Sabes que podría suceder si Noche se entera de esto? El conocimiento de esa manzana no les fue permitido nunca a los humanos —dijo Lucifer.

—Lo único cierto es la profecía que anuncia el advenimiento. Dime, ¿la conoces? Si tanto desean morir podemos complacerlos ahora mismo, Morfeo. De cualquier manera, no saldrán de aquí —dijo Satanás.

“No lo hagas, perderás el conocimiento que obtuviste. ¿Cómo derrotaremos a Noche?”, dijo Morfeo.

—*Cuando la noche caiga sobre Reveur, un nuevo amanecer brillará sobre las tres realidades* —dijo la Mariposa entonando con gracia sus palabras acompañadas de un gesto de su dedo—. Ahora, si me lo permiten, únanse a nosotros o sean destruidos por sus amos —dijo de brazos cruzados.

—Melody... —dijo el Cuervo jadeando—. Ya veo.

Los Tres Jueces la rodearon. Dos de ellos se arrodillaron ante ella.

—Necesito una garantía —dijo Satanás, quien seguía de pie—. Tomaré tu alma. Si ganan, deberías ser capaz de volver a buscarla. Si no, la guardaré como un recuerdo del último Morfeo.

—Ahora que ya no sé cómo derrotar a Noche suena como algo bastante justo. Tómala si tanto quieres, pero no perdamos más tiempo —dijo la Mariposa.

En su pecho el frío del guantelete de oro le hizo sentir a la Mariposa cómo su cuerpo perdía sus fuerzas al mismo tiempo que sus ojos se le dieron vuelta.

—Detente —dijo el Cuervo incorporándose con dificultad—. No te servirá de nada, sin un alma no podrá poner un pie en Reveur. Yo comí el Fruto del Conocimiento la noche de la cacería. Sé que ellos ganarán, pero primero volverán a Reveur. En este preciso momento, Hipnos y Tánatos están trabajando para romper el sello de piedra en la luna y traer de regreso a Noche. Si quieres una garantía, toma mi alma —dijo agarrando del brazo a Satanás.

La Mariposa se recuperó no bien el juez dejó de tocarla.

—Ludwing, acaso tú...

—Toma mi alma, Satanás. Melody Calloway volverá a recuperarla una vez que todo esto acabe, sé que lo hará —dijo el Cuervo quitándose la máscara.

—Interesante. Entonces, me quedará con tu alma. Lucifer y Beelzebub darán las tuyas a cambio.

—¡Podríamos absorberlas! —dijeron la Gata y el Canario al mismo tiempo.

—Solo prometan que no perderán —dijo Lucifer—. Después de esto ya no habrá nada. Nada.

Lucifer se arrodilló ante el Canario y Beelzebub hizo lo mismo con la Gata. Sus placas de oro se desprendieron, exponiendo dos demoníacas siluetas de un celeste vivido como si fuesen una porción de cielo. Esos colores resplandecieron tanto en el báculo como en el atrapasueños cuando sus portadoras dieron un paso adelante y decidieron absorberlos. Enseguida, las hebillas de sus cinturones se tornaron doradas como las armaduras de los jueces.

Una lágrima recorrió la mejilla de la Mariposa mientras tomaba la máscara en sus manos.

—Esta es la Máscara de Hermes. No es un regalo. La estaré esperando de regreso, ¿de acuerdo?

—Lo juro, Ludwing Arsene Henderson, el Cuervo —dijo la Mariposa poniéndose la máscara.

El cuerpo de quien había sido su profesor más odiado cayó en seco al suelo ajeno a toda vida, sin hacer el mínimo movimiento una vez desplomado a los pies de Satanás, quien tenía en sus manos a un fantasmagórico y dormido Ludwing.

—Lo colocaré como un trofeo sobre mi trono —dijo Satanás—. Este hombre te esperará. Valoraba su vida más de lo que creemos. Vayan en paz. No los detendré. Aún falta la batalla, pero siento que ya recuperé mi reino.

Sin la mínima duda en sus almas, los Oníricos se marcharon en silencio.

“Hazte a un lado, ahora somos dos”, dijo Hermes.

“Será mejor que te comportes, pareces ser bastante engreído”, dijo Morfeo.

“Niños, silencio. Estamos de duelo. Un gran hombre ha entregado temporalmente su vida”, dijo la Mariposa.

## Ensueño del Tártaro

Las primeras horas del frío amanecer aún estaban por venir cuando los Oníricos legaron al laboratorio dentro de las Ruinas de Cromwell. Gilbert fue el primero en romper el hielo.

—Todo esto es Green-V —dijo viendo las estanterías.

—Así es. Ludwing intervino en el desarrollo. Esto mantenía a las personas a salvo tanto de Hipnos como de Tánatos. Todo será en vano si no detenemos a Noche —dijo Melody.

—Salvaremos a la ciudad —dijo Faith mirando a Melody a los ojos.

—Este podría ser nuestro último día en Reveur, ¿no es así? Cuando la noche caiga sobre Reveur, un nuevo amanecer... —dijo Velvet haciendo un eco melancólico de la profecía.

—Si están asustados vivan este día como si fuese el último —dijo Melody quitándose la máscara—. Fuera de las ruinas hay un Espejo. Nos vemos al atardecer en la estación de subterráneos de Nior, a partir de ahí decidiremos qué hacer.



Las Pesadillas se escurrían de una manera casi traviesa entre los árboles hasta que huyeron al verla. Desde Oniria no hubo necesidad de golpear la puerta de alguna manera específica como suelen hacerlo desde Reveur. De hecho, la puerta se abrió sin más, como si no tuviera llave.

“Lo prometido es deuda, como dicen”, dijo la Mariposa tomando el Orbe que yacía sobre una cama. “Creo que Pierre estará interesado en ver cómo termina la historia de los Oníricos”.

“Ten cuidado cuando lo apoyes sobre la Corriente de los Sueños”, dijo Morfeo. “La energía es tanta que podría arrancarte un brazo”.

“Le pedí a Ludwing que le inyectara el Green-V ese día en la biblioteca. Por alguna razón tuve el deseo de salvarlo. Ludwing quemó ese libro para que no supieras de la profecía antes de tiempo y así conducirte al Fruto del Conocimiento, niña”, dijo Hermes.

Al otro lado de la laguna rodeada de árboles, la Corriente de los Sueños marcaba el límite de la ciudad.

La Mariposa se recostó sobre la orilla. Dejó la máscara y el sombrero a un lado, al igual que sus espadas. Se echó sobre la tierra con una pierna sobre la otra moviendo su pie al ritmo de algún conocido tono de jazz. Suspiró.

“¿Tomando un descanso?”, dijo Morfeo.

Otro suspiro. Más silbidos.

“Sabes... Todo lo que tenemos un día dejará de estar en nuestra vida. Quizás se deba a que nosotros lo perdimos o esto nos perdió a nosotros. No sé si estaré aquí mañana. Espero que no noten mi ausencia. Me pregunto cuántos sueños se terminaron antes de tiempo en el transcurso de todo lo que nos llevó hasta este punto. ¿Y qué hay de los que no se terminaron? Me rehúso a creer que esos soñadores se rindieron. Las imágenes de mejores días formándose en nuestras mentes son la única luz al final del túnel. ¿Por qué deberíamos abandonar las cosas que realmente nos importan?”, dijo la Mariposa.



Regulus limpiaba con un plumero el cuadro de Rebecca en su despacho. La tetera apenas empezaba a silbar.

—Solo su presencia aquí me hacía feliz. Imagina todo lo que sentía por ella. Y aun lo hago, no me malinterpretes —dijo Regulus

abrazando el plumero —. Tal vez mañana pueda volver a encontrarla en algún lugar.

—Lamento decirte que tendrás que seguir esperando. ¿Té rojo o té azul? —dijo Faith secando las tazas

—Azul... Quién sabe ahora que ella no sabe. Melody, quiero decir.

—Estaremos bien. Fantaso dijo que con el alma de Lucifer siente que tiene energía de sobra. Esa era mi mayor preocupación. No tuve tiempo de absorber la luz de la luna, y Velvet no pudo absorber ninguna Pesadilla. Por cierto, gracias por invitarme a desayunar —dijo Faith vertiendo el agua de la tetera.

Regulus continuó acomodando sus papeles. Las plantas en sus estantes se habían marchitado.

—¿No crees que es demasiada azúcar para una sola taza?

—La necesitaré —dijo Faith—. Cuanto más azúcar consuma menos posibilidades tendré de vomitar cuando me teletransporte en combate.

Cuando las tazas quedaron vacías, Faith dejó el despacho del detective acomodando su mochila, con una esperanzadora mirada al cuadro de Rebecca acompañada de una mueca parecida a una sonrisa.

—Nos vemos al atardecer en la estación de subterráneo, como ella propuso.

Regulus le hizo un gesto con la mano con la que sostenía el cigarri-  
llo que acababa de encender.

“¿Darás una posible última caminata?”, dijo Fantaso.

“Quizás. ¿Cómo es Noche?”, dijo Faith viendo a la gente ir y venir en las calles.

“Es como un ángel, a decir verdad. Un ángel de vestido púrpura con un ala negra. Era hermosa”, dijo Fantaso como suspirando.

El Ventoriosa seguía congelado en lo más alto de una ola que fue alcanzada en pleno vuelo por la magia congelante de Leviatán aquella noche. La vela, desgarrada y apenas escarchada, ondeaba con el símbolo del ciervo en ella.



“Una nueva ciudad puede levantarse de los escombros de esta. No los decepcionaré...”, pensó Faith con lágrimas en sus ojos. “Nueva Re-  
veur. Suen a prosperidad”.



### *Cling*

El cantinero de Ninth Dreamer se dio vuelta mientras limpiaba las copas cuando escuchó que alguien se había sentado en un taburete.

—Un vodka. Deje la botella —dijo Fausto.

—Un vaso de leche para mí —dijo Gilbert.

El cantinero se acomodó el moño y asintió.

Todas las bebidas se exhibían detrás de él. Siguió las hileras con la mirada hasta que dio con la etiqueta adecuada para un sujeto tan desagradable como lo era aquel viejo de poncho gris.

—El barón blanco, la más cara del bar. Y un vaso de leche para el chiquillo. ¿Algo más? —dijo el cantinero sin despegar la mirada del viejo.

—Tengo hambre, Fausto —dijo Gilbert—. ¿Qué hay para comer?

—Me atrevo a preguntar. ¿Usted se apellida Appleseed?

—Todavía sí —dijo Fausto—. Tráele algo para comer.

—Enseguida. Solo déjeme entregarle esto —dijo el cantinero entregándole un sobre.

—¿Qué es esto? —dijo Fausto gruñendo con hartazgo.

—Quien lo dejó a mi cuidado dijo que solo lo abra cuando considere que está dispuesto a volver. También dijo que por su parte ya no huiría como la última vez. Dijo que usted entendería.

El cantinero fue a la cocina sin decir más. Por su parte, el viejo Appleseed se guardó el sobre a pesar de que Gilbert le insistía en abrirlo después de cada trago de vodka en el que Fausto se hundía.

Al rato, el cantinero había vuelto con un plato lleno de papas fritas.

—Quiero que seas parte de la familia D’Alterier —dijo Gilbert con la boca llena—. Quiero que te conviertas en mi mano derecha, y también quiero que Regulus se una. Ayudaremos a Faith con la ciudad.

—Sí, definitivamente estoy dispuesto a hacerlo. Podría hacer algo bueno en los últimos años de mi vida —dijo Fausto mirando el fondo de su copa vacía—. Esta es mi última oportunidad para recuperar mi vida tal como era.

—Hagamos algo bueno por el mañana —dijo Gilbert levantando su vaso de leche.

Fausto brindó con él.



Si bien nadie parecía detenerse a apreciar cuán difícil era para Veloz mantener apiladas esas cuatro botellas mientras las mantenía en equilibrio con una paleta de ping-pong que sostenía con los dientes, él no se desanimaba.

—Es bastante decente, pero aún sigues necesitando más práctica —dijo Velvet.

—Preferiría que me enseñes cosas de mimos, puedo ser tu ayudante —dijo Veloz despegando los dientes lo menos posible.

Velvet se burló con un gesto similar a cocer su boca con un hilo. Siguió con sus imitaciones de cajas invisibles de un peso incalculable haciendo de cuenta que las apilaba y las dejaba caer sobre Maravilla. Ella fingía ser aplastada por los bloques.

—¿Por qué trajiste el atrapasueños? —preguntó América—. Es la primera vez que vienes a actuar con eso puesto.

—No lo traería si no fuese necesario. Algo muy peligroso ocurrirá esta noche. Prometan que se quedarán a salvo en casa. Duerman. No quiero que se desvelen.

“Deberías decirles que quizás no vuelvas a verlos”, dijo Fobétor.

—¿Qué es esa cosa que llaman Noche? Te oí hablar con ese viejo tuerto al amanecer —dijo Capitán.

—Nada de lo que deban preocuparse ahora. Si todo sale como espero, mañana les daré una sorpresa —dijo Velvet abrazando a los cuatro acróbatas.



Melody fue la primera en llegar a la estación de subterráneo.

“El sol se está ocultando para todos”, dijo Morfeo.

“Eso no suena muy optimista de tu parte”, dijo Melody sentándose en los escalones de la entrada.

Las miradas de ojos hundidos apenas la notaban. Entre la agobiada multitud de trajes y maletines, un tapado de terciopelo rojo no encajaba en la monotonía. Era la única que no iba cabizbaja ni rendida. Llevaba las manos en los bolsillos y la boina azul sobre el corte carré, y un distintivo extravagante atrapasueños con plumas de colores colgado del cuello.

Una chica rubia con un hoodie celeste se quitó la capucha mientras se acercaba a la estación de subterráneo. Miraba amablemente a todo el mundo, como si no quisiera que se le escapase alguien sin saludar, aunque todos le respondían con la misma indiferencia a pesar de que ella conocía los nombres de casi todos por la manera en la que los saludaba. Atravesado en el bolsillo de canguro de su hoodie traía un báculo con una media luna de cristal bañada en una luz azulada.

—También somos parte del problema. Pero aquí estamos —dijo Velvet.

—Es hora de un nuevo orden —dijo Faith.

—No actúen descuidadamente, esta puede ser nuestra última batalla —dijo Melody.

Las tres se sentaron en los escalones a contemplar el atardecer. Las sombras de los edificios circundantes cada vez se cerraban más sobre sí mismas, hasta que las nubes se aglutinaron dándole un tono gris al cielo. Los bruscos sonidos de las formaciones se hacían eco hasta afuera de la estación a pesar del ruido del tránsito. El viento comenzó a soplar cuando Regulus las encontró al abandonar el subterráneo que había arribado. Sin decir una palabra, recostó su hombro sobre una pared y prendió un cigarrillo cubriendo el encendedor con sus manos.

Un disturbio llamó la atención de los cuatro. Fausto había agarrado a un tipo del cráneo como si fuese una fruta que intentaba exprimir mientras que Gilbert se frotaba las manos con nerviosismo. Después lo arrojó contra la acera y le advirtió que no volviera a meterse en su camino, o eso distinguió Melody viendo de lejos por los gestos que él le había hecho.

El cielo se tornó rojizo sobre las nubes grises con los últimos rayos de sol y el cercano manto nocturno que comenzaba a cubrirlos mientras Fausto y Gilbert se acercaban.

—Malditos bastardos mal educados —dijo acomodándose el parche del ojo.

—El Espejo no debe tardar en aparecer —dijo Melody.

Y no tardó. Ni tampoco fue el único. Miles de Espejos azules los rodearon. Posiblemente todos los espejos repartidos a lo largo de Reveur aparecieron al mismo tiempo y se reventaron en mil pedazos al unísono.

Las personas no notaron la presencia de estos. Siguieron sus caminos de hormigas con normalidad a pesar de que del cielo comenzó a llover sangre.

Antes de que los Oníricos pudieran darse cuenta, el Fuego del Fénix los rodeaba y detrás de ellos la estación de subterráneo se había transformado en la Cúpula de Hipnos. Y los cinturones resplandecían con sus armas en sus cinturas.

—¡¿Qué está pasando?! —dijo la Mariposa dándose cuenta que llevaba puesta la capa, el sombrero con la pluma negra, ambas espadas y la Máscara de Hermes.

“Está pasando”, dijeron Morfeo y Hermes al mismo tiempo.

—El Fuego del Fénix incinera a los enemigos que intentan entrar a la cúpula, ¿verdad, Faith? —dijo la Gata con una voz temblorosa.

“Parece que no reconoce que hay enemigos en casa”, le susurró Fobétor con un tono de decepción.

—Así es. Sin embargo... —dijo el Canario viendo como el techo de la cúpula se había desmoronado.

Los Oníricos se percataron rápidamente que la Corriente de los Sueños ya no rodeaba Oniria.

La enorme luna estaba casi sobre ellos, destrozada, al igual que un plato roto, como si una fuerte explosión hubiese dañado parte de su superficie junto con el anillo de piedra que la orbitaba.

Ante el asombro de todos al ver la estructura casi viniéndose abajo, la Mariposa solo suspiró viendo una resplandeciente luz verde y celeste con forma de hélice que salía del techo de la cúpula y se conectaba con la luna.

—Está pasando tal como el Cuervo dijo. Hipnos y Tánatos lograron revivir a Noche. ¡No hay tiempo que perder! —dijo antes de echarse a correr adentro.

—No creo que entrar sea lo más prudente, Melody —dijo el León intentando agarrar su capa, pero ya era demasiado tarde.

—No la dejen sola —dijo el Lobo poniendo una flecha en su ballesta mientras seguía los pasos de su líder.

El techo de la cúpula estaba en ruinas.

Cuanto más se adentraban los Oníricos en su preciada morada, menos parecían reconocerla frente a los catastróficos destrozos de las rocas que caían del anillo de piedra e impactaban contra la cúpula como si todo el lugar hubiese sido víctima de un terremoto.

Las Deidades gemelas contemplaban la luna con sus espadas en alto.

—Está hecho, hermano —dijo Hipnos mientras una tenue luz verde abandonaba la hoja blanca de la Espada del Ensueño.

—No hay nada que me contente más que tener de regreso a nuestra madre en casa —dijo Tánatos tomando entre sus dedos el último espasmo de algún alma en pena que buscaba escapar de la negra Espada del Tártaro.

Una multitud de pasos sonaron a sus espaldas.

—Bueno, bueno, bueno... Mis hijos decidieron sumarse a la fiesta —dijo Hipnos.

—¿Acaso decidiste traerlos a morir, Morfeo? Podría jurar que faltan varios de ustedes —dijo Tánatos.

Los Oníricos no titubearon. Cada uno de ellos estaba ahí con tanta resolución como nunca antes. Algo más grande que ellos estaba teniendo lugar. Nada pudieron hacer para evitar el advenimiento de una desoladora última jornada.

—No hemos atravesado ningún Espejo, ¿cómo hemos llegado a Oniria? —dijo la Mariposa adelantándose unos cuantos pasos.

—Noche nos ha reunido a todos aquí —dijo Hipnos—. A todos. Siento la rabia que te habita, Morfeo. Dime, ¿no te diste cuenta? Los habitantes de la ciudad también están aquí. Noche nos quiere a todos.

—Las tres realidades volverán a unirse. No hay donde escapar —dijo Tánatos.

—Eso no puede ser. La Corriente de los Sueños envuelve a Oniria, separándola del resto.

—Ya nada queda de eso. Ni tampoco de las almas que vagaban por el Inframundo —dijo Tánatos.

—Nuestras espadas absorbieron toda esa energía. No había otra forma de regresar a nuestra madre a la vida —dijo Hipnos—. No la volveremos a necesitar una vez que Noche restablezca el orden natural de las cosas. Tampoco a los Oníricos.

—Podría matarlos aquí mismo y arrojar sus cuerpos a lo más profundo del Inframundo —dijo Tánatos—, pero prefiero que madre tenga la última palabra.

Un destello captó la atención del Canario, al igual que una estrella, en esa noche de cielo rojizo.

—Algo se está acercando —dijo con una mano temblorosa sobre su boca.

Como una lejana hoja que abandona un árbol, Noche descendía de la resquebrajada luna con sus brazos extendidos, planeando con la única ala negra que salía de su espalda pero que era tan amplia para envolver el resto de su cuerpo. Su cabello era del color de la plata y casi podría confundirse con el ala que le faltaba, o con su cristalina mirada amatista como la vestidura que la arropaba.

Con un aleteo fue suficiente para mover los escombros. Permaneció flotando sin tocar el suelo, con sus pies desnudos como una bailarina mientras sonreía viendo a sus dos hijos, quienes se arrodillaron ante su presencia.

—Siempre los cuidé, estaba segura de que algún día me regresarían el favor. Volver a verlos unidos fue mi último deseo antes de morir, y fue tal que una mínima parte de mí permaneció con vida, observando desde la luna —dijo Noche con las manos cruzadas sobre su vientre—. Me cuesta creer que los humanos hayan sellado su propio destino. La única regla que les impuse al cederles la realidad fue no consumir el Fruto del Conocimiento. Nunca, por ninguna razón. Como si no fuese suficiente, han perturbado estas tierras tan prósperas buscando su propio beneficio.

—No fue menos caótica la ausencia de la Deidad del Sueño —dijo la Mariposa—. Hipnos también ha fallado. No estoy dispuesta a permitirles erradicar a la humanidad. Todos tuvimos nuestras malditas razones para consumir el Fruto del Conocimiento, y nunca fueron malintencionadas.

Un espasmo en el Lobo fue tan fugaz al aparecer como al desvanecerse cuando Noche caminó entre sus hijos y se acercó a ella. El Leon no pudo contenerse y disparó a su pecho, pero su ala detuvo el disparo dejando caer algunas plumas negras.

—Tus buenas intenciones te trajeron hasta aquí —dijo Noche corriendo un mechón de cabello de la Mariposa—. Es una pena que tu tiempo de ser Morfeo haya sido uno de tanta manipulación y fe ciega en la falsa confianza de hacer las cosas bien.

—No tengo planeado dejar que las personas sigan sufriendo. Debiste haber anticipado que algo así podría pasar. Nosotros siempre iremos más allá de todo lo que se nos está permitido, es nuestra naturaleza.

Noche solo le otorgó una cálida sonrisa antes de voltear acariciando la mejilla de la Mariposa con la punta de su ala.

—Que su naturaleza los haga pagar por todos sus pecados entonces. Comenzaremos otra vez —dijo con un siniestro tono de voz—.

Los humanos han agotado toda su suerte. No solo han avanzado contra las tierras sagradas que les he entregado para vivir en armonía y prosperidad, sino que otros se atrevieron a consumir el Fruto del Conocimiento. Se han burlado de mí. He creado esta realidad para ustedes y no supieron valorarla. Merecen ser aniquilados por su insolente comportamiento. Empezaré una realidad nueva, no tengo nada que perder. Que son más siglos para alguien inmortal —dijo Noche.

Hipnos y Tánatos, aun de rodillas, dieron en ofrenda sus hojas, levantándolas con ambas manos sobre sus cabezas. Los dedos de Noche se deslizaron con delicadeza sobre las empuñaduras, cerrando sus manos placenteramente alrededor de ellas.

La hoja de la Espada del Ensueño era completamente blanca, mientras que la Espada del Tártaro era negra en toda su extensión. Noche las colocó una al lado de la otra y ambas se fundieron en una sola.

—Ha pasado mucho tiempo, Ensueño del Tártaro. No he portado esta espada desde que te rebelaste contra mí, Tánatos. Por fin podremos comenzar de nuevo —dijo Noche caminando alrededor de ellos—. No han sido capaces de ejercer su trabajo como Deidades apropiadamente. Causaron demasiado daño a las tres realidades. Lo han hecho tan mal que tuvieron que recurrir a mí. Ustedes deben ser los primeros en desaparecer.

En ese momento, Noche atravesó a Hipnos por la espalda de lado a lado, elevándolo lentamente en el aire, provocando que su cuerpo se deslizara hundiéndose cada vez más a lo largo de la espada. Sus immaculados ropajes blancos se tiñeron de un rojo sangriento.

Antes de que Tánatos pueda reaccionar, su vista se había salpicado con la sangre de su hermano.

El cuerpo sin vida salió despedido de la hoja cuando Noche dio un violento corte que Tánatos no fue capaz de evadir por intentar atrapar a su hermano. Logró sostener el cuerpo de Hipnos y sentirlo entre sus brazos por última vez antes de que su cabeza se desprendiera de sus hombros y ambos se desplomaran sobre el suelo.



## Noche

—El sueño y la muerte son las únicas cosas desesperantemente verdaderas. En lo más profundo de ustedes yace el mismo sentimiento de desesperación, lo veo en sus ojos. Entienden que es inútil resistirse, aun así, continúan. ¿Por qué? —dijo Noche despegando lentamente del suelo con un solo aleteo.

—La vida requiere mirar a la muerte a la cara —dijo la Mariposa.

—Estoy cansada de correr. Ya no huiré de nada ni de nadie, ni siquiera de ti —dijo el Canario.

—Te detendré a costa de mi vida si es necesario —dijo la Gata.

Hubo silencio. Noche continuó viendo al suelo mientras levitaba, con la calma requerida solo cuando se medita.

Hasta que...

—Aquí viene. ¡Cuidado, Faith! —gritó el Lobo.

Pero fue demasiado tarde para cualquiera. Antes de que pudieran darse cuenta, Noche cargó entre ellos y Ensueño del Tártaro perforó el corazón del Canario, retorciéndose a través de su carne, como si hurgara lo que había ahí dentro.

La fiel copia hecha de luz lunar explotó como una nube, y Noche quedó rodeada por los Oníricos.

—No es tiempo de lamentos —dijo la Gata atrapando el ala de Noche con su látigo.

Pudo haber atravesado su cuello con la daga, o bien la Mariposa desgarrado su estómago con las dos espadas y hacer que sus tripas se derramaran, pero una burbuja invisible parecía recubrir a Noche

moldeándose a su cuerpo. Su ala negra envolvió a la Gata como si fuese un brazo más y la arrojó contra las puertas de la cúpula al mismo tiempo que casi lograba darle el golpe de gracia a la Mariposa antes de ser detenida por la pala del Lobo, quien no tuvo más alternativa que empujarla para sacarla del camino. Colisionaron con tanta tenacidad que Noche retrocedió un paso, dándole la oportunidad al Lobo para empujar la espada blanca y negra mientras forcejeaban e intentar cortar a Noche con su propia hoja. Pero Noche no estaba haciendo el mínimo esfuerzo. Solo en el último momento se lo quitó de encima con un solo movimiento de su espada.

—Están derrotados. Todavía faltan tres. ¿Crees que no sé dónde estás ni lo que tramas, Canario? Procuraré no lastimarlos. No hay motivo para esconderse, todos los seres vivos correrán la misma suerte antes del amanecer —dijo Noche mientras caminaba en busca de sus presas, prestando atención a cualquier sombra sospechosa que se moviera cerca de las paredes.

Una bala salió de la nada, sin intención de impactar con ella. Pero logró llamar su atención lo suficiente para que el Zorro intentase su mejor esfuerzo por atravesar por la espalda con su lanza. No hubo caso. La delgada burbuja seguía separando los filos de su piel, tan delicada como la de los humanos.

—No debiste hacer eso, Zorro —dijo Noche desarmándolo.

El horror dibujado sobre el rostro del Zorro sólo desapareció con la fugaz mancha escarlata que desvió a Ensueño del Tártaro de su vista. La picadura de la espada ropera de la Mariposa solo consiguió rebotar y repelerse a sí misma lejos de la mano de su portadora.

—La muerte es lo único que nos detendrá —dijo la Mariposa empuñando la espada escarlata con ambas manos.

—Deberías agradecerme que solo me estoy entreteniendo —dijo Noche—. Para que matarlos tan rápido si puedo hacerlos agonizar con desesperación en su propia fe, Oníricos.

*Bang, bang, bang.*

Noche solo volteó a ver de dónde venían esta vez los ruidos. La imagen del León debajo del agujero en el techo de la cúpula captó su atención en el último *clic* de la recámara vacía de su revólver.

—¿Eso es todo, León?

—Apenas estamos comenzando —dijo el Lobo.

La Gata conjuró todos los espectrales animales a espaldas de Noche mientras esta se encontraba conteniendo a la Mariposa y al Lobo, y ocasionalmente al Zorro. Su plumaje negro quedó cubierto por los Espíritus Oníricos.

—¿Nerviosa? —alardeó la Mariposa viendo la desesperación en el pálido rostro de Noche al no poder desplegar su manto negro.

Obligada a retroceder, Noche no dejaba de bloquear los ataques que caían sobre ella. Si lograba quitarse de encima a un Onírico, otro tomaba su lugar, y dos más atacaban en conjunto, y si ella los desar- maba, otro se sumaba, y cuando menos se lo esperaba, las puertas de la cúpula chocaron con su espalda.

Un poco agitada, se dio cuenta de que ya no había Espíritus Oníricos reteniendo su ala. Quizás pudo haber generado un huracán de un solo aleteo, pero los espíritus del Atrapasueños de Fobétor se balancearon sobre ella arrojándola fuera de la Cúpula de Hipnos más allá de los escalones.

—Estás atrapada, ya no tienes donde ir. El Fuego del Fénix incinera a todos nuestros enemigos —dijo la Mariposa.

—¿Te parece que soy el enemigo? —dijo Noche poniéndose de pie—. Solo están retrasando lo inevitable. Verán, este fuego guarda los recuerdos del primer Onírico. Podríamos decir que tiene juicio propio. No hay nada que enaltezca más a la llama del Fénix como su tierra, la de las Deidades... ¿Soy yo realmente el enemigo? —dijo Noche mientras atravesaba la cortina de fuego con Ensueño del Tártaro.

La hoja de la espada blanca y negra ardía como la llama de un incendio forestal.

—A un lado —dijo la Gata liberando a los Espíritus Oníricos.

—¿Crees que tienes la fuerza que hace falta, Gata? —dijo Noche lanzando un tajo flamígero que no solo incineró a los espectrales animales, sino que también rompió una parte de la cúpula cuando impactó en ella—. ¡Ardan!

Sin importar cuánto intentaban contener los fuertes embates, el calor conseguía abrumarlos. Las ondas de fuego se desperdigaban con cada movimiento dañando los edificios cercanos.

—¡Detén todo este desastre! ¡Vas a destruirlo todo! —dijo la Mariposa conteniendo a Ensueño del Tártaro entre sus dos espadas.

—¿Lo notaste? Hay personas caminando, sin darse cuenta de lo que está pasando a su alrededor. Son como una proyección virtual, pero pueden dejar de serlo. Si me lo permites, podemos sumarlos a nuestra reunión, ¿no lo crees? Bastará con explotar todos sus Orbes para acabar con sus vidas, es la forma menos violenta que puedo ofrecerte.

“No pierdas la calma... No, Hermes, ¡no es la forma!”, dijo Morfeo.

“Eso es, agarra fuerte esas espadas”, dijo Hermes.

—Melody, ¡¿qué haces?! —dijo la Gata, pero el Lobo hizo que comprendiera casi al instante con una mirada de preocupación que no era algo en lo que debieran entrometerse.

Con destreza, la espada ropera y la espada escarlata se sucedían velozmente. El choque de los metales sonaba como una agonizante campana. Los pasos de la Mariposa la seguían a Noche como si fuera su sombra, buscando arrinconarla contra la pared de llamas, pero ella lograba escurrirse con la más versátil agilidad cuando se veía cerca del fuego.

—¡Aquí estoy! —dijo Noche creando una ráfaga de viento a espaldas de la Mariposa.

A punto de caer a las llamas, Hermes, en su forma de cuervo, la detuvo jalándola de la capa.

“Estás exhausta, a este paso no podrás cumplir tu promesa”, dijo volviendo a transformarse en máscara.

“Esto no se ha terminado todavía, ¿cómo invoco a los cuervos?”, dijo la Mariposa poniéndose de pie.

“Debiste haberlo preguntado antes. Canaliza esa curación del tonto de Morfeo en tu mano, pero piensa en los cuervos. Domina tu mente, niña”.

Esperaba seguir viendo a Noche entre sus dedos cuando extendió su mano, pero ya no estaba ahí.

Una helada mano le estaba apretando el cuello mientras la levantaba en el aire, sin estrangularla, por algún extraño motivo lo hacía con delicadeza.

—Todo deberá perecer —dijo Noche fijando sus ojos en ella—. Estas tierras no son lo suficientemente dignas para todos.

La Mariposa soltó sus espadas.

Los habitantes de Reveur iban y venían sin saber lo que ocurría, pero ahora se veían más reales. Noche se dio cuenta al verla a los ojos como los miraba con desesperación.

—¿Temes por ellos? Sufrirán los estragos de esta rebelión que comandas, Morfeo.

El látigo alrededor de su muñeca la detuvo.

—¿No quieres divertirme un poco más? Morfeo es muy impulsivo, ven y atrápame —dijo la Gata tirando el látigo para alejar a la espada llameante de la Mariposa.

—Te daré el placer de correr por tu vida —dijo Noche cortando el látigo.

“Funcionó”, dijo Fobétor

“Lo cortó, pero no se quemó”, dijo la Gata revisando el corte.

Noche se acercaba.

Mientras tanto, en algún lugar no demasiado lejos de allí.

“Creo que es el momento. Noche no quiere ni siquiera rasguñarnos. Sabe que el Fuego del Fénix se volverá en su contra”, dijo el Canario espiando detrás de la cúpula.

“Necesitarás un disparo de suerte”, dijo Fantaso

Respiró profundo mientras tensaba la flecha.

Decidida a dejarla ir, se dio un susto de muerte cuando el Zorro se apareció justo delante de ella.

—¡Así que venías a ocultarte!

—Es que todos están luchando, no hay nada que yo pueda hacer.  
¿Qué estás haciendo aquí? —dijo el Zorro.

—Mmm. Sí. Tengo una misión para ti, ¡serás un señuelo! Solo procura no acercarte demasiado a Noche —dijo el Canario con una siniestra sonrisa frotando sus manos.

Los Espíritus Oníricos emergieron del Atrapasueños de Fobétor una vez más. Merodeaban alrededor de la Gata, esperando órdenes.

“La vi. Está planeando algo”, dijo la Gata.

“Necesitamos conseguirle más tiempo”, dijo Fobétor

El canario fue el primero. Volando entre las llamas se posó sobre el rostro de Noche. El león y el lobo mordieron el brazo que sostenía a Ensueño del Tártaro.

“Está funcionando”, dijo Fobétor

“No es suficiente, no logran lastimarla. Los ojos, sí... eso es”, dijo la Gata.

El águila y el cuervo descendieron buscando esos ojos cuando el canario se hizo a un lado.

—Demasiado astuta —dijo Noche sonriendo mientras se impulsaba con su ala para evadir a las espectrales aves.

Los Espíritus Oníricos se deshicieron.

No veía a la Gata por ninguna parte. Los demás Oniricos yacían abatidos en el suelo. Fue a inspeccionar dentro de la cúpula.

—¿Dónde te metiste? No puedes ir muy lejos, estás atrapada dentro del anillo de fuego, enemiga de mi tierra.

“Ahí está, parece desorientada”, dijo la Gata espiando por el agujero en el techo de la cúpula.

“No creo que puedas hacer mucho desde aquí”, dijo Fobétor.

“¡Mira nada más quiénes salieron de su escondite! Esta es la oportunidad perfecta”.

El Canario y el Zorro entraron a la cúpula.

El Canario llevaba una lanza hecha de luz lunar con una espectral máscara de zorro flotando delante de su rostro.

Noche volteó, y estiró su ala dejando caer algunas plumas negras.

—¿Piensas que lograrás engañarme, Canario? Otra copia inútil.

Ella no dijo ni media palabra. Solo sostuvo su lanza con una notable mirada perdida detrás de la máscara.

El Zorro evitó por todos sus medios que la hoja no lastimara a su compañera. Noche, en cambio, no se molestó demasiado.

—Si tanto insistes, tú serás el primero, niño —dijo.

Los choques de Ensueño del Tártaro hacían temblar sus muñecas, desviando abruptamente su lanza como si pesara mucho más de lo que parecía.

Desarmado. Rendido. Con la desesperación en su mirada, el Zorro se arrastraba con sus codos para recuperar su lanza con lágrimas en los ojos.

“¡Ahora!”, gritó la Gata arrojándose del techo.

Los Espíritus Oníricos del águila y el cuervo clavaron sus garras en el rostro de Noche mientras aleteaban y picoteaban sus ojos, y antes de que pudiera darse cuenta, el Atrapasueños de Fobétor estaba colgando alrededor de su cuello.

—¡Veamos qué memorias te atormentan, Noche! —dijo la Gata mientras intentaba ahorcarla por la espalda con el colgante del atrapasueños.

Esperaba que la tortura sea inmediata, como había sido con ella misma aquella noche escapando del mercado subterráneo de Truce, pero no.

Noche rompió en una siniestra risa mientras soltaba su espada. El eco del metal retumbó en toda la cúpula.

—¿Pensaste que cargaría con alguna culpa? No hay ni un poco de arrepentimiento en mi alma, ni una memoria a la que me aferre por mucho tiempo —dijo Noche estrujando a los Espíritus Oníricos—. Es una virtud que afortunadamente no poseo.

“Plan B, Fobétor, ¡pero ya!”.

El rubí resplandeció y los Espíritus Oníricos se balancearon sobre Noche, como si todos hubieran dado con la misma presa al mismo tiempo.

—Salgamos de aquí, tenemos que reagruparnos con Melody —

dijo la Gata ayudando al Zorro a levantarse—. Vamos, copia de Faith, tú también. No gastes el alma de Lucifer en vano.

La copia se quedó ahí, sin siquiera parpadear.

—¡Vamos! —insistió la Gata tironeando del hoodie. Nada—. No hay caso, no sé qué es lo que estás tramando, Faith.

Su espada llameante acabó con todos los animales.

—No tienen donde ir, no importa cuánto lo intenten —dijo Noche despegándose lentamente del suelo—. Con que Melody... Faith, Canario, quedarás sepultada con tus esperanzas intactas entonces.

Noche voló a través del agujero. Para su sorpresa, la única luz que los alumbraba era la de la destruida luna. El anillo de fuego había desaparecido.

—Muy bien. Alguno supo deducir. Pero es muy tarde, ya no tengo motivos para seguir ocultando mi deseo de masacrarlos.

Noche levantó su mano en el aire. Los haces de luz lunar se concentraron en la palma de su mano, y una vez cerró su puño, unos rayos blancos chirriaban como si sostuviera una tormenta eléctrica.

El trueno cayó. El suelo tembló. La Cúpula de Hipnos comenzó a desmoronarse lentamente.

—¡¡¡Faith!!! —gritó la Mariposa de rodillas.

Una flecha de fuego se clavó en la espalda de Noche, y un fugaz resplandor salió dentro de la cúpula apareciendo detrás de ella al instante.

—Todavía no duele, ¿verdad? —dijo el Canario colgando de la flecha—.

El Canario arrancó la flecha de la espalda de Noche, y se dejó caer mientras tensaba su arco con la flecha ardiendo en llamas inextinguibles.

Cayendo de espaldas, sus brazos luchaban por mantener el blanco fijo.

Noche descendió en picada con Ensueño del Tártaro de punta. Pronto logró alcanzarla, pero la flecha la obligó a moverse de su camino. Apenas sufrió un rasguño en el rostro.

—Entonces sufrirás —dijo Noche envolviéndola con su ala negra.



El Canario salió despedido del plumaje como un meteorito, estre-llándose contra el suelo.

Noche descendió, contemplando con devoción el cuerpo sin vida del primer Onírico que cayó antes del amanecer. La copia de Faith desapareció delante de los ojos de noche.

El Fuego del Fénix ya no rodeaba la Cúpula de Hipnos.

—¿Pensabas que no me daría cuenta? Sabes que el fuego puede hacerte daño. Por eso no querías lastimarnos —dijo el Canario con una mano sobre su hombro ensangrentado—. Tuve que asegurarme de recibir daño antes de cambiar de conciencia, pero valió la pena.

Noche levantó la cabeza, como si buscara olfatear la sangre que derramó el Canario. Cuando volteó, los Oníricos estaban uno al lado del otro delante de la destruida Cúpula de Hipnos, con sus armas envueltas en llamas.

—Se terminó, Noche. Devuelve todo a la normalidad —dijo la Mariposa.

—Incluso si lo hiciera, se necesitan nuevas Deidades. Pero no es el caso. Aún hay tiempo antes del amanecer. Caerán aquí, perseguidores de la violencia —dijo Noche tomando la empuñadura de Ensueño del Tártaro con ambas manos.

Las armas en llamas caían sobre Noche. Las balas y las flechas buscaban su espalda, pero su ala la defendía de toda intromisión; toda su capacidad estaba puesta en burlar los golpes de los tres rivales frente a ella.

La Mariposa atrapó a Ensueño del Tártaro entre sus espadas haciendo una cruz. Apretaba sus dientes mientras no dejaba que Noche escape de su agarre. Fue ahí cuando la Gata y el Zorro buscaron atravesar su corazón, pero el ala negra se interpuso como una última defensa, a costa de que dos flechas provenientes del Lobo y el Canario junto con el disparo de suerte del León impactaran directamente en su espalda, obligándola a ponerse de rodillas por el dolor. Más flechas y disparos cayeron en su espalda. Noche solo los resistió.

—Ese fue su mejor intento. Y el último —dijo Noche con un hilo de sangre brotando de su boca.

El murmullo de las personas preocupaba de sobremanera a los Oníricos, era como estar en la ciudad, pero al mismo tiempo en Oniria.

“¿Podré hacer lo mismo que él?”, dijo la Mariposa sin dejar ir a Ensueño del Tártaro.

“Depende de qué tan fuerte sea tu voluntad. Ludwing disfrutaba de hacer eso, así hacía que sus ilusiones fueran mucho más reales. ¿Tú realmente quieres salvarlos a todos?”, dijo Hermes.

La luz de la luna se concentró en la debilitada Noche, y pronto sus heridas comenzaron a cerrarse.

Los Oníricos retrocedieron lentamente cuando la luz comenzó a crear chispas en el cuerpo de Noche. Algunos haces de luz cayeron electrificados sobre los edificios. La tormenta eléctrica se manifestó en toda la ciudad.

Insistieron en disparar más proyectiles envueltos en llamas, pero fueron interceptados por los rayos en su trayectoria.

“Esos poderes parecen interesantes, ¿no lo crees, Faith?”, dijo Fantaso ante el desconcierto de su portadora al ver cómo todo se desmoronaba.

Muy despacio, casi de puntas de pie, el Canario se acercó por la espalda a Noche, quien parecía estar meditando mientras conjuraba los rayos de luz lunar.

“Eso es, ya casi. ¡Cuidado con ese rayo!”, dijo Fantaso mientras la temblorosa mano del Canario buscaba ponerse en frente de Noche.

Y lo logró. La media luna de cristal le otorgó una traslúcida copia hecha de luz lunar de Ensueño del Tártaro y su propia ala.

No pudo terminar de emocionarse puesto que Noche hizo que un rayo impacte sobre ella al instante. El Canario quedó tendido en el suelo.

Los Oníricos intentaban con desesperación poner a salvo a las personas, ya sea evitando que sean aplastadas por los edificios que se derrumbaban, o empujándolos fuera del alcance de los rayos. Los ciudadanos parecían tan molestos como desconcertados al ser tiroteados por entes aparentemente invisibles.

La única que no colaboró fue la Mariposa.

“Vamos, Melody, ¿dónde fueron esas energías? Faith necesita curación, todos están colaborando para proteger a las personas...”, dijo Morfeo.

“Están perdiendo demasiado tiempo con la gente, Noche está distraída con la tormenta de rayos, su espada está tirada en el suelo. Si se la robas, podríamos crear una Hipnosis tan grande que podría ponerla a dormir para siempre, vamos niña, la posibilidad de acabar con ella está delante tuyo...”, dijo Hermes.

La espada ropera y la espada escarlata volvieron a sus vainas en el cinturón con hebilla de mariposa.

Cabizbaja y con los ojos cerrados debajo de la máscara de cuervo, chasqueó los dedos.

Como una fuerte ráfaga de viento que abre un cielo nublado, las personas desaparecieron. El cielo rojizo se volvió negro y la llovizna paró. Aunque los rayos no se calmaron, esta era una auténtica noche de Oniria.

Las Pesadillas acechaban por todos lados. En las sombras, sus ojos resplandecían como piedras preciosas enterradas en la roca.

—¡Protejan los Orbes! —gritó la Gata viendo como su líder daba sus primeros pasos hacia Noche luego de un rato de estar inmóvil.

Noche interrumpió su meditación. Los rayos se calmaron volviendo a su forma de luz que no tardó en desvanecerse.

—¿Por qué insistes tanto en retrasar lo inevitable? Sabes que esto no es algo de lo que puedas salir con la cabeza en alto, Morfeo. ¿Cuánto podrás resistir una ilusión así de grande?

La Mariposa siguió caminando. Todo lo que Noche pudo haberle dicho fue ignorado por completo. Ninguna advertencia le dio más satisfacción que ver al Canario volver a abrir los ojos luego de curarla.

—Ayuda a Velvet y a los demás a proteger los Orbes. Yo me encargaré del resto —dijo entregándole el Báculo de Fantaso en sus manos.

No dejó que el Canario le reprochara ni media palabra. Enseguida, se sumó a exterminar a las Pesadillas.

—Hmph... Morfeo, Morfeo, Morfeo —dijo Noche extendiendo su ala—. ¿Están realmente a salvo?

—Todos están a salvo. Esta ilusión es tan poderosa como las del Cuervo. No avanzarás más que esto. Mis días están contados, la verdad es que no me importa lo que suceda conmigo, pero no te quedarás aquí. Vuelve a la luna o destruiré tu cuerpo para siempre.

—La luna fue un buen hogar para mis restos. Pero la energía de la Barrera de los Sueños y las almas de los muertos me devolvieron a la vida. Sabía que tarde o temprano se darían cuenta de que manipulando la situación podrían poner el Fuego del Fénix en mi contra, pero es otra la razón por la cual no quiero hacerles daño mortal con Ensueño del Tártaro. Esta espada...

La Mariposa corrió arrastrando la punta de sus hojas envueltas en llamas contra el suelo.

“Realmente te gustó ese movimiento”, dijo Morfeo a mitad de camino.

Sus golpes eran por demás erráticos, cargados de euforia y frenéticos. Iba y venía de un lado a otro, tratando de distraerla para crear una apertura que le diera el golpe que le aseguraría el triunfo sin importar que eso signifique tener que atacar por la espalda. Aunque ni siquiera eso fue suficiente porque cuando tuvo la oportunidad de atravesar su espalda, Noche pudo desviar la espada ropera con Ensueño del Tártaro sin necesidad de mirar. El choque de las hojas hizo girar a la Mariposa, y cuando se encontraba media vuelta de volver a su lugar, Hermes concentró el destello amarillento de la Hipnosis en la espada escarlata. El rayo cargado de estrellas doradas no fue evadido por Noche. Hermes y Morfeo cantaron victoria, pero Ensueño del Tártaro partió el torrente de estrellas a la mitad pasando a través de este. La Mariposa detuvo con ambas espadas el corte que iba directo a su cuello.

—Cuánta perseverancia, Melody —dijo Noche asomándose sobre su espada como si no le costase nada mantener dominada a la Mariposa en ese forcejeo—. Te ves exhausta, si pudieras ver tus ojos lo entenderías. Hiciste todo muy bien aun estando al límite de tus capacidades. Pero creo que ya jugué demasiado con ustedes.

Aunque superados en número, pero no derrotados, les era difícil no encontrarse rodeados por las Pesadillas. Por mucho que lo intentasen, los Orbes se corrompieron y se corrompieron, era como si todas las Pesadillas se estuvieran congregando en esta parte de la ciudad.

El León busco a su líder con la mirada, y la encontró derrotada una vez más. Entrecerró un ojo para apuntar. Disparó, pero una Pesadilla recibió la bala primero.

De repente, las Pesadillas se detuvieron. Todas voltearon a ver al cielo, temblando, y temerosas como si estuviesen siendo la presa de algún depredador.

Los Orbes comenzaron a desprenderse del suelo como si fuesen globos. Progresivamente iban subiendo al cielo, como si nevara de cabeza. Cuando los Oníricos se reunieron con su líder, pudieron notar un cielo nocturno raramente estrellado en Oniria, como nunca antes lo habían visto.

El Lobo apoyó a la Mariposa en su regazo. Parecía inconsciente.

—¿Qué está haciendo? —dijo el Zorro con intriga viendo cómo Noche hacía algunos raros movimientos con su espada y su mano libre ignorándolos por completo.

Los Orbes seguían subiendo al cielo. Morfeo no despertaba.

—Tomemos las riendas de esto mientras ella se recupera —dijo el Canario.

“¿Estoy soñando? ¿Qué es este lugar? Todo está tan oscuro, no puedo ver ni mis manos, no puedo oírme... No puedo moverme... ¿Estoy muerta?”, dijo la Mariposa.

“La ilusión no se terminó, pero drenó todas tus fuerzas”, dijo Hermes.

“Parece que ya no hay nada que pueda hacer. Lo intenté todo. Lo intenté como nunca antes había intentado algo. Esto es para lo que existo, y sin embargo, no puedo conseguir defender ni a las personas ni a Oniria. Pensé que esto era mi vida, pero Noche es

una Deidad. Está más allá de mi alcance. No somos nada comparados a ella”.

“Creo que si no fueses capaz de lograr cosas increíbles no estaríamos aquí”, dijo Morfeo.

“Incluso si logras derrotarla, Oniria ya no tiene Deidad del Sueño. A la larga dejará de existir, y eso hará que los humanos mueran de alguna u otra forma, como flores marchitas pisoteadas una y otra vez”, dijo Hermes.

“Mi padre fue muy astuto al querer tomar el lugar de Hipnos aquella noche. El Oso sí que supo lo que realmente se avecinaba y el Cuervo hizo todo cuanto estuvo a su alcance... y aquí estoy, flotando en la nada. Ni siquiera sé si sigo con vida”.

“Ni una Deidad por sí sola ni los Oníricos por sus propios medios pueden conservar los sueños como te habrás dado cuenta. Todos somos necesarios”, dijo Morfeo.

“Todos somos... necesarios. Debe haber una razón por la cual las cosas se dieron así, ¿no lo creen?”.

“Quizás, o quizás no signifique nada en absoluto”, dijo Hermes.

“Esa espada... Ensueño del Tártaro guarda muchos misterios. Creo que será una pieza clave en todo esto”, dijo Morfeo.

“Intentémoslo una vez más. Es tiempo de despertar”.

Se puso de pie, como pudo, con la ciudad devastada a sus espaldas y con los Oníricos abatidos frente a ella. Su mirada se iba de un lado a otro, y a veces la hacía tropezar. Su respiración se entrecortaba.

—Así que al fin despiertas. Sellaste tu propio destino al consumir el Fruto del Conocimiento —dijo Noche mientras la Mariposa se puso de rodillas viendo al estrellado cielo—. ¿Los ves? Todos esos Orbes se estrellarán contra la ciudad, todos los humanos morirán de una manera pacífica. Cuando amanezca, solo yo habitaré la única realidad existente.

La Mariposa comenzó a toser sangre descontroladamente otra vez.

—Cuánto pesar —añadió Noche—. Ensueño del Tártaro puede apuñalar más allá de la carne, puede liberar el alma. Puedo liberarte

de la sombra de esta inevitable muerte temprana que te persigue — dijo Noche levantando su espada.

La Mariposa cerró los ojos y solo dejó escapar el último suspiro de la derrota.

El filo blanco y negro le hubiese cortado el cuello si Hermes no lo hubiese impedido con sus garras aferradas al metal y un eufórico aleteo en la dirección contraria.

—Permíteme ser la nueva Deidad del Sueño —dijo la Mariposa viéndola a los ojos.

—No. Va más allá de tu comprensión. Límitate a perecer siendo la última portadora de la Voluntad de Morfeo, no eres más que eso, un recipiente —dijo Noche con una cruel sonrisa.

—En ese caso...

Hermes ensombreció la vista de Noche como si fuese una cortina negra que picoteaba y rasguñaba su rostro.

Se vio tentada a curarlos a todos y seguir dando batalla al ver los cuerpos de los Oníricos, pero era demasiado.

Se le ocurrió una mejor idea. Una que involucra a todos de otra manera, a algunos otros que no son los Oníricos. ¿Podría su cabeza aguantar todas las voces?

Retiró el Atrapasueños de Fobétor del cuello de la Gata, y guardó su espada ropera para sostener el Báculo de Fantaso.

“Faith guardó esto último para ti”, dijo Fantaso antes de darle una copia del ala. “No puedo hacer más que eso con lo poco que queda del alma de Lucifer”.

“Puedo liberar a los Espíritus Oníricos una vez más”, dijo Fobétor.

“¿Imaginas una Hipnosis con Ensueño del Tártaro? Sería demencial”, dijo Hermes.

“Si dudas estamos acabados. Estamos contigo en esto, no estás sola”, dijo Morfeo.

Guardó el báculo en el cinturón y desenvainó su espada ropera en llamas. El ala sobresalía a su izquierda, levantando un poco la capa

roja que llevaba atada con un nudo. Se acomodó el sombrero con la pluma negra luego de colocarse el atrapasueños.

—Me encargaré de hacer que tu voluntad deje de existir, Morfeo —dijo Noche viendo cómo el ala de luz lunar se extendía.

Ambas subían y subían mirándose fijamente, acercándose cada vez más a los Orbes resplandecientes como estrellas.

—Esta es la última vez que verás todo lo que te rodea, Melody —dijo Noche creando un rayo en su mano.

La Mariposa cargó su espada ropera con las estrellas doradas de la Hipnosis. Ambos rayos colisionaron. Noche lanzó muchos haces de luz lunar electrificada sucesivamente hasta que la Mariposa ya no pudo contener la presión de la energía acumulada y salió despedida dando volteretas en el aire.

Algo raro estaba ocurriendo mientras daba vueltas. Los edificios parecían estar cada vez más cerca. O más lejos.

De pronto, entró por la ventana a lo que parecía ser una oficina.

“¿Qué...?”

Un choque de algo más grande destrozó el lugar y pronto se encontró volando de nuevo.

Noche levantó el cúmulo de escombros de los edificios de la ciudad. Arrojaba las partes de los edificios como si no fuesen más que pequeñas piedras mientras sostenía a Ensueño del Tártaro.

“Esa espada...”, dijo Fantaso.

“Aún queda algo de tiempo. ¿Libero a los Espíritus Oníricos para que te ayuden?”, dijo Fobétor.

“¡NO!”, dijo la Mariposa volando a través del pasillo formado por dos edificios que se derrumbaban sobre ella.

“Eso es, mantente en alto, esquiva eso”, dijo Morfeo.

Ella fue la primera en darse cuenta de algo. Noche estaba tan pendiente de mantener el disturbio en los aires que parecía no estar prestando atención a donde se había metido su rival.

“¿Un ataque sorpresivo?”, dijo Hermes mientras caían en picada con las espadas formando una X.



“¡Hora de terminar con esto!”, dijo la Mariposa.

De no ser por el espiral de escombros que orbitó alrededor de Noche cuando estuvo a punto de recibir el golpe de gracia, la Mariposa no hubiese sido derribada al suelo como un pájaro que acababa de ser abatido.

“A último minuto”, dijo Fobétor mientras la Mariposa abría los ojos.

Un lobo de un espectral velo carmesí había amortiguado su caída sobre su lomo.

El animal se desvaneció y la Mariposa se dio un golpe en la frente contra el suelo.

“Lo siento, no quería gastar más de la cuenta el espíritu de Beelzebub”, dijo Fobétor.

“¿Dónde estamos? Esta es la catedral de Chartré. Nos alejamos mucho de Nior, de la cúpula. Al menos sigo con vida”, dijo la Mariposa.

“Hay algo que aprendí cuando consumiste el Fruto del Conocimiento”, dijo Morfeo. “Me alegra haberte engañado. Ahora que estamos más tranquilos puedo dejar ir este conocimiento.”

“¿De qué se trata?”, dijo la Mariposa.

“Rápido. Noche nos debe estar buscando”, dijo Hermes.

“Mi alma habita en tu cuerpo, Melody. Si me liberas, podría usar tu alma para crear una nueva Barrera del Sueño que pueda separar a Reveur de Oniria y el Inframundo. Pero para eso necesitamos a Ensueño del Tártaro. Y sabes lo que eso significa. No diré más. Siento como comienzo a olvidar... El conocimiento se fue. No importa. Fue divertido, pero haré de ti algo deplorable y me liberaré en el proceso. Lo siento, pero no hay otra manera. Espero haber sido lo suficientemente claro”, dijo Morfeo.

“Entiendo”, dijo la Mariposa riendo con melancolía. “Creo que no podré cumplir mi promesa, Ludwig”

Noche se acercaba con una amenazante postura a cada paso que daba. Levantó su mano para atrapar más haces de luz lunar. Los apretó con

su puño, reteniéndolos, hasta que los rayos se desprendieron por todas partes. Deslizó la palma de su mano sobre la hoja y ésta se electrificó.

—La muerte te espera. ¿Preparada para desaparecer de la existencia?

—Nunca estuve tan segura como ahora.

“Denme todo lo que tienen. Es tiempo”, dijo la Mariposa.

Concentró la Hipnosis. Ambas espadas refulgieron con Fuego del Fénix y estrellas doradas.

—¿Las dos? —dijo Noche antes de lanzarse con euforia hacia ella.

Ensueño del Tártaro buscaba liberar su alma a cada acometida impetuosa. Noche estaba segura de que iba a ganar. Sus movimientos no demostraban ni la mínima pizca de temor ante las llamas del Fuego del Fénix, mientras que a la Mariposa cada golpe bloqueado la agotaba más y más. Su cuerpo estaba llegando al límite, la sangre que expulsaba al toser se derramaba sobre el vestido púrpura de Noche, y sobre su rostro, y ella saboreaba esa sangre con una sonrisa cínica y una placentera mirada al ver como la Mariposa batallaba contra lo inevitable.

La Mariposa usó su breve momento de ventaja para crear una copia de ella con el Báculo de Fantaso. Noche se alejó un instante al verse abrumada por los rápidos movimientos flamígeros. Se levantó con suavidad en el aire. Alguna Mariposa empezó a correr hacia otro lado al verla tomar Ensueño del Tártaro como si cargara un gran golpe. Arrojó un tajador corte usando la electricidad de su espada como una ráfaga.

El rayo la cortó a la mitad.

“Bien pensado”, dijo Fantaso cuando cambiaron de consciencia con la copia.

La Mariposa voló detrás de Noche y cortó su ala negra.

“Debiste cortarle la cabeza por lo menos”, dijo Hermes mientras caían rodando al suelo.

Al alzar la mirada, una enfurecida Noche ya la estaba volviendo a castigar. Levantó ambas espadas sobre su cabeza mientras Noche la golpeaba una y otra vez hasta que su pie resbaló y se quedó de rodi-

llas. Noche continuó hasta que las espadas salieron despedidas de las manos de la Mariposa.

Fue en ese momento, antes de caer derrotada, cuando el Atrapasueños de Fobétor liberó a los Espíritus Oníricos. Los animales la sujetaron hasta dejarla inmóvil.

La Mariposa le apuñaló el vientre con su espada ropera. Lo hizo repetidas veces hasta que Noche no tuvo fuerzas para sostener a Ensueño del Tártaro. La hoja cayó al suelo.

—Todo lo que quería era reconstruir mi hogar, el lugar donde pertenezco —dijo Noche jadeando.

—Reúnete en algún lado con tus hijos. Ya no hay nada aquí para ti.

Dejó clavada definitivamente la espada bañada en llamas en su vientre. También apuñaló su corazón con la espada escarlata.

Las estrellas doradas de la Hipnosis bañaron el filo blanco y negro de Ensueño del Tártaro con una luz dorada.

—Serás solo un recuerdo —le dijo la Mariposa mientras le hundía la espada en el pecho.

El cuerpo de Noche se desintegró como si estuviera hecho de cenizas hasta desaparecer por completo.

—Se terminó —dijo viendo el último rastro de polvo perderse a lo lejos.

La Mariposa veía la empuñadura de Ensueño del Tártaro y pensaba en cuán lejos había llegado. Ya no había nada de qué preocuparse. Todos los objetos importantes estaban en su poder. No quedaba ninguna Deidad de dudosa lealtad, y el cuerpo de Noche terminó por desintegrarse.

Su ala la llevó mucho más alto, mucho más cerca de las estrellas. Levantó a Ensueño del Tártaro sujetando la empuñadura con ambas manos. Los Orbes comenzaron a temblar. Esas estrellas que adornaron la noche de Oniria pronto comenzaron a descender con delicadeza como si lloviznaran copos de cristal.

La Gata fue la primera en abrir los ojos.

—¿Qué es todo esto? —dijo viendo el espectáculo en el cielo.

—A pesar de todo supongo que podemos llamar a esto una victoria —dijo el Canario mirando a su alrededor—. ¿Dónde está Melody?

—Parece que amanecerá pronto —dijo el Lobo encendiendo su pipa—. No veo Espejo por el cual podamos largarnos de aquí.

—Todavía estamos dentro de la ilusión de Melody —dijo el León apagando el fósforo con el que prendió un cigarrillo—. Es sorprendente lo masiva que fue la ilusión.

—Pudo separar dos realidades con un chasquido de sus dedos —agregó el Zorro—... pero, ¿dónde está?

Levantándose muy dolorida, la Gata giró la daga entre sus dedos como si estuviera haciendo malabares.

—No sé dónde se habrá metido, pero ahí viene Noche —dijo frunciendo el ceño con dolor.

Casi todos los Orbes habían aterrizado. Una sagrada figura alada descendía con la luna quebrada de fondo y la larga hoja de Ensueño del Tártaro en su mano.

—¡Ahí está! —dijo el Canario con alegría.

Los Oníricos quedaron cautivados con una profunda satisfacción al ver ese cinturón con hebilla de mariposa portando dos espadas y el báculo con la capa flameando en espalda y el sombrero sobre la melena pelirroja y la máscara de cuervo junto al atrapasueños colgado de su cuello.

Cuando estuvo muy cerca de la cúpula, esa emoción se perdió en confusión y desconcierto al ver el ala cerrarse. La Mariposa se mantuvo levitando en el lugar.

—¡Vámonos a casa! —dijo la Gata sonriente con algunas lágrimas en los ojos sin saber si era alegría o tristeza

La Mariposa los miraba a todos sin decir una palabra.

—¡Tienes que regresarme mi atrapasueños! —añadió la Gata apuntando con su dedo.

El Lobo se adelantó y poso sus manos sobre los hombros de la Gata y el Canario, quien nunca consideró tener que venir vestida de negro.

La Mariposa sonrió por fin.

—Son las personas más maravillosas que he tenido el gusto de conocer —dijo conmovida—. Gracias por haberme seguido. Espero que todo sea mucho menos tortuoso de aquí en adelante para todos.

Los Oníricos intentaron acercarse cuando vieron que levantó su mano como si fuera a chasquear sus dedos de nuevo.

Notó la preocupación en sus caras, y antes de que le dijeran una palabra...

—Apártense, por favor —dijo con un tono de voz cálido—. Lo estoy haciendo por mí misma, es la única manera. Esta es mi vida. Este es mi propósito.

La Mariposa arrojó a Ensueño del Tártaro al aire, y la atrapó tomándola del doble filo blanco y negro.

Les regaló una última sonrisa y se hundió la espada en el pecho con ambas manos. Cuanto más se hundía, algo parecido al alma de Melody dejaba su cuerpo siendo arrastrada por el camino que recorría la espada, hasta que desapareció como si se evaporara, creando un aura boreal en toda la ciudad. Al mismo tiempo que el alma de Morfeo abandonó el cuerpo físico de la Mariposa junto con el báculo y el atrapasueños.

La sangre comenzó a brotar de su boca. Con sus últimas fuerzas chasqueó los dedos. En un suspiro, estuvieron de nuevo en Reveur contemplando el amanecer.

Velvet rompió en llanto desplomándose sobre sus rodillas. Faith se agachó a abrazarla. Gilbert se agarraba la cabeza con su respiración entrecortada...

## El Avatar del Sueño

La primavera había llegado por fin a la ciudad.

Esa mañana, al poco tiempo de tener todo listo, comenzó a llover. Las cajas apiladas afuera del despacho de Regulus se estaban humedeciendo.

—¿Estás seguro de que no quieres rescatar nada de esto? —dijo el jefe de la familia D'Alterier.

—No, Gilbert. No hace falta. Han sido dos largos años desde entonces. Creo que es tiempo de dejar el pasado atrás, ¿no lo crees? —dijo Regulus con calma antes de apurarlo el paso fuera del edificio.

—Dejé atrás todo lo que pude. Mi vida es completamente nueva ahora. Pero no puedo dejar atrás el recuerdo de su última mirada aquella. Todavía me pregunto cómo fue que consiguió derrotar a Noche —dijo Gilbert abriendo un paraguas negro luego de dejar la última caja a un costado de los contenedores de basura.

—Donde sea que esté espero que se encuentre bien —dijo Regulus viendo al lluvioso cielo—. ¿Crees que podamos regresar? Desde entonces no he vuelto a ver ningún Espejo.

—Solo regresaría si fuese necesario. Quizás ella encontró la manera de que los soñadores estén en paz... ¿Tuviste tiempo para considerar mi oferta? —dijo Gilbert mirándolo a los ojos.

Una limusina negra que venía a la distancia pronto se estacionó a un lado de ellos.

Regulus asintió. Miró la hora en su reloj de bolsillo.

Subió de nuevo a su despacho mientras Gilbert conversaba con el conductor de la limusina.

—¿Qué es eso? —dijo sorprendido al verlo salir con un cuadro enorme—. Ya veo.

Regulus arrojó el cuadro de Rebecca al contenedor de basura más grande. También se deshizo del reloj de bolsillo. Subió a la limusina.

Se cruzaron con el camión de residuos. El espejo retrovisor le enseñó como todas sus antiguas pertenencias eran aplastadas, compactándose con el resto de la basura.



El Padre Graham se encargó de tener todo listo desde el primer día en el que se enteró. Todos vistieron de negro ese día en el patio de la catedral Chartré. Los paraguas que se abrieron contrastaban a la perfección con el verde de la arboleda que rodeaba el lugar que el Padre aceptó por sugerencia del enterrador cuando hubo que hacer el agujero para el cajón.

Las lágrimas se derramaban como la llovizna de ese mediodía.

Fausto estaba con la mirada en el crucifijo de plata del cajón.

—Susan fue como la madre que todos quisiéramos tener —dijo el padre Graham—. Su paso por el Laboratorio Volgen en su juventud le dejó muchas enseñanzas. Sin dudas su hogar era el hogar de todos los que necesitaban ayuda. Su bondad será recordada e imitada por cada habitante de la ciudad. En nombre de Hipnos, que la paz sea la guía de tu alma, Susan Van Volgen.

Cada uno de los invitados a la ceremonia arrojó una rosa dentro del agujero cuando el cajón descendió.

Para cuando todos se marcharon, un colchón de rosas lo cubrió dejando solo al descubierto el crucifijo de plata.

Un viejo con unos ropajes de un negro desgastado se acercó a Fausto mientras volvía a volcar la tierra al agujero.

—¿Cómo fue que murió? —dijo Pierre.

—Un ataque al corazón mientras veía televisión en su casa —contestó Fausto.

Hubo un minuto de silencio entre los dos que solo se vio afectado por la tierra cayendo sobre sí misma.

—Melody me habló de usted en alguna oportunidad. Me pidió que le agradeciera por salvarle la vida. También me dijo que mi Orbe fue el único al que logró quitarle el Green-V. Los Oníricos son seres muy particulares. A propósito —dijo Pierre mirando a sus alrededores—, no la he visto desde entonces. Pensé que la encontraría aquí, pero tampoco. ¿Se habrá quedado dormida?

—Hoy se cumplen dos años desde que Melody está dormida, si entiende a lo que me refiero —dijo Fausto.

Otro minuto de silencio.

—No importa lo que pase ahora. Al menos, después de tanto tiempo tengo a quién volver. Puedo esperar mi turno en paz. Sinceramente pensé que moriría sin volver a ver ni a mi esposa ni a mi hija —dijo Fausto.

—Debemos seguir viviendo después de todo —dijo Pierre con un tono pensativo—. Me retiro. Tengo algunas cosas que hacer antes de ir a la inauguración oficial de la nueva ciudad. El nombre nuevo suena a prosperidad.

—Hasta luego. Nunca ponga en duda la palabra de Faith.



Los acróbatas estaban reunidos en su centro de monitoreo de toda la ciudad que habían denominado como el Ojo.

Las pantallas del Ojo estaban enfocadas en la misma habitación, desde distintos ángulos. Era una habitación cuadrada, de paredes blancas que parecían estar acolchonadas. Había cuatro cámaras en las esquinas, una puerta de acero y un espejo rectangular pegado al techo.

—¿Creen que se recupere algún día? —dijo Maravilla suspirando.



—Llevas dos años con lo mismo, Maravilla —dijo Capitán—, ya no hay vuelta atrás.

—Eso que vio la dejó así —dijo Veloz—. Se nos está haciendo tarde para el espectáculo.

—Las funciones no son lo mismo sin ella —dijo América—. A pesar de que ahora tenemos nuestro propio circo me parece, al menos a mí, que no tenemos mucho realmente. Está entrando alguien. Sube el volumen, Capitán.

El espejo le devolvía su ojerosa mirada. Su corte carré ya no estaba tan cuidado, al contrario, ahora era largo y enmarañado. Velvet estaba envuelta con un chaleco de fuerza recostada sobre el suelo.

La puerta de acero se abrió.

—Ellos siguen ahí —les dijo a los tres doctores volteando la cabeza. La doctora comenzó a anotar cosas en una libreta—. Ella viene a visitarme de vez en cuando, ¿sabían? Está atrapada ahí. Yo estuve ahí, ¿ustedes estuvieron ahí? ¿Dónde estamos ahora?

Uno de los doctores rompió dos espacios del envase de plástico que contenía las pastillas púrpuras.

—A veces, en la noche, se asoma por el espejo a verme. Lo malo es que no me quiere hablar.

El doctor de las pastillas y el que traía un vaso de agua se acercaron cuando la doctora que ya no estaba anotando la cargó en su regazo.

Luego de forcejear un poco, pudieron suministrarle la medicación.

—Desearía poder verlos a todos de nuevo —dijo Velvet acurrucándose y cerrando sus ojos.

En el centro de comando, los Acróbatas no pudieron evitar estallar en lágrimas.

—Es lo mejor que pudimos hacer por ella —dijo Veloz sollozando.

—Es como si su mente hubiese colapsado esa noche, desarrollando algún tipo de enfermedad psicótica o trauma según lo que los médicos anotan en la libreta —dijo América.

—Será mejor que nos pongamos a practicar para esta noche —dijo Capitán—, se hace tarde para la función.



Cuando llegó el atardecer, el sol de primavera ya había secado lo que la llovizna dejó esa primera parte de la jornada.

Los panfletos que volaban por las calles de la ciudad venían en muchos colores, pero todos tenían el mismo mensaje impreso en letras negras.

### **Sábado** **Los Acróbatas**

*Un espectáculo espléndido está garantizado para todos.*

Se reunieron en el centro de la plaza de Phot. Fueron por voluntad propia. El tumulto de gente murmuraba acerca de que fue lo que pasó con los cuatro árboles gigantes que desaparecieron de un día para otro. Todos estaban de pie alrededor de donde una vez estuvo la emblemática estatua de André Farhurst, solo que ahora se ubicaba un barco. Era el mismo barco que alguna vez los ciudadanos de Reveur habían visto en el mar congelado.

En el mástil del barco una bandera esperaba a ser izada.

En la proa del Ventoriosa se preparó un atril con papeles y un micrófono.

—Fueron dos años cargados de mucho trabajo —dijo Faith—. Primero que nada, debemos agradecer a Gilbert y a toda la familia D’Alterier por encargarse de la reconstrucción de la ciudad. La familia D’Alterier limpió su nombre y aunque ustedes no lo crean, nunca fueron malos. No tanto. Pero siempre han sido manipulados ya sea por Gilder Glittery o por el Barón A. o por sus antecesores. Hoy podemos decir que Gilbert D’Alterier ha redefinido a la mafia. Han hecho de esta ciudad una obra mucho más bella de lo que era. Y nosotros, todos sus habitantes, la haremos más habitable de lo que ya es ahora que todos esos eventos extraños han dejado de suceder. Lo que ocurrió desde el día en que el sueño volvió a ser algo

normal para nosotros se lo atribuyo exactamente a la creencia que cada uno tenga.

Hubo una pausa. Faith miró a todo su público. La mirada que le devolvieron estaba cargada de renovados aires de esperanza. Sin embargo, Faith notaba como aún necesitaban a alguien que los guíe.

Gilbert D'Alterier comenzó a izar la bandera hasta lo más alto del mástil del barco. Era una bandera con tres franjas de colores verticales: roja, amarilla y azul. Además, tenía la silueta de un ciervo con un monóculo.

Faith Farhust acomodó unos papeles y continuó.

—Este barco quedará en la plaza de Phot de aquí en adelante como un símbolo de libertad. Yo estoy de paso, solo para formalizar. Las cosas serán diferentes para los que así lo quieran. Exploten lo mejor de su condición humana hasta el último día de sus vidas. En Nueva Reveur no hacen falta reyes ni reinas, ese sistema queda oficialmente abolido.

El público estalló en gritos de celebración. Hubo fuegos artificiales, y globos de muchos colores, y saltos de alegría y alcohol. Y una ciudad más feliz que nunca.

Esa noche las celebraciones no se detuvieron en ningún lugar de Nueva Reveur.

La carpa de circo de gajos rojos, amarillos y celestes se había instalado sobre una de las entradas del mercado subterráneo de Truce, de modo que ahora esta pequeña parte del mercado era utilizada como camerino y depósito de variedades que los acróbatas usaban en sus actos.

La fila de personas ingresó al lugar.

Cuando estuvieron todos acomodados, una entretenida melodía de circo resonó en toda la carpa.

El presentador que anunció la función llevaba un frac rojo con una exagerada galera amarilla que casi llegaba al techo

—Para celebrar la inauguración de la nueva ciudad los Acróbatas presentarán su nuevo espectáculo esta noche, ¿los han visto alguna vez?

Son geniales. ¡Desafiarán sus propios límites con su nuevo número! Tienen muchos animales y aves que pueden hacer trucos. Los he visto, son animales excepcionales, muy bellos. Tienen gatas, zorros, leones, un frasco de mariposas, cuervos, águilas, lobos, ¡y hasta un ciervo!



Faith pasó de tantos festejos. Estaba tan exhausta de trabajo que no tenía ganas de seguir relacionándose por unas cuantas horas con las personas. El salón de videojuegos en el centro comercial de Hill parecía la mejor propuesta de la noche.

Mirándose en las vidrieras, vio un reflejo ajeno pero conocido que pasó como una carmesí estrella fugaz. Faith la siguió, corrió detrás de ella vidriera por vidriera. A veces, se pasaba de vereda o se le adelantaba más de la cuenta.

La siguió hasta llegar a una pequeña plaza a las afueras de Hill.

“¿Eres realmente tú? ¿Dónde te metiste? Te extrañamos. ¿Qué te pasó?”, pensaba Faith sollozando de rodillas en el suelo.

Una ráfaga de viento movió los árboles. Cuando levantó la cabeza, un Espejo azul parecido a una puerta estaba frente a ella, y al otro lado, la Mariposa.

No le dijo una palabra. Simplemente siguió su camino. Y el Espejo siguió ahí. Faith supo que era una invitación. No había mejor oportunidad que esta.



Los Oníricos se reunieron fuera de lo que quedó de la Cúpula de Hipnos.

Una aurora boreal de distintos tonos de colores flotaba por toda Oniria.

—Ya comenzaba a olvidar lo agotador que se siente estar de este lado —dijo el Lobo viendo al cielo.

—No pensaba volver a ni un retazo del pasado —dijo el León con las manos en los bolsillos y el cigarrillo consumiéndose entre sus dedos.

Alguien venía corriendo a la distancia.

El Canario fue la última en llegar.

—¿La vieron? ¿Dónde está? —dijo agitada.

—Al parecer todos fuimos convocados por Melody. Aunque lucía bastante rara, ¿no lo creen? —dijo el Zorro mirando a lo que quedaba de la destruida luna.

Una bandada de cuervos se dirigía hacia ellos como si cayeran de la luna acompañados de ráfagas de viento que arrastraban plumas negras.

Antes de que pudieran notarlo, la Mariposa estaba frente a ellos. Tal como la recordaban desde aquella noche.

Pero había algo extraño. En su pecho tenía una brillante cicatriz que emitía una luz amarilla. Ni siquiera les devolvió el saludo, y pronto se dieron cuenta de su inexpresivo rostro a pesar de tener la máscara con forma de cuervo puesta. La Mariposa se dio media vuelta y caminó hasta entrar a la Cúpula de Hipnos.

—Ahora tú decides qué hacemos —dijo el Lobo.

—Sigamos su juego, como la otra vez, solo por si acaso —dijo el Canario.

Dentro de la cúpula, había un trono iluminado por la luz de la luna que entraba por el agujero del techo. Parecía estar hecho con los escombros que dejó la última batalla.

Alguien estaba sentado ahí. Era un ángel que vestía un manto blanco con un cinturón de hebilla de Fénix y una corona de fuego flotando sobre su pelo de rizos dorados. La silenciosa Mariposa estaba de pie a su lado.

—Ha pasado mucho tiempo, Oníricos. Es una lástima que no todos consiguieron llegar hasta el final —dijo Morfeo.

—¿Qué pasó con ella? —dijo el Canario un tanto enojada.

—Esto que ves es solo una manifestación corporal de lo que una vez fue Melody. Este recipiente que luce como su querida amiga po-

see la mitad de mi alma. La he convertido en lo que bauticé como el Avatar del Sueño, un ser con el poder suficiente para purgar a las Pesadillas por su cuenta —dijo Morfeo lanzando una y otra vez una manzana dorada al aire y atrapándola con su mano.

—¿Cómo te atreviste?! —dijo el Lobo cerrando su puño con furia.

—Se lo advertí. Era la única manera. Su alma ya no existe. Fue usada para levantar la nueva Corriente de los Sueños como acordamos. Nos tomó dos años traer el equilibrio a Oniria mientras buscábamos el Fruto del Conocimiento. Conseguí aprender a crear Espejos, aunque todavía no perfecciono el arte. Sabiendo de la promesa que ella le hizo a su profesor decidí reunirlos una vez más para cumplir la última voluntad de Melody.

Morfeo se puso de pie. Extendió su mano y Ensueño del Tártaro apareció.

—Volverán una vez más al Inframundo, tengo algo que necesito que hagan además de traerlo de regreso a él.

Morfeo separó la hoja de Ensueño del Tártaro, de tal manera que las hojas de la Espada del Ensueño y la Espada del Tártaro volvieron a resplandecer por sí mismas. Una con su blanca pureza y la otra con su profunda oscuridad.

La Espada del Ensueño descansó en el cinturón con hebilla de Fénix de Morfeo.

—Cumplan con la última voluntad de Melody. Rescaten a Ludwing el Cuervo. Dejen la Espada del Tártaro en manos de Satán. De esta manera, las almas que lleguen al Inframundo podrán encontrar la paz del paraíso al que deseen ir una vez caigan al abismo en lugar de desaparecer.

Los Oníricos miraron a su líder, esperando por su decisión.

—Está bien —dijo el Canario tomando a la Espada del Tártaro—. Pero, ¿cómo se supone que llegaremos ahí?... ¡Las Ruinas de Cromwell! Hay una Grieta al Inframundo en el Laboratorio de Ludwing.

—El Avatar del Sueño los acompañará en esta aventura —dijo Morfeo dándole un mordisco al Fruto del Conocimiento—. Oni-

ria quedará un tiempo en mis manos hasta que el Avatar del Sueño regrese.

El Canario lideró el camino con el Báculo de Fantaso en su cintura. El valiente Zorro caminaba a la izquierda con el Atrapasueños de Fobétor una vez más. La capa roja del Avatar del Sueño ondeaba atada a su cuello. El León y el Lobo se quedaron en la retaguardia viendo a los tres jóvenes con orgullo.

—¡Ahí vamos, Cuervo! —dijo Faith con entusiasmo levantando la Espada del Tártaro.

**FIN**





## AGRADECIMIENTOS

La historia que viviste se terminó. No hay necesidad de que leas esto.

Agradezco a todos los que leyeron este texto en sus primeras versiones. En especial a Agustín Rasquetti, quien trabajó en esto más de lo que debería por amor al arte desde que Melody ni siquiera se llamaba Melody.

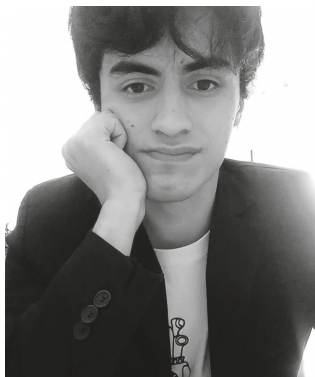
La ciudad en ruinas (que ahora veo que fue producto del enfrentamiento contra Noche) la soñé a los dieciséis años. Desde entonces he buscado la manera de darle forma. Y lo logré. Melody y compañía hicieron que la época de la pandemia sea más llevadera.

Cada puñado de capítulos me encontró en una etapa distinta. Supongo que todo pasa por algo, probablemente nunca me olvide de cómo fue mi vida durante el proceso de escritura de *Ensueño del tártaro*.



## SOBRE EL AUTOR

Desde que nací en Reconquista, Santa Fe, no pasó nada demasiado remarcable hasta que las obras de Tolkien me encontraron en mi adolescencia, cuando ya vivía en Buenos Aires. Fue ahí cuando tuve la sensación de saber lo que tenía que hacer, como la mayoría. Esa sensación se acrecentó más cuando un profesor me regaló en la secundaria un libro de Stephen King.



A los catorce escribí algo parecido a *Games of Thrones*. No tenía idea, hasta ese punto, que tal producto existía. Sin embargo, mis historias nunca me parecieron trabajos serios. Además, notaba lo absurdo que era seguir distrayéndome con eso.

Una peculiar persona fue la causante de que se produjera un efecto dominó en mi comprensión artística. Gracias a eso, pude conocer a autores como Neil Gaiman.

No fue hasta los veinte, en un desencuentro con la rigurosidad que arrastraba desde mi crianza y ciertas costumbres, que decidí responder al llamado que siempre me encontraba soñando despierto.

 @autordefantasias

 Autor de Fantasías



## ÍNDICE

Capítulo 1 - Un encuentro nocturno.....	9
Capítulo 2 - Entre el Lobo y el Cuervo .....	24
Capítulo 3 - La Voluntad de Morfeo .....	35
Capítulo 4 - Velvet y los Acróbatas.....	46
Capítulo 5 - Una batalla inevitable .....	56
Capítulo 6 - La Torre de la Avaricia .....	81
Capítulo 7 - Té azul .....	93
Capítulo 8 - Laboratorio Volgen .....	109
Capítulo 9 - El Atrapasueños de Fobétor.....	120
Capítulo 10 - El Circo de la Pereza .....	136
Capítulo 11 - El precio de la libertad.....	156
Capítulo 12 - El Báculo de Fantaso.....	171
Capítulo 13 - A bordo del Ventoriosa .....	187

Capítulo 14 - Cena de la venganza .....	202
Capítulo 15 - El Castillo de la Envidia .....	215
Capítulo 16 - Enemigos públicos .....	232
Capítulo 17 - Una reunión onírica.....	244
Capítulo 18 - Multicolores en la oscuridad .....	256
Capítulo 19 - La Mansión de la Lujuria .....	263
Capítulo 20 - El Fruto del Conocimiento .....	274
Capítulo 21 - El juicio del Inframundo .....	286
Capítulo 22 - Hipnos, la Deidad del Sueño .....	307
Capítulo 23 - Una última esperanza en las Ruinas de Cromwell ....	317
Capítulo 24 - Lógica.....	325
Capítulo 25 - Salvación.....	333
Capítulo 26 - Ensueño del Tártaro.....	350
Capítulo 27 - Noche.....	361
Capítulo 28 - El Avatar del Sueño .....	382
Agradecimientos .....	393
Sobre el autor .....	395



LIBRO EDITADO POR



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA